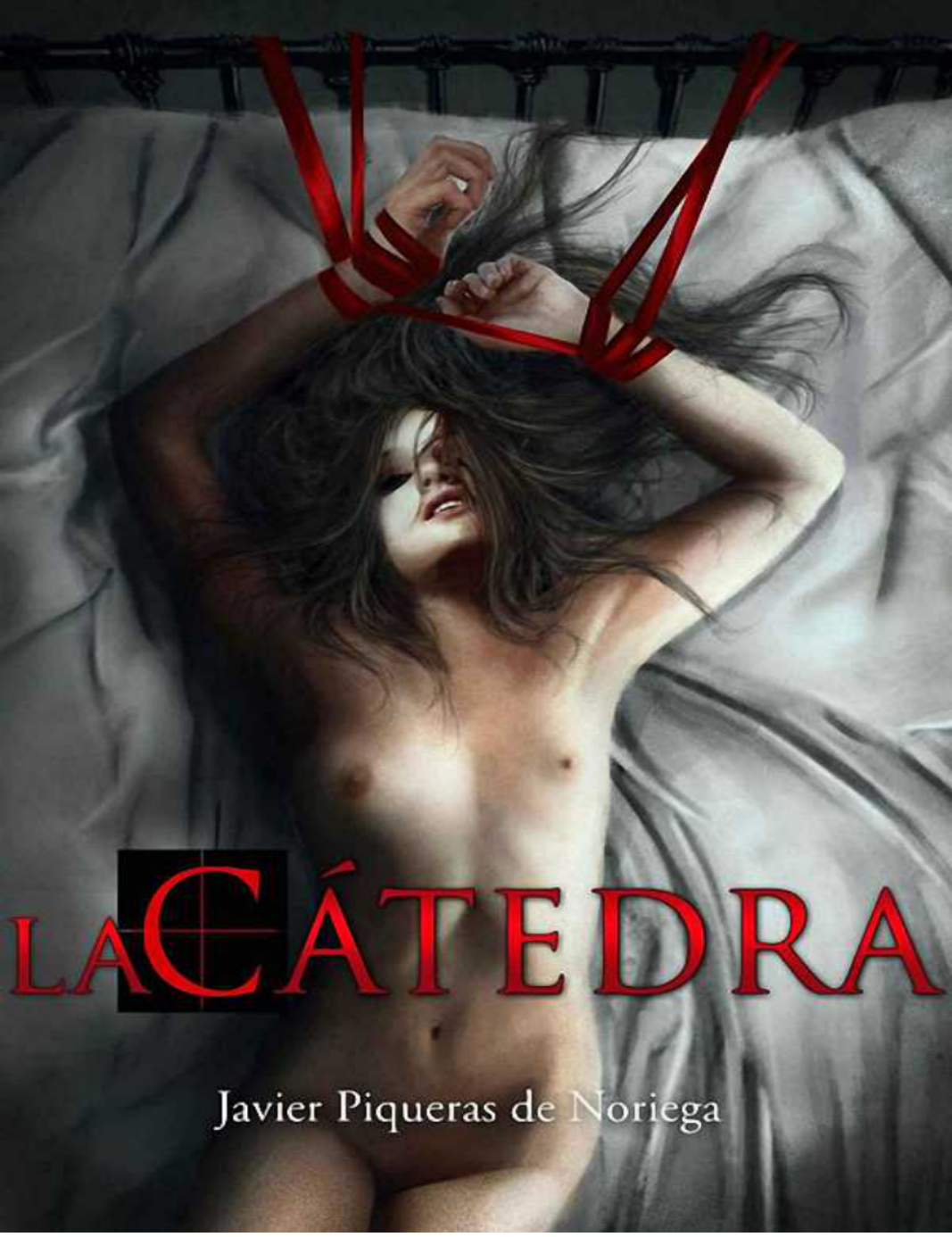
LA CÁTEDRA
Javier Piqueras de Noriega

LA CÁTEDRA

Javier Piqueras de Noriega

© Javier Piqueras de Noriega
Todos los derechos reservados.
© Ilustración de portada: Yuly Alejo, 2015, www.yulyalejo.com

Queda prohibida la reproducción, total o parcial, de esta obra.

Los hechos, personajes, instituciones y empresas que aparecen en esta novela e incluso los fenómenos físicos que se describen en ella son ficticios. Cualquier posible parecido con la realidad es una coincidencia involuntaria.
El autor

A Renate, Eva y Javier.
A la memoria de mis padres y de mi hermano Enrique.

1
LA COMISIÓN

Luis Salvatierra llegó a su despacho de la facultad poco antes de las nueve de la mañana. Como siempre que había estado unos días ausente, en este caso para asistir a un congreso en Inglaterra, el correo acumulado formaba un pequeño montón encima de la mesa. Maite, la secretaria del departamento, se ocupaba de ponerlo allí en vez de dejarlo en el casillero que había en la sala de la secretaría, donde más de uno de los profesores se interesaba por la correspondencia de los demás. La apertura de los sobres a la vuelta de un viaje era una manera suave de aterrizar en las actividades diarias que, en general, no le desagradaba. Claro que eso dependía del contenido de los sobres, aunque éste solía ser bastante inofensivo. Después de sentarse, puso la papelera bien cerca del sillón para facilitar el despacho de la mayor parte del correo. Una convocatoria para asistir a la reunión de la Comisión de reforma de los planes de estudio, que se había celebrado el día anterior, fue el primer escrito despachado de esa manera. La convocatoria se había realizado solo con un par de días de antelación por lo que no pudo pedirle a ningún otro profesor del departamento que le sustituyera. En realidad no se habían perdido nada, ni los intereses de su departamento estarían afectados por dicha reunión, cualquiera que hubiese sido el resultado de la misma. A continuación una editorial británica, que aparentemente no era muy eficiente en la confección de su base de datos, le anunciaba el último tomo de una serie de tratados sobre el asma que sin duda eran de primera fila, pero que tenían poca cabida en la biblioteca de la Facultad de Física a la que pertenecía Salvatierra. Abrió también un sobre que contenía un anuncio de un congreso sobre nuevas aplicaciones de los láseres el año próximo en California, que prefirió guardar por si acaso tenía la oportunidad de asistir. Una revista de difusión gratuita sobre equipamiento científico, una carta de la India en el que un científico joven se interesaba por la posibilidad de realizar una estancia post-doctoral en su laboratorio y una circular del rectorado con las nuevas normas para tramitar las facturas pasaron al rincón de su mesa correspondiente a los temas pendientes.

El último sobre tenía en su esquina superior el escudo de la

Universidad Pública Miguel de Cervantes de Madrid. Esta universidad, fundada dos años antes, estaba bastante de moda entre la clase política. Salvatierra no conocía a nadie en la Miguel de Cervantes por lo que miró con cierta curiosidad el sobre antes de abrirlo. Era un sobre blanco, apaisado que claramente contenía una carta y no algún tipo de impreso o memoria anual de la universidad. El contenido era una única hoja, un oficio firmado por el Rector de la Universidad Pública Miguel de Cervantes:

[…]

—"A los efectos oportunos le comunico que con fecha 3 de Enero aparece en el Boletín Oficial del Estado la resolución del 20 de Diciembre de esta Universidad Pública Miguel de Cervantes por la que se publican Comisiones juzgadoras de concursos de profesorado universitario. Figura Vd. en dicha resolución como Vocal Titular de la Comisión del concurso para provisión de una plaza de Catedrático de Universidad del área de Física de las Nuevas Tecnologías.

La Comisión está formada por los siguientes Catedráticos de Universidad:

Presidente: D. Juan Antonio Rodríguez Cañamero, Universidad Pública Miguel de Cervantes

Secretaria: D.ª Rosalía Sanmartín Vázquez, Universidad Pública Miguel de Cervantes

Vocal: D. Manuel Escobedo de la Quintana, Universidad Politécnica de Castilla

Vocal: D. Luis Salvatierra Ramírez, Universidad de Madrid

Vocal: D.ª Nuria Planas Vila, Universidad Científica de Cataluña"

[…]

Al terminar de leer, Salvatierra soltó una expresión de contrariedad:

— ¡Joder!

Evidentemente le había tocado formar parte de esa Comisión como resultado del sorteo que se celebraba entre los especialistas del área correspondiente cada vez que había una oposición a cátedra. Según la ley, tres de los cinco miembros de la Comisión, los vocales, se elegían por sorteo y los otros dos, el presidente y el secretario, los designaba directamente la universidad a la que correspondía la plaza. La exclamación de disgusto de Luis se debía a que la participación en un tribunal suponía sobre todo emplear varios días en escuchar las exposiciones, deliberar con los compañeros, redactar informes etc.

Precisamente en esa época, el tiempo no era lo que le sobraba. Había aceptado el puesto de coordinador de un proyecto de

investigación financiado por la Unión Europea en la que participaban cinco laboratorios de otros tantos países comunitarios para desarrollar una nueva aplicación técnica de determinados tipos de láseres. El entusiasmo que mostraban todos los directores de los laboratorios para participar en dichos proyectos y obtener las correspondientes subvenciones de la Unión caía en picado a la hora de decidir cual de ellos iba a ser el coordinador del trabajo. Coordinar significaba encargarse de buena parte del trabajo administrativo, presentar los informes científicos y económicos a Bruselas y otras cosas como recordar a sus compañeros las fechas límites de los compromisos que habían adquirido. Todavía se estaba arrepintiendo del momento de debilidad en el que durante la cena en Munich un año antes, para celebrar la redacción del proyecto, había aceptado ser el coordinador. En principio se daba por sentado que el coordinador sería Neubauer, un bávaro eficiente y con prestigio internacional, pero el muy cabrón había alegado unos difusos problemas familiares y le convenció para aceptar el puesto mientras Luis luchaba con una jarra de cerveza tamaño Munich. En realidad reconocía que Neubauer era el único coordinador aceptable, aparte de él mismo, ya que el nivel de inglés de Konstantin, el griego, hacía sus informes difíciles de leer, Hans, el danés, estaba bastante verde y Giovanni de Milán tenía una cierta tendencia al caos.

En cualquier caso, su trabajo de coordinador era solo uno de los motivos por los que el escrito del rector de la Universidad Pública Miguel de Cervantes no le hizo ninguna gracia. El otro motivo era el nombre del presidente del tribunal de la oposición: Rodríguez Cañamero. Pocas personas le caían tan mal a Salvatierra como ese colega, probablemente por la diferencia tan absoluta de caracteres que había entre ellos, además de algún encontronazo profesional que habían tenido algunos años antes. La simpatía de Cañamero le había hecho muy popular en sus años de comienzo en la Universidad en los 70. De carácter abierto y con la correspondiente barba progre de la época, no dejaba de saludar alegremente o detenerse para hacer cualquier comentario más o menos trivial a todos y cada uno de los compañeros con los que se cruzara en los pasillos de la facultad. Sus recogidas de firmas para pedir la democratización de la universidad y del país en general le dieron un cierto prestigio en el ambiente universitario y con frecuencia actuaba de portavoz de las reivindicaciones que surgían de vez en cuando. Su paso para ser aceptado de pleno derecho en los partidos democráticos clandestinos que se preparaban para el fin del

franquismo le vino paradójicamente de la mano de una de las personas más apolíticas y más ajenas al mundo real de aquel momento que se pudiera encontrar en toda la universidad española: Don Antonio Quiroga, catedrático de Astrofísica y Astronomía. Si había una figura próxima al tópico del profesor despistado o del sabio distraído, este era Don Antonio. De carácter amable y una corrección exquisita en su trato con todo el mundo, dedicaba todo el tiempo que hiciera falta a tratar cualquier tema con los escasos alumnos de su asignatura de especialidad. Por otra parte era una persona poco práctica y un desastre para ocuparse de las gestiones administrativas de su cátedra. En aquella época los decanos de las facultades eran designados por el Ministerio y tenían que dar la cara frente a las actitudes reivindicativas del profesorado y de los alumnos en favor de una universidad democrática o bien apoyarlas claramente lo que podía dar lugar a sanciones. Como consecuencia de estos problemas no había un interés excesivo entre los catedráticos de algunas facultades en ocupar el cargo, por lo que el Ministerio optaba por designar al más antiguo que tenía que aceptarlo obligatoriamente. Don Antonio Quiroga no se pudo escabullir y fue nombrado a sus sesenta y nueve años para el puesto de decano, un puesto que ni en sus años de máxima energía hubiera sido capaz de desempeñar. La mayoría del profesorado entendió su posición e intentó no crearle dificultades, pero Cañamero por el contrario decidió aprovechar la situación. Sus soflamas en las reuniones de la Junta de Facultad en favor del cambio democrático eran apoyadas por los alumnos y parte de los profesores no numerarios, mientras don Antonio intentaba inútilmente, y con su corrección habitual, tratar los asuntos académicos del orden del día. Cuando Cañamero entre los aplausos de sus seguidores terminó un día su intervención señalando que lo que sobraban en la universidad eran decanos fascistas, don Antonio, falto de dialéctica, solo pudo balbucear "Pero... señor Cañamero, modérese usted... ¿por qué dice usted eso?". Ese día Salvatierra, que asistía a la Junta como alumno, tuvo perfectamente claro lo que ya intuía hacía tiempo: Juan Antonio Rodríguez Cañamero era un hijo de puta.

Dejó a un lado de la mesa su indeseado nombramiento como miembro del Tribunal y siguió revisando las novedades de los últimos días. Conectó su ordenador y comprobó si tenía mensajes en su correo electrónico. El contenido de la mayoría de los mensajes era más o menos rutinario y los fue borrando casi todos después de leerlos. Tenía un mensaje de Antonio, su doctorando que estaba

pasando tres meses en un instituto de investigación en Alemania, contándole sus progresos y problemas, y otro de un colega italiano invitándole a participar en la organización de un congreso. El siguiente en la lista procedía de una dirección de correo que no le sonaba: luna@xyz.com. El mensaje era corto y sin ningún significado para Luis.

"Me alegro de que estés de vuelta. M. "

Terminó de leer el resto de los mensajes y se puso inmediatamente a redactar el informe sobre el congreso al que acababa de asistir y la justificación de los gastos que había efectuado, pasando luego a repasar el tema de la clase que tenía a última hora de la mañana.

Cuando estaba a punto de salir de su despacho para ir al aula le llamó Natalia, su amiga, con la que llevaba varios meses saliendo. Estaba de viaje en Barcelona a donde había ido a realizar el estudio previo de las necesidades de una empresa de transportes que quería contratar la instalación de su sistema informático con la empresa en la que trabajaba Natalia. La tarde anterior, al llegar Luis a Madrid la había llamado por teléfono a Barcelona para decirle que ya estaba de vuelta sin novedad. Ahora ella le devolvía la llamada.

—Hola Luis, ¿Qué tal por la facultad?

—Bien, parece que no hay nada de particular, ahora me voy a clase. ¿Sabes ya cuándo vuelves?

—Creo que mañana, ya estamos entendiendo que es lo que necesitan. El director, que es el dueño, es un tipo muy agradable y está decidido a invertir lo que haga falta para informatizar su empresa. El problema es que no se expresa muy bien y cuesta trabajo enterarse de los problemas. Menos mal que tiene una hija avispada con la que las cosas son más sencillas.

—Claro, las mujeres siempre más listas.

—Bueno, me voy a comer dentro de un rato con mis clientes y luego tengo que seguir trabajando.

—Yo comeré luego, más modestamente que tú. De momento me voy zumbando a ver a mis clientes que me esperan en clase, ya casi es la una.

—Tranquilo, no creo que les importe mucho si te retrasas y les ahorras unos minutillos de clase.

—No creas. Hay de todo. Alguna hay que me echaría de menos si...

—Vale, vale, no tengo tiempo de chorradas. Ya veo que está todo en orden. Ciao.

—Hasta mañana.

Natalia, que ahora tenía treinta y tres años, siete menos que Luis, se había colocado en una empresa nada más terminar la carrera de Ingeniería Informática. Desde entonces había cambiado tres o cuatro veces de trabajo mejorando en cada cambio su nivel económico y, sobre todo, su categoría en cuanto a capacidad de decisión. En ese momento se ocupaba fundamentalmente de llevar adelante la informatización de empresas de tamaño medio y algunas veces tenía que desplazarse y estar varios días fuera de Madrid. Generalmente eso era necesario solo en la fase previa, de contactos y análisis de las necesidades de la empresa, ya que tenía un pequeño grupo de colaboradores que desarrollaban el proyecto, bajo su supervisión, hasta que se terminaba. No solo tenía responsabilidades de tipo técnico sino que su trabajo implicaba continuos contactos con los clientes, por lo que cuidaba su imagen aunque sin exageración. Era una morena alta con el pelo corto, cara de lista y expresión abierta a la que más de una vez algún cliente le había echado los tejos. Natalia y Luis vivían cada uno en su apartamento aunque pasaban juntos alguna noche suelta, sobre todo los fines de semana, en el de ella, que era bastante más acogedor.

Luis cogió su carpeta con los apuntes de clase y unas cuantas transparencias y atravesó el pequeño vestíbulo común a su despacho y al de la secretaria. Maite tenía como siempre la puerta abierta para atender al que necesitara algo de la Secretaría y al pasar le dijo sin detenerse

—Hasta luego Maite, me voy a clase.

—Hasta luego. ¿Se acuerda de la apertura?

Se detuvo en el quicio de la puerta mirando hacia el despacho de la secretaria.

— ¿Qué apertura?

—A las dos es la inauguración o la apertura, no se como lo llaman exactamente, del nuevo Centro de Investigación de Excelencia de Madrid. La carta de invitación vino del rector. Me han llamado ayer del Rectorado para decirme que posiblemente asista el ministro, o algún otro alto cargo del Ministerio y de la Comunidad de Madrid.

—¡Lo que faltaba! Voy retrasado con el programa y encima tengo que acabar hoy la clase antes de la hora.

—¡Consuélese! Por lo menos me han dicho que van a servir un vino español por todo lo alto.

—¡Qué bien! Gracias por el recordatorio. Hasta mañana entonces. Me iré directamente desde la clase al centro excelente.

Se le había olvidado completamente la inauguración del Centro de Excelencia. Eso era probablemente una jugada del subconsciente, ya que el tal centro le parecía una manera apenas disimulada por la que algunos profesores con las conexiones oportunas pasaban a ser privilegiados crónicos y obtenían todo tipo de medios para su investigación.

La clase se le pasó rápidamente y estaba claro que para los alumnos constituyó una sorpresa agradable terminar veinte minutos antes de la hora. Tenía relativamente pocos alumnos, unos treinta, ya que su clase era de una asignatura de especialidad en el último curso de la carrera y más o menos los conocía a todos. A pesar de que con tan pocos alumnos no había problema en que preguntaran en clase cualquier duda que surgiera durante la explicación, casi siempre preferían esperar al final para acercarse y hacer alguna consulta. Hoy, aunque tenía prisa por ir a la inauguración, no faltaron dos alumnos que se acercaron a su mesa mientras recogía sus transparencias. Uno era Carlos Gutiérrez, un chico de aspecto serio que siempre tenía preguntas muy concretas, que evidentemente había pensado mucho, y que normalmente no necesitaba grandes explicaciones. Más bien parecía interesarle que le confirmaran la respuesta que él ya había pensado. Lo despachó en un momento antes de darse cuenta de que la otra persona al lado de la mesa era Cristina. Esta alumna era el extremo opuesto de Carlos. No se sabía muy bien que era lo que quería preguntar, pero necesitaba un par de minutos para preguntarlo. Aparentemente no perdía la sonrisa nunca. A Salvatierra le caía bien y no le importaba tratar de descifrar las farragosas dudas que tenía casi todos los días. Su cara era alargada y un poco angulosa, con cierto aspecto de gitana y siempre con algún detalle original, para criterios universitarios, en el vestir, como un pañuelo al cuello, una boina ladeada o una falda larga.

—Cristina, hoy tengo un poco de prisa. ¿Tienes alguna pregunta rápida? Si no, lo vemos luego.

—Es solo un momento. Cuando utiliza la ecuación de Maxwell no veo en que parte tiene en cuenta que la onda electromagnética atraviesa dos medios distintos.

—Claro que lo he tenido en cuenta. Por eso hemos utilizado dos valores del índice de refracción.

—¡Claro! Es verdad. Lo que pasa es que se va copiando demasiado deprisa y en realidad uno se fija de verdad cuando lo pone en limpio.

—Vale, muy bien. Hasta luego entonces.

Luis hizo ademán de marcharse pero Cristina le detuvo con voz rápida:

—Y también está el problema del coeficiente de reflexión...

—¿Qué problema del coeficiente de reflexión?

—Es que no he visto que, cuando la onda penetra en el segundo medio, se tenga en cuenta que la densidad de energía disminuya al llegar al segundo medio por la reflexión.

—Mira, perdona, pero como te he dicho, hoy tengo bastante prisa. De hecho ya voy con retraso. Si quieres pásate por mi despacho y lo vemos más despacio.

—Vale. Gracias. Lo pensaré un poco. A lo mejor se me ha escapado algo...

—Muy bien. Adiós.

Salió con paso rápido del edificio y atravesó unos jardines dirigiéndose a la zona de los Colegios Mayores en dónde se había remodelado un edificio, invirtiendo dos veces el valor de un edificio nuevo, para albergar el nuevo Centro de Investigación. Llegó al Centro a las dos y cuarto con la esperanza de que todo hubiera empezado con retraso. Un conserje le envió al piso superior y una salva de aplausos que oyó desde la escalera le confirmó que llegaba tarde al acto.

—Bueno —pensó—, lo importante es aparecer. Al fin y al cabo esta inauguración me tiene sin cuidado.

Al final de la escalera llegó a una sala, mas bien un gran vestíbulo, llena de gente que estaba de pie y que miraba hacia el fondo, donde obviamente estaba la presidencia del acto o la persona a la que se acababan de dedicar los aplausos. Entró un poco buscando sitio y tratando de ver algo por encima de las cabezas, pero los asistentes empezaban a formar pequeños corros, intercambiar impresiones y, de una manera difusa como quien no quiere la cosa, a dirigirse hacia una gran puerta corredera abierta de par en par que Luis supuso que daba paso al sitio dónde se ofrecería el vino español anunciado. Decidió seguir el flujo al mismo tiempo que miraba alrededor buscando alguna cara conocida. La cara conocida vino, sin embargo, por detrás sin que se diera cuenta. Una mano le presionó con firmeza el codo mientras la inconfundible voz aguardentosa de Pascual Pérez Seco le dijo en un tono algo más alto del necesario.

—Has llegado en el momento oportuno, por lo que veo.

—Hola Pascual. ¿Cómo te va? He llegado en cuanto he podido. Algunos tenemos clase hasta la hora de comer, no como los aristócratas que colgáis la tiza a las once de la mañana. ¿Qué tal

han sido los discursos? ¿Ha venido el ministro por fin?

—El Ministro parece que está en Colombia en alguna reunión sobre el idioma español. Ha hablado un secretario de Estado, el rector, el director de Transconsa y Manolo Peña.

—Por los aplausos que he oído al llegar deben haber estado todos muy brillantes.

—Sí. Han camuflado muy brillantemente que Manolo Peña es el elegido para darle más dinero que a los demás con el invento de la excelencia en investigación.

—Veo que tu mala leche no mejora. Te veo en plena forma.

Pascual Pérez Seco era un catedrático que se podría clasificar como de la generación anterior a la de Luis, ya que tenía unos sesenta y cinco años. Sin embargo, los dos compaginaban perfectamente en cuanto a sus opiniones sobre los temas, y muy especialmente sobre las personas de la universidad. Hablaban entre ellos generalmente con total libertad y sintonía. Pascual no tenía reparos en lanzar sus opiniones a los cuatro vientos, lo que le había acarreado una cierta marginación en muchos círculos universitarios. De aspecto bajo y corpulento, tenía un bigote gris e iba casi siempre vestido con un traje bastante arrugado del mismo color. El nudo de su corbata, siempre la misma, rara vez estaba razonablemente centrado y las camisas blancas que usaba parecían tener veinte años de uso. Tenía una voz rasposa y potente y sus intervenciones públicas, en comisiones, tesis doctorales etc. eran temidas por muchos y esperadas con expectativas de diversión por muchos otros.

—¡No me digas que tu te crees algo de todo esto! —exclamó Pascual, con tono de sorpresa.

Mientras hablaban entraron en una sala grande donde estaba preparada una enorme mesa central con bebidas y a la que no resultaba fácil acercarse debido a la cantidad de gente que se iba congregando a su alrededor.

—Por supuesto que no. Todo el mundo sabe que el bocazas de Peña lleva años convenciendo a todas las autoridades habidas y por haber que es el genio de la Física española y de parte del extranjero.

—Parece que por fin ha tenido éxito. Le han construido un centro a todo plan.

—Supongo que quieres decir que ha tenido éxito en que le construyan este centro de excelencia, no que de verdad sus benefactores le crean un genio.

—¡Hombre! yo creo que muchos sí se lo creen. A la universidad la han presionado desde el ministerio y la han ayudado a financiar

esta pirámide. Además está el tema de Transconsa.

—Algo he oído de Transconsa —dijo Luis—, pero no me he enterado muy bien de que se trata.

—¡Toma! —dijo Pascual pasándole una cerveza y un vaso que consiguió infiltrando el brazo entre un grupo de personas—. También hay vino pero está un poco lejos. A ver si pescamos a un camarero.

—Ahí vienen camareros con bandejas. Es mejor esperar a que pasen. La cerveza es de buena marca, se ve que este Centro empieza con buen pie. Cuéntame lo de Transconsa.

—Se cuenta en medio minuto. Mira, ahí llegan los langostinos.

Pascual cogió un vaso de whisky de la bandeja que le ofreció un camarero y tomando a Luis del brazo le acercó a un rincón de la mesa en donde acababan de dejar una bandeja de langostinos.

—La cosa es tan sencilla —continuó— como que el vicepresidente de Transconsa es amigo de toda la vida de Manolo Peña. Así que su departamento de I+D ha decidido apoyar este centro con una buena subvención anual y establecer una colaboración permanente.

—Pues sí que deben ser inútiles en ese I+D si necesitan a un tipo como Manolo para que les ayude a investigar...

—Tendrán que hacer lo que les digan. Yo creo que en realidad es un buen departamento. Transconsa es de las empresas públicas que más ha invertido en investigación.

Se acercaron en ese momento dos compañeros de facultad que se unieron a ellos comentando el equipo científico con el que se había dotado al nuevo centro. Luis se apartó del pequeño grupo para saludar a otro profesor y luego siguió andando entre la gente con su vaso de cerveza en la mano, mientras cambiaba de vez en cuando unas palabras con algún conocido, hasta que llegó casi sin darse cuenta al lado del grupo en el que estaba el secretario de Estado. Del grupo vio salir, dirigiéndose a él con una amplia sonrisa, a un individuo con barba grisácea, vestido con un traje oscuro y una brillante corbata amarilla. Al principio no le reconoció ya que estaba algo a contraluz, y pensó que se dirigía a alguna otra persona situada a su espalda pero la mano extendida y el saludo expresivo aclaró la situación inmediatamente.

—¡Luis! ¿Qué tal? ¿Cómo estás muchacho? Te veo fenomenal.

Hacía un par de años que Luis no se tropezaba con Cañamero y tal y, tal y como pensó al ver su nombre esa misma mañana en la carta de la Universidad Miguel de Cervantes,no le echaba precisamente de menos.

—Hola Juan Antonio. ¿Que tal te va?

—Ya ves. He venido a darle un abrazo a Manolo Peña. Esto es fantástico. El tío ha conseguido un centro de primera fila.

—Sí, está muy bien. Bueno, en realidad supongo que está muy bien. Todavía no he visto las instalaciones. Acabo de llegar y parece que se empieza por la copa.

—No, no. Antes de los discursos nos han dado una vuelta por los laboratorios. Son impresionantes.

—Vaya. Entonces los veré luego. Como estaba en clase he llegado un poco tarde.

—Dile a Manolo que te los enseñe. Merece la pena.

—Sí, claro. Otro rato. Ahora seguro que está muy ocupado haciendo de anfitrión.

—También tienes que hacernos una visita a la Miguel de Cervantes. Aquello va viento en popa. Tenemos un laboratorio de resonancia de superficies de los que solo hay dos en Europa de esa categoría. Por supuesto que para cualquier medida que queráis hacer allí, está a tu disposición.

—Gracias, me alegro que vaya bien. De momento no creo que lo necesite. En realidad tampoco conozco exactamente las posibilidades de medida que se tiene con esa técnica.

—No importa. Lo mejor es que lo veas. Te vienes un día por allí y te enseño todo. Hay otros equipos que seguro que te interesan. Así aprovechamos para comer juntos y charlamos. Podemos recordar los tiempos de becarios.

—Vale. Te llamo un día y quedamos para hacerte una visita.

—¡Estupendo Luis! Oye, por cierto, más adelante nos harás otra visita aunque por otros motivos. No sé si sabes que estás en un tribunal de oposición a cátedra en nuestra universidad

—Sí. Es verdad, Esta mañana he leído la carta de tu rector con el nombramiento. En realidad he venido de viaje hoy y solo le he dado una ojeada rápida a todo. ¿Tú estás en el tribunal también? Me parece.

—Sí, soy el presidente.

—Ya me dirás cuándo pensáis hacerlo. ¿Hay muchos candidatos?

—Hay varios que han firmado, pero supongo que solo se presentará Guzmán. Me da la impresión que los demás no tienen mucho que hacer y espero que serán conscientes de ello.

—¿Quién es Guzmán?

—¿Cómo que quién es Guzmán? Guzmán Robledo ¡hombre! Miguelito Guzmán.

—¿Miguel Guzmán? No sabía que estaba en la Universidad. ¿No se dedica a la política? A mí me suena que tenía un alto cargo.

—Sí. Estuvo un tiempo en temas de la energía, como asesor del Ministerio.

—Pero ha sido mandamás de algo, yo no me acuerdo bien.

—Fue director general de la Energía, varios años. A él siempre le interesaron los temas de energía en los que es una autoridad.

—¡Ah!, ¡Claro! Yo es que no le seguí mucho la pista. Lo único que recuerdo es que hizo una tesina en el departamento de Física Nuclear. Y estaba bastante cabreado porque el director era el famoso Saturnino que no tenía ni puta idea de nada.

—Sí, bueno. Pero después se especializó en nuevas energías e hizo una tesis doctoral impresionante.

—¿Con quién?

—En Francia, no me acuerdo bien con quién. Se fue a Francia por motivos políticos.

—Se iría a Francia a ver francesas, porque por esa época Franco ya estaba más que enterrado.

—No creas. Tú como nunca te has metido en nada no sabes lo que es eso.

—De todas maneras debe llevar poco tiempo en la universidad si siempre ha tenido altos cargos.

—La universidad es lo suyo. Él quería dejar la política, o la gestión como él dice, hace ya tiempo y volver a la universidad. Lo que pasa es que cuando perdieron las elecciones, éstos lo mantuvieron de director general porque vieron que era un técnico imprescindible.

—Sí, estos a veces parecen gilipollas.

—¿Qué?

—Nada, nada. Entonces sigue en el Ministerio.

—No. Lleva un año de director de Iberenergía.

—¡Vaya puesto! Ese si que es un buen cargo. Una de las empresas más importantes de España, y además propiedad del Estado. ¿Por qué quiere dejar ese chollo?

—Le gusta la universidad. Sabes que es profesor titular y por supuesto le hace ilusión la cátedra. A nuestra universidad le viene de maravilla, un tío con su experiencia.

—Bueno, ya me dirás cuando piensas hacer la oposición.

—Ya te llamaré. ¿Tienes algún problema de fechas? Tendrá que ser en marzo o abril.

—No tengo mucho problema con eso. Lo único es que a fin de marzo hay una reunión en Bruselas de participantes en el programa

de investigación BETA a la que tengo que asistir a la fuerza.

—Ya encontraremos una fecha adecuada. Bueno, Luis, me ha alegrado muchísimo verte. Espero tu visita a nuestros laboratorios.

—Sí. Ya hablaremos. Hasta luego.

Al poco tiempo, después de circular un poco entre la gente que llenaba la sala de la recepción, logró encontrar al director del nuevo centro, Manolo Peña, y saludarle, uniéndose a continuación a un grupo de compañeros que se dirigían a la salida.

2
LA COMUNICACIÓN DE SYDNEY

El edificio del Departamento de Ciencias Aplicadas de la Universidad Pública Miguel de Cervantes era el más espectacular del pequeño campus situado a pocos kilómetros de Madrid por la carretera de Burgos. Era el que primero se había construido y todo su entorno estaba terminado y perfectamente conservado. El aparcamiento, con zona reservada para personal y otra muy amplia para alumnos, estaba hecho con un pavimento rosa en el que las plazas para los coches estaban bien señaladas en blanco. Alrededor, una gran extensión de césped salpicado con algunos árboles producía una impresión más británica que madrileña. Un camino del mismo pavimento conducía a la entrada principal del departamento para cuya construcción era evidente que no se habían escatimado costes. Las cuatro plantas con ventanales de cristales tintados y fachada de ladrillo oscuro de buena calidad constituían un conjunto de aspecto elegante y funcional, como si fuera la sede central de alguna empresa importante. En el campus había otros edificios de aulas, biblioteca y servicios administrativos además de los asignados a otros departamentos, pero a su alrededor se veían todavía restos de materiales de construcción, zonas polvorientas y accesos provisionales a los distintos centros.

Rosalía Sanmartín dejó su Volvo en el aparcamiento reservado al personal, que ya estaba medio lleno, y entró en el Departamento de Ciencias Aplicadas dirigiéndose al ascensor entre varios grupos de estudiantes que esperaban para entrar en clase de prácticas de laboratorio. Los pasos de Rosalía sonaban fuertes y decididos en las baldosas pulidas del vestíbulo, no solo por su manera rápida de andar y por su constitución, que algunos calificarían como sólida, sino por los altos y anchos tacones de sus zapatos. Era morena con el pelo hasta los hombros, los días que decidía llevarlo suelto en vez de recogido en un moño, que era su peinado habitual. Con unos cuarenta años, tenía un buen tipo y figura proporcionada dentro de su estatura mediana. Por su manera de vestir era evidente que manejaba dinero, aunque nadie en el departamento sabía si tenía recursos ajenos al trabajo o se echaba encima la mitad de su sueldo de catedrática. Su preferencia eran los trajes de chaqueta, de los

que tenía una colección que incluía todos los colores imaginables, y los bolsos, de una calidad que saltaba a la vista.

En el segundo piso empujó una puerta en la que un cartel informaba del acceso a la Dirección y a la Secretaría del Departamento. Entró en la Secretaría, donde dos mujeres comentaban algo delante de la pantalla de un ordenador y sin apenas mirarlas preguntó.

—Buenos días. ¿Ha llegado el profesor Cañamero?

—Sí, está en su despacho.

Sin más preguntas Rosalía entró sin llamar en la habitación en la que un rótulo indicaba "Sr. Director de Departamento" y que se comunicaba con la Secretaría.

La más joven de las dos mujeres que estaban en la Secretaría, una rubia con pelo largo y pantalones vaqueros, dijo entre dientes sin dejar de mirar a la pantalla del ordenador.

—Cada día me cae peor.

—Me parece que eso no le interesa a nadie —le contestó su compañera, una mujer en los cincuenta con el pelo gris—. ¿Por qué no sigues a ver si encuentras el archivo?

—Si me dieras una pista de en dónde diablos lo has metido. ¿No te acuerdas como lo has llamado?

—Supongo que se llamará algo así como "convenio" o "cooperación" o algo parecido. Es un anteproyecto que ha escrito el jefe sobre la cooperación con una empresa. Ahora quiere corregir algo.

—¿Cómo se llama la empresa?

—No soy tan tonta, ya he mirado por el nombre de la empresa y todo lo que se le parece, y no está.

En ese momento entró en la Secretaría un chico joven con el pelo rizado y una camiseta no muy limpia con la inscripción "University of North Carolina" en el pecho.

—Hola. ¿Está el jefe?

—Sí. Pero está con Lola Flores —contestó la secretaria más joven —. Llama fuerte antes de entrar.

—Me encantas, Marga. Ya veo que aspiras al premio de la secretaria discreta y fiel de este año.

—Y tú al del becario más pelota del quinquenio.

—No vengo a hacer la pelota, sino todo lo contrario. Vengo con el presupuesto de la reparación del equipo de resonancia.

—¿Qué? —dijo Marga abriendo exageradamente los ojos—. ¿Lo habéis roto otra vez?

—No hemos roto nada. Esa maravilla es un cacharro que está

parido con los pies.

—Me extraña, lo ha escogido el jefe personalmente. Yo creo que es un caso de malos tratos...

—Si me permitís interrumpiros —dijo la secretaria de más edad —, podemos aprovechar que está Mariano aquí para que nos localice el documento que no encontramos. Como es un genio de la informática...

—No hace falta que le des coba Maribel —interrumpió Marga—, en realidad le hacemos un favor dejándole manejar un poco nuestro ordenador. Ahora nos buscará el documento, pero primero quiere enseñarle el presupuesto al jefe. ¿Cuánto es?

—Casi veinte mil euros con el IVA.

—¡Pasa, pasa al despacho! A ver que te dice.

—Prefiero contárselo cuando esté solo. Ya vendré luego.

—No seas iluso. ¿Te crees que ella no se va a enterar?

—Eso es cosa mía. Yo prefiero venir luego. Ahora dime que os pasa con el ordenador.

—He guardado un documento importante que ha redactado don Juan Antonio —dijo Maribel— y ahora lo necesita para cambiar algo y no lo encuentro.

—¡Déjame! —dijo Mariano, sentándose delante del ordenador—. ¿Cómo se llama el documento?

—No se acuerda —contestó Marga—. Lo hemos buscado con cincuenta nombres distintos y no aparece.

—¿Seguro que lo has guardado? A lo mejor lo has borrado sin darte cuenta,

—Algo raro debo haber hecho, pero estoy segura de que lo he guardado.

—Vale. Dame alguna pista. ¿Cómo es de largo más o menos? ¿De qué trata?

—Era una especie de borrador de un convenio entre la Miguel de Cervantes y una empresa de energía, Creo que Iberenergía, pero sobre todo el documento trataba sobre unas sociedades.

—Bueno, ahora necesito que me dejéis un poco tranquilo para ver que consigo del ordenador. Podéis iros a hacer vuestro tercer desayuno de funcionaria para que yo pueda trabajar.

—Ya hemos desayunado. Y con una vez nos basta. Nos vamos a fotocopiar todo este trabajo que nos ha dado el jefe.

Marga cogió una carpeta y dijo:

—Vamos Maribel. Tenemos que hacer varias copias de todo esto y clasificarlas para enviar por correo. Hasta luego Mariano. Procura no romper nada.

Una vez en el pasillo, siguió comentando.

—Seguro que lo encuentra. Sabe un montón de ordenadores y además es muy majo.

—Sí. Ya he visto que se te cambia la cara cuando el niño entra en la Secretaría. Por cierto que viene cada dos por tres con cualquier pretexto.

—¡Que va! Ha venido a traerle la factura al jefe. Eso no es un pretexto.

—Ya. Pero otras cincuenta veces necesita un lápiz, la grapadora o cualquier otra cosa. Por cierto que el joven informático no creo que sepa exactamente como se usa un lápiz. Se cree que necesita un disco de arranque.

—No te metas con el joven informático, que es el que te va a sacar del apuro con el jefe.

Mientras Mariano se concentraba con el ordenador de la Secretaría, Cañamero y Rosalía Sanmartín charlaban en el despacho.

—Me da lo mismo que Salvatierra sea un gilipollas o no —decía Juan Antonio— no tiene nada que hacer. Vamos a sacar adelante a Guzmán aunque no le guste.

—No sé si estas un poco paranoico. Supongo que a Salvatierra le tiene sin cuidado el tema de la cátedra de aquí. No se presenta ningún candidato amigo suyo y probablemente considera un incordio que le haya tocado estar en el tribunal.

—El caso es que tiene bastante mala leche. Si le hubieras oído ayer en la inauguración... En cuanto le mencioné a Miguel Guzmán no dejó de soltar puyas. Ya sabes cual es su estilo.

—Sí, pero sigo creyendo que no nos va a estorbar para nada. Puede ser que diga alguna de las suyas durante la oposición, pero sin más trascendencia. En cualquier caso ahí estaremos nosotros para pararle los pies. Y los otros dos, en el caso que Salvatierra se ponga borde no tienen por qué seguirle el juego.

—No, claro. Lo lógico es que tengan en cuenta nuestra opinión para una cátedra de este departamento. De todas maneras la verdad es que no tengo suficiente confianza ni con Escobedo ni con la catalana para hacerles algún comentario, y no veo la cosa tan controlada como a mí me gustaría. Podíamos haber tenido más suerte en el sorteo.

—Sí. Eso es cierto. Sólo con que hubiera salido Pepe Jiménez de titular en vez de suplente de Salvatierra ya estaríamos tranquilos al cien por cien.

—¡Oye! —saltó Cañamero—. Eso sí que es una idea. Si

Salvatierra renuncia por algún motivo, entraría Pepe en el tribunal y ya estaría todo controlado.

—¿Y por qué iba a renunciar Salvatierra?

—No lo sé. Pero estoy seguro que preferiría no estar. A lo mejor, si encuentra un motivo... Habrá que pensarlo.

—Vale. De momento no veo que el tema sea para preocuparse mucho. Entiendo que Salvatierra te ponga nervioso porque es inaguantable, pero no nos va a dar problemas. Ahora tenemos otras cosas pendientes.

—¿Qué cosas?

—Primero: el congreso de Sydney. Esta semana termina el plazo para pagar la inscripción y hacer la reserva de hotel.

—Yo no pago inscripción porque soy del Comité Científico. ¿Has visto ya cuales son los hoteles disponibles?

—Sí. Hay varios cerca del Centro de Congresos. Por lo que dicen en el folleto del congreso, el Sydney Bay de cuatro estrellas, está muy bien.

—Muy bien, nos quedamos con el Sydney Bay entonces. Reserva una habitación.

—Ya sabes que prefiero reservar dos habitaciones.

—Rosi, eso es una ridiculez. Vamos a estar juntos. ¿Por qué vamos a tener dos habitaciones en un hotel de cuatro estrellas y utilizar solo una?

—No estamos solos en Sydney. Conocemos a un montón de gente. Aunque es un congreso de más de mil personas, nos vamos a encontrar continuamente con alguien conocido. Seguramente casi todos estarán en el Sydney Bay.

—¿Y qué? ¿Te crees que a la gente como Collins o Dufour les importa mucho si hay algo entre nosotros? Y de los pocos españoles que habrá ¿no pensarás que alguien no sabe lo nuestro?

—No. Lo sabe todo el mundo. Sobre todo por lo discreto que eres.

—Discreto ni nada. Cuando alguien pregunta por Marisa le digo que nos hemos separado, no es ningún secreto. Cualquiera que nos conozca ya sabe que estamos juntos.

—Sí. Si reconozco que tienes razón. Bueno ya me ocupo yo del hotel y de la inscripción del congreso

—Tenemos también que ver con calma el itinerario. A ver si este fin de semana lo estudiamos todo con el mapa y las guías en la mano. Me han dicho que lo típico es una escala en Balí y también visitar Malasia.

—¿ Balí no es de Malasia?

—No. Es de Indonesia. Es un viaje que se hace una vez en la vida y todo eso… Aunque sea un mito, creo que Balí, y toda esa zona en general, sigue teniendo un ambiente muy impresionante para un occidental. Creo que se llama la isla del amor, ¿no te suena eso?

—Después de lo que hiciste en aquella isla de Venezuela, isla Margarita creo que se llama, llamando a una fulana a nuestra habitación, no me fío nada de las cosas que haces cuando estás en una isla exótica.

—Sabes que estaba animado por el ron venezolano y aquellas mezclas que nos dieron. Ya lo hemos hablado antes y tú también estabas animadilla.

—A mí déjame, ya sabes que no me hizo ninguna gracia.

—¿Entonces para qué sacas el tema por enésima vez? Lo mejor es dejar lo de las islas para discutirlo el fin de semana. ¿Tenemos alguna cosa urgente más?

—No, que yo sepa. Me voy a mi despacho a trabajar un poco. Se supone que en Sydney vamos a presentar una comunicación y hay que prepararla. Además, tenemos que cuidar mucho la presentación teniendo en cuenta que tú estás en el Comité Científico.

—Vale. Nos vemos a la hora de comer.

—Sí —dijo Rosalía levantándose del sillón en el que estaba sentada delante de la mesa de Cañamero—. ¡Ah! —Añadió mientras se dirigía a la puerta—: A ver si se te ocurre algo para librarte de la tía antipática esa que tienes aquí.

—¿De quién? ¿De Marga?

—No te hagas el tonto. Ya sabes que sí. Será todo lo mona que quieras, pero tiene el colmillo más retorcido que nadie. Puedes mirarle muy bien las piernas, pero cuándo te haga alguna faena gorda ya me dirás si te compensa.

—¡Vale! ¡Vale!. No entiendo la capacidad de destrozaros que tenéis las mujeres.

—De destrozarnos, nada. Solo de abrir los ojos a los que no se enteran.

—Todavía no me he enterado de que te ha hecho concretamente.

—No me puede ver, y no se molesta en disimularlo.

—Ya veré si podemos hacer algo. La verdad es que es una buena secretaria y tampoco es fácil conseguir que trasladen a alguien.

—O sea, que no vas a hacer nada.

Rosalía salió del despacho mientras Cañamero cogía el teléfono y empezaba a marcar mientras comprobaba un número en su

agenda de mesa.

Una voz femenina le contestó inmediatamente

—Universidad Politécnica, Secretaría del Rector. Dígame.

—Hola, buenos días —dijo—. Quería hablar con el Señor Rector. Soy el Profesor Cañamero de la Universidad Miguel de Cervantes.

—El rector tiene una visita en este momento. No sé si puede atenderle. Perdone un momento.

—Sí, espero, muchas gracias.

Después de un par de minutos, cuándo empezaba a estar abstraído mirando unos papeles en su mesa mientras sostenía el auricular, le sobresaltó la voz del rector de la Universidad Politécnica de Castilla

—¡Juan Antonio!

—¡Hola Paco! ¿Cómo estás?

—Liado hasta el fondo. Acabo de despedir a una delegación de alumnos antirracistas y me espera otra comisión para tratar de la estabilidad y promoción interna del profesorado. ¿Qué me cuentas?

—Aquí en la Miguel de Cervantes vamos tirando, ya sabes tú bien lo que cuesta arrancar en una Universidad nueva.

—¡Qué me vas a decir a mí!

—Oye Paco. Te llamo para preguntarte por un catedrático vuestro, Manuel Escobedo, está en un tribunal de cátedra de aquí y me gustaría saber algo de él.

—Sí. Es un catedrático joven. Lleva aquí menos de un año. Parece un buen tipo, con ganas de trabajar. Está intentando montar un laboratorio de espectroscopia en la universidad y ha venido ya un par de veces a verme para que le ayude.

—Bueno, me alegra saber que es un tío serio. Se trata de una oposición a cátedra bastante importante. El candidato principal es Miguel Guzmán, que con el prestigio que tiene podría hacer mucho por la Miguel de Cervantes.

—Sí. Seguro que os echa una mano. No te preocupes que yo hablaré con Escobedo para que sepa de qué se trata el asunto. Ya sé que Miguel es un tío de primera fila y si consigues que vuelva a la universidad será un triunfo.

—Hombre yo te agradecería mucho si puedes hacer algo. Y por supuesto Miguel también.

—No hay ningún problema. Todavía me acuerdo más de una vez de los buenos tiempos.

—Nosotros también Paco. Bueno, un abrazo, y avísanos cuándo vengas a Madrid con un poco de tiempo.

—Sí, lo haré. Dale un abrazo a Miguel, y que vaya todo bien con

esa oposición. Ya lo celebraremos.

—Vale Paco. Ya te diré como sigue la cosa. Gracias y un abrazo.

En la Secretaría del Departamento, Mariano estaba completamente concentrado en la pantalla del ordenador mientras tecleaba. Cuando un nuevo texto llenó la pantalla, dio un suspiro de satisfacción y musitó:

—Aquí está el jodido documento.

Empezó a leerlo sin mucho detalle, solo para ver si aparentemente estaba completo, pero a los pocos segundos el documento corría sobre la pantalla mucho más despacio mientras Mariano continuaba leyéndolo.

—¡Jopé! —. Exclamó al poco tiempo.

La puerta se abrió y aparecieron Marga y Maribel.

—¿Qué tal va eso?— dijo Maribel.

—Aquí lo tienes. Ahora no lo vuelvas a perder. Parece un documento interesante.

—Tú con encontrarlo tienes bastante. No hace falta que lo leas. Muchísimas gracias. Me has arreglado el día.

—Ya te lo dije yo —intervino Marga—, este chico es un cielo.

—A vuestra disposición. A la hora del aperitivo nos tomamos algo en el bar para celebrarlo.

—Yo no sé si tendré tiempo, porque tengo varias cosas pendientes —dijo Maribel—. Celebradlo vosotros.

—Vale. Marga, ¿paso a la una?

—De acuerdo. Nos vemos luego.

Mariano, se dirigió a la mesa de Maribel.

—Maribel. Te dejo aquí el presupuesto de la reparación. No quiero interrumpir al jefe que estará ocupado. ¿No te importa pasárselo tú cuándo veas que es buen momento? Ya me dirás qué te dice.

—¡Ah! Me pasas a mí la papeleta.

—Es un pequeño favor. Seguro que tú sabes cuándo enseñárselo y echar un capote si hace falta.

—No has perdido el tiempo en cobrarte el trabajo con el ordenador.

—Lo dejo en tus manos. Hasta luego.

Mariano salió del despacho de las secretarias jugueteando con un disquete de ordenador que llevaba en la mano. Subió de dos en dos los escalones al piso superior en donde tenía su despacho, compartido con otros dos becarios que hacían su tesis doctoral, y donde estaban los laboratorios de investigación. Entró es el despacho abriendo la puerta de golpe.

—¿Quién te persigue? —le preguntó un doctorando que leía un libro con los pies encima de la mesa.

—Nadie. Yo tengo trabajo, por eso llevo prisa.

—¿Le has llevado el presupuesto al jefe?

—Estaba ocupado con Rosalía. He preferido dejárselo a Maribel para que se lo pase cuándo esté de buen humor.

—Yo creo que si está con Rosalía estará de buen humor. La tía está muy buena.

—Ánimo. Lánzate a por Rosalía. A ella le gustan los triunfadores y a ti solo te quedan dos años para leer tu tesis. A lo mejor tienes suerte.

—Mi mayor ilusión es cambiar de despacho en cuanto pueda —interrumpió una chica que, de cara a la ventana, trabajaba en un ordenador sin volver la vista hacia sus compañeros— y dejar de oír vuestras chorradas todos los días.

—Díselo a Ana Mari. Eres su discípula preferida. Seguro que te busca un sitio mejor, con ficus y todo como os gusta a vosotras —dijo Mariano—.

—Soy su única discípula. Y es una tía muy maja. Prefiero trabajar con ella que con vuestro gran sabio y Rosalía.

—¡Oye! ¡Oye, Eva!. Para el carro —dijo el otro becario—, que no hemos dicho nada de Ana Mari. A mí me cae muy bien.

—A mí también —añadió Mariano.

—Por cierto —dijo Eva—, Ana Mari quería hablar contigo. No sé si te ha visto, quiere que le expliques algo de como hacer una presentación utilizando el ordenador en vez del proyector de transparencias.

—No. No la he visto, ni me ha dicho nada. Yo se lo explicaré, es muy fácil. ¿Para qué quiere eso? ¿Tiene que dar alguna conferencia?

—No. Está preparando la oposición para la cátedra de aquí.

Los dos chicos se quedaron un momento en silencio, como sorprendidos, antes de que Mariano dijera.

—¿Qué dices? ¿Que Ana Mari se presenta a la cátedra de aquí? ¿Está chalada o qué?

—¿Por qué dices eso? Ana Mari tiene un curriculum muy bueno y además da muy bien las clases.

—Ya lo sé. No lo digo por eso. Esa cátedra está más que preparada para un amigo del jefe. Él y Rosalía están en el tribunal.

—Yo no sé nada de eso. Sólo me ha dicho que está preparando la oposición y que tiene mucho más trabajo del normal.

—Yo sí he oído algo — intervino el chico de los pies encima de

la mesa—. Parece que la Cátedra está pensada para un tal Guzmán, que es profesor titular en excedencia porque ha estado en política y ahora dirige una empresa importante.

—Y tan importante. Nada menos que Iberenergía —dijo Mariano.

—Eso. Iberenergía. El caso es que Guzmán es un tío de primera fila y además piensa traer inversiones importantes de la industria a la Miguel de Cervantes. Quieren crear un laboratorio conjunto con la industria, pero aquí en el campus y con gente de la universidad. Eso nos beneficiaría a todos nosotros.

—Vaya politiqueo —dijo Eva—. Todo está muy bien, pero yo prefiero que gane Ana Mari.

—Probablemente ni siquiera se presente en cuanto se entere de qué va la cosa —contestó su compañero—. Además, encima de hacer el ridículo, Cañamero se va a cabrear con ella si intenta meterse por medio.

—No sé por qué iba a hacer el ridículo.

—Porque en una oposición tienes que responder a las preguntas del tribunal. Y puestos a mala leche, te las pueden hacer pasar canutas si se empeñan. Por eso te apuesto lo que quieras a que Ana Mari cambia de opinión.

—Bueno —interrumpió Mariano—, yo opino lo mismo que David, que Ana Mari lo tiene crudo. De todas maneras por mí que no quede. Voy a ver que es lo que necesita que le explique sobre la proyección.

Más tarde, Eva trabajaba en el laboratorio de pie delante de un armario modular que contenía distintos instrumentos. El laboratorio en el que Eva hacía los experimentos para su tesis doctoral era una habitación amplia, pero tan bien aprovechada que había poco sitio para moverse. En el centro, había un aparato formado por numerosos tubos relucientes de acero inoxidable varios de los cuales estaban acoplados a una cámara, también metálica y de un metro de altura. En la cámara, unas ventanas, como pequeños ojos de buey de un barco, permitían observar su interior. Del aparato, salía una maraña de cables que en su mayor parte estaban conectados a los módulos en los que trabajaba Eva, y en los que una serie de luces piloto y números rojos o amarillos en pequeñas pantallas cambiaban continuamente. También había varios ordenadores conectados a todo el sistema. Había algunas mesas abarrotadas de papeles, carpetas, folletos y libros de instrucciones de los distintos instrumentos y otras con algunos pequeños aparatos

de medida y trozos de cable, herramientas, un soldador y otros objetos aparentemente menos relacionados con las medidas físicas que allí se realizaban, como latas vacías de coca-cola, periódicos universitarios de difusión gratuita, dos o tres tazas de café... En la única pared sin armarios ni cuadros de conexiones eléctricas, un póster de James Dean con sombrero vaquero y otro de Tom Cruise con el pelo alborotado y la camisa abierta, parecían presidir el laboratorio.

Se abrió la puerta y una mujer con gafas, de unos cuarenta años, con una blusa y pantalones vaqueros entró en la habitación. Era delgada, pálida y bastante baja, de manera que la abultada carpeta que llevaba bajo el brazo parecía casi tan grande como ella.

—¿Estás ahí, Eva? —dijo al entrar.

—Estoy aquí —dijo Eva, a la que no se le veía desde la puerta, oculta detrás de los aparatos

—Hola —dijo la recién llegada asomándose dónde estaba Eva—. ¿Qué tal?

—Hola, Ana Mari. No muy bien. He metido una muestra pero ahora lleva ya dos horas y el vacío no mejora.

—Probablemente tienes que abrir otra vez la campana y revisar la junta. ¿Baja despacio o está estable?

—No. No mejora desde hace una hora por lo menos.

—Me parece que tendrás que empezar de nuevo. ¿Tienes los resultados de ayer?

—Sí. Eso sí. Los tengo en el ordenador. Ahora te los enseño. No tienen mala pinta.

—Vamos a verlos. Espera que suelte esta carpeta en algún sitio. Acabo de fotocopiar unos artículos y creo que hay algunos que te pueden interesar.

Ana Mari miró a su alrededor para dejar su carpeta, sin encontrar ningún sitio libre y dijo sin cambiar el tono de la conversación:

—Tienes esto hecho un asco. Ya te he dicho el otro día que lo arregles un poco. Estoy luchando en casa para que mis dos monstruos tengan su cuarto un poco ordenado y, cuándo me logro escapar a la facultad, me encuentro aquí con el mismo problema.

—Ya he planeado hacer limpieza el viernes. Si se arregla este problema del vacío, claro. Mira lo puedes dejar aquí —añadió, mientras quitaba un montón de periódicos viejos de una mesa y lo dejaba en el suelo.

Ana Mari dejó su carpeta en la mesa y las dos se sentaron delante de una pantalla de ordenador mientras Eva lo conectaba.

—Por cierto —dijo Eva—, ¿Te ha visto Mariano? Ha ido antes a buscarte para eso del proyector

—Sí. Hemos quedado para que me lo enseñe mañana con calma.

—Oye, Ana Mari, yo no entiendo nada de eso, pero David y Mariano, sobre todo David, estaban comentando antes sobre la oposición esa a la que te vas a presentar.

—¿Qué dice David?

—Bueno... ya sabes que David va de listo por la vida, aunque la mitad de las veces no sabe de qué habla.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué es lo que cuenta?

—Dice que la cátedra esa está ya dada a un tal Guzmán que es un tío muy bueno, con influencias y además amigo de Cañamero y de Rosalía.

—Más o menos eso no es nuevo. Quiero decir que la pareja va a intentar traer a su amigo. Son de la misma cuerda.

—Sí, pero dicen que además de que van a apoyar a Guzmán, se van a cabrear contigo si te presentas y que luego, además de no sacar la cátedra, vas a tener problemas con ellos.

—Eso no lo sé y tampoco creo que David sepa lo que piensa Cañamero. A mí, ni Cañamero ni Rosalía me han dicho nada, aunque saben que soy una de las candidatas admitidas.

—Bueno, yo te lo digo para que lo sepas. A lo mejor te conviene estar preparada por si Cañamero te dice algo. Tienes que saber qué le vas a contestar.

—No creo que me diga nada, pero diga lo que diga yo me voy a presentar. Llevo ya tiempo preparándome. Bueno, todavía falta bastante para la oposición y hay que seguir trabajando. Vamos a ver esos resultados que has sacado ayer.

3
DISTANCIAS CORTAS

El despacho de Nuria Planas en la Universidad Científica de Cataluña estaba en lo que se llamaba “parte vieja” de la Facultad de Ciencias que, aunque no se trataba de un edificio vetusto, no se podía comparar con la ampliación que se acababa de construir para absorber el enorme crecimiento que había tenido la facultad en los últimos años. El lavado de cara, en realidad una mano de pintura, que se había dado a la parte vieja coincidiendo con la inauguración de la ampliación, no podía ocultar su aspecto anticuado. Techos altos y un número insuficiente de tubos fluorescentes, ventanas con marcos de hierro pintados y repintados a lo largo de los años, baldosas desgastadas y puertas anticuadas de las que era difícil encontrar dos con los picaportes iguales. Cuando se discutió en la facultad sobre la distribución de los nuevos locales se llegó al acuerdo que en la parte nueva se instalarían los laboratorios de investigación ya que requerían instalaciones eléctricas modernas, circuitos cerrados de refrigeración para los aparatos, conducción de gases etc. Por eso se acondicionaron los laboratorios y los despachos de los profesores y doctorandos que realizaban en ellos su investigación. Nuria era la catedrática más antigua del Departamento de Tecnologías Físicas, pero distaba mucho de ser la más popular entre el profesorado, especialmente entre sus compañeros de departamento.

A la hora de decidir quién se trasladaba a la parte nueva, estuvo claro para todo el mundo que Nuria se quedaría en su despacho de siempre. A esta decisión colectiva contribuyó el hecho de que su última investigación de la que se tuvieran noticias era su tesis doctoral que había presentado unos treinta años antes bajo la dirección de la que ella llamaba su maestro: D. Joaquim Casals. El profesor Casals, se las había arreglado pocos años antes de jubilarse para conseguir que Nuria obtuviera una cátedra y premiar así la lealtad de su colaboradora, manifestada en cosas tan variadas como sustituirle en todas las clases que hiciera falta, preparar el café de media mañana o recordar al resto del personal el día de su santo.

Cuándo se jubiló D.Joaquim, Nuria dio por supuesto que ella, como antigua mano derecha del maestro, sería su sucesora y se le

reconocería una autoridad moral en el departamento. Sin embargo, acostumbrada al estilo jerárquico de D.Joaquim, no se supo adaptar, de hecho ni se le pasó por la cabeza tal cosa, a los nuevos tiempos y, lo que era más importante, a las nuevas leyes universitarias, y chocó enseguida con casi todos los profesores del departamento. La mayoría de los profesores más jóvenes realizaban una investigación activa con contactos internacionales, publicaciones y congresos y no estaban dispuestos a que una nulidad científica como Nuria les mirara por encima del hombro, ni mucho menos les diera instrucciones. Como reacción, Nuria empezó a descalificar siempre que tenía oportunidad, a los profesores que realizaban investigación científica ya que, según ella, descuidaban la docencia, que era para lo que estaban allí. Eso no aumentó su popularidad entre sus compañeros, que pensaban que además de investigar daban las clases mucho mejor que Nuria. Para colmo, en un esfuerzo en concentrarse en sus clases, Nuria las complicaba cada vez más y ponía exámenes más rebuscados y difíciles por lo que terminó por hacerse negativamente famosa entre los alumnos.

A sus más de sesenta años, apenas se trataba con otros miembros del departamento con los que tenía muy poco en común. El que no le hubieran asignado un sitio en la parte nueva contribuía un poco más a ese aislamiento. Su despacho, aunque espacioso, era bastante destartalado con muebles viejos y evidentemente de distintas procedencias. Las estanterías estaban rebosantes de papeles, carpetas y montones de exámenes de años anteriores. No había muchos libros, ni muy nuevos. La decoración, consistente en un cuadro con una foto de D. Joaquim, un póster de la Semana Santa de Murcia representando una talla de un Cristo y otro póster con una vista de los Campos Elíseos, no contribuía a animar el recinto.

Ella no se encontraba a disgusto en ese despacho, que había sido el de D.Joaquim, pero hubiera preferido pasar a ocupar otro en la parte nueva, con aire acondicionado y muebles modernos. Nunca había pensado que le harían la faena de dejarla allí con el pretexto de que la ampliación estaba sobre todo dedicada a los laboratorios de investigación. De todas maneras, allí estaba cerca de Pilar y Concha, las dos profesoras de matemáticas con las que solía tomar café por las mañanas y algunas veces también una caña o un fino a la hora del aperitivo.

Precisamente era casi la hora del café, las once, después de haber dado su clase de las nueve y media. Por lo menos le habían respetado su hora de clase de siempre, la que daba D.Joaquim a las nueve y media, que era la más cómoda. Se encontraba en su sillón,

delante de la mesa escritorio, haciendo un poco de tiempo antes de ir a buscar a sus amigas. Con sus gafas de gruesa montura negra miraba algunos de los papeles que tenía encima de la mesa, con expresión aburrida. Nuria tenía casi siempre un aspecto serio, marcado por las anticuadas gafas y una manera sosa de vestirse basada en rebecas y faldas de tonalidades oscuras. No recibía mucho correo y la carta de la Universidad Miguel de Cervantes comunicándole que formaba parte del tribunal de cátedra, había sido un acontecimiento para ella, aunque no estaba dispuesta a reconocerlo.

—¡Vaya faena! —había dicho a sus amigas—. Tener que ir a Madrid y perder días, o Dios sabe cuanto tiempo, en un tribunal de oposición,

En realidad la oposición tenía para ella varios incentivos. Un viaje y estancia pagados, unas dietas que, aunque modestas, nunca vienen mal y sobre todo la sensación perdida de que su opinión podía ser importante. Por eso leía otra vez la carta con su nombramiento como miembro del tribunal, aunque se la sabía de memoria, y pensaba si debía llamar al presidente Rodríguez Cañamero o esperar a que se pusiese en contacto con ella para hablar de las fechas más adecuadas para todos.

Manuel Escobedo llamó a la puerta del director de su departamento en la Universidad Politécnica de Castilla y entró casi inmediatamente junto con José María, un profesor que le acompañaba.

—Hola Carlos. ¿Vienes a tomar café?

Carlos Montes dejó de teclear en el ordenador y se levantó inmediatamente.

—Sí, ya va siendo hora de hacer una pausa.

Carlos había sido uno de los primeros físicos en incorporarse a la Universidad Politécnica cuando se fundó unos años antes y se había preocupado de que las nuevas plazas de profesorado se fueran ocupando por gente competente y con ganas de trabajar. De ésta manera había conseguido que se creara el Departamento de Tecnologías Físicas, que era uno de los más activos y prestigiosos de la universidad. Escobedo era una persona brillante profesionalmente y de trato agradable que a sus treinta y cuatro años era ya catedrático. Desde su llegada había compaginado muy bien con Carlos, que era diez años mayor que él, y con José María otro profesor amigo de Carlos, que le habían apoyado siempre en todo. Mientras iban a la cafetería empezaron a charlar.

—Necesito que me expliquéis algo —dijo Escobedo—. He recibido hace un par de días una carta de la Miguel de Cervantes en la que el rector me nombra para un tribunal a cátedra.

—Sí —contestó Carlos—. Eso es que has salido en el sorteo. Ya sabes como es, tú también has opositado.

—Sí, eso ya lo sé, lo que no sé es como funciona a partir de ahora.

—Lo normal es que te llame el presidente del tribunal para acordar unas fechas que les vayan bien a todos. ¿Quién es el presidente?.

—Se llama Rodríguez Cañamero. No le conozco.

—Ni falta que te hacía. ¡Vaya tipo!

—¿Qué pasa con él?

—Nada que te afecte de momento. Es el típico ex progre que mangonea todo lo que roza sin ningún disimulo. Yo no le puedo ver.

—No, ya. Eso ya lo noto. No tengo ni idea de cómo se presenta esa oposición.

—Estando Cañamero por medio te puedes encontrar con cualquier cosa. ¿Sabes cuantos candidatos hay?

—No. No se nada. Hasta ahora lo único que tengo es la comunicación nombrándome miembro del tribunal.

—No te preocupes. Ya te llamará Cañamero y de paso te informará de quién es su candidato. Si quieres puedes llamarle para tener una idea de cuándo piensa hacer la oposición y de cuantos candidatos hay. Eso es importante para programarte un poco. Cuantos más haya, más tiempo vas a tener que estar en Madrid.

—Supongo que el viaje y el hotel te lo pagan.

—Sí, eso sí. Y también unas dietas más bien pequeñas. Si no has estado nunca en un tribunal de oposición, lo que más te interesará probablemente es la experiencia de ver las cosas desde el otro lado. Normalmente es mucho más relajado que opositar.

—Sí, normalmente. No siempre —intervino José María—. En una oposición que yo estuve en Andalucía, un grupo de amigos del candidato que perdió, abucheó al tribunal y se oyó algún que otro insulto.

— No creo que eso te quitara el sueño.

—No. Lo que me quitó un poco el sueño es no poder darle una bofetada a alguno de aquellos tipos. Pero claro, quedaría muy raro si el tribunal y los espectadores acaban a guantazos.

—Con eso sí que hay que tener cuidado. Más de una vez te dan ganas de soltarle un guantazo al típico cabrito que no hace más que

jorobar en todas las juntas, reuniones, comisiones y demás. Pero como pierdas los nervios un día pasas a formar parte del anecdotario de tu universidad para toda la vida.

—Te refieres a darle una bofetada a Martínez—contestó Escobedo—.

—Exacto. Es una de mis fantasías.

—De todas maneras—dijo José María—, en esta universidad todavía no tenemos la anécdota de dos profesores enzarzados a golpes.

—¿Sugieres que le sacuda a Martínez, para no ser menos que otras universidades con más solera? — contestó Carlos.

—No de momento estamos bien así. La anécdota que más me gusta de esa clase es la de aquella oposición de Medicina.

—¿Qué historia es esa? —preguntó Escobedo.

—Es de oposiciones —dijo José María—. Parece que un miembro del tribunal se cabreó con otro por que no le había dejado sacar a su candidato. Tuvieron una discusión en el despacho y el tío cabreado agarró al otro por la chaqueta y empezó a pegarle o le amenazó con partirle la cara, no sé exactamente. El caso es que el agredido le decía "¡Pega si quieres! Pero ¡Por favor! No recetes, que es peor."

Mientras se reían y contaban alguna otra anécdota de oposiciones a cátedra, pidieron sus cafés en la barra del bar.

—Bueno, Manolo —dijo Carlos a Escobedo—, ya veremos si Cañamero acaba agarrándote por el cuello para partirte la cara al acabar la oposición. ¡Pórtate bien! Es un tío grande y fuerte y a veces le he visto muy enérgico.

—Ya me estáis acojonando con estas historias. Yo soy persona pacífica y no voy a pegarme con nadie.

—No, hombre. Es broma. Yo no me he encontrado con ninguna situación violenta cuando he estado en una oposición.

—Vale. Eso me tranquiliza.

—También es verdad, que nunca he coincidido con Cañamero... —añadió Carlos.

Luis Salvatierra estaba terminando de corregir un artículo que había escrito, junto con dos colaboradores de su grupo de investigación, y enviado a una revista americana, cuyo editor se lo había devuelto pidiéndole una nueva versión modificada para aclarar algunos detalles. A pesar del retraso en publicar su trabajo, estaba contento con el resultado final porque se trataba de una de las revistas más prestigiosas en Física. Esa publicación se sumaría a

las otras muchas que le habían dado un cierto reconocimiento, especialmente a nivel internacional. Una llamada a su puerta le interrumpió.

—¡Adelante!

La puerta se abrió un poco y la cara sonriente de Cristina, la alumna de las preguntas, se asomó por ella.

—¡Hola! ¿Se puede? Quería preguntarle unas dudas, si tiene un momento.

Aunque Salvatierra tenía pensado acabar el artículo esa misma mañana y enviarlo para dar el asunto por terminado, no le importó la interrupción. No era frecuente que los alumnos vinieran a su despacho a consultar dudas, y no le importaba nada atenderles cuando venían. Por otra parte, estaba un poco atrancado con la redacción del último párrafo del artículo y no le vendría mal una pausa.

—Sí, pasa, pasa.

Cristina venía con un abrigo y un gorro de lana que dejaba salir una melena morena casi hasta los hombros. Traía una cartera bajo el brazo.

—¡Vaya tiempo hace! Si no le importa, me voy a quitar el abrigo. Tengo varias preguntas.

—Sí. Déjalo ahí, en ese perchero.

Cristina dejó su cartera encima de la mesa de Salvatierra y se quitó el abrigo y el gorro. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto y un pantalón oscuro. Sacó unas hojas de su cartera y un rotulador.

—Me he hecho una lista de preguntas para no olvidarme. Si no tiene tiempo para todas, me lo dice y vengo otro día.

Salvatierra estaba sentado en su sillón detrás de su mesa, y Cristina se sentó en una de las dos sillas para visitas que estaban delante.

—De momento tengo tiempo. Dime.

—Una es sobre la pregunta que le hice en clase la semana pasada. Me dijo que tenía prisa y que viniera a verle.

—Sí. Lo recuerdo. Pero no me acuerdo cuál era el problema.

—Se trataba de la onda electromagnética que atraviesa dos medios y de los problemas matemáticos que hay para describir lo que pasa en la superficie de separación. No he entendido lo del coeficiente de reflexión.

—¡Ah! Sí. Ya me acuerdo. Lo que pasa es que la fracción de energía incidente reflejada en la superficie de separación se supone pequeña.

—Sí. Pero luego habló de disipación en la superficie.

—Pero es otro fenómeno distinto. Esa disipación, es un problema de tipo técnico relacionado con la manera material en que acoplamos los dos medios. No he entrado en detalles de cuales son los mecanismos de disipación de energía y me he limitado a englobar todo eso en el coeficiente de disipación que he llamado sigma.

—¡Ah! Ya veo. No me había enterado de lo que es la sigma. El cálculo en dónde aparece por primera vez no lo he entendido. No sé si he tomé bien los apuntes.

Cristina tenía un gran cuaderno, que evidentemente era su cuaderno de apuntes de clase, abierto por una página en la que señalaba unas fórmulas con el dedo.

—A ver, déjame ver.

Cristina le pasó el cuaderno y él empezó a leerlo.

—No veo lo que dices. ¿Qué fórmula es?

—Aquí, mire.

Intentó señalar algo en su cuaderno incorporándose un poco en la silla, pero el escritorio era demasiado ancho para que ese gesto sirviera de algo. Se levantó del todo y rodeando la mesa se puso detrás del sillón de Salvatierra y, apoyándose en el respaldo puso un dedo sobre el cuaderno.

—Me refiero a ésta demostración.

—Sí. Vamos a ver. Lo que tienes aquí es la fórmula de la densidad de energía incidente —dijo Salvatierra, como hablando para sí mismo mientras leía— que luego la transformamos cuándo la radiación penetra en el segundo material...

—Una cosa que no entiendo —dijo Cristina— es si se refiere a densidad de energía en superficie o en volumen.

Al hablar, se acercó más hacia la mesa de manera que al inclinarse desde detrás su cabeza casi tocaba la de Salvatierra.

—En superficie. La fórmula corresponde a unidad de superficie.

Salvatierra notó la cara de Cristina tan próxima a la suya que los pelos de su melena le rozaban la mejilla. Apartó ligeramente la cara mientras continuaba hablando.

—¿Ves? Al penetrar en el segundo material tenemos en cuenta la conservación de la energía. Aquí, en ésta fórmula... —La cara de la alumna volvía prácticamente a rozarle y empezaba a sentir que la calefacción de su despacho estaba un poco fuerte— ... es en donde añadimos el término que contiene sigma como factor de disipación.

El hombro de la alumna estaba apoyado sobre el suyo mientras seguía las explicaciones que le iba dando sobre el cuaderno. Salvatierra se incorporó recostándose en el respaldo del sillón

mientras decía:

—Lo mejor es que lo veamos allí en la pizarra, así podemos escribir más cómodamente.

Señaló a una pequeña pizarra de plástico blanco colgada en una pared del amplio despacho y que estaba llena de fórmulas y gráficos hechos con rotuladores de colores. Fueron hasta la pizarra dejando el cuaderno de apuntes en una mesa auxiliar que había a un lado. Después de borrar lo que había en la pizarra, Salvatierra cogió un rotulador y empezó a escribir.

—Bueno. Lo que estábamos aplicando era el principio de conservación de la energía —dijo mientras escribía unas fórmulas.

Cristina detrás de él atendía a la explicación y en un momento dado se acercó para señalar un símbolo.

—¿Esto qué representa?

—Es la constante de atenuación del segundo medio.

—Ah, sí. La hemos utilizado antes.

Después de la pregunta, Cristina no se volvió a dónde estaba antes sino que permaneció muy próxima a Salvatierra. Miraba a la pizarra por encima del hombro del profesor, tan cerca que hubiera podido apoyar en él la barbilla. Luis Salvatierra continuó hablando y aunque se movía un poco delante de la pizarra durante su explicación, la distancia entre Cristina y él no cambiaba. En un momento en que se quedó quieto dudando ante una fórmula y el despacho quedó en silencio, notó el contacto del cuerpo de Cristina sobre su espalda. Evidentemente no se trataba de un roce o de un tropiezo casual, sino de un movimiento deliberado. Se había acercado y aunque la cabeza continuaba asomándose por encima de su hombro, Cristina se había adaptado a él haciendo una clara presión de medio cuerpo hacia arriba. Salvatierra perdió el hilo de lo que estaba diciendo y el silencio continuó. La situación hubiera cambiado sólo con que Salvatierra hubiera dicha algo o se hubiera movido, cambiando de posición en cualquier sentido, a un lado u otro o unos centímetros hacia delante, aunque no tenía mucho sitio para moverse entre Cristina y la pizarra. Pasaron unos segundos en los que Salvatierra miraba la última fórmula que había escrito como si siguiese pensando en ella y esperara sacar alguna conclusión transcendental de su observación. No veía a Cristina, que estaba a su espalda, y por tanto no sabía si también miraba a la fórmula o no miraba a ningún sitio. Sólo sentía su contacto y su calor sobre su espalda. Sin saber por qué, en vez de apartarse hizo una ligera presión con su cuerpo apoyándolo contra el de Cristina. Como si temiese perder el equilibrio y necesitara aplicar una fuerza

en dirección contraria a la de Cristina. Sin embargo, todo era suave y controlado. No era ni mucho menos la resistencia que se ejerce en un vagón de metro lleno de gente cuándo se recibe un empujón desde un lado y uno responde con firmeza para no provocar una pequeña avalancha. En el silencio sólo se oían las dos respiraciones en esa escena en la que las manos no intervenían. Salvatierra tenía el rotulador en una mano y el otro brazo estaba colgando, y los brazos de Cristina estaban a lo largo de su propio cuerpo. Los dos aumentaron suavemente la presión en direcciones contrarias—sentidos contrarios dirían si trataran de describir lo que sucedía en términos físicos—, Salvatierra echándose hacia atrás y Cristina manteniendo su presión. Si uno de ellos se hubiera separado de pronto, sin duda que el otro se hubiera caído al suelo al desaparecer la resistencia que encontraba. En cierto sentido esa dependencia mutua les daba una sensación de intimidad o de unidad entre los dos. Se quedaron como una estatua unos segundos o minutos. Nadie contó el tiempo.

Sin moverse ni un milímetro, Cristina dijo en voz baja:

—Me gusta esa fórmula sobre el paso de energía entre dos cuerpos en contacto.

Salvatierra contestó, también sin moverse:

—Esa fórmula sólo vale para la energía electromagnética. No se aplica siempre.

Se oyó a Cristina soltar el aire en lo que debía ser una risa contenida y al mismo tiempo, como puestos de acuerdo, se separaron. Salvatierra dijo todavía delante de la pizarra llena de fórmulas:

—¿Está ya clara esta demostración?

—Sí, ya he entendido todo sobre esto. Tengo todavía otras dudas, son más cortas. Sólo algunos detalles que no sé si tengo bien en los apuntes.

—Creo que será mejor que me lo preguntes en otro momento. Ahora se ha hecho un poco tarde.

—Sí, claro. Vengo otro día, pero sólo faltan poco más de dos semanas para el examen y me estoy estudiando todo estos días. Si no le importa, vengo la semana que viene con todas las preguntas pendientes. Esta es la última semana de clase antes de los exámenes.

La asignatura que impartía Salvatierra en la clase de Cristina era cuatrimestral, empezaba en octubre y terminaba en enero. Poco después, a lo largo de febrero se celebraban los exámenes. Ahora estaban a mediados de enero, prácticamente acabando el curso y,

era en esta época cuándo la mayoría de los alumnos iban a consultarle las dudas de los últimos días, muchas veces incluso el día antes del examen. Cristina, por el contrario, había sido muy regular con sus preguntas a lo largo del curso y evidentemente había estado al día, sin dejar la preparación del examen para el final. Sin embargo, hoy había sido la primera vez que había venido al despacho con sus dudas, ya que habitualmente se dirigía a él al terminar la clase.

—Muy bien. ¿Estás bien preparada?

Contestó, poniendo su habitual sonrisa amplia.

—Creo que sí. Por lo menos lo intento. Me gusta esta asignatura y eso ayuda a estudiarla.

Mientras la alumna se ponía su abrigo y recogía sus papeles para guardarlos en la cartera, Salvatierra se giró hacia dónde tenía su ordenador, en la mesa en forma de L, y empezó a mirar en la pantalla lo que había escrito antes de que viniera Cristina, aunque sin poder concentrase en nada. Delante de la mesa, Cristina seguía ordenando sus cosas y luego empezó a arreglarse el pelo para ponerse el gorro de lana. Más que leer el texto, Salvatierra inconscientemente se distraía con el reflejo de la chica en su pantalla. Por fin terminó de recoger.

—Bueno, pues muchas gracias. Hasta luego.

—Adiós —dijo Salvatierra, empezando a teclear en el ordenador.

Cristina se dirigió hacia la puerta, pero se quedó un momento sin abrirla. Luego se volvió.

—Señor Salvatierra.

—¿Sí? —dijo Luis y se giró hacia ella.

Ahora la sonrisa estaba sólo a medias, como indecisa.

—Perdone.

—Está bien, Cristina.

Sonrió del todo, y salió del despacho.

Salvatierra intentó continuar con la corrección de su artículo, pero se encontraba descentrado y aunque miraba a la pantalla estaba pensando en el episodio que acababa de ocurrir. Estaba nervioso con una mezcla de sensaciones, la de haber hecho el idiota y la agradable de la proximidad que había tenido con su alumna. Afortunadamente, pensaba, lo que ha ocurrido es una cosa mínima. Yo estaba explicando en la pizarra y nos hemos rozado, o se ha apoyado en mí en un gesto sin más trascendencia. De hecho ni ella ni yo hemos hablado de eso y hemos continuado la conversación como si nada. Eso es lo que ha pasado: nada. No hay que pensar en eso. En realidad, sí nos hemos dado por enterados. Al marcharse

ella se ha disculpado y yo sabía perfectamente de qué estaba hablando.

Decidió que no tenía la cabeza para continuar con la corrección del artículo y que lo mejor seria pasar a otra actividad que no le hiciera pensar demasiado. Cogió el teléfono y llamó a la secretaria.

—Maite. Creo que tenía usted unas cuantas cosas para firmar.

—¿Cómo que cree? Se lo estoy recordando desde antes de irse a Inglaterra y no hay manera de pescarle a usted. Está la tabla de previsión de profesorado que nos ha pedido el vicerrector, las facturas del proyecto con los franceses, varias hojas de inventario...

—Vale, vale —interrumpió Salvatierra— tráigalo todo.

—¡Todo! ¿Lo dice en serio?. Ahora mismo se lo llevo antes de que cambie de idea.

Maite entró en el despacho y se sentó delante de él con una serie de carpetas de plástico de distintos colores y le fue pasando documentos para firmar mientras le explicaba brevemente lo que eran. En esa actividad empleó casi una hora y cuándo la secretaria se fue con los expedientes, se puso a trabajar de nuevo con el ordenador, terminando al poco tiempo el artículo pendiente. Se recostó en su sillón con un gesto de cansancio pensando en ir a tomar café al bar de la Facultad y hacer una pausa, cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? ¡Diga!

—¡Luis! Hola, soy Juan Antonio Cañamero. ¿Qué tal?

—Bien. Aquí trabajando. ¿Qué cuentas?

—Oye, te llamo por la oposición de la que hablamos el otro día. La cátedra de aquí, de la Miguel de Cervantes.

—Sí, claro, no lo he olvidado

—Bueno, te llamo para concretar la fecha. Ya he hablado con el resto y os voy a convocar para el veintitrés de marzo, que es lunes.

Salvatierra cogió un calendario que tenía encima de la mesa y se puso a mirarlo mientras decía:

—Veintitrés de marzo... vamos a ver... Oye, Juan Antonio, a mí me vendría bien la semana siguiente, o la anterior. Es que la semana del veintitrés tengo una reunión en Bruselas a la que tengo que asistir forzosamente.

—Creía que estabas libre excepto a fin de marzo. Ya lo he organizado todo para esa fecha.

—Sí, eso te dije. Y la semana de la que me estás hablando es el fin de marzo. No tenía exactamente el calendario en la cabeza cuándo nos vimos en la inauguración.

—Ya. Yo te entendí que el treinta de marzo no podías.

—Bueno, lo puedes desplazar todo unos días.

—Es imposible, Luis. Rosalía y yo tenemos después el congreso de Sydney. Por cierto ¿vas a ir a Sydney?

—No —contestó Salvatierra impacientemente.

—Antes también tengo otros compromisos. Y además esa semana es cuándo los otros miembros del tribunal están disponibles. Lo mejor es que intentes cambiar tu reunión en Bruselas.

—No es una reunión que organizo yo. Me han convocado para esa fecha ya hace tiempo.

—Lo siento Luis, debe haber sido un malentendido con las fechas, pero el caso es que no tiene arreglo. A lo mejor puedes solucionarlo de alguna manera. La oposición va a ser muy corta porque sólo estará Guzmán de candidato.

—¿Sólo la ha firmado Guzmán?

—No. La han firmado tres o cuatro. No me acuerdo bien, pero ya tengo confirmación que sólo aparecerá Guzmán. No sé si te interesa renunciar y que pase el suplente en tu lugar.

Salvatierra pensó rápidamente. La reunión en Bruselas era bastante importante y no quería perdérsela. Le molestaba que Cañamero no hubiera contado con él a la hora de fijar la fecha de la oposición, pero por otra parte parecía que todo iba a ser una mera formalidad y su presencia en el tribunal no sería muy importante. Si renunciaba podría ir a Bruselas y tenía además la ventaja de no tener que colaborar en hacer catedrático a un tipo tan mediocre como Guzmán.

—Hombre. Me gustaría estar en el tribunal pero creo que efectivamente lo más práctico es presentar la renuncia. ¿Quién es mi suplente?

—La verdad es que no lo sé. Creo que Pepe Jiménez.

—Bueno, en cualquier caso yo voy a enviarle la carta de renuncia a tu rector y así podéis seguir adelante sin mí.

—Te lo agradezco, Luis. Siento que no puedas participar en el tribunal. Haz el favor de enviarme a mí, como presidente del tribunal, una copia de la carta para que pueda ponerlo todo en marcha con el suplente.

—Vale. Yo te la envío.

—Gracias Luis, un abrazo.

Cuando colgaron, Salvatierra se quedó satisfecho de haberse librado de la oposición y de Cañamero. Parecía que el día se arreglaba aunque no dejaba de flotar en su cabeza el episodio con Cristina.

4
MALA IMAGEN

El Club de Campo tiene, además de las instalaciones deportivas, varios restaurantes y salones confortables para tomar algo o para estar un rato relajado. En la parte alta del Club, sobre una colina, está el edificio que siempre se ha llamado Chalet de Arriba que es el más próximo a los campos de golf. Es el más tranquilo y elegante del Club y el que tiene, en los días claros, la mejor vista sobre el parque de la Casa de Campo y sobre la parte de Madrid que se extiende hasta el Palacio Real. Los tresillos y sillones de su salón principal, el que está al lado del bar y del restaurante, están suficientemente espaciados para que las personas que se reúnan allí puedan conversar tranquila y discretamente, si quieren. No todo el mundo quiere, hay quien prefiere dar la mayor difusión posible a sus comentarios o sus chistes pero los ruidos y voces fuertes son muy poco habituales en el Chalet de Arriba.

Los tres hombres que estaban sentados en un sofá y dos sillones con una mesita baja encajaban perfectamente en el ambiente, hablando sin levantar la voz. En ese momento hacían una pausa en la conversación mientras dos camareros se ocupaban de ponerles unas bebidas. Uno sostenía una bandeja con vasos y botellas y otro iba sirviendo.

—¿Un vodka Absolut, por favor?

—Para mí, gracias

El que había contestado era Miguel Guzmán. Delgado, de unos cincuenta años, tenía algunas arrugas muy marcadas en la cara y el pelo rizado y canoso. Tenía la piel con un color muy saludable, típico de la práctica de algún deporte al aire libre e iba vestido con un traje gris, que se veía de buena calidad, camisa azul clara con grandes gemelos de plata y corbata discreta con un alfiler a juego con los gemelos.

—¿Un Jack Daniels?—preguntó el camarero.

—Sí, para mí.

El hombre que cogió el vaso de whisky era más joven que Guzmán, calvo, con gafas y aspecto nervioso. Iba vestido más informal, con chaqueta a cuadros y pantalón claro, aunque con corbata,

—Y el moriles para el señor.

El destinatario del moriles no contestó ni hizo ningún gesto. Se trataba de un hombre corpulento que aparentaba más de sesenta años, con cejas espesas y pelo abundante y peinado hacia atrás. Vestía un traje marrón, bastante arrugado, una camisa de rayas verdes y blancas y una corbata también de rayas de varios colores.

Cuándo los camareros se retiraron los tres hombres continuaron la conversación interrumpida.

—Bueno, vamos a ver si dejamos todo claro —dijo Guzmán.

—Eso es lo que yo quiero. Lo tenía todo claro pero cada vez lo entiendo menos — dijo el hombre del traje marrón

—¡Joder, Costa! No sé de qué vas. Lo hemos hablado más de mil veces —dijo el calvo con gafas.

—Bueno, pero el que más pasta se juega en esto soy yo. Tú lo sabes todo muy bien pero no has puesto ni un duro.

—Vale, Costa. Tranquilo —dijo Guzmán—, Herrero no ha puesto ni un duro, pero hace un trabajo que es importante. No sé que es lo que te preocupa ahora. No hay ningún problema.

—El problema —contestó Costa— es que he metido novecientos mil euros en un negocio que era cosa hecha y me entero ahora que todo depende de no sé qué coño de concurso. Yo no se nada de concursos. Yo estoy con vosotros para hacer un negocio seguro, no para jugar a las quinielas ni a los concursos de la tele.

—Escucha, Costa —dijo Guzmán con tono tranquilizador—, tú no eres el único que ha metido dinero. Cañamero y yo hemos metido también mucho dinero para formar esa sociedad contigo, y eso que tenemos muchos menos que tú para invertir. Cuando lo hemos metido es por algo.

—Sí, ya lo sé. De momento tenemos un montón de pasta metida en un terreno que no sirve para nada.

—Si sirviera para algo te habría costado diez veces más. Lo sabes de sobra.

—Se lo he dicho mil veces —dijo Herrero, el hombre calvo—. Dentro de unos meses se puede poner todo en marcha. Iberenegía y la Universidad Miguel de Cervantes van a necesitar esos terrenos para su centro de investigación, y entonces la administración os los va a expropiar por cinco o seis veces lo que habéis pagado.

—Espero que eso sea así —dijo Costa.

—Me estás poniendo de mala leche, Costa. Cuándo te dije que se iba a construir un cuartel en aquél terreno, ¿Era verdad o no? — dijo Herrero.

—Sí.

—Y lo de Valencia, ¿salió todo como yo te dije o no?

—Sí. Y buenos cuartos que sacaste. Lo que no sé, es qué es eso del concurso que me ha dicho Cañamero.

—Nada, un trámite —intervino Guzmán—, la cosa es segura, te lo ha dicho Herrero. En la administración siempre hay concursos. Cuando lo del cuartel, también hubo un concurso ¿no?

—Sí

—¿Y quién lo ganó?

—Mi empresa.

—Pues aquí es algo parecido —dijo Herrero—. Hay un concurso para una plaza importante en la Universidad Miguel de Cervantes y lo va a ganar Guzmán. Eso es todo ¡Joder, no es tan difícil!

—¿Y que tiene eso que ver con los terrenos y la obra?

—Tiene que ver porque el proyecto es a medias entre Iberenergía y la Universidad Cervantes —siguió explicando Herrero — e Iberenergía sólo lo hace si está Guzmán allí para controlarlo todo, porque de Guzmán se fían. Para eso es su director.

—Ya lo ves, Costa —dijo Guzmán— está todo planificado. Yo dentro de poco dejo la empresa y en marzo o abril me voy a la universidad y pongo en marcha todo el proyecto. Herrero se ocupa entonces de todos los permisos municipales, de la expropiación y todo eso. Él sabe como se hace eso.

—Probablemente antes de fin de año, o a principio del próximo está todo hecho —dijo Herrero—. Intentaremos un trámite de urgencia.

—Hemos quedado la mitad para mí, cuarenta por ciento para Cañamero y para ti —dijo Costa señalando a Guzmán— y diez por ciento para Herrero. De tu parte —señaló a Herrero—, pagas a quien haga falta.

Los otros dos asintieron a las palabras de Costa.

—Entonces —dijo Guzmán—, Saavedra, el abogado nuestro, se pondrá en contacto con el tuyo para revisar el contrato de nuestra sociedad y ver si hay que retocar o añadir algo. Hay que ver la manera en que se canaliza la parte de Herrero.

—Supongo que como otras veces —dijo Costa.

—Sí, sí —dijo Herrero—, ya lo hemos hecho otras veces. El abogado de Costa sabe como.

—Vale. Entonces de momento está todo listo —dijo Guzmán—. No me quedo a comer con vosotros porque tengo una comida en el Ministerio.

—Muy bien, nosotros nos quedamos a comer y hablamos de negocios— concluyó Herrero.

Guzmán salió rápidamente del salón y en el vestíbulo se le unió el escolta de paisano, que le esperaba y que llamó al chofer con el walkie para que se acercara a recogerlos con el Mercedes desde el aparcamiento.

La llamada de teléfono de Maite sobresaltó a Salvatierra que estaba trazando un esquema para una presentación de las que utilizaba para dar su clase. Se trataba de la última clase del cuatrimestre antes de los exámenes de febrero.

—Tiene usted al teléfono al doctor López Fuentes, del Instituto de Dispositivos.

—Gracias Maite. ¿Sí?

—¿Luis?

—Hola Sebastián. ¡Cuánto tiempo!. ¿Cómo van los dispositivos?

—Ya sabes, cada vez los hacemos más pequeños —bromeó Sebastián López— ¿Todo bien por la universidad?

—Todo como siempre. Si eso es bueno o malo, no está muy claro. Dime, qué hay de nuevo

—Oye, Luis, te llamo para una cosa poco habitual.

—Dime de que se trata.

—Parece que tú estás en un tribunal de oposición a cátedra en la Miguel de Cervantes. Pero no te asustes, no te llamo para ninguna recomendación.

—Ya sé que tú no eres dado a las recomendaciones y, como sabes, tampoco te iba a hacer caso. De todas maneras, estoy nombrado para esa oposición pero he escrito ya la carta de renuncia porque me viene muy mal.

—Sí, es justo eso lo que quería comentarte.Tu renuncia.

—¿Qué pasa con ella?.

—¿Tú conoces a Ana Mari Medina?

—Me suena el nombre, pero ahora mismo no me acuerdo de quién es.

—Hizo su tesis aquí en el Instituto, luego se fue a la universidad y es profesora titular en la Miguel de Cervantes. Es buena amiga mía.

—Ya. ¿Y qué pasa con ella?

—Se va a presentar a la cátedra de la Miguel de Cervantes y lleva tiempo preparándose. Yo mismo le he ayudado en algunas cosas. Sin embargo, ayer me dijo que lo iba a dejar todo porque había un cambio en el tribunal de manera que con el nuevo tribunal no tiene ninguna posibilidad porque la cátedra está dada de

antemano. Parece que el cambio eres tú.

—Espera un momento. Efectivamente como te he dicho, yo voy a renunciar, pero según mis noticias el único candidato es Miguel Guzmán. Así que no entiendo eso que me dices de Ana Mari Medina.

—Yo tampoco entiendo eso que me dices, Luis. Por lo que me ha dicho Ana Mari hay por lo menos tres candidatos. Como yo entiendo la cosa, en el sorteo han salido tres miembros del tribunal que en principio, según ella, no están comprometidos con nadie o no traen ideas preconcebidas. Por eso estaba preparando la oposición con cierta esperancilla. Parece que si tú renuncias, tu suplente no es probable que sea objetivo, o por lo menos es alguien muy próximo a Cañamero.

—Ya entiendo el problema.

—Supongo que tienes tus motivos para renunciar, que no son cosa mía. Yo sólo quería que tuvieras toda la información.

—Te lo agradezco, Sebastián.

Nada más colgar el teléfono, Salvatierra abrió la puerta de su despacho y le pidió a Maite que no enviara la carta de renuncia que acababa de escribir al rector de la Miguel de Cervantes. A continuación llamó a Horst Neubauer, su socio en el proyecto europeo de investigación, a Munich, y le convenció para que asistiera en su lugar a la reunión convocada en Bruselas para el veintitrés de marzo, el día de la oposición. Neubauer, como de costumbre se resistió y puso toda clase de pegas. Finalmente cuándo se convenció que Salvatierra efectivamente tenía un problema serio de fechas, aceptó sustituirle. La reunión de Bruselas duraría varios días y Salvatierra le prometió que, si terminaba a tiempo con sus compromisos, iría también a Bruselas.

Acabó la conversación harto de Neubauer, que siempre se echaba para atrás en todo lo que no fuera el trabajo estrictamente científico. Después de una breve pausa, cogió otra vez el teléfono. Ahora para una llamada que sí le apetecía hacer.

—Juan Antonio. Soy Luis Salvatierra.

—Hola Luis. ¿Qué hay de nuevo?

—Te llamo para decirte que por fin he arreglado lo de la oposición. Puedo estar en la fecha que has pensado y no necesito renunciar.

Cañamero era una persona de reflejos rápidos. Sin embargo, para satisfacción de Luis, se quedó evidentemente desconcertado e hizo una pausa de varios segundos antes de contestar.

—Bueno, ya he hablado con Jiménez, tu suplente, y está todo en

orden. Ha tenido que cambiar algunos compromisos, pero hemos quedado para el veintitrés de marzo, como te dije.

—Ya. Pues no hace falta su intervención porque yo voy a asistir.

—No hace falta que vengas, Luis, de verdad. Está todo resuelto y me sabe mal llamar a Jiménez para que cambie otra vez sus planes.

—Lo siento. Yo también he hecho un esfuerzo y he tenido que cambiar algunas cosas.

—Pero Luis, tú me habías comunicado tu renuncia. Yo como presidente del Tribunal lo he considerado como tu renuncia oficial aunque fuera verbal.

La voz de Cañamero iba subiendo un poco el tono, se le notaba nervioso.

—Debe de haber sido otro malentendido —contestó Salvatierra —, como el de las fechas de la oposición. Ahora ya está todo aclarado y me puedes enviar la convocatoria oficial para el veintitrés de marzo cuando quieras.

Se despidieron en un tono más bien seco. Cañamero, de acuerdo con su estilo, había disimulado su enfado lo más posible. Al colgar el teléfono le salió de dentro decir en voz alta:

—¡Vaya hijo de puta!

A continuación le dijo a Maribel, la secretaria, que localizara a Rosalía para que fuera a verle lo antes posible. Cuándo ella entró al cabo de un rato, Cañamero le dijo sin más preámbulos:

—El cabrón de Salvatierra me ha llamado para decirme que no renuncia.

—Pero, ¿por qué? Decía que esa fecha era imposible para él.

—No sé por qué, pero es una cabronada. Probablemente, lo de que no podía era mentira y ahora se lo ha pensado mejor y prefiere venir a fastidiar todo lo que se pueda.

—Bueno, cálmate. Tampoco se hunde el mundo por eso. Ya te he dicho que entre los dos vamos a manejar el asunto. Sólo necesitamos que alguno de los otros tres nos apoye para que gane Guzmán.

—Desde luego ya te puedo decir que el apoyo no va a venir de Salvatierra. Sí, estoy de acuerdo contigo en que no pasa nada grave. Lo único es que me cabrea el tipo este. Además, si de verdad hubiera renunciado estaríamos ahora completamente tranquilos contando con el apoyo de Jiménez. Lo que me fastidia es que voy a estar nervioso hasta marzo por culpa de Salvatierra, aunque estoy seguro de que al final vamos a ganar. Bueno, va a ganar Guzmán.

— Vale, de momento no podemos hacer nada. Lo único es tratar de trabajar en lo posible al tal Escobedo y a la Nuria como-se-

llame.

—Ya he hablado con el rector de Escobedo para que hable con él. Me voy a ocupar inmediatamente de Nuria Planas. No lo he hecho antes pensando que no había ningún problema. Buscaré a alguien que la conozca.

—Muy bien. ¿Qué sabes de Guzmán? Se supone que le iban a cesar un día de estos y por eso te ha dado la tabarra con lo de la cátedra y el Centro Conjunto de Investigación.

—Sí. Una tabarra que nos interesa a nosotros tanto como a él.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Sólo me extraña que esté todavía dirigiendo Iberenergía cuándo la oposición está tan cerca. Sólo faltan dos meses. Espero que a última hora no resulte que se queda allí y nos deja colgados.

—Eso en ningún caso. Le van a echar de un momento a otro. Además, ha metido mucho dinero en la sociedad que tenemos con Costa, y si él no saca la cátedra, la sociedad se va a hacer puñetas.

—Volviendo al asunto de amarrar las cosas lo más posible —dijo Rosalía— , me parece que aparte de los miembros del tribunal, podríamos ocuparnos también de los candidatos.

—¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, Ana Mari. No sé que pinta en esta oposición. Sabe que no la vamos a apoyar.

—¿Tú crees que al final se presentará?

—Sí. Lo sabe todo el departamento. Creo que deberíamos hablar con ella y convencerla para que no aparezca y se espere a otra oportunidad. Prometerle alguna cosa, no sé...

—Sí, Ana María tiene buen curriculum. No sería bueno que opositara frente a Guzmán. Yo creía que no se iba a atrever. Desde luego, si se presenta se va a arrepentir. Eso lo tiene que tener claro, se puede olvidar de sacar una cátedra aquí en su vida.

—Algo así habría que transmitirle.

—No es fácil. Yo con esa tía apenas me trato.

—Yo tampoco mucho —dijo Rosalía—, pero merece la pena intentarlo. Si quieres puedo hacerlo yo, aunque no sé como acabaremos. Ella no me puede ver ni en pintura, ni yo a ella.

—Inténtalo si quieres. No se va a perder nada.

A Ana Mari le extrañó ver a Rosalía entrar en su despacho y preguntarle si tenía un momento libre. No recordaba haberla visto nunca allí antes.

—Ana Mari —dijo Rosalía—, quería hablarte de la oposición.

—Sí, ¿qué hay de la oposición? ¿Ya se ha decidido una fecha?

—Sí. Será el veintitrés de marzo. Ya se ha puesto el Tribunal de acuerdo y supongo que recibiréis la convocatoria oficial dentro de poco. ¿Tú, por fin te vas a presentar?

—No te entiendo muy bien. Yo siempre he pensado presentarme. Estoy trabajando bastante en la preparación.

—Ya sabes que está difícil. Hay varios candidatos muy buenos.

—Sí, ya sé que una oposición a cátedra puede ser una cosa reñida.

—Bueno,en este caso se presenta Miguel Guzmán que es una persona de un prestigio enorme.

—Dices como profesor, como político, como director de Iberenergía o ¿como qué?

—Las cosas no se separan tan fácilmente. Estuvo muchos años en activo en la universidad y luego, en el ministerio y en Iberenergía; ha demostrado capacidad de gestión en temas tecnológicos. Eso por supuesto es algo muy valioso para una cátedra de tecnología como ésta.

—Sí, claro. Ya sé que hay muchas clases de méritos. Yo, personalmente, cuento con que los méritos de los que estamos en la universidad también se consideren muy valiosos por el tribunal.

—Por supuesto. Pero, en el caso de Guzmán, si saca la cátedra aquí toda la universidad va a salir beneficiada y eso es algo muy a tener en cuenta. Iberenergía financiaría un gran Centro Conjunto de Investigación en el que todos podríamos participar. Tú, que eres activa en investigación, serías de las que tendrías más peso en ese Centro.

—Perdona, Rosalía, si lo que me estás diciendo es que lo mejor para mí es que Guzmán saque la cátedra, comprenderás que no esté de acuerdo con esa idea.

—Lo mejor para ti, para todo el departamento de Tecnología Física y para la universidad.

—Bien, es tu opinión. Lo único que te puedo decir es que yo tengo una opinión distinta.

—Lo que quiero decirte es que la universidad va a apoyar a Guzmán, y tus posibilidades no son muy buenas.

—Ya. Lo que me dices en realidad es que Cañamero y tú vais a votar a Guzmán. Estáis en vuestro derecho si pensáis que la actividad político-empresarial es más importante que la universitaria. Espero que los demás del tribunal no estén de acuerdo.

—Ana Mari, no se trata de eso. Como sabes el tribunal va a estar

de acuerdo con el criterio de la universidad y Guzmán va a sacar la cátedra. El que tú te presentes lo único que hace es dar una mala imagen. Sería mejor para ti esperar a la siguiente cátedra, en la que cuentes con el apoyo de la universidad y así no te perjudicas.

—Mira, Rosalía. Una cosa tengo clarísima. Me voy a presentar. No estoy dispuesta, después de muchos años de trabajo, a quitarme de en medio porque viene un político que dudo que ni siquiera recuerde lo que dice la ley de Newton.

Las dos mujeres, casi sin darse cuenta, iban subiendo el tono de la conversación y el volumen de las voces. Rosalía era la que hablaba más alto y contestó casi gritando:

—Si te presentas a esta oposición, no cuentes con ningún apoyo en el futuro

—¿Ahora tocan las amenazas?

—Ni amenazas ni nada. Si no cooperas cuándo surge una cosa que es de interés general para la universidad, no cuentes con que te ayudemos más adelante. Olvídate de sacar ni ésta cátedra ni ninguna otra. Y por supuesto te garantizo que, cuándo se haga el Centro no lo vas a pisar. ¿Está claro? Más te vale que pienses lo que haces.

—Está clarísimo. Hay cosas que las tengo más que pensadas. Prefiero no ser nunca catedrática a serlo de mala manera. Aunque tú con eso no estarás de acuerdo.

—¿Qué quieres decir?—saltó Rosalía toda excitada.

—Lo sabes de sobra. ¿Te crees que no sabe todo el mundo que has llegado a la cátedra cogidita del brazo de Cañamero?—gritó Ana Mari.

—¡ Qué cerdada que digas eso! No tienes vergüenza. Te vas a arrepentir de todo esto.

—¡Vete a la mierda! —contestó Ana Mari, mientras Rosalía salía dando un portazo.

Nada más salir Rosalía, entró Eva, la doctoranda de Ana Mari, con unas hojas de gráficos en la mano.

—¡ Vaya portazo! —dijo—. ¿Qué le pasa a Rosalía?.

Se dio cuenta entonces de que a Ana Mari se le saltaban las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado con Rosalía?

—¡ Esa bruja! Ha venido a decirme que no me presente a la oposición —contestó Ana Mari, con voz tensa—. Me ha amenazado también. No tienen vergüenza, ni ella ni Cañamero.

—Bueno —contestó Eva, en tono tranquilizador—. No te preocupes, no pueden hacerte nada.

—Claro que pueden hacerme. ¡Menuda gentuza son! Pueden fastidiarme a base de bien. Para empezar tengo a la bruja esa en el Tribunal, y me las puede hacer pasar muy mal

—Pero, ¿qué le has dicho? Salía rabiosa.

—No lo sé. Me ha cabreado. Sólo le he contestado a lo que me decía. Estoy nerviosa. Sé, que cuando se iba la he mandado a la mierda.

Eva soltó una carcajada.

—Eso no me parece mal. Si se corre la voz, te vas a hacer muchos amigos.

—No tiene gracia Eva. He metido la pata y estoy preocupada. En fin ya no tiene arreglo.

Las Noticias, diario de Madrid, 15 de Enero.

Cambio en la dirección de Iberenergía

Miguel Guzmán, director general de la empresa pública Iberenergía, ha cesado ayer en su puesto. Según ha comunicado el propio Guzmán a Las Noticias, el cese se ha producido a petición propia y obedece a su deseo de abandonar la actividad pública y reintegrarse a su trabajo como profesor de universidad. Algunas fuentes han señalado la posibilidad de que Guzmán se incorpore en el futuro a la Universidad Pública Miguel de Cervantes, ya que su experiencia se considera muy adecuada en relación con la investigación en nuevas tecnologías que se desarrolla en esa universidad.

Guzmán fue director general de Energía durante la administración anterior. Cuando tuvo lugar el cambio de gobierno, después de las últimas elecciones, permaneció unos meses en el cargo y fue nombrado a continuación director de Iberenergía, una de las empresas públicas más importantes del país. Durante su mandato en Iberenergía ha hecho frecuentes manifestaciones sobre la necesidad de dar un fuerte impulso en investigación y desarrollo a la empresa como única manera de afrontar el reto de la competencia europea. Con este objeto incorporó a distintos puestos directivos de la empresa pública a varios de sus antiguos colaboradores en el ministerio.

Tanto su nombramiento como su gestión han estado a veces envueltas en una cierta polémica. Cuando el entonces recién nombrado ministro de Energía y Nuevas Tecnologías decidió mantener a Guzmán como director general, a pesar de pertenecer al partido perdedor en las elecciones, recibió fuertes críticas de los grupos partidarios de dar una clara imagen de relevo. El ministro argumentó entonces la necesidad de mantener en la administración personas eficientes, independientemente

de su ideología política, y de evitar todo tipo de revanchismo impropio de un talante democrático. Más adelante, coincidiendo con cierta documentación sobre contratos irregulares que estaba investigando Las Noticias, Guzmán fue cesado como director general de Energía pero la protección del ministro se manifestó en su nombramiento inmediato como director de Iberenergía. La importancia económica de esta empresa hizo que el nuevo nombramiento se considerara de hecho como un ascenso.

La actitud de Guzmán de incorporar a sus antiguos colaboradores del ministerio a puestos clave de la empresa ha ido creando un evidente malestar, tanto dentro de Iberenergía como por parte de destacados miembros del partido del gobierno. Algunas fuentes políticas contactadas por Las Noticias consideran que su cese se debe fundamentalmente a las presiones que ha recibido el ministro durante los últimos meses. Por otra parte, la investigación de Las Noticias sobre posibles contratos irregulares durante su época de director general de Energía sigue adelante y algunos observadores creen que este hecho puede también haber influido en la decisión del ministro, aunque como es frecuente en estos casos el cese se presente como renuncia voluntaria.

Las Noticias, diario de Madrid, 17 de Enero

Premio de investigación tecnológica

Ayer fue hecho pública la concesión del Premio de Investigación Tecnológica dotado con sesenta mil euros. El galardón ha sido otorgado al catedrático de la Universidad Pública Miguel de Cervantes, Juan Antonio Rodríguez Cañamero, por su larga trayectoria en investigación aplicada, reconocida a nivel mundial. El grupo actual del profesor Rodríguez Cañamero goza de gran prestigio fuera y dentro de nuestro país en campos como el de las aplicaciones de los láseres y de las técnicas de resonancias de superficies. El jurado de este premio, instituido por la administración hace unos años, estaba formado por el ministro de Energía y Nuevas Tecnologías, el director general de Investigación, el presidente de la Unión Nacional de Empresas Públicas y el director general de las Cajas de Ahorros Reunidas, en representación de las Cajas de Ahorro que colaboran en este premio. El jurado ha recabado la opinión de numerosos expertos de reconocido prestigio, llegando a su decisión de forma unánime.

5
UN DÍA DE MUCHO TRABAJO

Salvatierra se reunía a cenar, normalmente una vez al año, con varios compañeros de estudios de la facultad. Se trataba de un pequeño grupo de nueve amigos, todos hombres, que habían estado más o menos próximos durante su época de estudiantes y que habían conseguido mantener el contacto al acabar la carrera. Empezaron reuniéndose con más frecuencia, pero después llegaron a la conclusión de que una reunión anual, planeada con cierto tiempo, era lo mejor para conseguir la asistencia de todos. No tenían un sitio fijo para la cena y era uno de ellos, Contreras, el que más sabía de gastronomía, el encargado de la organización. Al parecer, según se enteraron por casualidad, Contreras hacía una o dos visitas previas al restaurante elegido para comprobar personalmente que el nivel de la comida correspondía a lo que él y sus amigos esperaban. Como de costumbre, todo había sido perfecto. Ésta vez, el descubrimiento de Contreras había sido un restaurante vasco, recién abierto y cuya relación calidad-precio era casi insuperable. La elección de vinos también había sido acertada y habían terminado con coñac o pacharán. Habían venido los nueve y la conversación continuaba animada a las doce y media de la noche cuándo decidieron seguir la tradición de ir a tomar una copa después de cenar. Estuvieron como una hora sentados en una mesa en un pub del barrio de Salamanca hasta que dos de ellos tuvieron que irse. A la mañana siguiente, uno tenía que coger un vuelo y otro tenía una reunión importante y no querían acostarse muy tarde. Contreras, al que le interesaban más los restaurantes que las copas, aprovechó para despedirse también y el resto se quedó discutiendo la posibilidad de seguir en algún otro sitio o disolver la reunión. Juan Cano, que era el director de una gran empresa distribuidora de instrumentos científicos, consiguió convencer a tres de sus amigos, entre ellos Salvatierra, a tomar otra copa en algún sitio con "buena música". Juan era un aficionado a la vida nocturna y, en cuanto a gustos en ese sentido, parecía tener diez años menos de los que en realidad tenía.

—Oye Juan. A ver dónde nos llevas. Todavía me duele la cabeza del sitio del año pasado —le había dicho Salvatierra.

El año anterior, Juan les había llevado a una discoteca en Argüelles en dónde toda la clientela tenía más o menos la mitad de edad que ellos y la música era mucho más ruidosa de lo que podían soportar.

—No te preocupes —dijo Juan—. Esta vez vamos a un sitio fenomenal, con dos ambientes. En el piso de arriba la música es un poco más tranquila, para tíos como vosotros. Si después os animáis, en el piso de abajo está la gente joven con música buena.

Habían ido los cuatro al local escogido por Juan, cerca de la Glorieta de Bilbao. Antes de entrar charló un poco con el portero, que evidentemente le conocía, y luego pasaron a lo que parecía ser la zona de ambiente más joven. La música, a un volumen increíble, les golpeó en la cabeza. Salvatierra recordó su experiencia del año anterior cuándo notaba que el ritmo de la música estaba en sintonía con una especie de puñetazos que le parecía sentir en el corazón. El local, con luces suaves azules y rojas, estaba abarrotado de gente muy joven y también de treintañeros, muchos bailando por todas partes y otros formando grupos de pie o apiñados en la gran barra.

Guiados por Juan, se fueron abriendo lentamente camino entre la multitud hasta una escalera de subida, en la que también había chicos y chicas sentados en los escalones o recostados en la pared. Llegaron al piso de arriba que estaba un poco más despejado de gente y dónde la música parecía estar a un volumen más bajo. No es que se pudiera calificar a esa zona como un sitio para sentarse a charlar tranquilamente, ni mucho menos, pero comparado con el piso de abajo, casi era un oasis.

Juan acercó la cara a la de Salvatierra y gritando bastante, para que le oyera, dijo:

—¿Qué? ¿Que te parece? No está mal, ¿No?

—Está bien —contestó Luis, asintiendo ostensiblemente para que le entendiera mejor en medio de aquél barullo.

Consiguieron un hueco en la barra y Juan hizo un gesto a un camarero alto y rubio, con el pelo recogido en una coleta, que le hizo una seña de reconocimiento mientras servía a otros.

—Es Micky —explicó Juan—, un neozelandés. Un buen tipo.

Micky se acercó en cuánto pudo y les dio la mano a los cuatro, mientras Juan coordinaba el pedido.

—Dos cocas con ron, un Johnie Walker y un Stoli Kristal.

—¿Tú, que has pedido? —preguntó Salvatierra.

—Yo tomo un vodka Stolichnaya. Pero hay que tener cuidado. El de importación normal está bien, pero en Rusia aseguran que el mejor es el de la fábrica Kristal. Yo creo que en cuestión de vodkas

hay que hacer caso a los rusos y he conseguido que Micky tenga siempre disponible alguna botella de Kristal.

A Salvatierra la importaba bastante poco la disertación sobre las clases de vodka y miraba el espectáculo que constituía el propio público mientras asentía distraídamente a su amigo. Juan se volvió hacia el otro lado para contestar el saludo de dos chicas muy pintadas con melena larga, que pasaban por delante y con las que empezó a hablar. Los otros dos compañeros con los que habían venido estaban enfrascados en una conversación con sus respectivos cubatas en la mano. Salvatierra, al que no le apetecía mucho participar en una conversación medio a gritos, se entretenía oyendo la música, Ricky Martin en ese momento, y mirando a la gente, mientras tomaba su whisky con hielo. Se encontraba a gusto, ya que muy rara vez iba a sitios como ese y encontraba que tenían un ambiente divertido para verlo de vez en cuándo. Parte de ese bienestar, o de esa sensación optimista, estaba relacionado con el alcohol que, poco a poco había ido tomando a lo largo de la noche. Primero en la cena, con el aperitivo, el vino y el coñac, después en el pub y ahora en la discoteca. El alcohol, incluso en esas dosis, no era algo que le afectara especialmente por lo menos de manera visible frente al exterior. Estaba al lado de la barra con aspecto relajado y su altura de uno ochenta y cinco le hacía destacar algo sobre las personas a su alrededor. Tenía Luis el pelo negro y vestía una camisa deportiva, chaqueta oscura y unos pantalones claros de tipo vaquero, de manera, que en cuanto a indumentaria, no desentonaba con lo que había por allí. Pidió otro whisky e intentó incorporarse a la conversación de sus dos amigos, Juan había desaparecido, pero renunció a la charla nada más comprobar que se trataba de un intercambio de consejos sobre inversiones en bolsa. El tema no le pareció interesante ya que no tenía ninguna reserva para invertir, por lo que decidió seguir escuchando la música, que ahora era una canción caribeña. Cuando acabó su bebida, hizo una seña al camarero neozelandés y su estado de semi euforia contenida le animó a pedirle un Stoli Kristal, la bebida preferida de su amigo Juan. El camarero le miró extrañado al principio y luego, al asociarle con Juan, sonrió y le sirvió una buena dosis del vodka. Consciente de estar tomando algo muy especial lo empezó a saborear cuidadosamente sin fijarse en nada a su alrededor cuando una voz de mujer a su lado, le sobresaltó.

—¡Hola! —oyó, prácticamente al lado de su oreja.

Al volverse tardó un momento en darse cuenta de quién le hablaba. No tenía muy buenos reflejos, después de las copas que

había tomado y, además, la iluminación rojiza estaba bastante tenue. Pero, sobre todo, tardó en reaccionar debido a ese pequeño desconcierto que aparece cuando nos encontramos con una persona en un sitio completamente distinto del habitual. Cuando pasado ese instante reconoció a Cristina, su alumna, ésta añadió sonriendo antes de que él pudiera contestar al saludo.

—¡Anda! ¿No me reconoce?

—Sí, sí, claro que te reconozco. Perdona, estaba distraído. ¿Qué tal estás?

—Estupendamente. Aquí estoy cambiando de aires después de los exámenes. Ahora hay unos pocos días de descanso antes del segundo cuatrimestre.

—¡Ah, claro! Los exámenes. Vaya lata. Menos mal que ya los he corregido.

—Sí, ya he visto que ha sacado las notas esta mañana. Estoy muy contenta con mi sobresaliente.

—Es verdad. Tienes un sobresaliente. Te ha salido muy bien. Parece que trabajas bien. Por lo menos mi asignatura.

—Es porque me gusta. Yo, sin querer, me concentro en las asignaturas que me gustan.

—Es lo normal. ¿Quieres tomar algo?

—Vale. ¿Qué toma usted?

—Yo tomo un vodka muy especial que me han recomendado. Háblame de tú, ¿No?

—Muy bien. Aquí sí. Sólo es la costumbre. ¿Por qué es especial ese vodka?

—Se lo traen de Rusia a un amigo mío que está por aquí, o estaba por aquí. Hace un rato que no le veo.

—¿ Te ha dejado solo?

—Más o menos. He venido también con esos dos que están ahí. Pero están hablando de bolsa y he preferido apartarme un poco. Estaba oyendo música y viendo a la gente.

—Se me hace muy raro —dijo Cristina.

—¿El qué te parece raro?

—No sé. Verte aquí en este sitio, tan tranquilo en la barra del bar, con un vodka de encargo en la mano... Yo te asocio, subido en la tarima y mirando a la gente desde arriba.

—No me paso la vida subido en la tarima, sólo unas cuantas horas por semana. El resto del tiempo estoy al mismo nivel que todo el mundo. Bueno, ¿qué tomas?

—Probaré ese vodka tan bueno.

Salvatierra encargó dos vodkas al neozelandés, que se los sirvió

inmediatamente. Cristina chocó su vaso con el de él y dijo:

—¿Brindamos por algo? ¿La Física? ¿Por los profesores? No, eso sería hacer la pelota.

Salvatierra estaba ya más que animado por todo lo que había bebido aunque no se le notaba apenas. Si acaso tenía una mirada demasiado fija, como a veces algunos borrachos en su fase comunicativa, y la cara un poco más cerca de lo necesario de la de Cristina.

—Brindamos por la confraternidad.

El trabajo que le costó pronunciar la última palabra, era un signo de que no estaba en sus mejores condiciones. Aunque él se dio cuenta, pensó que Cristina no se habría enterado.

—¿Qué confraternidad? —dijo la chica—. ¿Entre alumnos y profesores?.

—Nada de alumnos y profesores —contestó Salvatierra— Entre tú y yo. ¿O es que quieres confraternizar con Izquierdo?

Izquierdo era el profesor de la Facultad más aborrecido por los alumnos. Reunía todas las condiciones para ello: explicaba fatal, era antipático y suspendía más que nadie.

—¡Ni loca! ¡No me recuerdes a Izquierdo!

Los dos amigos de Salvatierra, que estaban unos metros más allá, se acercaron a ellos, mirando con atención a Cristina.

—Bueno Luis —dijo uno de ellos—. Nosotros nos vamos ya. ¿Tú te quedas?

—Sí, yo me quedo un rato todavía. Bueno. Ha estado muy bien la reunión. Lo pasamos siempre muy bien en estas reuniones.

Al darse la mano, uno de sus amigos le dijo casi al oído:

—No has perdido el tiempo Luis. ¡Vaya tía más buena te has ligado!

Después del elogio de su amigo hacia la chica, Luis se fijó un poco más en Cristina, a la que en ese rato sólo había mirado a la cara. No iba vestida como para ir a clase en la Universidad. Llevaba un vestido negro de manga larga, con una falda amplia que le llegaba bastante por encima de las rodillas y medias y zapatos negros.

—Son unos compañeros de carrera. Todos físicos, que nos reunimos una vez al año —explicó Salvatierra cuándo sus amigos se marcharon.

—Vaya. Entonces ha sido una casualidad encontrarte aquí.

—Desde luego. Nunca había estado aquí. Lo que pasa es que siempre hay alguno de la reunión que nos convence para ir a tomar una copa. Pero estos sitios no es lo mío. ¿Y tú?

—Yo he venido con un grupo de amigos. Están en el piso de abajo.

—¡Ah! Sí, en la planta joven ¿Por qué has subido aquí?

—Te he visto entrar hace un rato con tus amigos, directo hacia arriba, y he subido a decir hola.

Cristina dejó su vaso a medio terminar en la barra y le cogió del brazo.

—Venga. Vamos a bailar un rato —dijo, tirando de él.

—¡No, no! Yo soy solamente espectador. Me lo paso bien mirando bailar a la gente.

Ella le soltó el brazo y se fue a la pista, más bien una zona poco definida que estaba abarrotada de gente bailando, y se incorporó a la multitud. Lo que siguió durante los siguientes diez o quince minutos fue una auténtica exhibición de ritmo, armonía y energía por parte de Cristina que seguía la música con todo el cuerpo. Desde el pelo suelto, hasta la falda y las piernas, todo estaba en movimiento, dando una imagen atractiva de la que Salvatierra no apartó la vista ni un instante. Cuándo quedaba tapada por otras personas en la pista, Salvatierra cambiaba de ángulo e incluso se estiraba para poder ver mejor, sin interesarle ninguna otra cosa del local. Al cabo del rato Cristina volvió junto a él, respirando rápido y con la cara reluciente de sudor.

—¡Que calor! —dijo mientras se secaba la frente con el dorso de la mano—. Ahora sí que voy apreciar el vodka ese tuyo. ¿Dónde está mi vaso?

—Se lo debe haber llevado el camarero. ¿Te pido otro?

—No. Dame un poco del tuyo —Cogió, con toda soltura, el vaso de la mano de Salvatierra y le dio un buen trago.

La música cesó y las luces se apagaron y encendieron varias veces indicando que era la hora de cerrar. Bajaron la escalera con toda la gente que se dirigía a la salida. Al bajar, Salvatierra tropezó dos veces en los escalones. Inevitablemente, y aunque él pensaba que estaba muy sereno, las copas que había ido tomando a lo largo de la noche hacían su efecto. Sus movimientos, especialmente de las piernas, no eran muy coordinados y como se había lanzado a hablar sin parar, no prestaba mucha atención a dónde ponía los pies. Al tercer traspié se dio cuenta de que Cristina le iba sujetando fuerte del brazo y, en realidad, gracias a esa ayuda no empujó a nadie escaleras abajo.

—Gracias —dijo—. Me parece que no voy muy seguro. El vodka de mi amigo parece fuertecillo. Aunque no se ve que a ti te haya hecho efecto.

—Es que yo sólo he tomado uno. Antes sólo he tomado Coca Cola. Espérate aquí un momento, voy a coger mi abrigo.

Le dejó, prácticamente apoyado en una columna del piso inferior, mientras se acercaba al guardarropa.

—Oye —dijo Salvatierra cuándo ella volvió— tampoco hace falta que me dejes apoyado en las paredes. No estoy como para caerme.

—No estoy tan segura. Más vale prevenir —contestó Cristina cogiéndole otra vez fuerte del brazo y tirando de él hacia la puerta.

—¿Dónde vas? Tendrás que irte con tus amigos.

—Mis amigos ya se han ido y además creo que se sostienen solos.

Ya en la calle, los que habían salido de la discoteca se dispersaron enseguida y ellos fueron andando despacio por la acera, en la que no se veía nadie, hasta que de pronto Salvatierra se detuvo.

—¿A dónde vamos? No sé ni dónde estamos —dijo.

—Estamos marchándonos de la discoteca y son casi las cuatro de la mañana. ¿Te esperan en casa? ¿Tienes que coger un taxi?

—No, no me espera nadie y no quiero coger un taxi. Se está muy bien aquí al aire fresco. Vamos a seguir andando.

Sin que se supiera el motivo, por alguna extraña asociación de ideas, Salvatierra empezó a hablar animadamente sobre el esquí de fondo.

— ... se puede hacer en pistas preparadas en la nieve, en donde una máquina ha marcado dos vías en la que metes los esquís y vas siguiendo el circuito. Pero, claro, eso te sirve si mueves los esquís paralelamente a las vías ¿entiendes? Pero eso no es siempre así. En las competiciones mueven los esquís formando un ángulo con la dirección del movimiento. Así, mira…

Salvatierra hizo unos movimientos raros con los pies para explicar la técnica del esquí de fondo.

—Lo más bonito —continuó— es cuándo la competición es un triatlón, o algo así se llama. Llevan una escopeta o un rifle y en un determinado momento se tiran al suelo y disparan.

—¿A quién? —interrumpió Cristina, con cara de guasa.

—No lo sé muy bien —siguió Salvatierra sin dar más importancia a la interrupción—, supongo que a alguna diana. Tampoco es tan fácil tirarse al suelo de bruces con los esquís puestos y disparar. Ahí está el arte del asunto. ¿Conoces el chiste del finlandés que llegó a su casa después de un viaje de varios días esquiando? ¿Por qué estamos hablando de esquí?

—No tengo ni idea —dijo Cristina—. Eres tú el que está hablando de esquí. Yo no sé nada de eso.

Llevaban un rato andando cuándo Cristina se paró ante un portal, le soltó del brazo y sacó una llave de su bolso.

—¿Qué es esto? —dijo Salvatierra—. ¿Otra discoteca?

—No. Te voy a dar un café. A ver si te sirve para aclararte como se puede tumbar uno con los esquís puestos.

—No es tan fácil de explicar, aunque me des un café. El problema es que las tablas, los expertos decimos tablas, de esquí de fondo son más largas que las de esquí alpino...

Entraron en el portal y se dirigieron al ascensor sin que, aparentemente, Salvatierra prestara la menor atención a todo ello, ya que no hizo más preguntas sino que continuaba con su tema

—... por eso es más difícil de explicar lo del finlandés del chiste. ¿Vamos al tercero?

—Sí. Al tercero.

—Yo vivo en el quinto.

—Eso no importa, Luis, porque esta no es tu casa.

—Ya me he dado cuenta, no creas. ¿De quién es esta casa?

—Esta es la casa donde te voy a dar café.

—Estupendo.

Estaban en un edificio antiguo, pero que había sido de cierta categoría en su tiempo. Ahora estaba mal conservado, las baldosas del suelo estaban desgastadas y algunas de ellas eran de un tono distinto que el resto, como ocurre cuándo se tiene que sustituir una pieza que ha dejado de fabricarse. Los techos de la escalera eran altos y las paredes necesitaban una mano de pintura. En el rellano del ascensor, en el tercer piso, había tres puertas pintadas de marrón con un gran círculo de latón para la mirilla. En una de ellas había una pequeña imagen dorada del Sagrado Corazón y en otra una placa con la inscripción “Sres. de Gómez”. Cristina abrió con su llave la puerta que no tenía ninguna marca especial y entraron en el piso. Parecía tratarse de una de esas viviendas antiguas con muchos metros cuadrados, pero no muy bien aprovechados. Un vestíbulo demasiado amplio se comunicaba por un lado con un pasillo largo y estrecho y por otro lado daba a un salón en el que entraron. Salvatierra se sentó en un sofá y miró un poco a su alrededor. Había varios cuadros con paisajes, algunas estanterías hasta el techo medio vacías y una gran mesa de comedor con varias sillas.

—¿Esto qué es? ¿Es tu casa?

—Mas o menos. Esto era la casa de mi abuela que murió hace varios años. Yo la uso durante el curso. Normalmente vivo en León.

—Está muy bien. Desde luego no te falta sitio.

—Vale. Espera aquí, que voy a preparar café.

—Yo prefiero agua, tengo una sed tremenda. El café no me gusta y además estoy despejado.

Cuando Cristina volvió con una botella de agua fría, Salvatierra estaba bien repantigado en el sofá, sin chaqueta y sin zapatos y con los ojos medio cerrados.

—Ponte cómodo, no te preocupes —dijo Cristina en un tono irónico, del que Salvatierra no se enteró.

—Estoy bien así. Ahora me bebo el agua y me voy. Por cierto, no me he fijado en qué parte de Madrid estamos. Como hemos venido charlando, apenas me he dado cuenta de nada. Oye —dijo después de una pausa— ¿por qué estamos aquí? ¿Me has invitado?.

—Sí —dijo Cristina—, te he invitado a café, pero no lo quieres.

Cristina se sentó en uno de los sillones enfrente del sofá de Salvatierra, y lanzó sus zapatos a varios metros con un movimiento de las piernas. Salvatierra, que evidentemente estaba notando el efecto de las copas que había tomado, estaba sin moverse y con la mirada fija, no se sabía bien hacia dónde. Al cabo de unos momentos Cristina preguntó.

—¿En qué piensas?

—En las cosas tan curiosas que pasan. Mira, por ejemplo: te estoy dando clase tres veces por semana desde octubre...

—Dos veces por semana solamente—interrumpió Cristina.

—¿Sólo dos? Creía que eran tres. Bueno, no importa. Con dos clases es suficiente para esa asignatura. Bueno, dos o tres no cambia nada el asunto. Lo que quería decir es que te estoy dando clase desde octubre y ahora resulta que el primer día que te veo las piernas es la noche que salgo a cenar con mi amigo Juan Contreras y los otros. No tiene sentido, pero es muy agradable.

Cristina soltó una carcajada y dijo.

—A ver. Explícame eso con más detalle.

—No hay nada que explicar. No te has puesto una falda desde principio de curso.

—No tenía ni idea de que te fijas en eso mientras das clase.

—Lo de la falda se ve al empezar o al terminar la clase. En la clase también se pueden observar cosas pero depende del tema que estoy explicando. Si es un tema complicado, difícil de explicar y con muchas fórmulas para escribir, no puedo estar tan pendiente de otras cosas. Pero, si es una lección más descriptiva, uno puede ver lo que pasa en el aula. Por ejemplo si una pareja que se sentaban siempre juntos está más distante, si la de la tercera fila se ha

cambiado de peinado, si el del pañuelo palestino ha decidido por fin empezar a venir a clase con regularidad y cosas así. Un buen científico tiene que ser buen observador.

—Ya veo que eres un buen científico. Por lo que dices el asunto de mi falda, o no falda, te interesa tanto como si Paco, el del pañuelo palestino como tú dices, viene a clase o no.

—No. En absoluto —dijo Salvatierra con tono decidido, sentándose más derecho en el sofá—. No me has entendido nada. Me parece que no estoy en condiciones de explicar nada. Oye ¿por qué no me pones la última copa? Sólo estaba poniendo ejemplos, pero no se trata de ejemplos del mismo nivel de importancia. Estoy mezclando cosas con órdenes de magnitud diferentes. Eso es lo que pasa, por eso los ejemplos no son buenos ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo, no te preocupes

—Lo dices sólo para que me calle. ¿Qué hay de mi copa? Creo que ginebra con coca cola estará bien. Con mucho hielo, tengo todavía sed. Si te ha molestado lo de la falda y el pañuelo palestino de ese chico, pues entonces me disculpo aunque no sé muy bien por qué. De todas maneras como yo soy una persona muy educada... Prefiero no seguir. Te espero mientras me pones el cubata. O si me dices dónde está todo me lo pongo yo. No quiero ser machista en absoluto. Estoy de acuerdo en que un hombre se ponga su propia bebida. Además,tampoco las sabéis poner muy bien.

Cristina estaba mirando entre divertida y sorprendida, cómo Salvatierra seguía su discurso sin interrumpirle. De pronto Salvatierra se puso de pié.

—Oye volviendo al tema de las piernas. Yo les daría sobresaliente.

—Hombre. Muchas gracias. Has tardado en decirlo.

—Es que soy muy tímido. ¿La cocina está al final del pasillo?

—Sí. Pero no necesitas ninguna copa más. Ahí tienes agua, si quieres.

Cristina también se puso de pié como para cortarle el camino.

—Dime. ¿En que más cosas te has fijado durante la clase? Cosas mías, me refiero.

—No sé... Me he fijado en general. No en cosas concretas. Desde que leí en un artículo que las mujeres siempre se enteran cuándo les están mirando, y qué les están mirando, aunque uno disimule, tengo mucho cuidado.

—Parece que lees unos artículos un poco raros pero, para que lo sepas: no has tenido suficiente cuidado. Yo me he enterado de todo —dijo Cristina dándole un pequeño golpe con la punta de los dedos

en el pecho.

Salvatierra, que no estaba muy firme en sus pies se derrumbó en el sofá a todo lo largo. Se quedó tendido mirando tranquilamente a Cristina.

—En realidad se está muy bien en este sillón. Estoy cansadísimo.

—Pobrecillo —dijo Cristina—, has tenido un día de mucho trabajo.

De pronto, Cristina se sentó a horcajadas sobre la cintura de Salvatierra que dijo.

—El sillón me gusta ahora más todavía.

Intentó moverse desde debajo de Cristina pero ella le sujetó poniéndole las manos en los hombros.

—Tú estate quieto. Llevas todo el curso mirándome de arriba abajo y enseñándome algo nuevo. Ahora me toca a mí —dijo mientras empezaba a desabrocharle el botón de la camisa.

—Me parece bien —contestó Salvatierra— apoyando las palmas de las manos sobre los muslos de Cristina.

6
EL ESPECIALISTA

Boadilla del Monte es un pueblo del noroeste de Madrid que cuenta con varias urbanizaciones de chalets individuales, algunas de ellas de bastante nivel, pensadas para la gente que le gusta vivir en un ambiente tranquilo. Las urbanizaciones de Boadilla están a cuatro kilómetros del casco urbano y a más de veinte de Madrid, por lo que están realmente aisladas. Por sus calles, con los chalets bien separados unos de otros debido al tamaño de las parcelas, pasan pocos coches. Los que circulan con más frecuencia son los de los guardas privados de seguridad. La mayor parte de las casas no se ven apenas desde la calle ya que la costumbre, como en muchas otras partes de España, es plantar unos buenos setos en todos los límites de la parcela. En verano se oyen muchas veces motores de cortacéspedes, ruidos del agua al regar, gritos o risas de niños y ladridos de perros. En invierno quedan solo los ladridos esporádicos de los perros para dejar constancia frente al exterior de que allí vive gente. El chalet de Miguel Guzmán era de los mejores de la zona y tenía pista de tenis y piscina, aunque nunca le había interesado la natación. La pista de tenis, en cambio, cumplía una importante misión tanto deportiva como social, ya que una partida con algún invitado influyente, antes de comer, creaba unos magníficos lazos personales tremendamente útiles. Cuándo el invitado era de confianza, no era necesaria la comida ni mucho menos la partida de tenis. Eso es lo que ocurría con Juan Antonio Rodríguez Cañamero, que había ido a verle a su casa por la tarde. Estaban los dos solos, sentados en unos sillones de una gran habitación que era el salón de la casa, en el que había muebles caros y bien escogidos y varias alfombras orientales distribuidas en el gran espacio. Sus sillones estaban delante de una mesa baja, en la que había unas tazas de café, y orientados hacia una chimenea con unos troncos al rojo.

—La verdad es que me estoy empezando a preocupar, Juan Antonio —decía Guzmán—. Yo siempre he dado por hecho que todo estaba arreglado.

—Hemos tenido mala suerte en el sorteo, eso es todo. Ha salido uno de los peores que podían salir, Salvatierra.

—Ya sé que no nos puede ver. No sé exactamente por qué. Yo

creo que es un resentido, un envidioso o algo parecido. De todas maneras es sólo uno entre cinco miembros del tribunal y no creo que tenga tanta mano con los demás. Sólo necesitáis Rosalía y tú trabajaros bien a uno para tener mayoría.

—Sí, sí, eso está claro. Yo no digo que haya que estar excesivamente preocupados, sino que hay que estar muy pendientes y sobre todo analizar si podemos hacer alguna cosa. Salvatierra es efectivamente sólo uno entre cinco, pero el tío cuando se pone a ello tiene una buena capacidad de convencer a la gente. Tú hace tiempo que no le ves en su salsa.

—¿Qué propones? Tú estás más al tanto que yo de las posibles estrategias universitarias. Ya sabes que llevo mucho tiempo en la política y en la gestión de empresas.

—Lo primero de todo, supongo que lo estarás haciéndolo ya. Prepararte los ejercicios de la oposición perfectamente. Tú siempre has sido buen comunicador y no debes tener problemas en la presentación y todo eso. Yo ya te pasé hace tiempo la memoria que te puede servir de modelo para los ejercicios.

—No te preocupes. Ya hace meses que en mis ratos libres he trabajado en eso. Me ha resultado un relax cambiar de aires los fines de semana, olvidarme de Iberenergía y volver a la física. Ahora que he cesado en Iberenergía, me dedico prácticamente sólo a prepararme.

—Muy bien. Si necesitas alguna cosa, me la pides a mí o a Rosalía. Ella tiene más reciente eso de opositar. La otra cosa importante es ocuparse de los miembros del tribunal. Tú tienes que pensar posibles contactos con Escobedo, el de la Politécnica de Castilla, y con Nuria, la catalana. Yo ya he hablado con nuestro amigo Paco, el rector de Escobedo, pero sería importante si damos con alguien más que conozca a Escobedo y pueda contactarle. De Salvatierra, me ocupo yo.

—Esto sí que es bueno. ¿Vas a hablar con Salvatierra para convencerle de algo? Me parece que te vas a pillar los dedos.

—No he dicho que vaya a hablar con él. Con ese no se puede hablar. He dicho que yo me ocupo para que jorobe lo menos posible. Tú, no te ocupes de eso. ¿Se te ocurre algo sobre Nuria? La señora esa es un misterio. Parece que no se trata con nadie en su universidad ni pinta para nada. Tampoco hace investigación. Después de preguntar por todas partes no he dado con nadie que tenga el mínimo de confianza con ella como para hablarle de la oposición.

—Bueno, yo pensaré también quien puede ayudarnos en eso —

dijo Guzmán—. ¿Qué sabemos de los candidatos? Eso también es importante.

—Inicialmente había cinco admitidos en la lista. Dos han comunicado ya oficialmente que no se presentarán. Los tres que quedan sois tú, Ana María Medina y un tal Ramón Ferreiro, que está ahora en Estados Unidos, en Boston, pero parece que quiere volver. No sé si cambiará de opinión a última hora.

—¿Y qué sabemos de ellos? Ana María, sé que es de tu departamento.

—Sí. Tengo un buen cabreo con ella. Rosalía le ha pedido que no se presente y que espere a otra oportunidad, y se ha puesto hecha una furia. Han acabado bastante mal. Pienso ir a por ella en los ejercicios. Te aseguro que lo va a pasar mal. Durante la oposición y también después. La tía no es mala y tiene buena investigación, pero no la veo con capacidad de quedar bien en un debate con el tribunal, especialmente si las preguntas las hacemos Rosalía y yo.

—¿Y el Ferreiro ese?

—Lleva diez o doce años en una universidad en Boston. Hizo su tesis doctoral aquí y luego se marchó. Parece que tiene un buen puesto y cierto prestigio como investigador.

—¿Por qué narices no se queda allí?

—No lo sé. No tengo ni idea de qué familia tiene en América y en España, ni si echa de menos el pulpo a la gallega o qué. Tendremos que esperar a ver si aparece y qué nos cuenta. Supongo que estará bastante desconectado de como funcionan aquí las cosas y puede cometer fallos.

Interrumpieron la conversación cuándo entró en la habitación una chica joven, de baja estatura y con piel oscura, que se dirigió a Guzmán con un suave acento sudamericano.

—Perdone señor. ¿Quiere que avive el fuego de la chimenea?

—No, Graciela, no hace falta está bien así —contestó Guzmán.

Cuándo salió la chica, Cañamero dijo.

—Oye, Miguel, que bien te cuidas. Con una chica caribeña en casa. ¿Qué opina Charo?

—La ha contratado Charo. A la chica y a su marido, que también vive aquí. Y son un buen fichaje. Llevan la casa de maravilla. No sé si estás un poco obsesionado con ciertas cosas a pesar de los años.

—A mí las tías oscurillas y un poco exóticas me encantan. Eso es irremediable.

—Más vale que tengas cuidado. Como Rosalía te pesque en alguna historia, te puedes preparar. Bueno, vamos a seguir con el

tema que estábamos y dejarnos de chorradas.

—Ya hemos comentado lo más importante ¿No?

—Sí —dijo Guzmán—. De todos modos, Costa me tiene un poco mosca. Como te he dicho, me reuní con él el otro día en el Club de Campo y le veo nervioso. Quiere que le garanticemos que todo saldrá bien, aunque sabe de sobra que en operaciones de esta clase nunca hay garantías totales. Menos mal que Herrero le maneja bastante bien.

—¿Y que nos importa que esté nervioso? Que se aguante y se espere, como hacemos nosotros.

—Como sabes, Costa es un bestia. Ha metido novecientos mil euros en un terreno y espera sacar seis millones. Ese tío es capaz de cualquier disparate si ve que el negocio se le estropea. Si la cosa no funciona, tendrá que esperar con el terreno la tira de años hasta que consiga que se lo recalifiquen.

—Nosotros también hemos invertido mucho en ello. Yo también estoy un poco nervioso, aunque por otra parte no veo que la cosa vaya a salir mal. A Costa no le hemos prometido nada. Le hemos planteado el negocio, tal como es.

—No estoy tan seguro. Cuándo se lo hemos ofrecido por primera vez, estábamos muy confiados y él lo ha entendido como cosa segura. El tipo es bastante mafioso y no está acostumbrado a tropiezos. ¿Sabes lo que me ha contado Herrero?

—¿Qué?

—Parece que a uno que no le pagaba no sé qué deuda, hizo que lo metieran en el maletero de un coche y lo tuvo veinticuatro horas haciendo kilómetros por media España. Parece que ese tratamiento es mucho mejor que una paliza porque no deja huellas y es muy efectivo. Con tal de que no le vuelvan a hacer lo mismo, el tipo busca dinero dónde sea para pagar a Costa.

—¿No pensarás que Costa se va a atrever con uno de nosotros si la cosa sale mal?

—No, no es idiota. Si se pone animal con nosotros, sabe que todos los negocios que hace a través de Herrero y los ayuntamientos se han terminado. Sólo digo que hay que tener cuidado con él, aunque no sé que nos podría hacer concretamente.

—De momento, si vuelve a decir algo hay que asegurarle que no hay ningún problema. En realidad, no va a haber ningún problema. Bueno, entonces quedamos en tratar de ver quien puede contactar con Escobedo y Nuria.

—Eso es. Y tú quieres hacer algo con Salvatierra.

—Sí. Vale, vamos a dejar el tema. Ahora puedes llamar a

Graciela para que me sirva ese coñac tan bueno que tienes, y de paso le echo otro vistazo a la chica.

Ramón Ferreiro vivía en un apartamento muy amplio en el propio campus del Instituto Politécnico de Boston. En el campus había residencias de profesores, de estudiantes y todas las instalaciones como aulas, laboratorios, bibliotecas y administración. Se podía hacer toda la vida normal de un día de trabajo sin necesidad de utilizar el coche. Los edificios estaban bien separados unos de otros por calles anchas y arboladas. Las aceras estaban flanqueadas por grandes extensiones de césped. En ese mes de febrero, sin embargo, no había habido muchas posibilidades de ver el césped, que estaba cubierto de nieve casi todo el tiempo. Ese sábado por la mañana, Ferreiro y su mujer habían hecho la compra de la semana en el centro comercial que estaba a unos kilómetros del campus y ahora, antes de comer, tomaban una bebida y unos cacahuetes en al salón de su piso. Aunque Ferreiro llevaba más de diez años viviendo en Estados Unidos, la costumbre del aperitivo los fines de semana, aunque sólo fuera una bolsa de patatas y una cerveza, era algo sagrado. Algunas veces disponía de aceitunas rellenas de anchoa o chorizo español, que había pasado inadvertido para los eficientes perros de la aduana americana que olfateaban los embutidos aunque fueran envueltos en veinte plásticos. Su mujer, Dora, era una enfermera mexicana que trabajaba en el hospital del condado y que contribuía a enriquecer los aperitivos de fin de semana, que se solían transformar en auténticas comidas, con algunos tacos mexicanos.

Su tema de conversación últimamente, cada vez que se sentaban un rato juntos acababa siendo algo relacionado con la oposición que Ramón iba a hacer en Madrid el mes siguiente. No se trataba solamente de si tenía posibilidades de ganar la cátedra, sino de si la idea de dejar Estados Unidos y trasladarse a España era acertada. Los dos tenían un buen empleo, buenos amigos y en general un buen ambiente para su vida diaria. Por otra parte, el clima extremo de Boston era algo que ponían, sobre todo Dora, en la parte negativa de la balanza. Un punto a favor del traslado a España era el padre de Ramón, viudo y ya bastante mayor, que se desenvolvía cada vez con más dificultad en Madrid, y al que podrían hacer algo de compañía y servirle de ayuda.

—Nosotros lo intentamos, Dora, —decía Ramón—, y si no sale, tampoco pasa nada. Aquí también estamos bien. De todas maneras lo tengo muy difícil. Normalmente tiene más posibilidades la gente

que ya está trabajando allí. Si no saco la cátedra, lo que debemos hacer es plantearnos en serio mudarnos a algún sitio del sur, como Carolina del Norte o Florida o Texas.

—Eso estaría estupendo. Pero no va a hacer falta porque vas a ganar. Tienes mucha experiencia y estás en una universidad con mucho prestigio. Seguro que eres mejor que los competidores. Tu padre está convencido y muy ilusionado.

—Sí, pero la opinión de la familia no suele ser muy objetiva. Está claro que España ha cambiado mucho desde que yo me fui. Ahora hay muchos investigadores españoles que son conocidos y muchas universidades están muy bien equipadas. Nadie se va a impresionar porque llegue alguien de Estados Unidos.

Sin quererlo, la conversación continuaba con los mismos argumentos que ya habían intercambiado docenas de veces: su nivel económico sería mejor en Estados Unidos mientras que en España sería muy difícil que Ramón consiguiera un laboratorio de investigación comparable al que tenía en Boston, etc.etc.

Nuria Planas se quedó agradablemente sorprendida cuando, después de una llamada a la puerta de su despacho, ésta se abrió despacio y asomó la cabeza con abundante pelo blanco del profesor Carlos Frades.

— ¿Se puede, doctora Planas?

—¡Don Carlos! Pase, pase usted. Cuánto me alegro de verle.

Don Carlos Frades, catedrático jubilado, había sido el mejor amigo de D.Joaquim, el maestro de Nuria. Era una persona de una corrección exquisita en sus modales y muy cuidadosa en el vestir. Venía con una chaqueta azul, pantalón beige y una corbata de seda con un alfiler con el escudo de la universidad. Dejó el abrigo beige, que traía en la mano, en el respaldo de una silla.

—Lo dejo aquí, con su permiso. Me ha costado dar con usted. Hace mucho tiempo que no venía y el conserje me ha enviado a un edificio nuevo en el que no había estado nunca. Todo es nuevo, los nombres de la gente en las puertas y los nombres de los departamentos.

—Pues ya ve. Yo sigo dónde siempre. Estoy más a gusto aquí, que en ese edificio nuevo tan estéril así que me he negado a trasladarme. ¿Le hago una taza de té, Don Carlos?

—Como en los viejos tiempos cuándo tomábamos el té con Joaquim y los pocos que estábamos entonces. Sí, gracias, doctora Planas.

Mientras tomaban la taza de té y unas pastas que Nuria sacó de

una lata que tenía en el armario, charlaron un rato recordando los tiempos en activo de don Carlos y su compañero don Joaquim y los comienzos de Nuria en la Universidad. Al cabo del rato Don Carlos cambió de tema.

—Doctora Planas, he oído que está usted en un tribunal de cátedra en Madrid. Me lo comentaron el otro día en la presentación del libro de Pujals.

—Sí, he salido por sorteo para un tribunal de cátedra en la Universidad Pública Miguel de Cervantes.

—Menos mal que esta vez el sorteo sirve para algo. Me alegro que una persona con una buena formación como usted esté en un tribunal de cátedra. Ahora parece que todo eso es bastante desastroso. Hay catedráticos jóvenes que nunca han conocido la idea de lo que es un maestro y tienen una escala de valores y prioridades incomprensible… para mí por lo menos. Ahora la opinión del que tiene más experiencia y nivel no cuenta para nada.

—Tiene usted razón, don Carlos. Las cosas no son fáciles pero algunos hacemos lo que podemos.

—Ya lo sé, doctora Planas, por eso le digo que me alegro de que esté usted en ese tribunal. Por lo que sé tienen un candidato excelente, con una experiencia de muchos años, avalado por una persona del nivel del profesor Rodríguez Cañamero.

—No sé todavía quienes son los candidatos.

—A quien me refiero es a Miguel Guzmán. Seguro que ha oído hablar de él. Un profesor y gestor de primera fila. En la Cervantes están muy ilusionados con su incorporación. Me lo comentó también Lluis Ribas, un buen amigo mío que es consejero en Iberenergía.

—Sí, he oído hablar del doctor Guzmán. Supongo, por lo que usted me dice, que no tendrá ningún problema en obtener la cátedra.

—Si hay personas como usted, doctora Planas, seguro que no. Si se acuerda, téngame al tanto. Tengo curiosidad por saber como queda eso.

Poco después don Carlos se despidió de Nuria prometiendo visitarle algún otro día y tomar el té con ella.

Prudencio Costa, era el socio de Guzmán y Cañamero en la sociedad creada expresamente para la adquisición de un terreno colindante con el campus de la Universidad Miguel de Cervantes. Había invertido novecientos mil euros del millón doscientos mil que costó el terreno mientras que los dos profesores habían aportado

ciento cincuenta mil euros cada uno. Esa compra era una más de las operaciones especulativas en las que Costa participaba de vez en cuando, gracias a sus buenas relaciones en determinados municipios. Las sociedades en las que Costa participaba, se hacían y deshacían según la conveniencia y las necesidades, de acuerdo con los consejos de sus asesores legales. Costa, por otra parte era el propietario de la constructora PRUCOS, que era su empresa más querida porque había sido el punto de partida de su gran fortuna. Unos años antes, Costa, o Pruden para los amigos, tenía una furgoneta destartalada y se ocupaba de contratar cuadrillas de albañiles para terminar de construir chalets cuyas obras habían quedado paradas por problemas económicos de sus propietarios con constructoras más consolidadas. Costa era más flexible e iba construyendo a trozos, según le pudieran ir pagando, tenía buenos precios y no se interesaba por detalles como facturas, IVA o seguros sociales. Uno de los chalets que se ocupó de terminar, llevaba ya tres años a medio hacer y con la obra parada. Su propietario, un activo miembro del partido independiente del municipio, le pidió la posibilidad de aplazar el pago, y Costa, con buena intuición para los negocios, aceptó. Poco después llegó su gran oportunidad cuándo PRUCOS fue la adjudicataria de unas obras municipales, con una envergadura que nunca había podido soñar una empresilla como la suya. A partir de ahí vino el despegue en vertical de Prudencio Costa. Desarrolló su capacidad de hacer negocios a base de contactos. Figuraba como hombre de paja cuándo hacía falta, creaba empresas con participación de administradores corruptos, daba comisiones cuándo era necesario y se ganó una reputación, en el ambiente del negocio inmobiliario rápido, de persona discreta y cumplidora. No entraba en grandes regateos sobre el montante de las comisiones que le solicitaban para adjudicarle obras públicas, sino que le bastaba con saber que él hacía un buen negocio para concertar el trato con un apretón de manos. Su parte del pacto la cumplía escrupulosamente y no aceptaba desviaciones de lo prometido por parte de los demás. En eso era tajante, y más de uno se tuvo que arrepentir de haber intentado exprimir a Costa pidiéndole algunos puntos de comisión por encima de lo apalabrado. Lo que le había contado Guzmán a Cañamero como ejemplo de los métodos de Costa, era rigurosamente cierto y, en realidad, sólo una pequeña muestra de lo que era capaz de hacer si consideraba que era la manera de resolver el problema.

PRUCOS tenía su sede en un piso enorme del barrio madrileño de Salamanca, en el que Costa no estaba con mucha frecuencia. Le

gustaba más visitar las obras o reunirse con alguien para cerrar un negocio en una cafetería que pasarse una mañana en su oficina organizando la marcha de la constructora. Ese trabajo se lo había dejado, hacía ya varios años, a su hijo Matías, al que se le daban mejor ese tipo de cosas. Matías era licenciado en derecho, después de un intento fracasado de estudiar arquitectura técnica, y prácticamente dirigía la empresa, aunque los asuntos legales, sobre todo los contratos dudosos que organizaba su padre, estaban en manos de una oficina de abogados con la que trabajaban normalmente.

Prudencio entró en el despacho de su hijo y se dejó caer sobre una butaca.

—Cuéntame de qué te has enterado sobre el tema de la universidad —dijo.

—Eso es un lío. No tiene nada que ver con todo lo que hemos hecho antes. He hablado con un compañero de curso que tiene algo que ver con la facultad, parece que es ayudante o adjunto o algo así, además de su trabajo en una gestoría. Aunque no está en la Miguel de Cervantes, se ha enterado de todo por un amigo que trabaja allí como administrativo. Guzmán se presenta a la plaza de catedrático y el tribunal son cinco. Si por lo menos tres están de acuerdo le dan la plaza; sólo se la dan al que cuente con tres votos en el tribunal. Resulta que ahí está Cañamero y una tal Rosalía no-sé-qué...

—Sí, su querida —interrumpió Costa—, eso ya lo sé.

—El problema está que los otros tres que han salido por sorteo, no se sabe lo que van a hacer o a quien van a apoyar. Puede ser a Guzmán o a otro. Me han dicho que lo normal es que hagan lo que Cañamero les diga, pero seguro no hay nada.

—¿Y Cañamero no le puede dar antes a Guzmán las preguntas del examen?

—Eso es lo raro. Es un examen en el que no hay preguntas preparadas para contestar.

—¿Entonces como coño les examinan?

—Me han dicho que los candidatos dan unas conferencias o algo así. Luego les pueden preguntar algo sobre eso,pero lo normal es que el tío se lo sepa.

—¿Estás de coña? No me creo que sea así. Dicen que es un puesto muy importante y resulta que se traen el examen o lo que coño sea eso, que no sé ni lo que es, preparado de su casa. Habrá por lo menos cinco mil que se presenten, cualquiera puede hacerlo. O sea que la cosa puede estar jodida para Guzmán.

—No creas. Yo también pensé que habría un montón de gente para esa oposición, pero hay sólo tres. O sea que Guzmán tiene buenas posibilidades.

—¡Tres, nada más! No está demasiado mal, pero no me gusta esto. Cañamero y Guzmán me juraron que era un negocio seguro. Ahora resulta que depende de no sé qué leches de conferencia y de lo que digan unos tíos de un tribunal. Si me lo dicen así desde el principio, les mando a hacer puñetas con la parcela esa. A mí me gustan las cosas claras. Le das a un tipo lo prometido y te da el negocio a cambio sin más historias. Nos ha costado novecientos mil euros nuestra participación en el terreno y si Guzmán pierde nos va a costar recuperarlos.

—Lo peor es que en ese caso perdemos el negocio. Si sale todo bien y Guzmán gana, nos compran esa parcela por doce millones de euros, de los que seis son para nosotros.

—Sí. Esos dos cabrones me han liado con los novecientos mil y eso ya no se puede echar para atrás. Ahora, lo que hay que hacer es asegurarse el negocio y que no falle.

—Sí papá, pero ¿qué quieres hacer? Eso no depende de ti.

—No me voy a quedar parado a ver si me toca el premio o no. ¿Quiénes son esos tipos del tribunal? ¿Y quienes son esos dos que le disputan la plaza a Guzmán?

—Eso no lo sé.

—¿No te he encargado que te enteres de todo? ¡Joder!. Te estoy diciendo que nos jugamos seis millones. ¿Todo lo que haces es irte a charlar con un compañero de facultad?

—¿Qué quieres que haga?

—Ponte en contacto con Carmona. Que se entere de todos los datos rápidamente. Quién es toda esa gente y por dónde se les puede meter mano para que no estorben. Dile que es importante y que vaya al grano. Que no nos entretenga contándonos historias para hacerse el importante y engordar la cuenta.

Carmona era un personaje de la plena confianza de Costa. Se presentaba como detective privado, aunque lo más probable es que no tuviera oficialmente esa profesión. Su sitio de contacto no era una oficina, sino que los que le buscaban sabían que podían encontrarle o dejarle un recado en una cafetería de la zona de San Bernardo. Algunas personas tenían también el número de su móvil, pero no le gustaba mucho utilizarlo. Era un especialista en proporcionar todo tipo de información sobre cualquier persona, desde su situación económica y profesional, hasta cualquier cosa relativa a la vida privada. Esta última parte era la que más le

gustaba, y siempre encontraba algo interesante. Carmona, aparte de conseguir información, hacía de intermediario para otros trabajos que de vez en cuándo necesitaba Costa. Conocía tipos capaces de dar una paliza a un moroso o de dar un buen susto a su familia. Los métodos eran muy variados y lo importante era que casi siempre daban resultado.

—Vale. Voy a ir a verle a San Bernardo esta misma tarde. Seguro que nos informa rápido.

7
NO TIENE GRACIA

En la Universidad Pública Miguel de Cervantes, Mariano, el becario de Cañamero, y Ana Mari estaban en una pequeña sala de reuniones del departamento, en dónde habían instalado un ordenador y un proyector y estaban proyectando las imágenas sobre una pantalla grande colgada en la pared.

—Bueno —dijo Mariano—, parece que funciona todo. La presentación te queda muy bonita. Lo malo es que los ordenadores a veces se cuelgan sin saber por qué. Si te pasa el día de la oposición, puedes pasar un mal rato.

—Queda muy bien. Muchas gracias por tu ayuda. No estoy acostumbrada a usar esto, pero ya tengo más claro como funciona. Ahora tengo que practicar y, si acaso, cambiar algunos detalles de la exposición que voy a dar.

—Si tienes dudas o necesitas algo, me lo dices. En cualquier caso, lo más seguro es tener un ordenador de reserva con el archivo cargado el día de la oposición. Yo estaré allí para ayudarte si el ordenador se cuelga o pasa algo raro con el programa.

—¡Ni se te ocurra! Puedes estar allí con el público, pero en ningún caso ayudarme. El jefe y Rosalía te matan si haces eso. No se lo digas a nadie, pero he tenido una discusión muy fuerte con Rosalía y ahora soy el enemigo.

—¡Vaya! Lo siento. No sabía nada. A lo mejor se le pasa. Rosalía a veces es un poco lanzada.

—No creo que tenga arreglo. Aparte de que nos hemos dicho cosas gordas, lo que quiere es que no me presenta a la cátedra, y eso, como ves, no lo voy a hacer. Es mejor que no se enteren que me has ayudado en algo porque la van a tomar contigo.

—Procuraré que no se enteren. De todos modos si tienes alguna duda sobre el funcionamiento de esto, me lo dices, aunque ya ves que es muy sencillo. Para el día de la oposición le puedo decir a un amigo mío, que sabe un montón de informática, que esté allí por si hay algún problema.

Cuándo Mariano salió de la sala de reuniones, fue a la secretaría del departamento a ver a Marga, la secretaria, con la que en los últimos días había ido tomando más confianza. Marga necesitaba

con sospechosa frecuencia alguna ayuda con el ordenador, que Mariano amablemente, y sin limitación de tiempo, le prestaba. Ya habían adquirido la costumbre de tomar juntos un aperitivo en la cafetería del campus, cuándo los dos tenían tiempo, y estaba planeada una salida a la zona de copas para el fin de semana. Ahora era la hora del aperitivo y Mariano fue a ver si Marga podía hacer una pausa.

—¿Qué tal va eso? ¿Vienes a tomar algo? — dijo al entrar en la Secretaría.

En respuesta a la mirada de Marga, Maribel le dijo:

—Ya acabo yo estas actas. Vete si quieres, pero no tardes demasiado.

En el camino hacia la cafetería, que estaba en el pabellón de enfrente al de su departamento, Mariano comentó su reunión con Ana Mari.

—No sabía que la cosa estaba tan mal. Ana Mari me ha dicho que no se puede notar en público que la ayudo en algo, porque entonces yo tendría problemas con el jefe.

—Sí, tiene razón. Parece que han tenido una discusión de las buenas. El otro día llegó Rosalía toda rabiosa a contárselo a Cañamero y, con los gritos que daba, me tuve que enterar de lo que pasaba. Tienes que tener cuidado que no crean que ayudas a su enemiga.

—Ya, pero Ana Mari es una buena persona y no me ha hecho nada.

—Ya lo sé. Sólo te digo que tengas cuidado. No tenéis ni idea de lo vengativo que es el jefe. Se cree que todos sus colaboradores tienen que opinar lo mismo que él, y tener los mismos amigos y enemigos. Algunas cosas que le he oído a veces te dejan alucinada. Hace unos meses estuve pensando pedir el traslado, cuándo lo de Jorge Marín.

—He oído hablar de Jorge, pero no hemos llegado a coincidir, se fue antes de que yo llegara.

—Empezó a hacer la tesis y lo tuvo que dejar. Yo lo vi venir, por los comentarios que hacía el jefe cuándo se enteró que Jorge tomaba café con los del departamento de informática, que sabes que están peleados con Cañamero. Luego, todo eran pegas con el trabajo de Jorge, todo estaba mal. Parece que el jefe le hacía trabajar para otras cosas y Jorge no avanzaba con su tesis. Estaba desesperado y cuándo por fin se decidió a marcharse, Cañamero le echó una bronca y le dijo que se ocuparía de que no hiciera nunca su tesis en ninguna universidad española.

—¡Vaya tipo! No sabía que era tan cabrón.

—Te podría contar más historias, pero prefiero no desmoralizarte. Tú sigue con tu trabajo y procura pasar desapercibido para todo lo que no sea tu tesis. Es mi consejo de amiga.

—Vale. Tendré cuidado con el querido jefe. Pero a ti no se te ocurra pedir el traslado.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Lo sabes de sobra. Si te trasladas, me traslado yo también. Me voy detrás de ti.

—¿Y si me voy a filosofía o a algún departamento de letras?

—No importa, los físicos valemos para todo—dijo Mariano pasándole el brazo por encima del hombro— .¿No lo sabías?

Los dos siguieron hablando animadamente hasta la cafetería, gastándose bromas y comentando los planes para la noche, cuándo se reunieran con su grupo de amigos para salir. Se pusieron en un rincón de la barra de la cafetería ya que preferían seguir hablando solos a formar parte de algún grupo de los conocidos que había allí a esa hora.

—Oye Margui —decía Mariano—, aparte de todo eso que me has contado, del trato que le dio a Jorge, yo creo que hay cosas mucho más serias relacionadas con el jefe. Hay que tener cuidado, pero no sólo yo, sino todos.

—Ya te he dicho que no me llames Margui, suena raro. ¿A que te refieres?

—Sólo te doy un nombre cariñoso, ya te acostumbrarás. Me refiero a que en toda esa historia de Ana Mari y los cabreos que tienen con ella, no se trata sólo de una cátedra sino, que hay más cosas por medio.

—¡Vaya! Ahora resulta que eres tú el enterado.

—El otro día cuando me pedisteis que buscara en el ordenador el documento que Maribel había perdido, leí alguna cosa de pasada...

—¡Oye! No tenías que leer nada, sólo encontrar el documento.

—Para saber si he encontrado lo que busco tengo que leer por lo menos el título y algo más. ¿Tú no lo has leído?

—Ese documento es cosa de Maribel. Ella se ocupa de las cosas que el jefe considera más importantes. Tiene confianza en ella porque se conocen hace muchos años. Es superdiscreta y el jefe para ella es una especie de dios. A mí me encarga las cosas más rutinarias. Desde luego nada medianamente confidencial o delicado.

—¿Es que Cañamero no sabe escribir en el ordenador? Si una

cosa es muy confidencial podría escribirla él mismo.

—Ya te digo que en Maribel confía al cien por cien. Él usa el ordenador, pero es un poco chapuza, más bien escribe en plan borrador. Algunas veces redacta algo, pero luego se lo pasa a Maribel para que ponga el documento en una forma más presentable. Bueno ¿qué es lo que has leído?

—Apenas nada. Pero parece que el tal Guzmán, venga aquí o no, tiene que ver con unos terrenos que se pueden revalorizar. En realidad no sé exactamente, pero no tenía muy buena pinta la cosa.

—Peor me lo pones. Eso me confirma lo que te he dicho antes: ten cuidado. Ahora podemos hablar de otra cosa, ya estoy harta de hablar de Cañamero.

Cuándo Salvatierra contestó a la llamada de teléfono en su despacho, oyó la voz áspera de su compañero Pascual Pérez Seco.

—Luis. Soy Pascual.

Pascual hablaba más bajo de lo habitual en él, pero se le reconocía perfectamente a pesar de eso.

—Hola Pascual. Ya te he reconocido. Dime.

—Tengo que hablar contigo, pero prefiero verte directamente.

—Vale. Si quieres bajo a tu despacho.

—Sí, en mi despacho nos interrumpirán menos. Tú estás mucho más liado que yo y seguro que acaba entrando alguien a verte.

Salvatierra bajó un piso hasta el departamento de Pérez Seco, algo intrigado por el comportamiento de su amigo. Pascual quitó un montón de papeles de una silla, que ofreció a Salvatierra y se sentó en su sillón detrás de la mesa mientras encendía un cigarrillo negro. Después de los saludos hizo una pausa como si le costara empezar a hablar, lo que no concordaba precisamente con su carácter.

—Oye Luis —dijo por fin—. Quería hablarte de una cosa que es un poco complicada. No sé si me meto en lo que no me importa, pero creo que no.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luis pacientemente.

—¿Tú conoces a Modesto Bermúdez? Es un catedrático de Derecho.

—Creo que no le conozco personalmente. He oído el nombre muchas veces. No sé si porque ha actuado en algún juicio famoso o porque lleva muchos años en la universidad y el nombre te acaba sonando.

—Será por las dos cosas. Es un abogado conocido y además lleva mucho tiempo en la universidad. De hecho tiene mi edad.

—Bueno ¿Y qué pasa con él?

—Yo le conozco bastante. Estuvimos juntos en una candidatura independiente en las primeras elecciones que hubo para rector. El resultado electoral fue un desastre para nuestra lista, pero hice algunos amigos de otras facultades, entre ellos Modesto. Hace dos días nos hemos visto y me ha contado que el rector le ha nombrado instructor de un expediente, no sé si el nombre de instructor es correcto.

—Ya. ¿Y qué es eso de instructor? No estoy al tanto — preguntó Salvatierra, que no entendía por qué Pascual le estaba contando eso. Imaginaba que se trataría de algún tipo de cotilleo sobre alguien que conocían.

—Si hay alguna queja sobre un miembro de la universidad, incumplimiento, faltas a la disciplina o lo que sea, se puede abrir un expediente para recabar información. El rector puede nombrar a uno o varios profesores para ese trabajo, y a Modesto le ha caído una de esas. Estaba bastante cabreado porque tiene suficiente trabajo con casos importantes como para ocuparse de esta especie de asuntos internos. Dice que se lo deberían encargar a otro que tenga más tiempo, ya que no hace falta una formación jurídica. Se trata de intentar averiguar los hechos reales y pasarle un informe al rector.

—Ya —dijo Salvatierra, que esperaba la continuación y no se le ocurría ningún comentario especial a lo que le había contado Pascual.

—El caso, y para ir al grano —siguió diciendo Pascual—, es que me sondeó un poco para saber mi opinión personal sobre ti.

Salvatierra, que estaba tan tranquilo escuchando lo que le contaba Pérez Seco, preguntó sorprendido:

—¿Y qué le importo yo a tu amigo Modesto?

—Es que tú eres justamente le persona que le interesas, porque el encargo que tiene se refiere a una investigación sobre ti.

Luis se quedó sin saber que decir. La última frase de Pérez Seco le sentó como una especie de descarga eléctrica que le dejó unos segundos sin reaccionar por lo absolutamente inesperada. Al mismo tiempo le rondó por la cabeza una sospecha difusa sobre lo que le estaba hablando.

—Te puedes suponer que me dejas de piedra. ¿Puedes decirme de qué se trata esto?

—Te puedo decir muy poco. En realidad no debería decirte nada, pero prefiero advertirte que vas a recibir una comunicación oficial dentro de un par de días, como mucho. ¿No sabes de qué se trata?

—No. ¿Por qué no me das una pista?

—Te puedo dar una pista bien clara: líos con alumnas.

La sospecha que en unos segundos había surgido en la cabeza de Salvatierra, pero que al mismo tiempo le parecía prácticamente increíble, se confirmaba: ¡Cristina! El golpe que suponía esa confirmación para Salvatierra se debió de notar en su cara porque Pascual añadió:

—Me parece que ya sabes de qué te estoy hablando.

—No estoy seguro...

—Sí, estás seguro. Escucha Luis. Como comprenderás, a mí me tiene sin cuidado si has tenido un lío con una alumna o no, y no tienes que decirme nada. Sólo quería advertirte para que vayas pensando lo que le cuentas a Modesto Bermúdez cuándo te pregunte sobre eso.

—Pero… ¿Sabes si hay una denuncia?

—No sé los detalles. Supongo que tiene que haber una denuncia para que empiece una investigación. En cualquier caso tienes que tener claro que si te han denunciado por acoso sexual no es ninguna tontería. Es un tema serio.

—Ya sé lo que es acoso sexual, pero yo no he acosado a nadie. No creo que haya una denuncia por eso.

—Pues no sé por qué es la denuncia. Por lo que me ha dicho Bermúdez, yo creo que es por algo así. Si te he llamado es porque me fastidiaría que te metan, o te metas, en un lío. Eres de las personas con las que mejor se puede tratar en la facultad y si te expedientan, además de los problemas que tengas, siento que una serie de impresentables se froten las manos de alegría. A mí me importa un bledo si te enrollas con cincuenta tías, pero deberías de saber que entre esas cincuenta no es muy inteligente que haya alumnas tuyas. Entonces es donde puede entrar el famoso acoso si te denuncian.

—Ya te digo que no creo que haya una denuncia.

—Lo que me estás diciendo es que te has tirado a no sé cuantas alumnas, pero que no crees que te hayan denunciado.

—No he dicho nada de tirarme a nadie. Entre nosotros, es verdad que me he acostado con una alumna, pero no ha habido ningún tipo de acoso y estoy seguro de que no hay denuncia.

—Vale Luis. Llámalo como quieras. De todas maneras es un problema y no entiendo como no lo has visto a tiempo. Lo que más me sorprende es que Bermúdez se ha referido al asunto en plural, como si hubiera varias alumnas implicadas.

—¡Eso es imposible! No es verdad.

—A lo mejor no lo he entendido bien, o hay denuncias falsas. Eso sería bueno para ti, porque si hay una denuncia falsa es difícil que haya pruebas. Siento darte estas noticias. Por supuesto, yo no te he dicho nada.

Salvatierra volvió a su despacho conmocionado por la noticia y se sentó a su mesa con la mirada ausente, tratando de interpretar lo que acababa de oír. No entendía nada. El episodio con Cristina, unos días antes, había estado muy lejos de ser un caso de acoso sexual por su parte. Era cierto que había bebido más de la cuenta y no recordaba exactamente todo lo ocurrido, pero tenía claro que en la aproximación y todo lo que siguió, la chica había llevado la iniciativa. Eso concordaba con lo que había pasado en su despacho el día que Cristina vino a preguntarle las dudas antes del examen. Aunque él le había seguido en parte la corriente, ella fue la que buscó el contacto físico. Ese día Salvatierra estaba completamente sobrio y no tenía ninguna duda de como habían sido las cosas.

En cualquier caso, en casa de Cristina todo había transcurrido de la manera más amigable y agradable que se podía imaginar. Cuándo la chica se puso encima de él, Salvatierra estaba medio amodorrado y se hubiera quedado dormido en el sofá en el que se había derrumbado, pero su estado cambió rápidamente cuándo Cristina le desabrochó la camisa y empezó a acariciarle. Él había correspondido enseguida a las caricias y ella se quitó el vestido poco después. Luego se volvió a montar encima de él, dejando que la penetrara y empezó a moverse de manera frenética oscilando en todas direcciones sin que él pudiera apenas seguir ese ritmo. Cuándo terminaron, ella se quedó sentada en la posición a horcajadas, con el cuerpo reclinado hacia delante apoyando su pecho en el de Salvatierra. Al cabo de unos minutos de silencio él había dicho en voz baja:

—Lo has hecho para sobresaliente. Pero aquí no hay notas ni actas.

—Claro que no hay actas ——había contestado ella en un susurro —. Esto es un secreto. El mejor secreto que he tenido nunca. Por fin lo he conseguido. Después de esto ya creo en los milagros.

Salvatierra sí recordaba perfectamente toda la conversación porque se había pasado varios días repitiéndola mentalmente sin parar:

—¿Cómo que por fin lo has conseguido? ¿Qué dices? — le había preguntado Luis dando la vuelta a la postura y poniéndose encima de ella.

—Llevo tres años contigo en la cabeza. Y ya lo he conseguido.

Te he follado.

—Mentirosa. Sólo te he dado clase este cuatrimestre.

—¿Por qué te crees que me he matriculado en tu asignatura, idiota?

—¿En serio?

—En serio. Me he fijado en ti desde hace dos años. Me encantó como te peleaste en una Junta de Facultad con mis compañeros, los representantes de los estudiantes.

—¿Tú eras representante?

—Sí pero lo dejé. Estaba harta de ellos. Eran una panda de bocazas. Ya veo que tú no te fijaste en mí. Pero este curso si te has fijado.

—¡Qué remedio! Sobre todo después de tu visita el otro día en mi despacho. ¡Qué cara tienes!

—¡Oye! Y tú ¿no le echaste cara? Bien que te recostabas contra mí.

—Sólo para no caerme.

—Te puse nervioso. Reconócelo.

—Lo reconozco. También reconozco que tienes valor. Te has expuesto a llevarte un buen corte.

—Ya ves que no. Te había calado perfectamente como un ligón. Además no hay ningún riesgo. Por lo que he visto, mi prima Lola tenía razón.

—¿Qué dice tu prima Lola?

—Asegura que los hombres son como los perritos. Les silbas y vienen.

—¡Vaya cabronas sois, tu prima y tú!

—Lo importante es que esta noche ha ocurrido el milagro. Salgo con un grupo de amigos que los tengo ya más que vistos. ¿Y a quién me encuentro en el sitio más inesperado del mundo? Al profesor Salvatierra con las defensas bajas por el vodka.

Salvatierra recordaba como al poco tiempo habían pasado del estrecho sofá a la cama, en el dormitorio de Cristina. Allí fue él el más activo desde el primer momento y ella se abandonó completamente aceptando todo lo que él hacía, hasta que se quedaron dormidos. A la mañana siguiente habían desayunado a las dos de la tarde. Ella había preparado café y huevos revueltos sin dejarle hacer nada, mandándole que se quedara sentado a la mesa a esperar el desayuno. Cada vez que traía algo, las tazas o la cafetera, le abrazaba o le daba un beso rápido. Salvatierra no se había sentido tan bien en mucho tiempo, o eso le parecía. En las últimas semanas las cosas con su amiga Natalia no iban bien. En realidad

iban cada vez peor. En sus últimos viajes de trabajo no se había notado el interés que antes tenía Natalia, de volver lo más pronto posible a Madrid. Cuándo volvía, no mostraba tampoco mucha prisa en encontrarse con Luis y prefería descansar. No habían tenido ninguna discusión ni explicaciones, pero había un cierto ambiente de despegue entre ellos que presagiaba un final a medio plazo. Ese era uno de los motivos por los que Salvatierra había decidido acompañar a sus amigos de promoción a la discoteca, después de la cena. Aunque había sido un viernes, Natalia no había vuelto de su viaje asegurando que tenía una reunión en Barcelona hasta última hora y que volvería el sábado a lo largo del día. El fin de semana que se presentaba aburrido y más bien triste, se había enderezado de una manera increíble con la noche, o parte de ella, en casa de Cristina.

Después del tardío desayuno, cuándo se marchaba, Cristina se quedó en el quicio de su puerta despidiéndole con un movimiento de la mano como si se fuera de viaje, mientras él cogía el ascensor. Con el recuerdo de la imagen de Cristina diciendo adiós sonriente, le era ahora imposible entender lo que le había contado Pérez Seco sobre una denuncia. Salvatierra se consideraba un buen conocedor de la gente y, aunque más de una vez se la habían jugado, no solía equivocarse con las personas. Cuándo pensaba en todo lo ocurrido se fue tranquilizando. En primer lugar no creía que Cristina estuviera creándole dificultades y, por otra parte, nadie podría demostrar un acoso que no había existido.

Decidió que lo que tenía que hacer era hablar con ella y averiguar qué pasaba. Sin embargo, eso no era inmediato. Su curso había terminado y ahora no era ya alumna suya. De hecho no la había vuelto a ver en los días que habían pasado desde entonces y sabía que se había ido un par de días a León con sus padres. El segundo cuatrimestre ya había empezado y Cristina estaría asistiendo a las clases, pero él no podía ir a hablarle a la salida o entrada de una clase. Tenía que llamarla a su casa, al número que figuraba en la ficha de clase. Estuvo intentando con el móvil, que le pareció más seguro que la línea de la universidad, en dónde probablemente las llamadas quedaban registradas. Nadie contestó y supuso que Cristina estaría en la universidad, por lo que pensó en llamarla a última hora de la tarde.

A pesar de esa idea, se fue poniendo otra vez nervioso por su interés en aclarar cuánto antes esa situación tan inquietante y estuvo llamando cada media hora sin recibir respuesta. De mal humor, se fue a su apartamento a las seis de la tarde y, sobre las

ocho, pensó que le vendría bien un poco de aire, por lo que salió a la calle y fue caminando en dirección a la casa de Cristina que no estaba a más de quince o veinte minutos de la suya. A mitad de camino llamó otra vez con el móvil y, para su sorpresa, le contestó la voz de Cristina. Cuando le dijo quién era, notó que se alegraba.

—¡Luis! Me alegro de oírte —dijo—. ¿Qué tal estás? Hace muchísimo que no sé nada de ti.

—Muchísimo no es muy exacto.

—Bueno, a mí me lo parece. ¿Qué haces?

—Hablando contigo. Estoy en la calle llamándote por el móvil.

—¿Cómo es eso? ¿Tú ibas por la calle y de repente has sentido el impulso irresistible de llamarme? Me hace una ilusión tremenda.

—No es exactamente así. Tengo que hablar contigo y estoy intentándolo todo el día. Ahora he tenido éxito.

—He estado en la facultad, en clases y en la biblioteca ¿Dónde estás?

—Casi al lado de tu casa.

—Te espero. ¿Sabes que piso es?

—No. Es al lado de los señores de Gómez y de un Sagrado Corazón. El piso no lo sé.

Cristina soltó una carcajada y contestó.

—Es verdad, el día que viniste no eras capaz de contar más que hasta dos. Es en el tercero derecha.

Se cortó la comunicación y Salvatierra se puso en camino hacia la casa de Cristina. Sólo con oírla ya estaba más tranquilo respecto al tema que le preocupaba. No había ninguna tensión y ella estaba como siempre, simpática y alegre. No daba la impresión de sentirse objeto de acoso sexual.

Le abrió la puerta descalza y vestida con unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta. Nada más cerrar la puerta, se abrazó a él con toda su fuerza. Cuándo se separaron, Salvatierra dijo con tono serio.

—Cristina, tenemos que hablar.

—¡Uy! ¿Qué te pasa? Asustas un poco, ¿sabes?

—No, no. Perdona. Es que estoy nervioso.

Se sentaron en el sofá de unos días antes y Salvatierra, en vista de que ella evidentemente no estaba al tanto, decidió contarle todo lo que sabía. Al terminar añadió:

—Yo no tengo ni idea de qué va a pasar ahora. El tal Bermúdez me va a llamar para empezar a recoger información. Si creen que yo tengo algo que ver contigo te van a llamar a ti también. Debe de haber una denuncia.

Cristina, que le había escuchado sin interrumpir, mirándole atentamente, le contestó con voz tranquila:

—Vamos a ver. Aquí hay varias cosas. Primero de todo: ¿Has pensado que yo he presentado alguna queja sobre ti?

—No, no lo he pensado. ¿Por qué ibas a hacerlo? Pero la historia tiene que ver contigo. Se trata de una alumna mía y tú eres la única alumna con la que…

—¿Seguro? —dijo Cristina, con tono de guasa—. ¿No resultará que eres un Don Juan y yo sólo soy una de tus pobres víctimas?

—No tiene gracia.

—A mí sí empieza a hacerme gracia. Todo esto es una tontería. ¿No te habrá gastado tu amigo una broma?

—Te aseguro que no. La cosa es seria y yo estoy preocupado. Si te llaman, hay que saber qué tienes que decirle al señor ese.

—Lo tengo bien claro. Le voy a decir que se meta en sus asuntos. Que yo no me he quejado de nada y que no le importa con quién me acuesto o me dejo de acostar.

—Sí. Pero, por ejemplo, me gustaría que coincidiéramos si nos pregunta si nos hemos visto fuera de la facultad.

—Sí, nos hemos encontrado en una discoteca. Cualquiera puede habernos visto juntos. Pero... nadie nos ha visto en este sofá —añadió Cristina—. . Estábamos completamente solos, como ahora.

Antes de que Salvatierra se pudiera dar cuenta, Cristina, de un salto, se le sentó en las rodillas y se recostó sobre él.

—Cristina, estate quieta. Estás como una cabra. Te vengo a contar que me van a abrir una investigación y todo lo que se te ocurre...

—¡Cállate! No me digas que vas a tener miedo de ese expediente idiota. Manda al carajo a la momia esa, Bermúdez o como se llame, y ahora dame un beso.

8
POSIBLES ENEMIGOS

El tiempo era lluvioso y desapacible en Massachussets. Ramón Ferreiro y Dora habían salido en coche por la tarde, después del trabajo, a hacer unas compras en uno de los centros comerciales próximos al Instituto Politécnico. En principio habían pensado ir a Boston, a los grandes almacenes del centro, para comprar algo de ropa y llevarla de regalo al padre de Ramón. El viaje a España, para la oposición a la cátedra, se iba acercando y ya hacían algunos preparativos. Por culpa del mal tiempo habían decidido no entrar en Boston, pensando que tendría sus accesos, que estaban en obras interminables, medio colapsados y pensaron que sería preferible tratar de encontrar algo en uno de los grandes centros comerciales que había en los alrededores de dónde vivían. Habían tenido éxito con sus compras ya que encontrraron una chaqueta y unas camisas con un estilo distinto del europeo que, seguramente le gustarían al padre de Ramón. Habían comido en un restaurante japonés de comida rápida y volvían relajadamente hacia su casa, oyendo música a bajo volumen en la radio. Eran las ocho, ya estaba oscuro, caía una lluvia ligera y en la carretera interestatal había un tráfico moderado. Como muchas otras carreteras de Estados Unidos, la interestatal por la que circulaban tenía dos calzadas separadas por una franja de terreno muy amplia, formada por dos suaves pendientes desde cada calzada hacia el centro de la separación.

Ramón conducía con cuidado ya que no tenían prisa y el tiempo no invitaba a circular de otra manera. Cada vez que uno de los enormes camiones le adelantaba, quedaba momentáneamente sin visibilidad por el barro que le salpicaba. Otros conductores preferían conducir con prudencia y circulaban a menos velocidad de la permitida. Delante de ellos, una furgoneta iba bastante despacio y Ramón redujo un poco su velocidad, dudando si adelantar o no mientras escuchaba a Dora, que iba hablando sin parar desde que habían salido del centro comercial.

—Diana ya ha estado de acuerdo en sustituirme en caso de que nos retrasemos en volver de Madrid —decía Dora—. La verdad es que es muy buena amiga y siempre se puede contar con ella. Patricia, la supervisora, está de acuerdo y me ha dicho que no tengo

que preocuparme. Creo que cuándo volvamos podemos invitar a cenar a Diana y John.

—Está muy bien que Diana te sustituya, pero tú haces lo mismo cuándo ella te pide algo. No me importaría invitarle a cenar cuándo se divorcie y tenga otro marido. John es insoportable.

— No seas así. John es muy buena persona, sólo es un poco demasiado tranquilo. Hablando de tranquilo... Por qué no adelantas a éste de una vez? A este paso no llegamos nunca a casa.

—Sí, es verdad. Va muy despacio y yo sin darme cuenta voy a su velocidad.

Ramón conectó el intermitente y empezó a adelantar a la furgoneta poniéndose a su altura. Sin embargo, la maniobra de adelantamiento se prolongaba ya que la furgoneta iba acelerando y Ramón no conseguía rebasarla, sino que los dos vehículos marchaban a la misma altura.

—Este tipo acelera, parece que tiene amor propio en que no le adelante nadie —dijo Ramón.

—Déjale entonces —contestó Dora—, ya vas casi a setenta millas y te pueden multar.

Ramón se disponía a levantar el pie del acelerador y a renunciar al adelantamiento cuándo el grito de Dora le sobresaltó.

—¡Cuidado! ¡Se nos echa encima!

No había terminado Dora la frase cuándo un tremendo impacto desvió el coche. La furgoneta había chocado lateralmente con gran fuerza quedando en contacto y produciendo un chirrido del roce metálico. Ramón, agarrando el volante, logró que su coche no cayera fuera de la calzada, sino que pudo mantenerse en el arcén. La furgoneta que seguía paralela a ellos se apartó hacia el centro de la carretera dejándoles sitio para volver a ella.

—¡Qué bestia! —gritó Dora—. Casi nos mata.

Ramón tocó el claxon indignado sin llegar a decir nada por la concentración que necesitaba para dominar su coche, cuando la furgoneta inesperadamente embistió de nuevo por el lado con más fuerza que antes. Ramón, que no se había recuperado de la primera impresión, no fue esta vez capaz de dominar el coche que salió dando tumbos por la pendiente de césped que separaba las dos calzadas. Por un momento pareció que iban a volcar; el coche quedó sobre sus dos ruedas de la izquierda, pero un instante después se apoyó de nuevo y siguió rodando en la oscuridad hasta que notaron un choque de frente, los airbags se abrieron y el coche quedó parado. Todo el episodio no había durado más que unos pocos segundos, cinco o seis, durante los cuales se habían oído los

golpes de los bajos del coche contra el suelo irregular y un grito prolongado de Dora. Al pararse todo quedó en silencio, incluso el motor había dejado de funcionar por el efecto del impacto final.

—Vamos afuera. ¡Rápido! —fue lo primero que dijo Ramón, que sentía necesidad de aire y de librarse del airbag.

Al salir, se abrazaron preguntando el uno al otro si estaban bien y comprobaron enseguida que no parecían tener nada grave, aparte de alguna contusión. Pudieron ver que el coche se había deslizado por la terraplén abajo y el morro se había empotrado contra la pendiente que subía hacia la otra calzada. Apenas podían ver nada a su alrededor porque sólo quedaba luz de uno de los faros y éste estaba orientado hacia abajo, por la posición inclinada del coche. Caía una lluvia ligera y hacía frío. De pronto cayeron en la cuenta de que estaban solos en ese terraplén; aparentemente nadie había visto el accidente ni nadie se había parado a prestar ayuda.

—¡Es increíble! —dijo Ramón—. El tipo de la furgoneta ni siquiera se ha parado.

—Yo creo que estaba drogado o borracho. Ha hecho unas maniobras muy raras.

— Es un criminal. Eso es lo que es. Drogado o no. Ha podido matarnos. Tenemos que subir a la carretera y parar algún coche.

—Espera —contestó Dora—. Tengo mi móvil en el bolso, vamos a llamar a la policía y les esperamos al borde de la carretera hasta que vengan.

Randy Donovan, oficial de la policía local del municipio al que pertenecía el Instituto Politécnico de Boston, era un buen conocido de Ramón y Dora. Ese conocimiento era ajeno a las cuestiones policiales, en las que ninguno de los dos había estado nunca implicado y se debía a que Randy y Dora pertenecían al mismo coro de aficionados de la localidad. La participación en el coro era uno de los hobbies de Dora y de hecho el conjunto tenía cierto prestigio en la zona, en dónde habían ganado varios concursos e incluso habían quedado en una ocasión en segundo lugar en la competición del estado de Massachussets. Un par de veces Ramón había acompañado a Dora en concursos importantes y había disfrutado con el variado repertorio, que según el tipo de competición podía ser desde espirituales, canciones navideñas o country moderno hasta baladas tradicionales. Las reuniones en algún local, tomando unas cervezas después de la función, constituían un complemento muy agradable al concurso, que llevaba a unas relaciones amistosas entre todos los miembros del coro. Ramón se había ganado el

agradecimiento casi eterno de Randy cuándo en uno de los viajes a España le trajo varios discos de canto gregoriano de los monjes de Santo Domingo de Silos. Además de oírlos en su casa, Randy tenía con frecuencia el canto gregoriano como música de fondo en su oficina de la comisaría. Algunos patrulleros lo habían encontrado relajante y a partir de entonces se podía escuchar el kyrie de Santo Domingo en algunos coches policiales, entre el ruido de la radio conectada a la centralita.

A la mañana siguiente del episodio en la carretera, Ramón y Dora estaban en el despacho de Randy explicándole los pocos detalles que le podían dar y comentando el incidente.

—Como podéis suponer —decía Randy—, con los datos que tenemos hasta ahora, no hay prácticamente ninguna posibilidad de encontrar al conductor de la furgoneta. No sabemos la marca, ni la matrícula ni siquiera el color. Habéis dicho que era de color claro, pero eso puede ser blanco, gris claro, beige o algún otro color parecido.

—Sí —dijo Dora—, no nos fijamos apenas en la furgoneta hasta que se nos echó encima y entonces pasó todo demasiado rápido como para darnos cuenta de nada.

—Lo que sí tenemos perfectamente claro —prosiguió Ramón— es que no fue un accidente. Chocaron con nosotros dos veces de forma deliberada para echarnos de la carretera. Estuvimos a punto de volcar. En realidad ha sido un milagro que no nos pasara casi nada.

Una ambulancia les había llevado al hospital del condado, desde el lugar del incidente, para comprobar si les había sucedido algo. Se había comprobado en la radiografía que el dolor de Dora en un costado era simplemente una contusión y que no tenía ninguna costilla rota. Ramón tenía una fisura en un dedo de una mano y se lo habían inmovilizado uniendo dos dedos con un esparadrapo. En definitiva habían salido muy bien librados.

—Voy a pasar un aviso para que se averigüe en los talleres si alguien ha llevado una furgoneta como esa a reparar la chapa del costado izquierdo —dijo Randy—. También advertiré a los patrulleros para que estén atentos. De momento, respecto al vehículo no podemos hacer otra cosa.

Ramón y Dora estaban comprobando con satisfacción que Randy había decidido tomarse el asunto en serio y no lo consideraba como un accidente más, seguido de fuga, de los que rara vez se encontraba al culpable.

—Eso en cuánto al coche. El otro punto es el conductor —dijo

Randy.

—Del conductor no hemos visto absolutamente nada. Ya sabes, de noche y con los cristales oscuros —contestó Dora.

—No me refiero a eso. Ya sé que no habéis visto nada —dijo Randy—. Lo que quiero decir es que si ha sido una agresión, y no un accidente, lo más probable es que haya un motivo. Puede tratarse de un borracho o una pandilla de gamberros de fin de semana que os han atacado sólo por divertirse, pero me parece poco probable. Si fuera así, lo más normal es que hubierais notado que conducían de forma peligrosa o al menos llamativa. Por lo que me habéis dicho, iban perfectamente por su lado a velocidad moderada hasta que de pronto se lanzaron sobre vosotros.

—Sí, exactamente como dices —confirmó Ramón.

—Bien. Vamos a repasar entonces quién podría querer haceros daño. Podéis luego pensarlo en casa con más calma, pero me gustaría que reflexionarais aquí conmigo sobre esa posibilidad.

—¡ Randy! —saltó Dora—. ¡No tenemos enemigos que quieran matarnos!

—Vosotros mismos me habéis dicho que os han echado fuera de la carretera deliberadamente y que habéis podido mataros. Evidentemente no se trataba de amigos vuestros —dijo Randy con tono de broma—, por lo que una posibilidad razonable es que se trate de enemigos o, si quieres que te lo dulcifique, de alguien que no os aprecia demasiado. Ahora lo mejor es que pensemos en lo que os he dicho. Una cuestión previa es si teníais prevista la salida de ayer con antelación y quién sabía que ibais a ir al centro comercial.

—Nadie —contestó Ramón—. Teníamos pensado ir a los almacenes Filene´s en Boston. Cuándo vimos el mal tiempo que hacía, nos dio pereza y decidimos, cuándo ya estábamos sentados en el coche, que lo mejor era acercarnos al centro comercial de Blue Creek.

—Eso quiere decir que os pueden haber vigilado y seguido —dijo Randy—. ¿Habéis notado algo? ¿La furgoneta o un coche desconocido aparcado cerca de vuestra casa durante mucho tiempo? ¿Alguna persona que os haya llamado la atención?

—Ya conoces nuestra casa Randy. Hay varios apartamentos en el edificio y los otros edificios no están demasiado alejados. Es difícil fijarse si hay un coche extraño. No nos llama la atención, alguien puede tener una visita varios días o haberse comprado un coche nuevo. Lo pensaremos con detalle —dijo Ramón—, pero creo que no hemos notado nada de particular.

—Me pondré en contacto con los guardias de seguridad de la

universidad, que patrullan por allí. Ellos pueden haberse fijado en algo —dijo Randy—. Ahora volvamos al tema de vuestros posibles enemigos, que tanto le molesta a Dora. Empezaremos contigo Dora.

—Empezamos y terminamos enseguida. Yo no sé de nadie que quiera tirarme por un terraplén, a ver si me mato.

—Vamos más despacio. Tienes que tener en cuenta que un porcentaje muy elevado de las agresiones lo efectúa gente que no está completamente equilibrada y que se considera de alguna manera agraviada sin que tú ni siquiera pudieras sospecharlo. Los grupos más inmediatos para considerar esta posibilidad son la familia y el trabajo. Después vienen otras personas con las que puedas tener algún contacto más esporádico.

—Mi familia está en México. Aquí no tengo a nadie. En el trabajo no hay nada más que los pequeños roces que puede haber en cualquier sitio. Hay gente con la que no me llevo bien, pero no he tenido ningún conflicto grande ni diría que hay nadie medio loco entre mis compañeros.

—Tienes suerte —contestó Randy—, debe ser el único centro grande de trabajo en el que no hay ningún chalado. Tú trabajas en urgencias ¿verdad?

—Sí, sigo en urgencias.

—¿Ha habido alguna queja últimamente? Ya sabes, algún paciente o familiar que ha denunciado al Hospital alegando mala atención en urgencias. Alguien que considere al Hospital responsable de una muerte evitable.

—Esas denuncias están a la orden del día, ya sabes que hay abogados que acampan en los hospitales animando a los pacientes a denunciar irregularidades. Yo no tengo noticias de estar incluida en ninguna reclamación de esa clase.

—¿Vecinos? ¿Alguna vecina chalada que diga que le estropeas las plantas echándole colillas de cigarrillo, o algo así?

—No. Nos llevamos bien con los vecinos. Y además no tiro las colillas por la ventana. Por cierto, la pregunta es algo machista. También hay vecinos chalados, no sólo vecinas.

—¡Vale! Era una broma. Vamos contigo, Ramón. Tú tampoco tienes familia aquí, así que podemos pensar en el trabajo.

—Yo no puedo decir lo mismo que Dora —contestó Ramón—. La universidad es un sitio muy competitivo y eso implica frustraciones, envidias, ganas de figurar etc. Creo que hay bastantes personas que se las podría calificar de raras, pero no de peligrosas. No hay estadísticas pero no me extrañaría que los departamentos de física ocuparan un lugar destacado en el ranking de gente rara entre sus

miembros.

—El problema está —dijo Randy— en saber cuándo una persona rara se convierte en un enfermo mental con una paranoia peligrosa. Supongo que recuerdas la tragedia en una universidad, creo que en California, en la que un doctorando asesinó a tiros a varios profesores que no le habían evaluado como él creía correcto.

—Sí, fue un caso muy sonado. Y también excepcional, afortunadamente.

—No quiero asustarte pero no ha sido el único. En Grecia ocurrió prácticamente lo mismo, con uno o dos profesores asesinados. Sería interesante que pases revista a qué personas has perjudicado, voluntaria o involuntariamente, o a las que te conste que creen que les has perjudicado de alguna manera. Por ejemplo, si a ti te han dado un puesto al que otro más antiguo aspiraba, y cosas así.

—Es una cuestión muy interesante —dijo Ramón—. En lo que respecta a los estudiantes creo que podemos descartarlos. La verdad es que tengo bastante buenas relaciones con ellos. En cuánto a los compañeros, hay de todo. Dejando claro que no creo a ninguno de ellos capaz de arremeter contra mí con una furgoneta en mitad de la noche, puedo decirte que en efecto hay algunos de cuidado.

—Eso es una manera suave de decirlo, Ramón —intervino Dora —. ¿Cómo se llama el tipo ese tan feo que está completamente paranoico?

—¿Mac Kinsey?

—Sí. Jack Mac Kinsey. Por lo que me has contado es el eterno perseguido en el departamento. Está convencido que nadie mueve un dedo si no es para fastidiarle.

—Nos ocuparemos del tal Jack —dijo Randy— ¿Alguien más?

—También hay un indio que se cree premio Nobel y que considera que no recibe todo el apoyo que se merece —volvió a intervenir Dora.

—Parece que Dora está más al tanto que tú de lo que pasa en tu departamento —dijo Randy a Ramón.

—El indio se llama Chaparty, pero no hace falta que pierdas el tiempo con él —contestó Ramón—. Si alguna vez decide asesinar a alguien será al pobre Tom Donovan, el director del departamento, que es una excelente persona.

—¿Quién más? ¿Alguien que aspiraba a tu puesto o competía contigo por algún contrato?

—En su día aspiró mucha gente al puesto que ocupo, pero la mayoría eran de fuera de Boston y no creo que me conozcan

siquiera. Sólo hay una aspirante de entonces que continúa en el departamento y seguro que no le ha hecho gracia quedarse en una posición inferior pero...

—¡Olvídate de Virginia! —dijo Dora—. No creo que sepa ni abrir la puerta de una furgoneta. La pobre es la persona más parada y sosa que he visto en mi vida.

—Es una buena física teórica —contestó Ramón.

—Bueno —dijo Randy—, creo que de momento ya tenemos algo en lo que ocuparnos. Si se os ocurre otra idea sobre posibles enemigos me llamáis por teléfono. Sobre todo tú, Dora, que estás al tanto de todo. Creo que te ofreceré un empleo con nosotros en cuanto pueda.

—Gracias pero no me interesa. Es una profesión de riesgo y ya he tenido una dosis de peligro más que suficiente.

Cuándo se pusieron de pie para despedirse, Randy les dio todavía algunos consejos.

—Probablemente no vuelva a pasar nada, pero id con los ojos bien abiertos y si observáis cualquier cosa anormal, me llamáis al móvil o al número de la policía a cualquier hora.

—Gracias por todo Randy. Dentro de unas semanas vamos a España y espero conseguirte ese otro disco del que te hablé —dijo Ramón.

—Así que sigues con la idea de trasladaros a Madrid. Sería una lástima que nos dejarais.

—Es muy difícil que lo consiga. Ya veremos.

9
UN PROBLEMA INFORMÁTICO

Maite, la secretaria del departamento, entró en el despacho de Salvatierra con el correo del día, junto con un par de facturas para firmar la conformidad del pago.

—Esto también es para firmar —dijo Maite—. Es un oficio explicando que optamos por la oferta más barata de las tres que hemos presentado.

Sin contestar, Salvatierra firmó lo que le decía Maite, que seguía pasándole papeles.

—Aquí tenemos que detallar los productos de ferretería que se incluyen en esta nota de caja.

—¿Se refiere a esta nota de tres euros y cincuenta céntimos?

—Sí. Pone que es de la ferretería La Moderna, pero no especifica el concepto.

—¿Por qué?

—Porque el de la ferretería no tiene ganas de perder el tiempo con estas cosas. Se ha reído de Manolo cuando le ha pedido una factura por el destornillador que ha comprado. Eso es todo lo que tiene para la firma. Bueno, aparte de su visto bueno para que me tome el lunes libre. Tengo una boda de una sobrina y aprovecho para empezar a gastar los días de libre disposición. En el correo que le he traído hay una carta de la Facultad de Derecho para entregar en mano. Le he dicho al repartidor que yo firmo el recibo. La tiene ahí con las demás.

Salvatierra firmó lo que faltaba y Maite se marchó después de dejarle las cartas encima de la mesa. No tardó nada en comprobar que la carta que le habían enviado para entregar en mano era la que había estado temiendo desde hacía días. El membrete del sobre indicaba que el remitente era el profesor Modesto Bermúdez, de la Facultad de Derecho, la persona designada para estudiar la denuncia presentada contra él por acoso sexual. Dejó a un lado el resto de las cartas y abrió rápidamente la del profesor Bermúdez. Estaba redactada en lenguaje administrativo y era muy breve. Si Salvatierra no hubiera estado enterado del asunto, gracias a su amigo Pascual, la carta hubiera sido completamente inexplicable y por supuesto intranquilizadora.

“ Debido a la existencia de una denuncia contra usted por una presunta falta de disciplina académica, he sido designado por el Exmo. Sr. Rector para realizar la investigación en relación con los hechos denunciados. Deberá presentarse el próximo día 18 de Febrero a las diez de la mañana en el despacho 212 de la segunda planta de la Facultad de Derecho a fin de aportar los datos que se consideren oportunos para el expediente informativo.”

Salvatierra había esperado que la carta le diera alguna información o alguna pista sobre el tipo de denuncia, quién la había presentado y con qué base, lo que le permitiría ir un poco preparado a esa cita. Pensó que la manera opaca de redactarla era un procedimiento deliberado para coger al denunciado con la guardia baja, sin saber exactamente para qué le llamaban, y actuar con ventaja en la entrevista. Le pareció un procedimiento poco correcto y casi sin darse cuenta musitó:

—¡Qué cabrón!

Decidió que si la cosa empezaba con ese tono no iba a dejarse impresionar por las maneras más o menos coactivas, según su punto de vista, del profesor Bermúdez. La entrevista estaba fijada para dos días más tarde y podía pensar un poco sobre el asunto. Quizá una persona con la que poder cambiar impresiones era Carmelo, su compañero de colegio que había estudiado Derecho y al que le gustaría preguntarle qué le parecía el tono de la carta, y si una convocatoria sin dar explicaciones era algo normal desde el punto de vista jurídico o, si como sospechaba, era más bien una chapuza. Veía a Carmelo muy de vez en cuando, algo así como una vez al año, para recordar los tiempos de colegio y comentar qué había sido de los antiguos compañeros y profesores. Decidió, sin embargo, que de momento sería un poco exagerado ir a consultar el tema con un abogado, aunque fuera de una manera informal. Lo mejor sería ver lo que pasaba en la reunión con Bermúdez y, si la cosa se ponía desagradable, consultar con Carmelo los siguientes pasos. Según sus noticias era un buen abogado y tenía confianza con él más que de sobra para contarle las cosas tal y como habían sucedido.

Pensó también que debería llamar a Cristina para saber si Bermúdez la había citado. En realidad ya habían hablado unos días antes, durante su visita a la casa de Cristina, lo que le dirían a Bermúdez para no contradecirse. Los dos lo tenían bastante claro y de hecho la chica le había contagiado su tranquilidad por lo que no tenía ninguna duda de que Cristina, si la llamaban, se iba a desenvolver con Bermúdez sin problemas. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Cristina aunque creía poco probable que

estuviera en casa a media mañana. La respuesta al primer timbrazo le sorprendió.

—¿Dígame?

—¡ Qué rapidez! Te he llamado con poca esperanza de encontrarte.

—¡Luis! Hola. ¿Cómo estás? Me alegro de oírte.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Hoy no tengo clase. Empezamos el segundo cuatrimestre la semana que viene. Estoy limpiando la casa.

—¿Esperas visita?

—No. ¿Tú sólo limpias la casa cuándo esperas visita?

—Más o menos. Oye, quería decirte que he recibido una carta del profesor Bermúdez citándome para pasado mañana en su despacho.

—Bermúdez es el profesor encargado de ocuparse de lo que no le importa ¿no?

—Exacto. Ese es.

—¿Y qué dice la carta? ¿Me menciona a mí? ¿Da algún detalle?

—Lo único que dice es que hay una denuncia contra mí, sin decir de qué se trata, y que tengo que pasar a verle porque está haciendo un expediente informativo.

—¡Qué cosa tan rara! Que te llame sin decir exactamente para qué. Lo raro es que a mí no me ha convocado nadie. ¿Estás seguro que yo tengo algo que ver con eso?

—Sí. Por lo que me dijo mi amigo Pascual, estoy casi seguro que sí.

—¡Ay! ¡Ay! Luis —dijo Cristina en tono de broma—. Me parece que tú eres de cuidado y el profesor Bermúdez te va a preguntar por otra alumna. Será mejor que vayas haciendo memoria, sinvergüenza.

—Me alegro de que te lo tomes a cachondeo. Yo no le veo tanta gracia como tú. Si te llega una carta o un aviso de correos, ve a recogerlo cuánto antes y llámame enseguida.

—¿Un aviso de correos? He recibido uno hace dos o tres días. No he ido por si acaso era una multa o un impuesto o algo así. Además no tengo tiempo.

—Eso es tomarse las cosas con calma y lo demás son tonterías. Oye bonita, ¿Te importaría mirar si se trata de un certificado enviado por la Universidad?

—Espera, voy a ver si encuentro el aviso. No sé dónde lo he dejado. ¿Por qué no te pasas por aquí y me ayudas a buscarlo?

—Porque estoy acabando de escribir un informe que tengo que

enviar esta semana. Haz el favor de decirme si hay algo de nuevo.

Salvatierra estuvo el resto de la mañana escribiendo en el ordenador el informe que tenía que enviar al Ministerio sobre un proyecto de investigación, y luego decidió irse a comer a su casa. Tenía la costumbre de comer en el comedor de la facultad, en dónde solía compartir mesa con distintos compañeros de su departamento o de otros departamentos. Sin embargo, la carta de Bermúdez le había quitado las ganas de entablar conversación con nadie y prefirió ir a su apartamento y prepararse una ensalada con salmón ahumado, tomates y huevos duros.

La comida, con una buena cerveza negra, mientras leía el periódico, le alejó de la preocupación que le rondaba en la cabeza desde que había recibido la carta de Bermúdez. Apartó el plato a un lado cuándo terminó de comer y continuó leyendo en la mesa de la habitación que hacía de salón y comedor en su apartamento. Estaba concentrado leyendo un artículo cuándo el timbre del teléfono le sobresaltó.

—Hola. Soy yo —dijo Cristina cuándo él contestó—. Ya está.

—¿Qué es lo que está?

—Ya está. Lo que había pendiente. He hablado con Bermúdez.

—¿Cómo es eso? ¿Has recibido la carta?

—Sí. He ido a correos con el aviso que me dejaron hace unos días. Era la carta de Bermúdez convocándome para hoy a las diez de la mañana. Como ya eran las doce y media he ido directamente a la Facultad de Derecho a ver si le encontraba y he tenido suerte porque estaba ahí todavía.

—Cuenta— dijo Salvatierra un poco tenso.

—Oye. Tranquilo, te oigo un poco nervioso. ¿No será que tienes la conciencia...?

—Cristina, por favor. Ya te he dicho que todo esto no me parece divertido. ¿Puedes contarme lo que ha pasado?

—¡Vale! ¡Vale! Creía que tenías más sentido del humor. El profesor Bermúdez ha estado muy amable. Primero me ha preguntado si tengo alguna queja sobre algún profesor. Le he dicho que no tengo ninguna queja. Que algunos me gustan más que otros dando clase, pero que yo no tengo ninguna queja y que cuando hay algún problema los alumnos normalmente se dirigen al decano de nuestra facultad.

—O sea, que te has hecho la tonta.

—Exacto. Bermúdez me pareció que estaba sorprendido por lo que le dije y por fin se decidió a hablar un poco más claro y me preguntó si algún profesor había intentado algún tipo de

aproximación. Eso es lo que dijo: “aproximación”. Yo hice como que le entendía, pero no estaba segura de interpretarle bien, así que tuvo que precisar que se refería a aproximaciones improcedentes entre profesor y alumna, aproximaciones de tipo sexual y finalmente acoso sexual. Lo fue calificando por este orden ascendente. Después de todo el trabajo que se tomó, casi me dio pena tener que decepcionarle y decirle que no había ocurrido nada parecido con ningún profesor, ni profesora, y que yo no tenía ni idea por qué me preguntaba eso, ni por qué me habían citado para esa entrevista.

Salvatierra no pudo menos que reírse de la parrafada de Cristina y le dijo:

—Sigue. Parece que ha sido bastante interesante.

—Entonces se disculpó por haberme llamado y me explicó que, cuando hay una denuncia, tienen la obligación de investigar por el bien de todos. Me hizo confirmarle que yo no tengo ninguna queja contra nadie y me pidió que le firmara una declaración de dos o tres líneas diciendo eso mismo. Lo firmé, me fui y eso es todo.

—¿Y no te preguntó nada sobre mí?

—No te creas que eres el centro del mundo. No mencionó tu nombre para nada. Supongo que una vez que le he dicho que nadie me ha acosado, no tiene sentido preguntar por personas concretas. Eso podría dar lugar a chismorreos. Quiero decir si se hubiera tratado de otra testigo y no de mí, claro.

—Cristina. Gracias. Te has portado fenomenal.

—Supongo que no lo dudabas.

—No. Pero teniendo en cuenta que Bermúdez es un as en los tribunales, podía haber hecho un interrogatorio con mala uva.

—Ha estado muy correcto. Estoy contenta del resultado. Aunque no te lo he dicho, yo también estaba nerviosa. Oye, si me acusan a mí algún día de acoso sexual a un profesor, espero que me devuelvas el favor.

—Cuenta conmigo, no tendré más remedio que mentir —dijo Salvatierra riéndose—. Pasado mañana me toca a mí. Te llamaré para contártelo.

Salvatierra se presentó puntualmente en la Facultad de Derecho y enseguida una secretaria le hizo pasar al despacho de Bermúdez.

—Hola. Soy Luis Salvatierra —dijo dándole la mano a Bermúdez, que se puso en pie para saludarle desde detrás de su mesa.

—Buenos días. Soy Modesto Bermúdez. Siéntate por favor.

Bermúdez tenía unos sesenta y cinco años y un aspecto cuidado y elegante. Casi calvo con una frente reluciente, tenía un círculo de pelo gris bien peinado con gomina alrededor de su cabeza. Vestía una chaqueta marrón de aspecto caro y llevaba una camisa blanca impecable. La corbata de seda tenía un dibujo discreto que entonaba perfectamente con el resto de la indumentaria. Salvatierra no pudo menos que preguntarse como una persona tan elegante, relamida sería una descripción más exacta, podía ser amiga de un tipo tan desastrado como su compañero Pascual Pérez Seco.

—Bien… —comenzó Bermúdez directamente—. Como te he puesto en la carta, estoy encargado por el rector de obtener la información relativa a una denuncia que se ha presentado contra ti. El objeto de esta reunión es, por tanto, que me contestes a unas cuantas preguntas sobre ese asunto.

—Quizá, lo primero sería que me informes de qué asunto se trata, porque en la carta no se especifica nada.

—Sí. Es cierto. Podría haber escrito más detalles en la carta, pero se trata de un tema muy apropiado para habladurías y he preferido mantenerlo con la mayor discreción posible, teniendo en cuenta que nunca hay seguridad absoluta de dónde aterriza una carta. —Después de una pausa Bermúdez continuó—. La denuncia es por acoso sexual a una alumna.

Salvatierra no contestó, esperando que Bermúdez le diera alguna explicación más.

—Como sabes una denuncia de esta clase es un asunto grave. Aquí estamos hablando de un tema de disciplina académica que podría dar lugar a sanciones importantes, incluyendo el apartamiento del servicio. Otra cosa distinta es el tema penal, que se trataría en los tribunales, en caso de que se presente una denuncia por esa vía. Con esto, lo único que te quiero decir es que estamos tratando con un tema que no es, ni mucho menos, trivial y espero que me ayudes en cuánto puedas.

—No tengo ningún problema en aclarar las cosas, pero no sé como voy a hacerlo, porque lo primero que te puedo decir es que esa denuncia es falsa. ¿Quién es la denunciante?

—Vamos por partes. Déjame que siga mi orden y te haga un par de preguntas.

—Como te parezca. Pero en cualquier caso si ha habido una denuncia falsa, creo que tengo derecho a saber quién la ha puesto por si quiero tomar medidas legales contra ella.

—De acuerdo. Mi primera pregunta ya me la has contestado: niegas la acusación.

—Completamente

—Bien —dijo Bermúdez mientras tomaba unas notas en una hoja—: ¿Sabes quién es Cristina Mata?

—Cristina Mata es una alumna mía. En realidad, fue alumna mía el cuatrimestre pasado. ¿Es que ha puesto ella la denuncia?

Bermúdez no contestó a la pregunta sino que continuó con las suyas.

—¿Has tenido algún contacto especial con ella? Me refiero al distinto entre profesor y alumno, claro, ya sabes de qué estamos hablando.

—Estamos hablando, si he entendido bien, de acoso sexual. Como ya te he dicho niego en absoluto haber acosado a nadie. Y entre ese nadie también incluyo a Cristina Mata, por supuesto. Me extraña que ella haya presentado una denuncia contra mí.

—Yo no he dicho que lo haya hecho. Sólo estaba preguntándote si has tenido algún contacto fuera de lo normal.

—Perdona, Bermúdez, si el tema es de acoso sexual ya te he contestado. Si hay una denuncia de Cristina Mata quiero saberlo.

—Las cosas no son siempre tan sencillas, Salvatierra, puede haber casos en que la denuncia no provenga directamente de la persona afectada.

—Ya. Tú eres el jurista, pero gracias a las películas de juicios en la televisión también puedo opinar y me parece que te estás refiriendo a lo que técnicamente se llama un rumor.

—Esto no es un tribunal. Me gustaría aclarar todo y cerrar el tema, si es posible, con una conversación en la que me contestes francamente.

—Me parece bien, pero para contestar francamente lo mejor es que me preguntes francamente y sobre todo de cosas que sean relevantes al tema del acoso.

—¿Qué nota ha sacado Cristina Mata en tu asignatura?

—Sobresaliente.

—¿La has tratado fuera de la facultad?

—Me tropecé con ella un día en una discoteca en la que yo estaba celebrando algo con un grupo de amigos. Se acercó a saludarme y la invité a beber algo en la barra. Eso es todo. No se ha ganado el sobresaliente por hacerme la pelota en una discoteca. Se lo había dado antes de eso —Salvatierra se iba excitando y subiendo el tono de voz sin apenas darse cuenta.

—Vale —dijo Bermúdez conciliador—. Pasamos a otra cosa. ¿También sabes quién es María Torres?

—¿María Torres? —contestó Salvatierra con aire pensativo—

.Ahora no caigo. Supongo que cuándo me lo preguntas es que se trata de una alumna. El nombre me suena algo, pero yo creo que este año no la tengo en clase. Por lo menos no se ha examinado. Diría que me acuerdo de los que se han examinado hace un par de semanas.

—Efectivamente, se trata de una alumna de tu asignatura desde hace ya varios años. Está matriculada este año y también lo ha estado por lo menos los dos años anteriores. Parece que tiene dificultades para aprobar.

—Ya. ¿Y qué pasa con ella?

—¿Has tenido algún tipo de incidente con ella? ¿O algún contacto fuera de lo que es normal con los alumnos?

—No. Y me da la impresión que tampoco he tenido el contacto normal. No se ha examinado y no me suena que haya asistido a clase. Tendría que comprobar si me ha dado ficha y reconocer su cara. Ahora, me gustaría saber qué pasa con esa María Torres y por qué me preguntas sobre ella.

—María Torres es la persona que ha presentado una queja sobre tu comportamiento. Asegura que se siente presionada, acosada es la palabra técnica, y que el aprobado en tu asignatura, que es una de las pocas que le quedan para acabar la carrera, es el instrumento de presión. Déjame seguir —añadió Bermúdez haciendo un gesto con la mano al ver que Salvatierra quería interrumpirle—. Además dice que es una práctica que has aplicado otras veces y pone como ejemplo el sobresaliente de Cristina Mata y el hecho de que hayas estado con ella en una discoteca. Bueno, ahora ya sabes por dónde va la cosa.

—Esa María debe estar completamente loca. Ni siquiera me acuerdo de quién es. Y para afirmar que hay otros casos se necesitarían testigos.

—No te preocupes. Yo tengo claro que no estoy aquí para investigar habladurías sino hechos. Los hechos relacionados con Cristina Mata, por lo que yo sé hasta ahora, tienen explicación y desde mi punto de vista carecen de base para una denuncia.

—Como te he dicho antes, no voy a dejar pasar una denuncia falsa. Pienso tomar medidas contra María Torres.

Bermúdez se quedó callado unos instantes mirando unos papeles que tenía en la mano, antes de desconcertar a Salvatierra con la siguiente pregunta.

—¿Supongo que utilizas habitualmnete el correo electrónico en la Facultad?

—Sí. Lo utilizo bastante. ¿Por qué?

—Haz el favor de leer estos mensajes y dime si los reconoces.

Salvatierra cogió la hoja de papel que le alargaba Bermúdez y empezó a leerla. El texto estaba escrito con una impresora y contenía varios párrafos separados por fechas. Empezaba con el mes de Diciembre:

14 de Diciembre. De acuerdo. Haré todo lo posible para lo de la semana que viene. Perdona que esté en baja forma. Ya sé que me vas a ayudar pero hay otros problemas que no dependen de ti. No veo manera de terminar y ponerme a trabajar de una vez en lo que me gusta. En Navidades tengo que ver a mi familia. No estoy tan libre como dices. Ya sabes que hago lo que puedo para encontrar tiempo.

M

14 de Diciembre. Todavía no estamos en Navidades. Te espero el martes que viene a la misma hora que la última vez. Procura tener conectado el móvil. El correo electrónico no es lo mejor para conectarnos.

15 de Diciembre. Iré.

M

2 de Enero. ¿Qué tal las vacaciones? No te he localizado por teléfono. Fuera de cobertura. Tengo un congreso en Inglaterra dentro de poco. Tengo que hablarte también de los exámenes del mes que viene.

Salvatierra dejó de leer, aunque había algún párrafo más, y le devolvió la hoja a Bermúdez.

—No sé que es esto —dijo.

—Estos, y algunos otros, son mensajes que se han recibido o enviado desde tu ordenador. María Torres asegura que es una correspondencia entre vosotros dos, los tuyos son los que no tienen firma y los suyos los firmados con una M.

—Yo diría que firma, lo que se dice firma, no tiene ninguno. Me estás enseñando una hoja de impresora que cualquiera puede escribir e imprimir. La verdad, no me parece una prueba, por llamar de alguna manera a ese papelajo, muy seria.

—Tienes razón en lo que respecta a esta hoja. Aquí está solo el texto de los mensajes y, efectivamente, cualquiera puede escribirlos en la impresora de su casa o de dónde sea. El motivo de que te pregunte sobre ello es que hemos comprobado que se han recibido y enviado desde tu cuenta de correo electrónico. Hemos hecho una

consulta al Servicio de Informática y nos lo han confirmado. Por lo que me dices tú no sabes nada de estos mensajes.

—En absoluto. Nunca he leído antes ninguno de ellos. Me parece una historia muy rara y no tengo ni idea de los motivos de María Torres , aunque intentaré averiguarlo. Supongo que debe haber alguna explicación sobre como alguien ha accedido a mi cuenta. Quizá el Servicio de Informática pueda explicarlo.

—Bien. Yo creo que no tengo nada más que preguntarte. Te agradezco que hayas venido y que hayas colaborado. Cuándo termine este expediente informativo, le pasaré las conclusiones al rector y tú recibirás también el resultado. Espero que sea pronto e incluso veré si te podemos adelantar algo antes de la resolución oficial.

Los dos se pusieron de pie e intercambiaron algunas frases de despedida. Salvatierra notó un cambio en el tono de Bermúdez, del meramente correcto cuando entró en el despacho a uno más afectuoso al marcharse, cuando charlaron brevemente sobre sus respectivas obligaciones docentes e hicieron algún comentario general sobre la universidad.

Salvatierra salió moderadamente contento del resultado de la entrevista. Le parecía que la denuncia, que le había tenido intranquilo los últimos días, no tenía ni pies ni cabeza y le daba la impresión de que Bermúdez opinaba lo mismo. Toda la prevención que traía sobre Bermúdez había desaparecido, pensaba que se había comportado de una manera impecable y parecía un tipo de lo más razonable. Por otra parte estaba bastante desconcertado. Había estado convencido que toda la historia tenía de alguna manera que ver con Cristina y ahora resultaba que el punto clave era una tal María Torres, de la que ni siquiera recordaba la cara. Tenía que pensar si una vez que se desestimara la denuncia, lo que estaba seguro que iba a suceder, debería pasar él a la acción en contra de esa individua. Lo consultaría con su amigo Carmelo. Mientras se dirigía a su facultad iba pensando en el correo electrónico que se había enviado desde su ordenador. No se imaginaba a nadie entrando en su despacho para enviar mensajes falsos en su nombre y comprometerle en la denuncia de María Torres. Por su parte tampoco había recibido ninguno de esos mensajes que supuestamente le había enviado esa estudiante. De pronto cayó en la cuenta de que sí los había recibido, por lo menos uno al que no había dado más importancia pensando que se trataba de algún error o una broma. Ahora recordaba que leyó el mensaje con otros muchos a su vuelta del congreso de Inglaterra y no se había vuelto a

acordar de él, ni de lo que decía, ni siquiera sabía si estaba todavía en su ordenador o lo había borrado cuando hacía limpieza de mensajes antiguos de vez en cuándo. Hasta entonces iba dando un paseo tranquilamente y de pronto aceleró el paso para llegar a su despacho cuánto antes y comprobar su correo electrónico. Sin embargo, al llegar al departamento pasó primero por el laboratorio de investigación, dónde dos de los ayudantes de su grupo estaban instalando desde hacía varios días un nuevo sistema de control informático de uno de los aparatos de medidas electrónicas.

—Hola Luis —le dijo Aurora, una de las ayudantes—. Has llegado en buen momento. Acabamos de comprobar que funciona bien y la resolución con esta tarjeta de adquisición es mucho mejor que antes, fíjate en esta curva se aprecian diferencias de picofaradios.

—Estupendo. Esto nos viene de maravilla para la comunicación al congreso de Milán. Creo que el plazo de enviar los trabajos termina un día de estos.

—Termina el lunes próximo —dijo Javier, el otro ayudante—. Si quieres, luego te llevamos estos resultados para discutirlos y preparar el resumen para enviarlo a tiempo.

—Muy bien. Pasad a verme cuándo tengáis todo listo. También hay que enviar la hoja de inscripción y pagar antes de la fecha límite.

Los dos jóvenes se miraron y se quedaron un momento en silencio, hasta que Aurora preguntó.

—Habías dicho que no tenemos tanto presupuesto de viajes como para que podamos ir los dos. Por fin ¿quién has pensado que vaya?

Luis estaba teniendo una buena mañana gracias al desarrollo aparentemente satisfactorio de la entrevista con Bermúdez y al buen resultado de los experimentos que estaban obteniendo sus colaboradores. No se acordaba de la situación del presupuesto, pero contestó.

—Creo que podemos arreglarlo. El congreso es lo suficientemente interesante para que vayáis los dos. A lo mejor me decido yo también a última hora.

Salió del laboratorio dejando a Aurora y Javier ocupados delante de las gráficas de la pantalla del ordenador, y fue a su despacho. Maite le saludó y le dijo.

—Menos mal que aparece. Margarita está medio histérica con su tesis.

Margarita, una de las doctorandas, leía la tesis dos días más

tarde y llevaba por lo menos dos meses preparando la presentación. Le había hecho escuchar el ensayo cinco o seis veces y suponía que había hecho lo mismo con todo el que se dejaba. Le salía muy bien, pero los nervios iban en aumento a medida que se acercaba el día de la tesis.

—Si Margarita no lee pronto la tesis me doy de baja. ¿Qué le pasa ahora?

—Uno de los miembros del tribunal, el de Bilbao, tiene gripe y no puede venir.

—Dígale a Margarita que avise al suplente. ¿Todavía no se ha enterado de que tenemos suplentes? Y que pregunte en Secretaría cual es el trámite administrativo para la sustitución. No, mejor pregúntelo usted no sea que ella líe la cosa.

Cuándo por fin se sentó delante de su ordenador comprobó enseguida que el mensaje extraño que él recordaba continuaba todavía almacenado. Por suerte no lo había borrado. Aparte de una serie de líneas con la información sobre el tipo de mensaje, el servidor, la ruta etc. a lo que nunca se prestaba atención, el mensaje no podía ser más escueto.

“ Me alegro de que estés de vuelta. M “

Solo había leído algunos de los mensajes que le enseñó Bermúdez, pero eran suficientes para darse cuenta de que intentaban demostrar una relación bastante continuada entre él y María Torres. La idea no parecía muy brillante porque, entre otras cosas, era difícil imaginar que alguien utilice el correo electrónico del trabajo para realizar ningún tipo de acoso. De todas maneras la maniobra había provocado la apertura del expediente informativo por parte de la universidad y parecía tener un cierto grado de elaboración y de información, ya que se había conseguido hacer que los mensajes aparecieran como procedentes de su cuenta de correo sin que él se diera cuenta de nada. Además, los que habían hecho el trabajo sabían que había estado de viaje y cuándo estaba de vuelta. Habían tenido un fallo porque uno de los mensajes había aparecido en su ordenador y quizá eso pudiera serle útil para seguir un poco la pista a lo que había ocurrido. Para ello necesitaba alguien con buenos conocimientos informáticos, como por ejemplo Natalia.

Casi no se habían visto en el último mes, desde que él volviera del congreso de Inglaterra. Natalia había estado bastante escurridiza y sobre todo había estado fuera de Madrid, especialmente en Barcelona, con mucha más frecuencia de lo habitual. De hecho se las había arreglado para no ver a Salvatierra los pocos fines de semana que había vuelto a Madrid; en un caso traía trabajo

pendiente del proyecto de Barcelona y en otra ocasión no se encontraba bien. Cuándo Salvatierra se dio cuenta de lo que ocurría, estuvo varios días sin pensar en otra cosa, especulando sobre qué le pasaría a Natalia y si debería tener una conversación sobre su actitud. Sin embargo, ese estado no le duró mucho ya que poco después tuvo el encuentro con Cristina en la discoteca, que terminó en la cama, y Natalia fue pasando mentalmente a un segundo plano. Esto se acentuó después de la segunda vez que fue a casa de Cristina, el día que fue a contarle lo de la denuncia y de paso a tratar de averiguar si ella tenía algo que ver con eso.

Ese día, al contrario que la primera vez, estaba completamente despejado, aunque nervioso. La manera como le recibió Cristina, quitando importancia a la denuncia y comportándose con gran seguridad, le tranquilizó en buena medida e inmediatamente se sintió a gusto y relajado en su casa. Lo que ocurrió después, cuando ella se sentó en sus rodillas, fue muy distinto del episodio medio borroso por el alcohol de la primera vez. No lo calificaría ni mucho menos como algo borroso. De hecho, desde ese día no había dejado de pensar en Cristina más que cuando el asunto de la denuncia le rondaba por la cabeza. La seguridad en si misma y la capacidad de iniciativa de Cristina se había volcado en proporcionarle toda la satisfacción posible cuando se lo llevó a la cama, y Salvatierra no se quedó a la zaga. Sin embargo, la entrega de Cristina fue total y a Salvatierra se le quedó grabada la frase que le dijo en pleno abrazo. " Your pleasure is my pleasure". No supo por qué le dijo eso en inglés, ni era el momento de preguntárselo. Más tarde pensó que quizá fuera alguna frase de una canción que él desconocía, o algo así. La frase y todo lo demás, le dejaron tan impresionado que no se había vuelto prácticamente a acordar de Natalia. Ahora estaba marcando su número sin saber que tipo de respuesta iba a encontrar, pero intuía que Natalia no le estaba echando de menos. Marcó el número de su móvil.

—¿Sí? Diga.

—Hola Natalia. Soy yo. ¿Por dónde andas?

Hubo una pausa antes de que Natalia, que evidentemente no esperaba la llamada, contestara.

—Hola Luis. ¿Qué tal? Estoy en Barcelona, con el proyecto ese en el que trabajo últimamente.

—Ya. Ya supongo. Es un proyecto muy absorbente.

—Sí. Parece que los dos estamos muy ocupados últimamente.

—Yo no tanto. Pero a ver cuándo tenemos un rato para hablar.

—Ahora no es el mejor momento. Estoy en una reunión.

—No te preocupes, no te quito mucho tiempo. Solo te llamo para una cosa muy breve, tengo un problema informático.

La voz de Natalia, que sonaba un poco tensa, cambió cuándo se dio cuenta que la llamada no era para tener ninguna conversación seria y pasó a un tono de broma.

—¿Se te ha colgado el ordenador? Ya sabes, apaga y vuelve a encender.

—Alguien está entrando en mi cuenta de correo electrónico y me está causando problemas serios. No se trata de diversión ni de cotilleo sino de alguien con intención de perjudicarme lo más posible.

Natalia dejó el aire de broma al darse cuenta de que para Salvatierra era un tema importante.

—¿Y qué es lo que quieres que haga yo?

—Quiero saber quién está haciendo eso y desde dónde. Quiero cazar al cabrón e ir a por él. ¿Se puede hacer eso?

—Si te refieres a cazar al cabrón, se puede intentar. En principio un tío bueno puede hacer casi todo en la red informática y, evidentemente, si hay gente capaz de colarse en los ordenadores de organizaciones importantes, también hay gente responsable de la seguridad que los localiza.

—¿Tú te puedes ocupar de esto?

—Estoy de trabajo hasta arriba, de verdad, estamos con un proyecto que es la gran oportunidad de la empresa.

—Ya— dijo Salvatierra.

—No hace falta que pongas esa voz. No te estoy dando esquinazo, idiota. Te digo que yo personalmente no puedo, pero voy a llamar a Paco, que es el que más sabe de este tipo de problemas en la empresa, seguridad informática y todo eso. Le voy a decir que se ponga en contacto contigo. Si puede te lo soluciona.

Cuando se despidió de Natalia, Salvatierra cogió sus ficheros de alumnos y empezó a buscar la ficha de María Torres para tratar de recordar quien era. En su archivador de este año no estaba, ni tampoco en la lista alumnos que se habían examinado unas semanas antes, pero sí figuraba como matriculada en la asignatura. El año anterior tampoco se había molestado en entregarle la ficha de clase con la foto, aunque se había examinado en septiembre y había suspendido. Por fin apareció la ficha de dos años antes y se acordó inmediatamente de quien se trataba. Era una chica morena, seria, con el pelo largo y más bien gordita, con la que no recordaba haber hablado en el único curso en el que apareció esporádicamente por

clase. Solía llegar tarde, cuándo venía, se sentaba en un banco del fondo, aunque hubiera sitio en las primeras filas, y no daba la impresión de interesarse mucho por las explicaciones ni parecía tener mucho contacto con sus compañeros. Había suspendido en junio y septiembre y después había dejado de venir a clase los dos años siguientes y seguía sin aprobar la asignatura. Después de reconocer a María Torres, Salvatierra entendía todavía menos que antes qué pintaba esa chica, que aparentemente no se metía con nadie, en esa historia de la denuncia.

Recordó de pronto que había prometido a Cristina contarle el resultado de la entrevista con Bermúdez, por lo que dejó de especular sobre María Torres y la llamó a su casa con el móvil. Le sorprendió que no le contestara porque había insistido mucho en que no se movería de casa esperando su llamada, pero el motivo se aclaró inmediatamente cuándo Maite abrió la puerta del despacho y le preguntó si podía atender a una alumna que quería verle. La visitante era Cristina, que en cuánto se quedaron solos dijo:

—Creía que me ibas a llamar para contarme como te ha ido con Bermúdez.

Era una de las pocas veces que Salvatierra la había visto seria.

—Estaba preocupada —añadió—, mucho más que cuándo me citó a mí. ¿Qué tal?

Salvatierra le hizo un informe completo y terminó diciendo:

—Parece que María Torres, o alguien que ha organizado esto con ella, nos ha visto el día de la discoteca. Creo que solo nos han visto allí y no saben nada más. ¿Puede ser que alguien del grupo con el que estabas haya corrido la voz?

—En ese grupo había dos o tres de la Facultad —dijo Cristina—. No sé si han contado algo por ahí, pero me parece improbable que conozcan a María ni que hayan intentado meterme en un lío dando mi nombre para la denuncia.

—La otra posibilidad es que María nos haya visto por casualidad o que me hayan seguido, lo que también me extrañaría. No veo el objeto de todo esto. No se entiende nada.

—Yo solo veo dos posibilidades. Una, es que tienes un enemigo que quiere fastidiarte de mala manera y utiliza a María. La otra, es que sea ella directamente la que va a por ti. Si tú no te acuerdas de haber tenido ningún tropiezo con ella, a lo mejor es que simplemente está loca.

—Yo no recuerdo haber hablado nunca con ella —contestó Salvatierra.

—Yo tampoco. Creo que solo hemos coincidido en una

asignatura y luego la he visto alguna vez por los pasillos. Lo que me parece que debes hacer es pensar a fondo quién puede estar interesado en fastidiarte, aparte de María.

—Me pasa, supongo, lo que a todo el mundo. Hay gente a la que le caigo mal, pero no me los imagino haciendo estas faenas.

—Piénsalo bien, a lo mejor se te ocurre algo. Mientras tanto yo voy a tratar de averiguar algo sobre María: cosas como qué hace ahora, si sigue realmente estudiando y todo eso.

—¿Cómo piensas averiguarlo?

—Moviéndome entre las bases, que es como se entera uno de la realidad. Yo me encargo de eso. Bueno —añadió Cristina abandonando el tono serio—, ahora podemos dejar de hablar de esa tía rara. Lo importante es que la denuncia se va a quedar en nada y Bermúdez te llamará para decírtelo.

El aplomo y optimismo de Cristina acabaron de tranquilizar del todo a Salvatierra sobre el tema de María Torres.

—La cosa tiene buena pinta, pero habrá que esperar.

—¿Esperar? No sé a qué quieres esperar. Hoy vamos a celebrarlo por todo lo alto. Esta noche.

10
LO DE MARÍA TORRES

El aspecto del hombre que llamó al timbre del portero automático de un portal cerca de la Plaza de España, era bastante imponente. Se trataba de un hombre joven, de unos veinticinco años y uno noventa de altura. No sólo era alto, sino también de estructura fuerte, y la barba oscura y la amplia cazadora de cuero negro que llevaba daban la impresión de aumentar su corpulencia. El portal al que llamaba tenía una puerta metálica pintada de negro que estaba cerrada a pesar de ser las doce de la mañana de un día laborable, lo que indicaba que en esa casa probablemente no había portero. Se trataba de una casa típica de clase media de esa zona de Madrid, en apariencia bastante cuidada y con la fachada recién remozada. Seguramente una casa de renta antigua que alguien, los inquilinos o alguna empresa inmobiliaria, había comprado y arreglado. Según los timbres del telefonillo, había cinco pisos con tres viviendas en cada uno de ellos.

Una voz joven de mujer contestó a la llamada.

—¿Sí?

—He llamado antes —dijo el hombre de la barba.

—Te abro.

Cuándo sonó el zumbido de apertura de la puerta, Cristina, que estaba apartada unos metros, se apresuró a entrar al mismo tiempo que el hombre de la barba. Al llamar al timbre del Primero B, sólo el hombre se situó delante de la mirilla mientras Cristina se quedaba a un lado. La mujer joven que les había contestado, abrió la puerta a medias y dijo sonriendo al hombre.

—Hola. Soy Cintia. Pasa.

El vestíbulo al que le invitaba a pasar estaba poco iluminado por la luz natural que venía de una habitación, probablemente un salón, a la derecha y por una minúscula lamparilla que estaba sobre una mesita, al lado de un paragüero. La mujer tenía el pelo hasta los hombros y muy negro, peinado un poco hacia un lado de manera que medio le tapaba uno de los ojos. Sin embargo, no era el peinado lo más llamativo de la mujer sino probablemente la manera en que iba vestida. Llevaba únicamente una blusa azul pálido, casi transparente y sin abrochar, que dejaba ver sus pechos, y una

pequeña braga negra. El hombre entró y Cristina lo hizo detrás de él cerrando la puerta. La sonrisa, más bien falsa pero amplia, de la mujer empezó a cambiarse en una expresión de asombro cuándo vio a Cristina.

—Oye tío —dijo la mujer—, te esperaba solo a ti. Yo no lo hago con parejas, y menos por el precio que te he dicho.

—Tranquila. Me llamo César y esta es mi novia. Se puede hablar ¿no?

—Ya te he dicho que... —dijo la mujer con poca convicción.

—Tenemos dinero —dijo César—, yo más que ella. Yo trabajo, pero ella es estudiante. Estudia físicas.

El tamaño y el vozarrón de César empezaron a inquietar a la mujer, que notaba algo raro en lo que estaba ocurriendo.

—No quiero nada con parejas —dijo nerviosa—, buscaos otro sitio. Hay muchos.

—Nos interesa este —contestó César—. Lo mío no es la física, yo estoy en una discoteca y cuándo hay que dar dos bofetadas a uno que se pone gilipollas, me llaman y me ocupo de todo. Es un buen trabajo, yo lo paso bien.

— ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? —la mujer levantó la voz.

—Será mejor que no grites porque yo también puedo montar una buena. Supongo que a tus vecinos no les gustan los escándalos. Tener una puta en el vecindario es una cosa, pero si encima hay griteríos...

Al parecer, César tenía razón con respecto a los vecinos porque la mujer, que evidentemente estaba rabiosa, le dijo casi en un murmullo:

—Fuera de aquí. Largo de aquí ahora mismo, los dos.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que te llamen puta? —dijo César sin bajar la voz—. A mí tampoco me gusta que vayas diciendo mentiras de mi novia. Es lo que más me cabrea, me pone a cien.

La mujer, que ahora estaba asustada, le dijo:

—No sé de qué me hablas. Por favor vete. Vuelve otro día si quieres, no lo hago con parejas.

Cristina, que había estado en silencio algo detrás de César y medio en la penumbra, dio un paso acercándose a los dos.

—Hola María. Soy Cristina Mata, ¿te acuerdas de mí? —dijo—. Yo creo que sí sabes de qué te habla mi amigo. Me han llamado del rectorado por culpa de una denuncia tuya llena de mentiras.

La mujer, María Torres, estaba completamente desconcertada. Con un movimiento se apartó el pelo de la frente y tardó unos segundos en contestar.

—Yo no he dicho nada de ti. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Te hemos encontrado y ya está. No te importa cómo. Lo que sí te digo es que se va a enterar toda la facultad de tu hobby. Vas a tener cola de clientes, seguro que algunas caras conocidas.

—Yo a ti no te he hecho nada —contestó María—; sólo he presentado una queja de un profesor.

—Tu queja va quedar muy creíble cuándo se corra la voz de este apartamento. Además estás mintiendo. A mí me has metido en el ajo y quiero saber por qué.

Antes de que María contestara, intervino César impaciente.

—Esta imbécil nos está tomando el pelo. A mí no me toma el pelo una mierda como tú ¿te enteras? Di de una vez de que va todo esto.

—Te juro que no he querido perjudicar a Cristina —contestó María—. Me dijeron que se trataba de darle una lección al Salvatierra ese, que anda detrás de las alumnas, y que no se molestaría a nadie más. No sabía que te iban a llamar. Por favor no digáis nada por ahí. Necesito esto para pagarme los estudios.

—¿Quién te dijo que había que dar una lección a Salvatierra y por qué lo has hecho? —continuó César.

—Me han pagado. Yo no sé quién es el que me lo ha propuesto; he hablado con él y luego me ha traído los papeles para firmar. Espera un momento.

María se marchó por un pasillo y volvió a los pocos segundos atándose el cinturón de una bata corta que se había puesto. Encendió la lámpara del vestíbulo, dónde seguían hablando de pie, y el ambiente cambió. La llamativa Cintia del comienzo era ahora la María Torres, que Cristina recordaba como una chica de aspecto anodino y sin mucha gracia para arreglarse.

—¿Quién era? —insistió César— ¿Uno de tus clientes?

—No. Vino a la casa dónde vivo, en el piso que comparto con dos chicas. En este apartamento sólo estoy varias mañanas por semana. Es de la empresa que organiza esto.

—¿No sabes nada de él? ¿Cómo era?

—Mayor. Por lo menos cincuenta años o así. Pero por favor, no sé nada de él y además es un tipo peligroso. Me ha amenazado con romperme varios huesos de una paliza y mandarme al hospital si digo algo. Por favor no digáis a nadie que os lo he dicho.

—No nos has dicho gran cosa. ¿Tú te has creído que es peligroso? Seguro que es un farol.

—No es un farol. Lo sé.

—¿Por qué?

—El hombre sabía lo de este apartamento. El día en que yo iba a firmar la denuncia y recibir el dinero, me dijo que nos viéramos aquí, que quería hacerlo conmigo y que me pagaría aparte.

—¿Y qué?

—Me dio todo lo que habíamos acordado y luego fuimos al dormitorio y se comportó de la manera más brutal que yo he visto nunca, pasé verdadero miedo. Tuve incluso miedo de que me matara. Por aquí han pasado algunos tipos raros, pero cómo ese, ninguno. Os aseguro que hay que tener cuidado con él, no solo yo. Por favor dejad esto, siento lo que ha pasado, no sé que hacer.

—¿Cuánto te ha pagado por hacer la denuncia? —preguntó Cristina.

—Dos mil.

—¿Cómo? —dijo Cristina con cara de sorpresa— ¿Dices, dos mil euros?

—Sí. Dos mil, necesito el dinero y por eso acepté. Tengo muchos problemas, no estoy aquí por gusto, sino por el dinero. Os he dicho todo lo que sé. No habléis a nadie de este apartamento, por favor.

—Si no hace falta, no lo haremos —contestó Cristina— pero no quiero saber nada más de esa denuncia. Vámonos César. Yo ya tengo bastante.

Al llegar a la calle, Cristina le dijo a su compañero:

—Has estado genial, Iñaqui. ¡Hasta yo he tenido miedo! Creía que la ibas a agarrar del cuello. Eres el mejor primo del mundo.

—Ganas no me han faltado. ¡Vaya tía! Bueno, para eso están los primos, y ha sido una experiencia interesante. Espero que no haya consecuencias con el bestia ese del que nos ha hablado.

—La tía está asustada. Tendrá buen cuidado de no contarle nada a nadie. Oye, después de lo que he visto necesito un buen café para levantarme el ánimo. Vamos a buscar un bar.

—Vale. Yo también necesito algo.

Paco, el técnico de seguridad informática de la empresa de Natalia, era un hombre tranquilo de unos treinta años, con pantalones vaqueros, camisa a cuadros, un enorme bigote y que obviamente disfrutaba con su trabajo. Se había presentado en el despacho de Salvatierra unos días después de que éste hablara con Natalia, a las seis de la tarde, al acabar su horario en la empresa. Después de escuchar de qué se trataba el problema, se sentó delante del ordenador de Salvatierra y comenzó a trabajar con la vista fija en la pantalla, que cambiaba a velocidad de vértigo, y haciendo de vez en cuándo unos comentarios absolutamente incomprensibles

para Salvatierra. Tres horas después, para alivio de Salvatierra, Paco decidió dar por terminada la sesión.

—Bueno —dijo—, es muy interesante. Lástima que me tenga que ir, he quedado en ir a cenar con mis padres. Tendré que continuar mañana un rato.

—No te preocupes —dijo Salvatierra—. Siento quitarte tanto tiempo. ¿Qué pinta tiene esto?

—El tiempo no me importa. Me estoy divirtiendo viendo lo chapuza que es la gente. ¿Qué pinta tiene, preguntas? Ya te lo he dicho, una chapuza; la gente no sabe hacer las cosas.

—Entonces. ¿Puedes saber quién ha enviado esos mensajes?

—Quién, seguro que no, pero desde dónde lo han hecho y cómo creo que te lo podré decir. Ahora tengo prisa, mañana a las seis vengo y continúo. O quizá pueda seguir investigando el tema desde mi ordenador y no hace falta que venga. Tú, no te preocupes que yo me encargo de todo, en cualquier caso te llamo.

Cristina llamó a Salvatierra para decirle que había averiguado cosas importantes y que tenían que verse para hablar de todo con detalle. Estuvieron de acuerdo en que no era buena idea que ella pasara a verle a su despacho con demasiada frecuencia, mientras estuviera abierto el asunto del expediente de Bermúdez, y que lo mejor sería encontrarse en casa de Cristina. Entre ellos estaba desarrollándose rápidamente una relación muy estrecha, no solamente desde el punto de vista afectivo y físico, habían pasado ya tres noches juntos, sino que el tema de la denuncia, que implicaba a los dos, parecía crear unos lazos especialmente fuertes.

—Vamos, cuenta —dijo Salvatierra, cuándo esa tarde se sentó en el sofá del salón de Cristina—. Podías haberme adelantado algo.

—Por teléfono no hubiera disfrutado tanto. Estoy muy orgullosa de mis investigaciones —Cristina hizo una pausa para dar un poco de emoción a lo que decía, y añadió—: He hablado con María Torres y me ha explicado todo.

Salvatierra se quedó estático asimilando la información.

—¿Te ha contado todo? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Cómo la has encontrado? —dijo atropelladamente.

—Vamos por orden —dijo Cristina, dispuesta a sacar todo el partido posible a su relato—. Para empezar, María Torres es puta.

—Bueno, eso ya lo había notado, es una cabrona de primera.

—Me refiero a que es puta de profesión —precisó Cristina— o, mejor dicho, prostituta.

—¿Cómo dices? —Salvatierra no acababa de salir de su

asombro.

—¡Vamos, Luis!. Ya sabes lo que es una prostituta ¿no? Pues María Torres se dedica a eso. En horario laboral se llama Cintia y recibe en un apartamento, ya sabes: Cintia, no profesional, estudiante morbosa, te recibo desnuda en mi apartamento etc.

—Vale, vale. No te interrumpo más. Cuenta.

—Comparte piso con dos chicas y lleva una vida aparentemente normal de estudiante. La diferencia es que cuándo sale con su carpeta no va a la facultad sino al apartamento en el que hace de Cintia.

—No me extraña que no apruebe ni a tiros —interrumpió Salvatierra.

—¿Te puedes callar? Has prometido no interrumpir. Eso lo he averiguado siguiéndola varios días y montando guardia delante del apartamento. Me ha ayudado un primo mío, Iñaqui, que es guardia de seguridad en unos almacenes y está preparando las oposiciones para la policía. Dice que se lo ha pasado bomba. Es un buenazo, pero tiene una pinta que asusta, es como Rambo con barbas, y cuándo hemos entrado a ver a María Torres, la tía se ha asustado.

Cristina pasó a contarle todos los detalles de la conversación con María y luego cambiaron impresiones.

—Cristina, esta información nos da pistas nuevas y es muy interesante —dijo Salvatierra—, pero también ha sido insensato de vuestra parte meteros allí. Imagínate que sale el chulo de turno y os abre la cabeza.

—Bueno, sólo estaba ella, como suponíamos. Dice Iñaqui que hemos tenido la suerte del principiante.

—A partir de ahora, no hagas nada más. Ya nos hemos enterado de lo que sabe María, y lo mejor es que pases desapercibida y tengas cuidado. Me preocupa ese individuo violento que le ha hecho el encargo. No hace falta decirte que tienes que tener mucho cuidado ahora y estar bastante atenta a todo el que se te acerque, te siga y todo eso.

—No, efectivamente no hace falta que me lo digas. No soy tonta.

—En relación con María, yo diría que el tema está terminado. Para mí lo más importante es saber quién está detrás de esto, gastando dinero para intentar perjudicarme. No sólo por la historia de la denuncia, que no va a ir a ningún sitio, sino porque pueden preparar alguna otra cosa más efectiva y más seria. Tengo que pensar seriamente sobre los motivos que puede tener alguien para comportarse así.

—Yo te lo dije hace unos días —interrumpió Cristina —, pero no

me has hecho caso. Tú eres el que tiene que tener más cuidado. En realidad tú eres el objetivo, yo sólo estaba de paso.

—La verdad es que tengo una pista —dijo Salvatierra—. Te lo digo si me prometes no meter baza en nada, ni meter las narices por tu cuenta.

—Eso se llama agradecimiento. Está bien. Prometido.

—Le he pedido a una amiga mía que es mandamás en una empresa de informática...

—¿Qué amiga? —preguntó Cristina.

—Eso no es importante para lo que te intento contar. Le he pedido que me ayude a localizar quién ha utilizado mi cuenta de correo electrónico para simular que yo he enviado y recibido mensajes, y me ha enviado a un especialista en seguridad de sistemas informáticos que ha estado trabajando estos días en el asunto. Esta mañana me ha llamado y me ha dicho desde dónde se ha hecho el manejo: desde un ordenador de la Universidad Pública Miguel de Cervantes.

—¿Quién te quiere perjudicar en la Miguel de Cervantes? – dijo Cristina— ¿Se sabe desde qué IP se ha hecho eso?

—Por lo que ha averiguado, han actuado desde una de las salas de informática con acceso general para los alumnos y personal de la universidad. Puede haber sido cualquiera, pero por lo menos puedo concentrarme en alguien relacionado con la Cervantes a la hora de pensar quién está detrás de esto. Si llego a dar con el responsable, y puedo demostrarlo, voy a ir a por él.

—Será difícil que llegues a localizar a la persona responsable. ¿Qué enemigo medio loco puedes tener en la Miguel de Cervantes?

—No lo sé, pero el caso es que últimamente estoy teniendo algo que ver con esa universidad, por primera vez desde que se fundó —dijo Salvatierra pensativo—. No sé si es casualidad. De hecho dentro de unas semanas tengo que ir allí para una oposición en la que yo estoy en el tribunal.

Salvatierra le explicó lo de su nombramiento como miembro del tribunal de la oposición a la cátedra de la Miguel de Cervantes y le comentó lo mal que le caía Cañamero, con el que ahora coincidía en la oposición.

—Supongo que será casualidad —dijo Salvatierra al terminar—. No veo que tiene que ver el que yo esté en ese tribunal con la historia de María Torres.

—No, por lo que me cuentas, no parece que tenga nada que ver —dijo Cristina—, pero alguien de la Cervantes ha intentado que Bermúdez te empapele, o te abra expediente, o como se llame... —

dijo Cristina pensativa.

—¡Expediente disciplinario! A lo mejor van por ahí los tiros —saltó Salvatierra.

—¿ Qué quieres decir? —preguntó Cristina.

—Yo veo dos posibles motivos para organizar lo de María Torres. Uno es que intentaran hacer chantaje, por ejemplo ofrecer retirar la denuncia si yo me voy del tribunal o actúo de determinada manera en la oposición. El otro es que una sanción disciplinaria, si recuerdo bien, es una de las causas de exclusión de un tribunal. Creo que esa puede ser la relación entre la denuncia y la oposición, aunque no puedo saber quién es el que está detrás; puede ser uno de los opositores o alguien relacionado con ellos. Cañamero, desde luego, estaría feliz si yo desaparezco pero no creo que se trate de él.

—Muy bien —dijo Cristina animadamente, como dispuesta a seguir trabajando en el asunto—. Ahora tenemos que ver por dónde seguimos.

—Tú no sigues por ningún sitio —contestó Salvatierra—. Te he dicho que no te ocupes más de esto, no podemos hacer nada. Lo único que tengo que hacer es ver si se me ocurre el nombre de alguien en la Miguel de Cervantes. Los dos tenemos que estar un poco prevenidos por si vuelven a intentar algo, y además preferiría no vernos hasta que se solucione lo de la denuncia.

—Espero que se solucione pronto. Hoy, como ya estás aquí, lo mejor es que te quedes a cenar y así me entero si sabes cocinar. Tenemos pimientos del Bierzo, una carne estupenda y vino, también del Bierzo. ¡Venga! Vamos a la cocina.

Pasaron la noche juntos y a la mañana siguiente Salvatierra fue dando un paseo hasta su apartamento mientras pensaba que su relación con Cristina estaba evolucionando rápidamente y de una manera implícita hacia algo estable. No estaba seguro de si eso era bueno, pero había llegado a la conclusión de que la chica le gustaba y cada vez sentía más la necesidad de verla con frecuencia. En su apartamento estaba todo en orden, más bien en el desorden habitual, y tenía dos mensajes de Natalia en el contestador. Quería saber si se había resuelto el asunto de la intromisión en su cuenta de correo electrónico y esperaba que la llamara para contárselo.

Lo hizo desde la facultad. Natalia estaba otra vez de viaje pero estaba con más ganas de charla que en las últimas conversaciones telefónicas. Le dijo que no tenía que pagarle nada a Paco, que ella lo arreglaría todo y que les llamara si había nuevos problemas. También, aunque de forma bastante discreta, trató de saber si no

había oído los mensajes la noche anterior y si había estado fuera pero, con la contestación vaga de Salvatierra se quedó sin saberlo. Salvatierra sacó la impresión de que Natalia intentaba ir volviendo a la situación que había entre ellos un mes antes.

Al poco rato recibió una buena noticia. Bermúdez le llamó para adelantarle confidencialmente que iba a pasar un informe al rector explicando que la denuncia de María Torres debería ser desestimada, ya que no había ninguna prueba seria de lo que se decía en ella. Esperaba que en unos cuantos días recibiría la notificación oficial. Aunque el tema parecía estar resuelto desde el punto de vista administrativo, el hecho era que alguien estaba intentando causarle problemas y que podía volver a intentarlo en cualquier momento. Aparte de estar alerta, Salvatierra pensaba que no estaría de más tratar de descubrir quién era el responsable de todo eso, quizá tomando como punto de partida que podría tratarse de una persona relacionada con la Universidad Miguel de Cervantes y posiblemente con la oposición a cátedra.

11
UN MANOJO DE CINTAS DE SEDA ROJA

Es muy sencillo —le dijo Cristina a su primo Iñaqui—. Sabemos qué día y a qué hora le han enviado un e-mail a Salvatierra desde la sala de informática de la Universidad Miguel de Cervantes. Allí llevan un control de manera que el que llega tiene que enseñar el carnet de la universidad y firmar en un libro. Todo lo que tenemos que hacer es ir y mirar en el libro.

—Espera un momento —contestó Iñaqui mientras apuraba su café—. No me digas que para esa tontería me has hecho venir. Me dijiste que era un asunto importante.

Estaban en la barra de la cafetería de la Facultad de Ciencias Físicas tomando café a las once de la mañana. El local estaba relativamente vacío, aunque se llenaría dentro de un rato coincidiendo con la pausa entre dos clases prevista en los horarios.

—Te dije que te invitaba a tomar café y que tenía algo interesante que hablar contigo. Estamos tomando café y lo que te estoy contando es interesante.

—A mí no me interesa. Y creo que a ti tampoco. Por lo que me has dicho, el tema de la denuncia está archivado y tú no tienes nada que ver con esa historia de los e-mails. En ellos ni siquiera te mencionan y, si quiere, es Salvatierra el que tiene que investigar quién ha organizado todo esto.

—Bueno, a mí si me interesa. Yo pienso ayudar a Salvatierra y creía que podía contar contigo, como la otra vez. No sabía que solo te interesa investigar algo cuándo hay una fulana por medio.

—Parece que Salvatierra es algo muy importante —dijo Iñaqui en tono irónico.

—A mí me importa. Es amigo mío y si puedo le echo una mano.

—¿Cuántos años tiene?

—No se lo he preguntado. Bueno, no te preocupes, ya me las arreglaré yo sola. Si alguna vez necesito que me ayudes, me aseguraré primero de que se trata de algo en que puedas ver unas tetas.

—Deja de decir idioteces. Además de que el asunto es una tontería, nosotros no somos de la Miguel de Cervantes y no podemos entrar en la sala de informática. Aunque pudiéramos no

creo que el libro de control esté a disposición de todo el mundo.

—No. Lo tiene el encargado de la sala. Por eso te necesito. Yo le entretengo y, mientras tanto, tú miras en el libro.

—Y lo del carnet ¿también es muy sencillo? ¿Tú le guiñas el ojo al encargado y nos deja pasar?

—Es una buena idea. Se podría intentar, pero es mucho mejor utilizar estos carnets —Cristina metió la mano en su bolso y sacó dos carnets plastificados y, después de mirarlos un momento, le alargó uno a Iñaqui—. Toma. Este es el tuyo —le dijo.

—¿ Qué narices es esto? —preguntó Iñaqui mirando el carnet que le había dado Cristina— ¿De dónde lo has sacado?

—Ya lo ves. Es tu carnet de alumno de Derecho en la Miguel de Cervantes, antes de dejarte crecer esa barba tan tremenda que llevas.

—¿Quién es este tío? No me parezco nada.

—Ahí pone su nombre. Es el novio de Vanesa, una amiga mía. Nos los han prestado solo para hoy, pero no te preocupes tenemos tiempo de sobra. La sala está abierta hasta las nueve de la noche y parece que es mejor que vayamos por la tarde, cuando el encargado está deseando terminar y no está muy pendiente de las cosas.

—Toma —contestó Iñaqui alargándole el carnet a Cristina—. Puedes devolverle el carnet a tus amigos. Conmigo no cuentes para entrar con identidad falsa a cotillear en un libro de registro, y menos para ayudar a un tipo que no conozco, solo porque mi prima se ha encaprichado de él.

A las siete de la tarde había poca gente en la sala de Informática de la Universidad Pública Miguel de Cervantes. Solo cuatro o cinco puestos de trabajo, de los veinte que había disponibles con ordenador, estaban ocupados. La sala era muy amplia y tenía varias hileras de mesas todavía vacías, probablemente preparadas para una siguiente adquisición de ordenadores. En la entrada había dos mesas de oficina que claramente constituían la zona de recepción o de control de la sala. Frente a una de ellas, mirando distraídamente a la pantalla del ordenador, se sentaba un muchacho de veintitantos años, vestido con una camisa a cuadros y pantalones vaqueros, que llevaba un anillo plateado en su oreja. Cristina le enseñó el carnet, que el chico apenas miró, y luego escribió la hora de llegada y un nombre inventado en el libro de control que estaba abierto encima de la mesa. Después se dirigió a uno de los ordenadores libres en un de los puestos de trabajo más apartados de la entrada. Cinco minutos más tarde entró Iñaqui, quien después de enseñar el carnet

y escribir en el libro ocupó uno de los puestos próximos a la recepción.

Al cabo de un rato Cristina se acercó a la entrada. Al llegar se apoyó con las dos manos en la mesa dónde estaba el chico del pendiente y con su mejor sonrisa le dijo.

—Hola. Perdona. ¿Me podrías ayudar un momento?

El chico, que había dejado de mirar a la pantalla y había estado siguiendo con la vista a Cristina, se enderezó en su silla y contestó con voz amable:

—¿Qué te pasa?

—Estoy tratando de ver la información del programa Erasmus, pero no consigo sacar los impresos. Sale un aviso sobre que necesito un programa especial. Tampoco sé si prefiero Word o en formato pdf. A mí me da igual un formato que otro, yo solo quiero leer la información y llevármela en un pendrive —Soltó Cristina de un tirón con aire de impotencia.

El chico del pendiente sonrió y se levantó diciendo:

—Vamos a ver lo que te pasa. En principio puedes descargar los impresos sin problemas.

Fueron hacía el ordenador que estaba utilizando Cristina mientras el chico seguía hablando y, cuando se sentaron, continuó dando explicaciones sin parar: Evidentemente quería quedar bien con Cristina, que le interrumpía de vez en cuándo con alguna pregunta.

—Ya lo tienes todo aquí —dijo el chico al cabo de unos minutos, señalando a la pantalla—. Esto es lo que necesitas. Puedes rellenarlo aquí mismo o descargarlo. Si quieres te ayudo a rellenarlo, no sea que tengas luego problemas.

—Me lo voy a llevar grabado de momento —contestó Cristina— En el piso, una de mis amigas tiene ordenador. Lo que no tenemos es conexión a internet.

—Vale. Si necesitas algo, pasa por aquí cuándo quieras. Yo estoy por las tardes.

Cuando salió Cristina, no vio a Iñaqui en la sala. Estaba esperando, tal y como habían quedado, en el coche que estaba en el aparcamiento. Iñaqui estaba al volante y, en cuanto Cristina se subió por el lado opuesto, arrancó el motor y se puso inmediatamente en movimiento sin decir nada.

—¿Qué te pasa? ¿A dónde vas tan deprisa? —preguntó Cristina.

—No me pasa nada. Ya hemos terminado y nos vamos —Sacó una hoja de papel del bolsillo de su cazadora y se la pasó a Cristina —. Aquí tienes tu lista.

—¿Has podido copiarla? —dijo Cristina desdoblando la hoja— Pero, esto es la hoja original. ¿La has arrancado?

—La he cortado con cuidado. No creo que se den cuenta de que falta, pero prefiero que nos alejemos de aquí cuanto antes.

—¡Fenomenal! Te has portado de maravilla, como siempre. Además parece que tenemos suerte, solo hay cinco o seis nombres a la hora que nos interesa.

—Ya lo he visto, pero de todas maneras no sé si eso sirve para algo. No tenemos manera de saber quién es esta gente. Incluso puede ser que el que haya mandado los mensajes haya puesto un nombre falso en el registro.

—No necesariamente. Si pensara que se podía localizar el origen del mensaje hubiera hecho algo más complicado que venir a la sala de informática. Yo creo que es alguien que está confiado y es un poco chapuzas. El técnico de informática que le ha seguido la pista a los mensajes le dijo a Salvatierra que esto es una chapuza de mucho cuidado.

—Bueno —dijo Iñaqui—, sea como sea, yo ya te he seguido el rollo. Ahora le pasas la lista a Salvatierra a ver si le sirve para algo, cosa que dudo. Yo, por una temporada, no quiero saber nada de esto.

Dos días después, por la tarde, Cristina y Salvatierra estaban sentados en el salón del apartamento del profesor tomando unas coca colas y picando unos panchitos de un plato con aspecto de cenicero, al que Salvatierra había quitado el polvo con un trapo después de sacarlo de un armario.

—Oye, bonita —dijo Salvatierra—, estoy esperando a que me cuentes eso tan importante que me has anunciado por teléfono.

—¿Te parecería importante si te digo quién te ha mandado los mensajes en nombre de María Torres?

—¿Qué? —dijo Salvatierra elevando la voz—. ¿Sabes quién lo ha hecho?

—Sí, bonito, pero creo que no te lo voy a decir porque no me tomas en serio.

Estaban sentados en el sofá y Salvatierra le agarró con fuerza por los codos y dijo.

—Dime lo que sabes ahora mismo.

—¡Ay! Resulta que el profesor Salvatierra es un bestia que maltrata mujeres.

—Vamos —dijo Salvatierra apretándole más fuerte.

—Vale, salvaje —dijo Cristina—. Si no me sueltas no te lo puedo

decir. Lo tengo apuntado en un papel.

Cristina sacó un papel del bolsillo de su pantalón y se lo dio a Salvatierra.

—Toma. Esta es la copia del registro de la sala de informática de la Universidad Miguel de Cervantes, a la hora en la que te han enviado el último mensaje en nombre de tu amiga María Torres.

Salvatierra se quedó callado por la sorpresa mirando la hoja.

—¿Qué pasa? —dijo Cristina—. Esperaba una felicitación o algo.

—Sí, sí, claro. Gracias—dijo Salvatierra—. ¿De dónde has sacado esto?

—¿De dónde quieres que lo saque? De su sitio. La sala de informática. No pensarás que esto se mira en internet.

—¿Lo has robado de la sala de informática?

—Exacto.

—Pero… ¿Tú estas mal de la cabeza? ¿Cómo se te ocurre hacer eso? Te vas a meter en un lío y yo también —Salvatierra hablaba atropelladamente—. ¿No te dije que te estuvieras quieta? Recuerda que María te dijo que el tipo que ha organizado todo es violento.

—Tranquilo, Luis —contestó Cristina y bebió un trago de su vaso—. Está bueno esto. Es como me gusta, con mucho hielo.

—Escucha —dijo Salvatierra enfadado— si vuelves a hacer algo en relación con este asunto, no me vuelves a ver ni te vuelvo a dirigir la palabra. No quiero ser responsable de que te pase algo. Hablo en serio.

—De acuerdo. No volveré a hacer nada sin consultarte. Ahora ¿quieres mirar la hoja?

—Sí. Ya la he mirado. Veo que hay marcado un intervalo de tiempo, que supongo es el que corresponde al envío del mensaje.

—Sigue —dijo Cristina con tono de broma—. Hasta ahí vas fenomenal.

—En ese intervalo veo uno, dos tres…siete nombres. No conozco a ninguno. Fin de la investigación. Muchas gracias, tu ayuda ha sido muy valiosa pero no hace falta que continúes.

—El que te ha enviado los mensajes falsos es el cuarto del intervalo marcado. Se llama Elías Gutiérrez —le interrumpió Cristina—. Los panchitos también están buenos.

—¡ Cristina! —gritó Salvatierra agarrándola otra vez por los codos—. Si no dejas de hacer el tonto… Dime de una vez como sabes que se trata del tal Elías.

—Pues verás. Es muy sencillo —contestó Cristina, sentándose cómodamente y con aspecto de disfrutar con su explicación—: La Universidad Miguel de Cervantes es bastante pequeña porque es

nueva y tampoco se pretende que llegue a masificarse. He supuesto que los inscritos en el libro son alumnos y lo que he hecho es ir a los tablones de anuncios de los departamentos y he buscado listas de notas, listas de pertenencia a grupos de seminarios o de prácticas. He visto todos los tablones del campus ese tan desangelado que tienen en las afueras y he comprobado que seis de las siete personas de la lista son alumnos. Tengo anotados a que curso pertenecen pero eso no nos importa ahora. El único que no estaba en ningún tablón es Elías Gutiérrez.

—Claro —dijo Salvatierra, que estaba escuchando atentamente —. Habrá firmado con un nombre falso.

—Te equivocas, querido profesor. Tus enemigos son más idiotas, o más confiados, de lo razonable. No ha firmado con nombre supuesto.

—¿Te tengo que sacar la información con sacacorchos, o piensas ir al grano?

—Déjame que saque jugo a mi historia. He pensado que si el tipo no es un alumno podría pertenecer al personal de la universidad, así que me he puesto con el ordenador, he buscado en las páginas web de la Universidad en donde suele aparecer el personal asignado a cada sitio, y ¡zas!.

—Zas, ¿qué?.

—Elías Gutiérrez es un técnico del departamento que dirige tu amigo Cañamero. ¡Qué casualidad! ¿no?

—¡Qué cabrones! —exclamó Salvatierra—. Por lo menos sabemos de dónde vienen los tiros.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó Cristina dejando su vaso en la mesa y tumbándose en el sofá.

Cintia —María Torres— abrió la puerta de su piso después de comprobar por la mirilla quién era el visitante que había llamado al timbre. Se trataba del hombre que le había pagado dos mil euros por denunciar a Salvatierra. El día antes la había telefoneado para anunciar su visita y reservar hora. Ella había tratado de evitar que viniera ya que recordaba con miedo las maneras que había tenido él cuándo se habían acostado juntos. Como les contó a Cristina e Iñaqui, el hombre se había comportado de forma brutal aunque la vez anterior le pagó muy bien por sus servicios, aparte de los dos mil euros acordados.

—Déjate de estupideces —la había cortado el hombre por teléfono, cuándo ella empezó a murmurar excusas—. Te voy a pagar bien. Voy a las doce y quiero estar un buen rato, arréglalo para que

no nos molesten.

—No puedo, tengo un cliente que…

—Escucha. Te voy a dar seiscientos euros, y si no quieres tener problemas no intentes torearme.

Cintia tuvo miedo de llevarle la contraria y pensó que lo mejor sería recibirle y cobrar los seiscientos euros, que por otra parte era un pago más que generoso. El tipo parecía tener un montón de dinero y, pensándolo bien, si se llegara a acostumbrar a él, podía ser una buena fuente de ingresos. Cintia tenía la idea, más o menos difusa, de que su trabajo era provisional, que le permitiría pagar sus estudios y ahorrar el dinero suficiente con el que montar una pequeña empresa relacionada con la informática o algo así. Quería ahorrar lo más posible en poco tiempo para dejar todo eso cuánto antes, y clientes que pagaran seiscientos euros por un rato por la mañana eran justamente lo que necesitaba. Aunque el hombre le daba miedo, pensó que podría superarlo. Cuándo había empezado a prostituirse, dos años antes tuvo que hacer cosas de las que nunca se hubiera creído capaz y a las que ahora no daba importancia.

—Hola —le dijo sonriendo—. Adelante.

El escenario era el suyo habitual. Poca iluminación, una luz indirecta que iluminaba lateralmente el recibidor desde la ventana del salón, y poca ropa. Llevaba un chaleco de seda negra sin botones, un pantalón negro muy corto y sandalias plateadas con tacones. El hombre entró y saludó a la chica afablemente.

—Hola María— dijo.

—Bueno, aquí soy Cintia. ¿No te importa verdad?

—Me gusta más María. No te preocupes, ya sé que es un secreto. Yo no voy hablando por ahí.

—Como prefieras, entonces. ¿Quieres tomar algo?

—Vale. Dame un whisky. Y tú ponte algo fuerte también.

María le cogió de la mano y le condujo al salón, que era pequeño y en el que destacaba un gran sofá rojo oscuro con aspecto cómodo. Delante había una mesita y a los lados unas lámparas de pie con pantalla de tela rojiza. El hombre se sentó en el sofá y María salió para poner las bebidas. Volvió poco después llevando una bandeja con una botella y dos vasos con hielo.

—Estupendo —dijo él después de mirar la etiqueta de la botella —. Ya veo que me tratas bien. Sírveme.

Los recelos que tenía María ante la visita del hombre iban desapareciendo al ver que él se comportaba de manera completamente normal y no estaba excitado ni agresivo como en su visita anterior. Le sirvió una buena ración de whisky y se puso una

más moderada para ella. El hombre se bebió medio vaso de un trago antes de que a ella le diera tiempo a sentarse a su lado y le hizo un gesto con la mano deteniéndola.

—No te sientes. Te veo mejor desde aquí.

Ella se quedó de pie delante de él, sin saber qué hacer con el vaso en la mano.

—Quítate el chaleco—dijo el hombre.

María se quitó el chaleco dejándolo caer al suelo y bebió un poco de su vaso mientras el hombre terminaba el suyo sin dejar de mirarla.

—Sírveme otro —dijo.

María le sirvió de nuevo mientras él le apoyaba una mano en la pierna.

—Vete al dormitorio —le dijo dándole una palmada—. Prepárate y saca las cintas, yo bebo esto y voy ahora.

—¿Me vas a atar?—preguntó María preocupada.

—Sí. A eso he venido. Lo haces muy bien. ¿Pasa algo?

—No, no. Pero no me hagas daño, por favor.

El hombre sonrió.

—¿Por qué iba a hacerte daño? Solo es un juego, como ya sabes. Y además parece que te gusta, si recuerdo bien fue idea tuya y tienes unas cintas de lujo.

—No sé —balbuceó María—. A veces me asusto un poco con estas cosas.

—Sí claro. Seguro que algunos de tus clientes tienen sus caprichos. Déjate de bobadas y vete para allá; no creo que yo te dé miedo.

Al cabo de unos minutos el hombre fue por el pasillo hacia el dormitorio del que salía una débil luz eléctrica. Cuándo entró, María estaba desnuda en la cama tendida de espaldas con un manojo de cintas de seda roja en la mano. El hombre las cogió sin decir nada y ató las muñecas de la chica a dos barrotes en la cabecera de la cama. Le separó las piernas y la ató por los tobillos a las patas de la cama. Luego sacó un pañuelo de colores de su bolsillo y se inclinó sobre la cabeza de María que le miraba extrañada y le preguntó.

—¿Qué haces con ese pañuelo?

—No quiero que grites —contestó el hombre, y se lo ató rápidamente tapándole la boca antes de que ella pudiera decir nada.

12
GATOS Y TRAJES GRISES

El lunes 23 de Marzo era el día señalado para el comienzo de la oposición y tanto los miembros del tribunal como todos los candidatos estaban convocados en la Universidad Pública Miguel de Cervantes. El tribunal se reuniría antes de las sesiones públicas para tomar una serie de acuerdos sobre el desarrollo de la oposición y rellenar las actas correspondientes. Más tarde tendría lugar la presentación de los candidatos, que entregarían oficialmente la documentación en la que constan sus méritos profesionales. El tribunal estaba convocado a las diez de la mañana en el despacho de Cañamero, y él y Rosalía, que era la secretaria del tribunal, estaban esperando a los demás. El despacho de Cañamero era muy amplio y en una esquina tenía un tresillo y una mesa baja. Cañamero y Rosalía estaban sentados cómodamente en los sillones.

—Si tenemos suerte y sólo se presentan Guzmán y Ana Mari, podemos liquidar la cosa en dos días —decía Cañamero.

—Olvídate de eso —contestó Rosalía—. Ayer me llamó Ferreiro por teléfono. Está en Madrid y se va a presentar.

—¡Vaya faena! ¿Para qué te ha llamado?

—Quería asegurarse de que tenemos proyector y me dijo que él va a usar su propio ordenador en la presentación.

—Bueno. Peor para él si viene. Se va a dar un viaje desde Boston para nada. De todas maneras tenemos que terminar en dos o tres días. El viernes nos vamos a Sydney.

—Ya lo sé. Ya te dije que era todo muy precipitado, poner la oposición y el viaje a Australia con tan poca diferencia.

—Sí, sí, ya sé que me lo has dicho—contestó Cañamero un poco nervioso—. Convoqué en esta fecha para librarnos de Salvatierra. Lo malo es que el tío me tomó el pelo y ha cambiado todos sus planes para poder estar aquí. De todas maneras espero que le podamos neutralizar si viene en plan de fastidiar.

—Veo que estás confiado. ¿Con quién cuentas para que nos ayude a sacar adelante a Guzmán?

—Confío en que Escobedo y Nuria Planas nos apoyen. A Escobedo le ha contactado su rector y a Nuria un compañero de don Joaquim, su antiguo jefe y maestro.

Llamaron a la puerta y Maribel, la secretaria, anunció:

—Está aquí el profesor Escobedo, don Juan Antonio.

Cañamero y Rosalía se pusieron de pie para saludar efusivamente a Escobedo.

—¡Adelante Manuel! —dijo Cañamero—. Me alegro de conocerte. Yo soy Juan Antonio Cañamero y aquí tienes a Rosalía Sanmartín. ¿Qué tal el viaje?

—Hola contestó Escobedo—. Encantado. El viaje muy bien, son solo un par de horas por la autovía. Oye, estáis en un sitio estupendo, no conocía esta universidad.

—Ya te enseñaré todo —dijo Cañamero—. Seguro que te gusta. Siéntate mientras esperamos a los demás, eres el primero en llegar. ¿Qué tal por la Politécnica de Castilla? Creo que Paco, el rector, está haciendo un trabajo estupendo. Yo le veo alguna vez y me da la impresión que está haciendo cosas.

—Sí, es verdad —contestó Escobedo—.Tiene una capacidad de trabajo impresionante. Ya me dijo que te conoce.

Salvatierra prefirió llegar con algo de retraso al despacho de Cañamero con la esperanza de que los demás ya estuvieran allí y evitar tener que estar a solas con él y con Rosalía. Aunque no tenía pruebas definitivas, sospechaba que Cañamero tenía mucho que ver con la denuncia de María Torres y los correspondientes quebraderos de cabeza que le había dado ese asunto las semanas anteriores. Por eso, y por los intentos de Cañamero de dejarle fuera del tribunal escogiendo justo la fecha menos conveniente para él, lo que menos le apetecía era tener una conversación de cortesía con Cañamero mientras esperaban a los otros miembros del tribunal. Cuando entró en el despacho de Cañamero, a las diez y media, ya estaban los otros cuatro reunidos. Todos se levantaron e intercambiaron saludos cordialmente, mientras Salvatierra se disculpaba por el retraso dando unas explicaciones vagas sobre el tráfico.

Con frecuencia los profesores que participaban en los tribunales de oposiciones llevaban una indumentaria algo más formal de lo habitual. Los tres hombres llevaban corbata, Escobedo se había puesto un traje que tenía todo el aspecto de ser el de las grandes ocasiones, y Salvatierra una chaqueta marrón más bien gastada, y un pantalón gris. Cañamero, como siempre, daba una imagen de gustos caros que incluía corbata de marca con alfiler dorado con el escudo de la Universidad, y una chaqueta azul de buena calidad con botones dorados. Salvatierra se fijó en Rosalía y tuvo que reconocer internamente que, aunque la tenía considerada como una bruja de

la peor especie, estaba muy guapa con un traje de chaqueta azul claro que podría haber sido hecho a medida. Nuria Planas era la que pasaba más desapercibida en un primer momento. Tenía una complexión fina, pelo gris recogido y llevaba ropa en tonos grises en la que solo destacaba una blusa blanca. Mirando a través de sus gruesas gafas, saludó a Salvatierra con voz suave y una sonrisa agradable.

Después de que se sentaran, Cañamero y Rosalía empezaron a coordinar la reunión y, una vez rellenados varios impresos y redactadas un par de actas, Cañamero prosiguió:

—Los candidatos están convocados a la una para el acto de presentación y la entrega de los documentos del curriculum y todo eso. Si empezamos esta misma tarde podemos terminar en dos días con los ejercicios.

—No tenemos tanta prisa —contestó Salvatierra—. Una cátedra tan importante como ésta, en una universidad nueva, merece que le dediquemos tiempo. Yo quiero estudiar con calma los currículos de todos los candidatos y no creo que pueda terminar de verlos antes de mañana o pasado.

Escobedo y Nuria Planas hicieron gestos de asentimiento y Nuria dijo:

—Sí, a mí me parece bien hacer las cosas con calma. Además, si hay cinco candidatos es prácticamente imposible oír sus ejercicios en dos días. A mí no me importa si tengo que quedarme hasta el sábado o lo que haga falta.

Cañamero y Rosalía se miraron un momento sin saber qué decir. Evidentemente tenían pensado hacer todo rápido y no contaban con que hubiera que cambiar los planes. Cañamero reaccionó rápido al oír la respuesta de Nuria y dijo:

—Por supuesto. Nosotros somos los principales interesados en hacer las cosas bien. Parece que por fin habrá solo tres candidatos y creo que se pueden hacer los ejercicios en dos o tres días. Pero si hace falta más tiempo, no hay problema.

—Estupendo —dijo Salvatierra—. Entonces podemos empezar por ejemplo mañana por la tarde o pasado mañana y quizá hemos terminado para el viernes o el sábado.

—Sí, eso a mí me parece bien —dijo Escobedo.

Cañamero hizo una pausa antes de contestar algo vacilante.

—Bueno... Hay un problema —dijo—. La verdad es que contábamos con hacer la oposición en un par de días porque el viernes Rosalía y yo nos vamos a un congreso a Australia.

Esa respuesta era la que Salvatierra estaba esperando desde el

principio. Sabía perfectamente que se iban al congreso de Sydney y por eso había propuesto hacer la oposición sin prisas. Estaba devolviéndole a Cañamero la jugarreta de convocarle en una fecha que le venía mal, para intentar que dimitiera.

—¿Os vais a Australia esta semana? —preguntó Salvatierra con tono de incredulidad—. Entonces ¿no hubiera sido mejor que nos convocaras otro día en vez de esta semana?

Nuria y Escobedo no decían nada, pero estaban también extrañados de la idea de Cañamero.

—Puede ser —contestó Cañamero—; he tratado de buscar la fecha más adecuada para todos, de acuerdo con vuestros compromisos. Yo contaba con empezar hoy y entonces hubiera dado tiempo.

—Hoy es imposible —dijo decididamente Salvatierra—. Yo quiero estudiar todos los documentos que nos entreguen los candidatos por lo menos hasta mañana. Es lo mínimo.

Cañamero disimuló el enfado que tenía con la postura de Salvatierra, del que estaba seguro que lo único que quería era causarle complicaciones, y dijo conciliador:

—No hay ningún problema. Lo hacemos como queráis. En ese caso tendremos que empezar mañana por la tarde y, si no nos da tiempo de terminar, seguimos a la vuelta del congreso. Solo estaremos ocho días fuera. Lo que siento es que los dos de fuera de Madrid, Nuria y Manuel tengan que hacer otro viaje.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Nuria rápidamente.

—Muy bien —dijo Cañamero—. Entonces lo hacemos así, como propone Luis. Ahora podemos ir a tomar un café, si os parece, y os enseño un poco el departamento. Tenemos tiempo hasta la una, que es cuándo están citados los candidatos.

Ana Mari Medina revisó una vez más todos los documentos que tenía que presentar ante el tribunal de oposición. Lo había hecho ya mil veces, pero no pudo evitar el hacer una última revisión. Tenía todo perfectamente ordenado en varios archivadores impecables de plástico con tapas rígidas, además de una serie de memorias encuadernadas en verde con letras doradas en la portada. En la mesa del comedor de su casa toda la documentación formaba varios montones. Eran las nueve de la mañana y Mateo, su marido, que estaba observando la operación le dijo:

—Está todo. Lo hemos comprobado ayer por la noche dos veces y esta mañana ya es la tercera vez. Incluso yo me lo sé de memoria: cinco ejemplares del programa de la asignatura con el proyecto

docente, seis ejemplares del curriculum vitae...

—¡Déjame! Pienso comprobarlo todas las veces que haga falta —contestó Ana Mari—. Tú no entiendes nada de esto.

—Yo lo que entiendo es que si te vuelves loca y el tribunal se da cuenta no te van a dar la cátedra.

—No me la van a dar de todas maneras. ¡Con esa bruja en el tribunal! ¿Tú te has enterado de lo que tienes que hacer?

—Sí señora. Perfectamente. De camino al colegio tengo que comprar una palmera para Anita y un donuts para el monstruo. Luego los dejo en el colegio, compruebo que encuentran la puerta y entran y por fin me voy al hospital a pasar consulta con retraso.

—La palmera, normal. No de chocolate, aunque te la pida. Se pone hecha un asco.

—Vale. Ahora lo mejor es que cojas tus papeles y te vayas a la facultad a hacer tiempo hasta la hora de la presentación.

—Sí, será lo mejor —contestó Ana Mari abriendo un pequeño maletín en el que empezó a meter sus documentos.

Mateo le ayudó a meterlo todo en el maletín y en una gran cartera de mano. Ella se puso un anorak ligero encima de su traje de chaqueta y gritó.

—¡Adiós niños!

Del piso de arriba del chalet sus hijos contestaron y luego se asomaron desde lo alto de la escalera para despedir a su madre con la mano.

—Adiós mamá, adiós mamá.

Vivían en un chalet adosado en una urbanización de las afueras, en el norte de Madrid. En el sótano tenían un garaje solo para un coche, en el que habían guardado la noche anterior el coche de Mateo, mientras que el Ford Fiesta de Ana Mari estaba aparcado en el acceso al garaje dentro de la pequeña parcela.

—¿Lo metemos todo en el maletero? —Preguntó Mateo que iba cargado con el maletín y la cartera de mano.

—No, no. Lo ponemos delante, en el asiento al lado del mío. Yo no me separo de esto ni un momento —contestó Ana Mari abriendo la puerta del lado del conductor.

Mateo esperaba con su carga frente a la otra puerta del coche hasta que Ana Mari la abriera desde dentro.

—Oye guapa, esto pesa...

El grito de Ana Mari le cortó la frase en seco. Aunque atenuado por venir desde dentro del coche fue un grito fuerte, de pánico, que hizo soltar a Mateo su carga al suelo y gritar a su vez:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Dio la vuelta al coche y asomó la cabeza por la puerta todavía abierta del lado de Ana Mari que seguía gritando.

—¿Qué te pasa, Ana Mari?—Volvió a preguntar Mateo.

Ana Mari salió del coche con la cara desencajada y enseñando las manos.

—¡Mira! ¡Mira! —dijo ahora con voz baja—. ¡Qué asco!

Una de las manos estaba completamente manchada con sangre oscura, medio seca, y la otra tenía algunas salpicaduras.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Mateo—. ¿Te has cortado con algo?

—No, no, es un gato, es un gato, la cabeza de un gato —contestó Ana Mari y se apartó de él dando unas arcadas, a punto de vomitar.

Mateo, que no entendía nada, se asomó al interior del coche a ver que había pasado. En el asiento al lado del conductor, en el centro de una mancha oscura de sangre, estaba la cabeza cortada de un gato blanco y negro.

Pasó más de media hora hasta que recuperaron un poco de calma. Los niños habían salido asustados a ver que pasaba al oír los gritos de su madre y Mateo tuvo que tranquilizarles e impedir que se acercaran al coche. Luego los hizo entrar otra vez en la casa y Ana Mari se metió en el cuarto de baño para lavarse las manos de sangre y refrescarse la cara. Poco después pidieron a una vecina, que tenía una hija en la clase de Anita, que les llevara los niños al colegio. La mujer acababa de volver a casa después de llevar a su hija al colegio, pero aceptó inmediatamente, impresionada por el episodio del gato, hacer un segundo paseo para llevar también a los niños de Ana Mari.

Cuándo se quedaron solos, tomando una taza de café, acordaron ir por la tarde a presentar una denuncia en la comisaría.

—Voy a apartar el coche y por la tarde lo llevo para que limpien la tapicería —dijo Mateo—. Ahora, si estás más tranquila te llevo a la universidad.

—No estoy tranquila. Espero que no me toque hacer hoy un ejercicio. Estoy completamente en blanco. Sería incapaz de decir nada —contestó Ana Mari—. Tú vete al hospital, que es muy tarde, yo cogeré un taxi.

—Ya me he ocupado de que me sustituyan en la consulta y te voy a llevar. Quiero asegurarme de que estás tranquila y si te toca hablar hoy lo haces bien. Has ensayado mil veces conmigo y lo haces perfectamente, olvídate del gato por unas horas.

—Es que... ¡ Es tan absurdo! ¿Qué interés tiene nadie en hacer

eso? Es una gamberrada que no se entiende... Aquí nunca se ha oído de nada así, entrar en el jardín por la noche...

—Anda, acábate el café y nos ponemos en marcha —dijo Mateo.

El último comentario de Ana Mari le hizo recordar a Mateo que él sí había oído y leído antes algo parecido a lo que les acababa de pasar, aunque no era el momento de decírselo a su mujer. Había oído comentar, aunque nunca se había publicado, que un periodista que realizaba una investigación sobre el patrimonio de un antiguo alto cargo del gobierno se había encontrado una mañana una cabeza de gato en el techo de su coche, y había preferido no ocuparse más de ese tema. El uso de animales muertos, y más concretamente de sus cabezas, era una táctica intimidatoria clásica entre matones y mafiosos. También lo había visto en películas más de una vez. Aunque no entendía qué tenía que ver todo eso con la vida tranquila que llevaban en su chalet adosado, su capacidad de razonamiento ordenado y lógico le estaba orientando rápidamente hacia una posibilidad que, por absurda que pareciera, era la única que se ocurría. Mientras Ana Mari comprobaba en el espejo del vestíbulo que su aspecto era el que debía ser, Mateo daba vueltas a la idea de que la desagradable sorpresa de esa mañana estaba relacionada con la oposición a cátedra. La cabeza del gato había aparecido en el coche de Ana Mari por lo que era de suponer que alguien trataba de impresionarla a ella. Además Ana Mari se había quedado hecha polvo y si tuviera que realizar un ejercicio oral ese día, había muchas probabilidades de que fuera un desastre; ella misma había dicho que se había quedado en blanco sin recordar nada de la exposición que llevaba meses preparándose. Si alguien había puesto la cabeza en el coche para perturbar la actuación de Ana Mari en la oposición, lo había conseguido plenamente. Sin embargo, no tenía noticias de que semejante barbaridad se hubiera empleado nunca en el mundo universitario para influir sobre el desenlace de una oposición. Decidió pensar más sobre eso y sobre todo no perder de vista a su mujer en los próximos días e intentar que se recuperara de la impresión.

La Sala de Actos del Departamento de Ciencias Aplicadas de la Universidad Miguel de Cervantes no era muy grande, tenía unas cincuenta plazas, pero se notaba que no se había escatimado el dinero en su instalación. Las butacas para el público, distribuidas en filas, estaban tapizadas en una tela de buena calidad en color rojo oscuro y eran muy cómodas. Las paredes eran de paneles de madera color cerezo y en las dos ventanas había cortinas de color a juego

con las butacas. El estrado estaba perfectamente preparado, con micrófono y equipo de proyección para conferencias, seminarios y oposiciones. Una pizarra y la pantalla para proyección ocupaban la pared frente al público. Al lado derecho del estrado había una gran mesa alargada con cinco sillones para los miembros del tribunal. Al lado izquierdo una mesa pequeña con una silla estaba destinada para el candidato que tuviera que presentar su ejercicio oral.

A la una en punto se abrió la sesión. El tribunal estaba dispuesto en sus cinco sillones de acuerdo con una ordenación más o menos tradicional relacionada con la antigüedad en el cargo de cada uno de sus componentes. Cañamero, como Presidente, estaba sentado en el centro y Rosalía, la Secretaría del tribunal ocupaba el extremo izquierdo de la fila. A los dos lados de Cañamero se situaban Nuria y Salvatierra, mientras que a Escobedo, el más joven, le correspondía el sillón del otro extremo. Salvatierra ya había hecho un esfuerzo para comportarse con naturalidad durante toda la mañana, a pesar de su convencimiento de la implicación de Cañamero en la historia de la denuncia falsa de María Torres. Ahora para colmo, le tocaba pasar toda la oposición sentado al lado de Cañamero lo que le puso todavía de peor humor.

La sala estaba bastante vacía. Como mucho habían acudido al comienzo oficial de la oposición unas quince personas. Algunas de ellas, bien trajeadas, eran evidentemente los candidatos y los demás eran probablemente conocidos de los candidatos o personal del departamento. Después de unas palabras de Cañamero para abrir el acto, Rosalía fue llamando a los candidatos por orden alfabético. El primero en contestar y entregar toda la documentación de su curriculum fue Ferreiro, que estaba en la primera fila acompañado de su mujer Dora. El siguiente fue Miguel Guzmán que, vestido con uno de sus trajes grises hechos a medida, tenía un aspecto imponente. Con gran soltura saludó al tribunal, incluyendo un gesto amistoso y sonrisa a Salvatierra, después de entregar sus documentos. Comparada con Guzmán, Ana Mari, a la que llamaron a continuación, no daba precisamente una buena imagen. Salvatierra había oído hablar muy bien de ella pero su primera impresión fue bastante negativa. Ana Mari se acercó a la mesa del tribunal con sus documentos, con aspecto inseguro. Estaba muy pálida y apenas se oyó su saludo o las palabras que dirigió a Rosalía cuando le entregó su curriculum. Salvatierra pensó que el que parecía sentirse como en su casa en la Universidad Pública Miguel de Cervantes era Miguel Guzmán en vez de Ana Mari, que era la que realmente ya pertenecía al departamento. Rosalía nombró a

otros dos candidatos, que no estaban presentes, con lo que la cátedra se decidiría entre los tres presentados. Cañamero dio algunas instrucciones generales sobre el procedimiento y se sorteó el orden de intervención de los candidatos que por casualidad coincidió con el orden alfabético: Ferreiro, Guzmán y Ana Mari Medina. Cañamero estaba prácticamente terminando la sesión, anunciando el comienzo de los ejercicios para el día siguiente, cuando la puerta del fondo de la sala se abrió y Cristina entró discretamente sentándose en la última fila. A Salvatierra le extrañó que apareciera por allí y se preguntó por qué demonios se le habría ocurrido venir. No era una buena idea teniendo en cuenta que Cristina había estado indagando en la sala de informática de la universidad e incluso había robado unas hojas del libro de registro, además de los contactos que había tenido con María Torres. En ningún caso tenía sentido que viniera a verle a él, ya que estaba ocupado con el tribunal. De hecho, Cañamero les había invitado a comer cuando terminara la sesión y Salvatierra, a pesar de la pocas ganas que tenía, prefirió acompañarles y en lo posible no dejar que Cañamero y Rosalía aprovecharan la comida para hacer propaganda de Guzmán ante Nuria Planas y Escobedo.

Al terminar, todos fueron saliendo hacia la puerta de la sala y a Salvatierra le pareció que Cristina le hacía una seña e inmediatamente desaparecía. Efectivamente, al llegar al pasillo ella ya no estaba allí, lo que dejó confuso a Salvatierra que se quedó parado un momento sin saber qué hacer. Sintió una mano en el hombro y la voz de Cañamero que en tono campechano decía:

—Bueno, Luis. Por hoy ya hemos trabajado bastante. Ahora nos vamos a comer, ya verás que sitio tan magnífico tenemos aquí cerca.

—Muy bien —contestó Salvatierra—, perdona un momento, que tengo que coger una cosa del coche y ahora mismo estoy con vosotros.

—Te esperamos en mi despacho.

Salvatierra salió con paso rápido del departamento y comenzó a bajar la escalera cuando casi se tropezó con Cristina, que le esperaba en el rellano.

—Pero Cristina. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo se te ocurre venir? ¿No ves que...?

Salvatierra se interrumpió al darse cuenta del aspecto de la chica. De su casi perpetua sonrisa no había ni rastro. Por el contrario tenía la cara seria y con ojeras.

—Luis —dijo Cristina en voz baja.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó Salvatierra con voz más amable que la que había empleado antes.

—Luis —repitió Cristina—. Han matado a María Torres.

13
UN TRABAJO DE ENCARGO

Salvatierra no recordaba haber asistido con menos ganas a una comida que la que tuvo lugar a continuación con el tribunal. La conversación con Cristina le había dejado descentrado y le había quitado los pocos ánimos que tenía de acompañar al restaurante a Cañamero y los demás, aunque pensó que no tenía más remedio que ir. Había hablado solo unos momentos con Cristina en la escalera y la noticia de la muerte de María, que había aparecido asesinada en el piso en el que trabajaba como prostituta, le cayó como un mazazo. Cristina estaba nerviosa y asustada.

—Ha sido ese tipo —repetía Cristina—. Ese tipo. Ella dijo que le tenía miedo. ¿Qué vamos a hacer?

—Cálmate Cristina. No sabemos quien ha sido. Puede ser cualquiera de sus clientes —había tratado, sin éxito, de tranquilizarla Salvatierra.

Cristina insistía en que esa muerte estaba relacionada con la denuncia de María y sus tratos con el hombre que le había pagado para que la presentara.

—Seguro que sabe que nosotros estamos enterados —había dicho Cristina, a punto de llorar—. ¿Qué hacemos?

Salvatierra la convenció para que cogiera un taxi y se fuera a su casa. Él iría a reunirse con ella lo antes posible, en cuanto terminara la comida, y discutirían tranquilamente la situación.

Cañamero les llevó a un restaurante acogedor instalado en un chalet a unos dos kilómetros de la universidad. Las mesas estaban distribuidas en distintas habitaciones y ellos estuvieron solos en un salón pequeño del piso de arriba. El dueño les había situado allí después de asegurarse de que era de su gusto.

— Les he preparado la mesa en el salón de arriba, D. Juan Antonio, como la última vez —dijo el hombre—. si le parece bien.

—Estupendo Justino —contestó Cañamero—. ¿Qué pasó por fin con ese rodaballo? ¿Lo has conseguido?

—Fresquísimo. Si se animan con el rodaballo, no se arrepentirán. También hay una carne roja de primera, por supuesto.

Sin duda el restaurante era una excelente elección de Cañamero, pero a Salvatierra lo único que le interesaba era acabar de comer

cuanto antes. El ambiente agradable, la excelente comida y el vino favorecían una charla distendida. Cañamero era un gran conversador y Rosalía demostraba simpatía y trato con la gente. Nuria, de la que Salvatierra pensaba que resultaría una persona callada, estuvo contando anécdotas divertidas de sus comienzos en la universidad en la época en que el ingenio sustituía a la falta de medios para la enseñanza y la investigación.

—... no había manera de conseguir una banqueta giratoria para hacer en clase la demostración de la distinta velocidad de giro cuando se sienta uno con los brazos en cruz o con los brazos caídos —contaba Nuria muy animada—. No nos aprobaban la compra porque sobraban banquetas en la Facultad y cuándo don Joaquim habló con el responsable de las compras, la respuesta fue: "No, don Joaquim, yo lo del momento cinético lo he entendido, aunque no sé para que sirve, pero si compramos la banqueta esa, ya sé que más de uno, probablemente de Medicina, me va a decir que los físicos son unos cómodos que quieren que la banqueta gire en vez de darse la vuelta ellos como hace todo el mundo".

Salvatierra se sorprendió riéndose con todos mientras Nuria, que evidentemente llevaba mucho tiempo sin poder contar sus historias a nadie, se lanzaba ya a contar la siguiente. A Cañamero, aunque se reía como el que más, se le notaba que estaba deseando cambiar de tema, probablemente para empezar a dar su opinión sobre la oposición y los candidatos. Efectivamente, aprovechó una pausa para cambiar el tercio.

—Bueno —dijo—, se está fenomenal aquí. ¡Qué pena que nos espera el trabajo a partir de mañana!

—Para mí, a partir de hoy —contestó Escobedo—. Pienso ponerme a estudiar luego en el hotel la documentación de todos.

—Sí, yo también —dijo Nuria—. Hay mucho que leer para poder redactar el primer informe.

—Claro —dijo Cañamero—, vosotros no conocéis a los candidatos. Yo lo tengo más fácil porque a dos de ellos los conozco muy bien y no necesito estudiarme mucho sus currícula.

—Ya, Ana Medina es de vuestro departamento —dijo Nuria.

—A Ana Mari Medina y a Miguel Guzmán los conozco hace muchos años —contestó Cañamero—. A Miguel hace más tiempo porque somos casi de la misma edad y hemos compartido nuestros primeros años en la Universidad cuándo éramos penenes...

—¿Penenes? —preguntó Escobedo.

—Profesores No Numerarios, que es como se llamaba antes al profesorado contratado. Se ve que eres muy joven.

—Sí, he oído esa expresión, sólo que no te había entendido bien —dijo Escobedo.

—De eso hace un montón de tiempo —continuó Cañamero—, así que, claro, Miguel es una persona hecha con una experiencia increíble. Desde PNN hasta director general en el Ministerio y director de Iberenergía; tiene una trayectoria enorme y un conocimiento de la universidad y de la Administración que puede ser utilísimo en una universidad nueva como la nuestra.

Mientras Nuria y Escobedo asentían, Salvatierra comentó.

—A mí me parece que Guzmán tiene mucho mérito. Tantos años desconectado de la universidad e intentar conseguir una cátedra ahora no cabe duda que tiene que suponer un esfuerzo tremendo.

Cañamero no cambió la expresión ya que en realidad contaba con los comentarios de mala uva de Salvatierra, y respondió.

—No, no. Él siempre estuvo conectado con los problemas de la universidad, especialmente con nuestro campo. Ten en cuenta que se ocupaba de los problemas de la energía.

—Sí. Pero desde un punto de vista político, no técnico. No creo que hubiera mucha física ni mucha técnica en los cargos de Guzmán. Por eso creo que tiene mérito al presentarse a esta cátedra. Seguro que no es fácil después de tantos años de desconexión ponerse a hacer algo tan rutinario como preparar una clase...

Rosalía, más temperamental que Cañamero, intervino con un tono algo más alto del necesario.

—Estamos siempre diciendo que se necesita más colaboración entre la universidad y las empresas y ahora resulta que va a ser un punto negativo para obtener una cátedra el haber tenido una responsabilidad importante en una empresa.

—Yo no he hablado de puntos negativos, Rosalía —contestó Salvatierra tranquilamente—. Me he limitado a decir que seguramente a Guzmán le cuesta trabajo participar en esta oposición. A lo mejor estoy equivocado y para él todo esto es coser y cantar. Lo que no veo muy bien es esa relación que tú tienes tan clara entre universidad y empresa No sé si significa que al antiguo presidente de Telefónica se le debe dar una cátedra en la Escuela de Telecomunicación y al director general de Ganadería, si es que existe ese cargo, una cátedra en la Escuela de Ingenieros de Montes.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, estás dándole la vuelta —dijo Rosalía un poco alterada—. Lo que digo es que la experiencia empresarial y de un puesto en la administración...

—La idea está clara Rosalía —cortó Cañamero, al ver que el ambiente llevaba camino de deteriorarse rápidamente—. Ya

tendremos tiempo de comentar todo esto cuándo empiece la oposición de verdad.

—Y Ana Medina ¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Nuria para romper el silencio que se produjo.

—Ya sabes que esta universidad es nueva. Ana Mari está desde el principio —explicó Cañamero—. Y antes ha tenido otros puestos. Ya lo veréis en su curriculum. Ella trabaja bien, de una forma un poco independiente, no le gusta mucho colaborar con los demás. Es buena, aunque menos hecha que, por ejemplo, Guzmán.

—¿Qué sabéis del americano? —preguntó Escobedo.

—A mí me parece que es bastante bueno —dijo Salvatierra—. Yo solo le he visto una vez en un congreso en Boston y hablamos un rato. Me hizo muy buena impresión; está muy bien considerado en su universidad.

—Lo raro es que quiera volver a España. Creo que ya lleva bastante tiempo en América —dijo Nuria.

—Yo ni siquiera tengo claro que quiera realmente volver —intervino Rosalía—. Habría que ver, en caso de que obtenga la plaza, si no decide a última hora que está mejor en Boston. Algunas noticias que me han llegado de gente que le conoce, van un poco en ese sentido.

Si Cañamero había pensado que la comida era una buena ocasión para hacer su trabajo en favor de Guzmán, cambió de opinión al ver los derroteros de la conversación y, después de hacer un comentario sobre la calidad del vino, se encontraron todos, casi sin darse cuenta, hablando de vinos. Ese tema inocuo se desarrolló suavemente hasta los postres e incluso resultó que unos parientes de Nuria tenían una bodega en El Penedés y ella prometió traer una botella para cada uno, cuando continuaran la oposición, después del congreso de Cañamero y Rosalía. Eran más de las cuatro cuándo acabaron la comida y, a continuación pasaron por el despacho de Cañamero para recoger sus cosas. Se despidieron con calma hasta el día siguiente y por fin, casi a las cinco de la tarde, Salvatierra pudo coger su coche y ponerse rápidamente en camino hacia la casa de Cristina. Con la conversación sobre vinos se había podido distraer un rato de lo que le había contado Cristina, pero ahora, mientras conducía, solo tenía en la cabeza lo ocurrido a María Torres y las ganas de conocer más detalles. Llamó a Cristina con el móvil para avisarla que llegaría enseguida.

En esas horas el aspecto de Cristina había mejorado bastante. Parecía más relajada y el maquillaje disimulaba las ojeras que tenía

solo unas horas antes. Estaba casi como siempre, aunque más de apariencia que de ánimos. Cuándo cerró la puerta detrás de Salvatierra se abrazó a él con fuerza diciendo:

—La han matado, Luis, la han matado.

Pasados unos momentos, Salvatierra consiguió llevarla al salón y se sentaron en el sofá, donde Cristina le contó los detalles que sabía. En los periódicos de dos días antes había aparecido una noticia de unas pocas líneas sobre el hallazgo, con signos de violencia, del cadáver de una mujer en un piso, próximo a la Plaza de España, en donde "al parecer ejercía la prostitución". Iñaqui, el primo de Cristina aspirante a policía, no se perdía ninguna información relacionada con delitos y seguía puntualmente todos los programas de televisión sobre ese tema. Fue en uno de esos programas en dónde reconoció el portal de la casa en la que María Torres trabajaba como Cintia. En ese piso se trabajaba en dos turnos, una mujer, tenía que tratarse de María aunque el reportaje lógicamente no daba nombres, que empezaba a media mañana y otra que llegaba sobre las seis de la tarde y que fue la que descubrió el cadáver. Al principio, Iñaqui se asustó ante la posibilidad de que se pudiera saber que él había estado allí y que incluso había amenazado a María para que le explicara lo de la denuncia. Después de pensar sobre ello, decidió que tal cosa era muy improbable, pero, no obstante, le pareció importante saber con el mayor detalle posible lo que había ocurrido y se puso en contacto con uno de sus mejores amigos, que era periodista en una agencia de noticias y al que veía con cierta frecuencia. Sin necesidad de explicar nada sobre el motivo de su interés, se enteró que a María Torres la habían encontrado desnuda, atada por las muñecas y los tobillos a la cabecera y a las patas de su cama y amordazada. Tenía señales de golpes fuertes en la cabeza y en el pecho y marcas indicando que le habían apretado el cuello. Faltaba realizar la autopsia para conocer la causa exacta de la muerte y saber si había sido violada, pero la policía daba por supuesto que el responsable era uno de sus clientes. Iñaqui le había contado todo a Cristina esa misma mañana, antes de empezar su turno como guarda de seguridad.

—Eso es todo —concluyó Cristina—. Hemos hablado Iñaqui y yo de si debemos contarle a la policía lo que sabemos. Iñaqui dice que ni hablar de eso, pero yo no lo tengo claro.

—Claro que no, Iñaqui tiene razón —dijo Salvatierra. —¿Qué es lo que quieres decirle a la policía? ¿Que has estado a ver a María a pedirle explicaciones de su denuncia contra mí?

—No, dicho así no suena muy bien —admitió Cristina—, pero de alguna manera podríamos darle a la policía alguna pista sobre ese tipo que ella dijo que era muy violento. Estoy segura que ha sido él.

—No podemos darles ninguna pista porque no sabemos quién es.

—Es el que pagó a María por presentar la denuncia contra ti, y nos dijo que la había amenazado con una paliza si contaba algo. Probablemente es ese Elías no sé cuantos de la Universidad Miguel de Cervantes, el que falsificó el correo electrónico entre tú y María.

—Ese Elías Gutiérrez no es. Con toda seguridad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cristina sorprendida.

—Esta mañana Cañamero nos ha enseñado su departamento y en uno de los laboratorios, en la zona de ordenadores, estaba trabajando Elías Gutiérrez. No nos lo ha presentado, pero ponía su nombre en la puerta y Cañamero se ha dirigido a él como Elías, y se trata de un hombre que no llega a los treinta años. Según os dijo María, el bestia ese tenía por lo menos cincuenta años.

—Entonces es el mismo Cañamero.

—Mira Cristina —dijo Salvatierra con tono paciente—, deja de especular. Soy el primero en afirmar que Cañamero es un pájaro de cuidado, vamos, un cabrón, pero no se me ocurriría pensar que va matando fulanas a puñetazos.

—Mira Luis —contestó Cristina imitando su tono—, no seas inocente. Ya eres mayorcito. No se trata de alguien que vaya matando fulanas, en plural, a puñetazos. Se trata de un individuo que tiene un carácter violento con las mujeres, puede que especialmente con las fulanas, pero que puede ser encantador para la mayoría de la gente. Un tío que no solamente puede comportarse como un sádico, sino que además estaría cabreado con María si sospecha que ha hablado de más. El hecho cierto es que ha atado a María a la cama y lo más probable es que le pagara por hacer esas historias sado-maso, y la mató a propósito o se le fue la mano. Lo que está claro es que cuando vemos gente por la calle no podemos distinguir ni imaginar que clase de cosas les gusta hacer, la gente no lleva escritos esos datos en la cara ni en general en su comportamiento. Tú no puedes poner la mano en el fuego por Cañamero.

—Vale, vale. De acuerdo. No se nada, ni quiero saberlo, sobre las costumbres de Cañamero en ese campo. Sólo digo, y no soy malo del todo para juzgar a la gente, que no creo que Cañamero sea el que ha matado a María. Ten en cuenta que acabo de comer con él y ha sido el anfitrión perfecto, simpático y divertido.

—Está claro que la maniobra para acusarte de acoso sexual con

la colaboración de María ha salido de la Miguel de Cervantes. ¿Sí o no?

—Sí.

—Está claro que Elías, colaborador de Cañamero, está metido en el ajo. ¿Sí o no?

—Sí.

—Está claro que el tipo que contrató a María tiene un comportamiento violento y que tiene la edad de Cañamero ¿Sí o no?

—Sí. Pero hay que tener en cuenta dos posibilidades. Primera: que el que contrató a María no fuera el mismo Cañamero sino un enviado suyo. Segunda: que el asesinato de María no tenga nada que ver con nosotros, ni con Cañamero ni nada de eso, sino con uno de los muchos clientes de María. Esa última posibilidad no me parece, desgraciadamente, la más probable. Yo pensaría que hay un enviado de Cañamero, que ha perdido el control en un momento dado. Es posible que Cañamero ni siquiera sepa todavía lo que ha ocurrido y por eso estaba hoy tan relajado.

—Sí, eso o que es un actor de primera.

—Ahora lo importante es tener claro lo que hay que hacer o no hacer —dijo Salvatierra—. No hay que ir a la policía porque no tenemos nada concreto que decirle y, además, sólo serviría para crearos problemas a Iñaqui y a ti. Tendríais que dar muchas explicaciones y, para Iñaqui y sus aspiraciones a policía, no creo que eso sea lo mejor. Si la policía se entera de la denuncia de María es posible que me haga algunas preguntas, pero eso no me preocupa porque yo no he estado en contacto con ella y nadie puede demostrar otra cosa.

Después del cambio de impresiones con Salvatierra, analizando racionalmente todas las posibilidades, Cristina estaba mucho más tranquila que al principio.

—Es bueno poder hablar de las cosas —dijo Cristina—. Me he pasado casi todo el día sola dándole vueltas al asunto y estaba medio histérica. Ahora estoy mejor.

—Tienes motivos para estar impresionada. Yo también lo estoy. Sería bueno que Iñaqui pudiera seguir enterándose de algo sin que su amigo se mosquee.

—Sí, me dijo que lo intentaría en los próximos días.

—Otra cosa es —añadió Salvatierra— que no me parece lo mejor que te quedes hoy sola. No es que crea que estés en peligro o algo así, pero si estás con alguien no te obsesionas tanto y te distraes.

—Sí, ya había pensado en eso.

—¿No te puedes ir unos días a León con tus padres? ¿O a casa de alguna amiga?

—¿Irme a León en pleno curso? Hasta las vacaciones de Semana Santa no me muevo de Madrid. Lo de intentar mandarme con una amiga, la verdad es que no me parece muy hospitalario por tu parte.

—¿Qué quieres decir?

—He preparado una bolsa con lo que necesito para un par de días y estoy esperando que me invites a tu casa para marcharnos.

—Vale. ¡Qué le vamos a hacer! —dijo Salvatierra echándole el brazo por encima del hombro.

Ramón Ferreiro y Dora estaban alojados en el piso del padre de Ramón, en la zona de la Castellana en lo que había sido la casa familiar de siempre. Ahora el padre de Ramón, viudo, vivía allí solo y para él era un acontecimiento que su hijo y Dora le acompañaran varias semanas. Se había alegrado al enterarse que la oposición se interrumpiría durante ocho días, lo que implicaba una estancia más larga de su hijo en Madrid. Estaban los tres charlando en el salón de la casa cuándo sonó el teléfono y Ramón contestó.

—Hello —dijo una voz con acento americano— ¿Ramón?

—Sí soy yo—dijo Ramón en inglés.

—Soy Randy, Randy Donovan.

—¡Randy! ¡Qué sorpresa! —exclamó Ramón al oír la voz del policía de Boston—. ¿Pasa algo?

—Tranquilo Ramón. No pasa nada serio. Quería hablar contigo y he conseguido ese número de tu secretaria en la universidad. Por cierto, es una chica muy simpática.

—Sí, es muy simpática. ¿Qué pasa?

—Sólo quería decirte que hemos encontrado al tipo de la furgoneta, el que os echó fuera de la carretera.

—¡Estupendo Randy! No pensaba que se le pudiera encontrar. ¿Cómo ha sido?

—Verás, Ramón. A mí ese incidente me pareció bastante raro. No me daba la impresión, tal y como me lo contasteis, de que se tratara simplemente de unos borrachos de fin de semana o unos gamberros. Me parecía una acción demasiado deliberada. En realidad no pararon de daros golpes hasta que consiguieron echaros de la carretera. Por eso movilicé a mi gente y a los contactos que tengo para localizar la furgoneta, ya que suponía que tendría dañado el lado izquierdo por los encontronazos que os dieron.

—¡Os habéis tomado un trabajo enorme Randy!

—Para eso eres amigo mío —bromeó Randy—. No admito que a mis amigos se les tire por un barranco abajo. Bueno, resulta que todos los coches tienen que pasar por talleres y gasolineras y hay mucha gente que nos echa una mano cuándo se lo pedimos. Nos avisaron de una gasolinera, en la que había repostado una furgoneta con el lado izquierdo recién retocado de pintura, un retoque casero, no de un taller profesional. Con la matrícula fue sencillo localizar al conductor y Bob Murray, uno de mis adjuntos, creo que le conoces.

—Sí, le he visto en una fiesta que diste en tu casa.

—Bob y yo fuimos a casa del tipo de la furgoneta y enseguida se puso nervioso, por lo que inmovilizamos su vehículo y conseguimos realizar un análisis de la pintura del lado izquierdo.

—¿Un análisis de rayos X?

—Exacto. Eso nos proporciona datos de los componentes más importantes de la pintura y la proporción en que se encuentran. Cada marca y modelo tiene unas características determinadas y, si el coche es viejo y está repintado, el análisis de las distintas capas de pintura permite identificar el coche como si fuera su huella dactilar. Recuerdas que tomamos unas muestras de las marcas de pintura que habían quedado en tu coche después de los golpes.

—Sí, me acuerdo. ¿Coinciden con las del tipo que localizaste?

—Coinciden al cien por cien. Ha sido muy interesante porque de su primera capa de pintura, que es la que han dado para ocultar el golpe, no hay rastros en tu coche. Sin embargo las capas de abajo son las que han dejado restos en tu carrocería. La cosa estaba más que clara y el individuo, un tal Peter Jones, se ha visto cogido. Al principio ha dicho que había bebido unas cervezas y que no recordaba bien lo ocurrido y que ni siquiera se dio cuenta de que os había echado de la carretera.

—Se dio cuenta perfectamente Randy. Era imposible no dársela.

—Ya lo sé Ramón. Por eso he investigado este caso con detalle. Le he amenazado con presentar cargos con todos los agravantes, sin descartar la posibilidad de acusarle de intento de asesinato. Al final Jones ha advertido que le puede salir más rentable cooperar con nosotros. Tiene una buena lista de antecedentes, incluyendo robos con violencia y extorsión.

—Entonces ¿te ha dicho el motivo de atacarnos? ¿Crees que estaba borracho o drogado?

—No se como estaba. Lo que sí sé es que iba expresamente por vosotros. A provocar un accidente en el que por lo menos resultarais heridos.

—Pero ¿por qué? ¿Nos conoce de algo? Yo no tengo ni idea de

quien es ese Jones; no sé si a Dora le suena ese nombre.

Dora, que estaba al lado de Ramón tratando de entender la conversación, de la que solo sabía que se trataba del accidente, se encogió de hombros haciéndole gestos de que no sabía nada.

—No hace falta que le preguntes Ramón —dijo Randy—. No os conoce de nada. Ha sido un trabajo de encargo.

—Randy, ¿Estás seguro? ¡Es absurdo! ¿Quién va a encargar eso contra nosotros? Yo creo que Jones se ha inventado eso del encargo.

—Yo creo que no, Ramón, y en realidad por eso te llamo. Jones asegura que no sabe quién es el que le ha encargado el trabajo. Alguien, que sabe que hace esta clase de encargos, le ha dado su nombre a un español que se presentó a ver a Jones y le dio tus datos para localizarte y dos mil dólares. Por eso creo que no se lo ha inventado. ¿Por qué se iba a inventar Jones la existencia de un español? No creo que él supiera que tú eres español.

—No sé ¿Dijo español o hispano?

—Es un español Ramón. Eso es lo que dice y yo creo que es verdad. Hay un español que ha encargado un accidente para vosotros. Jones piensa que el español ha venido directamente de España, hablaba un inglés más bien mediocre y no tenía ningún acento americano. Eso quiere decir que es muy posible que esté de nuevo en España. Por eso te llamo Ramón. Haz el favor de tener mucho cuidado. Si tienes un enemigo en Madrid puede intentar alguna otra cosa contra ti.

—De acuerdo Randy. Te agradezco mucho la llamada. No tengo ni idea de qué se trata todo esto, lo comentaré con Dora a ver si se le ocurre algo. Yo calculo que estaré aquí todavía dos semanas, estaremos en contacto por si hay alguna novedad. ¿Qué disco quieres que te lleve de España esta vez?

—Una de esas operetas vuestras, no recuerdo como se llaman. Suelen tener unos coros interesantes.

—¿Zarzuela?

—Creo que sí. Recuerdo que era un nombre impronunciable, como ese.

14
UNA PARANOIA NUESTRA

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, se reunió el tribunal antes de empezar los ejercicios. Una vez que estuvieron preparados, Rosalía abrió la puerta de la sala y anunció el comienzo de la sesión pública invitando a entrar a los que esperaban en el pasillo. Igual que el día anterior, se trataba de unas quince personas que se distribuyeron por toda la sala. Ferreiro venía acompañado por Dora y Ana Mari estaba con Mateo, su marido. Guzmán se sentó en una de las últimas filas al lado de dos hombres algo más jóvenes que él. Algunos profesores y becarios del departamento y otras dos o tres personas, que debían ser curiosos o conocidos de alguno de los candidatos, completaban la audiencia.

A Ramón Ferreiro le tocaba intervenir en primer lugar y estaba muy tranquilo. La llamada de Randy la tarde anterior le había dejado más intrigado que preocupado, y él y Dora estuvieron comentando el asunto hasta la noche sin ser capaces de encontrarle ningún sentido a la historia del tal Peter Jones. A pesar de la gran confianza que tenían en Randy como policía y amigo, en el fondo pensaban que tenía que haber un error y que el ataque contra ellos había sido una equivocación o la agresión impremeditada de un borracho o un drogado.

Ferreiro tenía su intervención perfectamente ensayada y la realizó con gran naturalidad, pero sin apartarse de lo que había preparado. En una hora resumió su curriculum vitae, los comienzos de su carrera profesional en España, el traslado a Estados Unidos, los puestos y el reconocimiento que había ido alcanzando en ese país, sus aportaciones científicas avaladas por artículos en las mejores revistas de Física, su trabajo como profesor y su plan de actuación en el caso que obtuviera la plaza en la Miguel de Cervantes. Todo eso, expuesto de manera brillante con imágenes y gráficos proyectados en la pantalla, constituyó una exposición impecable. Cuándo terminó Ferreiro, Cañamero abrió el turno de preguntas dando la palabra a Rosalía, que empezó a preguntarle detalles de los puestos que había ocupado en Estados Unidos y sobre la investigación que había hecho allí. Ferreiro debía contar con ese tipo de preguntas, ya que en una de sus contestaciones

proyectó una tabla con las cantidades que había recibido del Gobierno americano y de varias empresas americanas de alta tecnología para subvencionar su investigación. Las cifras levantaron un murmullo entre los asistentes, ya que eran cinco o diez veces superiores a las que podría obtener cualquier grupo destacado de investigación en España. Rosalía prefirió cambiar de tema antes que dejar que Ferreiro se siguiera luciendo.

—Por lo que veo tiene usted experiencia docente en universidades americanas —dijo Rosalía.

—Sí, eso es correcto —contestó Ferreiro—. Como he puesto en mi documentación, el cargo que ocupo actualmente en el Instituto Politécnico de Boston es el de profesor con el nivel máximo.

—¿Usted cree que su experiencia en América es de utilidad en España? Los métodos docentes de cada país son diferentes, el número de alumnos por profesor aquí es relativamente alto, en España hay más tradición de exámenes y menos de realizar trabajos supervisados, además de otras diferencias.

Una vez comprobado que en el campo de la investigación científica tenía pocas posibilidades de hacer pasar un mal rato a Ferreiro, Rosalía lo intentaba ahora sugiriendo que la experiencia docente de Ferreiro sería muy útil en los Estados Unidos, pero que en España las cosas se hacían de otra manera. Sin embargo, Ferreiro se sabía desenvolver perfectamente.

—Tengo experiencia de la enseñanza de la Física en la universidad, no sólo en América sino aquí. Tenga en cuenta que he hecho mi carrera y mi doctorado en Madrid y además, he sido profesor ayudante durante tres años antes de mi traslado a Estados Unidos. Efectivamente hay algunas diferencias en los métodos, incluido lo que se refiere a la evaluación de los alumnos, pero no creo que sean tan fuertes como usted señala, y desde luego no es algo que a mí personalmente me pillara de sorpresa y que no pudiera adaptar a las necesidades de esta universidad. Es importante el nivel que se da a la asignatura, y en ese sentido puedo decir que es análogo en los dos países. De hecho, el libro que más se utiliza en Estados Unidos como texto de la asignatura de esta oposición, el Williams y Coolidge, se emplea mucho en España. Por cierto yo he sido el traductor de la versión española de este texto.

Rosalía hizo todavía un par de preguntas intrascendentes más y dio por terminada su intervención hundiéndose en su sillón. A continuación, Escobedo entró en una discusión de tipo técnico sobre uno de los trabajos de investigación de Ferreiro. Escobedo se dirigía a Ferreiro con unas maneras algo inquisitoriales, como queriendo

encontrar a toda costa algún fallo en sus razonamientos. Esa discusión fue para Salvatierra una señal de que Escobedo probablemente pensaba apoyar a Cañamero y a Rosalía, y no estaba dispuesto a que Ferreiro ganase la oposición. Las preguntas de Nuria Planas fueron más asépticas y correctas y, después de algunos comentarios y preguntas breves de Salvatierra y de Cañamero, terminó el ejercicio de Ferreiro.

Después de media hora de pausa le tocó el turno a Miguel Guzmán, que utilizó para su presentación unas gráficas técnicamente muy bien hechas. El contenido de su exposición, de formas algo ampulosas, no estaba al nivel de las gráficas. Sus méritos universitarios eran bastante modestos, por lo que dedicó casi todo el tiempo a hablar de su estancia en una universidad francesa hacía muchos años y a sus cargos en la política y en la dirección de Iberenergía, tratando por todos los medios de relacionarlos con la Física y con la universidad, aunque cualquiera podía ver que la relación era cogida por los pelos. Sin embargo, no sólo Rosalía y Cañamero sino también Escobedo, hicieron todo lo posible con sus preguntas para hacer quedar bien a Guzmán.

—¿Podría ampliar un poco de qué manera ha estado en contacto con la investigación científica, en especial con la universitaria, mientras fue director general de Iberenergía? —preguntó Escobedo.

—Sí —contestó Guzmán, proyectando un gráfico con el organigrama de Iberenergía—. Como ya he señalado en la exposición, yo he ocupado hasta hace muy poco tiempo el cargo de director general del que dependen estas cuatro divisiones —dijo señalando con el puntero láser en la pantalla—. La división de Desarrollo y Nuevas Tecnologías comprende tres áreas, y en la tercera, esta de aquí, que se llama Investigación y Desarrollo, es dónde está integrado el laboratorio de investigación. Como director general me he ocupado de que ese laboratorio estuviera lo mejor dotado posible y he seguido y orientado de manera directa su actividad.

Una vez terminado el turno de preguntas, en el que Salvatierra y Nuria Planas no participaron demasiado, Cañamero anunció que las sesiones continuarían a la mañana siguiente a las diez, con la intervención de Ana María Medina. La gente fue saliendo lentamente de la sala y comenzaron algunas conversaciones y comentarios en voz baja. Salvatierra coincidió con Escobedo en esa pequeña procesión que se dirigía hacia la puerta.

—Una sesión bien larga —le dijo Escobedo—. Aunque lo han hecho bien, la verdad es que estoy bastante cansado.

—Sí. Hemos estado cuatro horas con las exposiciones y la discusión. Menos mal que para mañana solo nos queda una.

—Oye Luis, si has traído coche, ¿me puedes acercar a Madrid? Yo me manejo bastante mal en Madrid y he preferido dejar el coche en el hotel. Si no te viene bien cojo el autobús.

—No, hombre, no hay ningún problema, yo voy a Madrid. ¿En que hotel estás?

—En el Selecto, uno muy bueno de cuatro estrellas que me reservó Rosalía. Está muy bien y te hacen precio especial para que los funcionarios puedan pagar con las dietas raquíticas que nos dan.

—Muy bien, yo te llevo hasta allí. No me pilla mal.

Delante de ellos Ana Mari iba al lado de Ferreiro.

—Te ha salido bien. Tienes suerte que ya has pasado la peor parte, a mí me quedan todavía algo de nervios hasta mañana —dijo Ana Mari.

—Sí, efectivamente, se te quita un peso de encima cuando has terminado. De todas maneras ya sabes que no es tan tremendo como parece antes de empezar, aunque los nervios no te los quita nadie, sobre todo al pensar en lo que te juegas, la cátedra y también hacer un buen papel en público —contestó Ferreiro.

Aunque Ana Mari y Ferreiro eran contrincantes en la oposición, habían conectado bastante bien desde que se conocieron el primer día mientras esperaban en el pasillo para entrar en la sala. Habían charlado algunas veces durante la pausa y había un ambiente de compañerismo ente ellos, en el que en alguna medida participaban Dora y Mateo, el marido de Ana Mari, que se presentaba como “el opositor consorte”. El estilo de Guzmán era completamente distinto. Se mantuvo apartado de los demás, acompañado siempre de dos o tres hombres jóvenes bien trajeados, y aparte de darse la mano con Ferreiro y Ana Mari el día de la presentación, no volvió a dirigirles la palabra.

—Ana Mari ya está más tranquila —dijo Mateo—. Pero hace dos días creí que tenía que llevarla al hospital.

—No era para menos. Justo el día que empezábamos pasó lo del gato —contestó Ana Mari.

—¿Tenéis un gato? —preguntó Dora.

Ana Mari les contó entonces el episodio del gato. Dora y Mateo, al escuchar la historia, preguntaron algunos detalles y también si habían presentado una denuncia. A Ana Mari le dio la impresión, por el tono preocupado de sus preguntas, que le daban mucha importancia a lo que les contaban, incluso más que la propia Ana

Mari o Mateo.

Se despidieron en el aparcamiento.

—Ahora, descansa —dijo Dora a Ana Mari—. Y olvídate de los gatos.

Cuándo estuvieron solos en el coche, Dora le preguntó a su marido:

—¿Qué opinas de esto? Me parece que has pensado lo mismo que yo.

—Mucha casualidad ¿No? A nosotros nos tiran con el coche por un terraplén y a Ana Mari le colocan una cabeza de gato recién cortada. Tiene muy mala pinta. Como si opositar a esta cátedra fuera peligroso. Nunca había oído nada parecido; lo que está en juego es simplemente una plaza de profesor en Madrid y no el control de la droga en un barrio de Nueva York

—Tenemos que tener cuidado, como nos ha dicho Randy. Además creo que deberíamos advertir a Ana Mari y a Mateo y contarles lo que nos ha pasado a nosotros, para que saquen sus propias conclusiones.

—Sí, pero hoy no es el mejor día. Mañana, después del ejercicio de Ana Mari, podemos comentarlo con ellos.

—Me gustaría saber si a Guzmán también le han hecho alguna jugarreta como a los demás —dijo Dora.

—Sí, sería interesante saberlo. De todas maneras, no se lo voy a preguntar. El tipo está de lo más distante.

—A lo mejor él ha organizado todo esto para librarse de la competencia.

—Sería muy raro. No me imagino a una persona de su categoría, que ha tenido cargos políticos importantes y ha dirigido una de las mayores empresas de España, dedicándose a pagar un matón para hacer salvajadas de esta clase. Además me da la impresión que tiene por lo menos tres del tribunal a su favor y que no necesita recurrir a métodos extraordinarios para ganar.

—¿Lo dices por Escobedo?

—Sí, me parece que Escobedo le apoya, aparte por supuesto de Cañamero y Rosalía

Cuándo Ana Mari y Mateo iban a subir a su coche se les acercó Mariano, el becario de Cañamero.

—Ana Mari —le dijo—, lo del ordenador parece que funciona todo. En cualquier caso, yo estaré mañana en la sala por si hay algún problema.

—Gracias, Mariano. Está todo comprobado y espero que no

tengas que ayudar para nada, porque no les haría gracia ni a Rosalía ni a tu jefe —contestó Ana Mari.

—Eso es asunto mío. Otra cosa, Ana Mari. Eva me ha contado lo de la cabeza del gato. Me ha dicho que llegaste muy impresionada al laboratorio.

—¡Imagínate! Ahora estoy más tranquila. Si llego a tener que hacer mi ejercicio ese día, creo que hubiera sido imposible. La oposición se hubiera ido al traste.

—¿Y no tienes ni idea de por qué han hecho eso?

—No. Nunca había pasado nada parecido en el barrio. Hemos presentado una denuncia y la policía nos ha preguntado si hemos recibido amenazas antes. Pero no hemos tenido ningún problema serio con nadie. Pienso que es una gamberrada.

—Vale. Seguramente es eso. Que descanses bien. Mañana te veo en la oposición.

Cuándo Mateo arrancó el coche, Mariano volvió al departamento y entró en su despacho. Ya era tarde y sus dos compañeros, Eva y David, se habían marchado. Sacó de la estantería una carpeta archivadora con el rótulo "Resultados: segunda serie de irradiaciones" y de una de las hojas archivadas despegó un CD que estaba sujeto con cinta adhesiva. Hizo una copia del disco en el ordenador y volvió a guardar el original en la carpeta. Metió la copia en un sobre para cartas y escribió una dirección en él, antes de metérselo en el bolsillo y salir del departamento.

Cuando Salvatierra entró en su casa eran las once de la noche y encontró a Cristina tumbada en el sofá mirando la televisión. Al verle entrar se incorporó y apagó la tele con el mando a distancia mientras le saludaba.

—Hola. ¿Qué tal ha ido todo?

—Un rollo —contestó Salvatierra—. Hemos tenido los ejercicios de Ferreiro, ese que vive en América, y Guzmán.

—¿Y quién ha sacado mejor nota?

—No. No funciona así. Primero hay que escuchar a todos y luego se da la calificación. Pero, la primera calificación a veces no representa realmente lo que va a pasar. Después del segundo ejercicio se da la nota definitiva. Ferreiro lo ha hecho muy bien y Guzmán, como era de esperar, no tenía mucho que contar, pero le ha sacado un jugo increíble. Y tú ¿qué tal? ¿estás más tranquila? —dijo Salvatierra pasándole una mano por la mejilla.

—Sí. Ya se me va pasando la impresión. Pensaba volver hoy a mi

casa, pero he preferido esperarte. No me iba a ir sin despedirme y darte las gracias. Ahora como se ha hecho tan tarde, si no te importa me quedo esta noche también y mañana me voy.

—Sí, claro. Si quieres, mañana, de camino hacia la Miguel de Cervantes te dejo en tu casa.

—Muy bien. Como me aburría he hecho cena. Ya sabes que no soy muy buena en eso, pero si tienes hambre...

—Sí, no he comido nada. He llevado a uno del tribunal a su hotel, y se ha empeñado en invitarme a una copa en un pub que hay al lado. Me ha puesto de mala leche. Se ha pasado todo el rato diciéndome lo bueno que es Guzmán y cuánto se merece la cátedra. Estaba intentando convencerme de eso, como si yo fuera idiota.

—Es que tienes poca experiencia. Las mujeres sabemos que si un tío te invita a una copa es para algo. Tú has picado como un tonto creyendo que a tu compañero le apetecía charlar un poco.

—El caso es que no me caía mal. Yo pensaba que podía ser un poco objetivo, pero parece que su rector le ha recomendado a Guzmán y se desvive por quedar bien. Incluso intenta convencerme a mí. El caso es que Guzmán tiene la cátedra en el bote.

—¿Por qué la tiene en el bote?

—Porque para sacar la cátedra necesita que le apoyen tres miembros del tribunal y ya los tiene. Uno es el tipo este de la copa, que se llama Escobedo, y los otros son los dos de la Universidad Miguel de Cervantes.

—Bueno. Tampoco pasa nada —contestó Cristina—. Al fin y al cabo a ti no te importa demasiado lo que pase en esa universidad. Siéntate aquí. ¿Qué quieres beber? Yo te lo pongo.

—Una cerveza. Gracias.

Mientras hablaban, Salvatierra había dejado su cartera en el suelo y la chaqueta encima de un sillón. Siguió a Cristina hasta la cocina luchando con el nudo de la corbata.

—¿Cómo que no pasa nada? —le dijo a Cristina que sacaba dos cervezas de la nevera—¡Claro que pasa! Todo tiene la pinta de que por culpa de esta oposición han presentado una denuncia contra mí por acoso sexual. Han intentado meterme en un lío de narices para que yo no estuviera en el tribunal y, aunque no es probable que tenga algo que ver, mi denunciante ha aparecido asesinada.

—Toma esta cerveza y ven al salón. Vas a romper la corbata.

—Llévamela tú ¿Cómo me voy a quitar la corbata con una mano? —dijo Salvatierra siguiéndola al salón—. Me cabrea que Cañamero se salga con la suya tan fácilmente, y lo que me fastidia es que no veo como puedo hacer nada. Estoy seguro que lo del

acoso sexual ha sido idea de Cañamero y no puedo demostrarlo. Voy a intentar joderle como pueda.

—Muy bien, profesor —contestó Cristina—. Ahora siéntate aquí a mi lado, tómate la cerveza y tranquilízate un poco. Déjame que intente yo con la corbata antes de que te estrangules.

A la mañana siguiente la sala de actos del departamento de Ciencias Aplicadas presentaba el mismo aspecto del día anterior. Más o menos las mismas personas ocupaban parte de los asientos. Guzmán, cuya presencia se solía hacer notar en cualquier sitio, no estaba en esta ocasión ni tampoco sus acompañantes del día anterior, que algunos suponían que eran guardaespaldas. Cañamero anunció en voz alta, para superar al murmullo de fondo que había en la sala, el comienzo de la sesión.

—Doctora Ana María Medina. Puede usted comenzar, por favor.

Ana Mari, que vestía un traje de chaqueta gris de una tela brillante y una blusa azul claro, subió decidida al estrado. Aunque era una persona que normalmente hablaba con voz bastante baja, desde el principio empezó a exponer su curriculum con voz fuerte y clara. Cañamero, que había adoptado una pose de desinterés, se enderezó en su asiento como si la voz de Ana Mari le hubiese sacado de sus pensamientos en alguna otra cosa. Enseguida empezaron a pasar imágenes y gráficos por la pantalla que despertaron el interés de los asistentes. Las explicaciones de Ana Mari hacían toda la exposición muy amena. Resumió en unos minutos su trayectoria profesional, su tesis doctoral en el Consejo de Investigaciones Científicas, su empleo como investigadora, la estancia en la Universidad de Hamburgo como becaria de la prestigiosa Fundación Humboldt, la incorporación a la universidad en España y su puesto como profesora en el Departamento de Ciencias Aplicadas de la Universidad Miguel de Cervantes. A continuación, describió su trabajo de investigación en toda su carrera científica y sus planes docentes de una manera muy brillante. Al terminar toda su exposición, Cañamero abrió el turno de preguntas. Ana Mari, después de hablar una hora, estaba todavía bebiendo un vaso del agua mineral que estaba preparada en una mesa auxiliar, cuándo Rosalía le lanzó su primera pregunta.

—Usted ha estado un año en la Universidad de Hamburgo, por lo que veo ¿No?

Ana Mari, al contrario de lo que es habitual cuándo un opositor contesta a un miembro del tribunal, respondió secamente.

—Sí. La Universidad Tecnológica de Hamburgo-Altona. No se

llama exactamente Universidad de Hamburgo.

—Da igual. Durante su estancia en Hamburgo ha participado en un proyecto sobre láseres de pulso corto. Sin embargo, cuándo veo la relación de sus trabajos sólo encuentro una publicación sobre este tipo de láseres. ¿Es eso todo lo que ha sacado usted en limpio después de un año en Alemania? Me parece un bagaje bastante modesto. ¿Puede comentar esto?

—Sí —contestó Ana Mari—. Claro que puedo. En primer lugar quiero señalar que cuándo alguien llega a un laboratorio extranjero se necesita un cierto tiempo de preparación del trabajo. En el caso de un proyecto experimental, como en el que yo participaba, se necesita adquirir el conocimiento de la instrumentación nueva, realizar modificaciones y calibraciones en dicha instrumentación, en fin, poner las cosas a punto. Sólo después de eso comienza realmente el trabajo que puede dar lugar a publicaciones científicas. Este hecho quizá pueda parecer extraño al que nunca ha pasado por esta experiencia, pero puedo asegurarle que es algo bien conocido por los que hemos tenido la inquietud de completar nuestra formación científica fuera de España.

A la parrafada de Ana Mari, que sonó como un trallazo, siguió un silencio tenso en la sala. Las personas que estaban al tanto del ambiente de la universidad, que eran la mayoría de los asistentes, sabían que Rosalía no había realizado una de esas estancias en el extranjero. La cara de Rosalía mostró primero su sorpresa por la respuesta y después su enfado, pero Ana Mari no le dio tiempo a reaccionar y siguió hablando.

—Quisiera contestar a su pregunta más exactamente, en relación con el número de trabajos publicados en Alemania. Me imagino que usted se ha referido al artículo en el que el concepto de láser de pulso corto aparece en el título. Quizá no se ha fijado en los tres artículos siguientes de la lista, que se refieren a varias aplicaciones tecnológicas de estos láseres y que están realizados en Hamburgo. Eso se observa inmediatamente en los nombres de los autores, ya que el trabajo se hizo en colaboración con el profesor Schneider y, por supuesto, figura también en los trabajos una mención de agradecimiento a la Fundación Alexander von Humboltd, que financió mi estancia en Alemania.

—Bien —dijo Rosalía—. Sobre su actividad investigadora en esta universidad no necesito preguntarle nada. Vamos a pasar a discutir su proyecto docente. En su programa de la asignatura de Tecnologías Físicas I, no me parece que sea posible explicar la materia incluida en la lección 23 antes de la que figura en la lección

30, ya que le faltaría la base necesaria. Haga el favor de explicarme eso.

A partir de ese punto comenzó una discusión de media hora entre Rosalía y Ana Mari, que contestaba a una, al parecer interminable, colección de preguntas que llevaba preparada Rosalía. Ana Mari se defendió razonablemente bien, aunque quedaron cosas en las que claramente las dos profesoras discrepaban. Siguió el turno de intervención habitual con las preguntas de Escobedo, que implicaban bastantes críticas a la presentación de Ana Mari, pero expuestas en un tono muy moderado. Nuria Planas y Salvatierra, solicitaron varias aclaraciones a Ana Mari sobre su curriculum, y Cañamero concluyó el turno de preguntas respaldando algunas de las críticas que había expuesto Rosalía. El público abandonó la sala y el tribunal se quedó para discutir sobre las calificaciones que debían dar a cada candidato. Cañamero advirtió, antes de levantar la sesión, que probablemente el resultado se haría público al día siguiente, por lo que los candidatos no necesitaban quedarse esperando Las calificaciones no implicaban nada definitivo ya que solo después de un segundo ejercicio se decidía por votación a quién se adjudicaba la cátedra. A veces, cuándo los candidatos tenían un buen curriculum, no se tenían muy en cuenta las diferencias que pudiera haber entre ellos y se les daba a todos la misma nota en el primer ejercicio, aunque cada persona del tribunal ya supiera qué iba a votar al final.

En el pasillo, Ana Mari charlaba con algunos compañeros del departamento que comentaban las incidencias de la mañana. Mateo, se había quedado un poco aparte y se le acercaron Ferreiro y Dora. Después de intercambiar un par de frases triviales, Ferreiro le dijo:

—Mateo, te quería comentar una cosa. Probablemente te parecerá un poco raro, pero prefiero decírtelo. Se lo podía comentar directamente a tu mujer, pero no estoy seguro que sea una buena idea, así que te dejo a ti decidir si se lo cuentas o no.

—¿Qué es lo que pasa?

—Poco antes de venir aquí, cerca de Boston, nos atacaron cuándo íbamos en el coche y nos empujaron con una furgoneta fuera de la carretera. Nos podían haber matado.

—¡Que barbaridad! ¿Y no os pasó nada, por lo que veo?

—No. Tuvimos mucha suerte. Anteayer me llamó un policía amigo nuestro, que lleva la investigación del caso en América, y me dijo que han averiguado que el agresor ha sido un delincuente que trabajaba por encargo de un español. Para resumir, creemos que ese ataque está relacionado con esta oposición. Un intento de dejarme

fuera, de la oposición... y del mundo.

Mateo se quedó mirándole sin contestar, con cara de estar asimilando lo que acababa de oír.

—Bueno —dijo Ferreiro, sin saber como interpretar ese silencio —, eso es lo que pensamos nosotros, aunque a lo mejor es una paranoia nuestra. No lo sé. Yo solo te lo cuento porque ayer he oído lo de la cabeza del gato. Puede ser muy traído por los pelos, pero las dos cosas podrían estar relacionadas. Y en ese caso quería que supieras que puede haber gente muy peligrosa en esto, y que hay que tener mucho cuidado.

—El caso es —contestó Mateo— que yo ya había pensado algo así, aunque me parecía demasiado absurdo. Ana Mari lo ha tomado como una gamberrada y yo no he querido intranquilizarla ahora, en medio de la oposición. Os agradezco que me aviséis de esto porque creo que sí merece la pena tener cuidado. Si es algo relacionado con la oposición, el peligro desaparecerá en cuanto se termine.

Ana Mari les interrumpió acercándose a ellos:

—Mateo. ¿Nos vamos? Yo ya tengo bastante por hoy.

15
EL PRECIO DEL TERRAZO

Cuándo Salvatierra llegó a su departamento a la mañana siguiente, Maite dejó de escribir en el ordenador para decirle:

—Hola. Buenos días. ¿Qué tal la oposición? ¿Han terminado ya?

—Hacemos una pausa de ocho días y luego seguimos. ¿Qué tal por aquí?

—¿No vino ayer por la tarde? Ayer, antes de irme, le he dejado varios mensajes en su mesa de despacho.

—No. Fue imposible venir. Hemos estado reunidos en la Miguel de Cervantes discutiendo sobre la calificación del primer ejercicio hasta las diez de la noche.

—¡Pues vaya paliza! Por lo menos se desentiende usted de eso por unos días. Hay un par de cosas urgentes. El vicerrector de profesorado quiere que le llame.

—¿Ha dicho para qué?

—No. La secretaria no me ha dicho nada. Pero me da la impresión de que es algo sobre la plantilla de ayudantes. También ha llegado un aviso de que se ha abierto la convocatoria de subvención para infraestructura de investigación.

—¿Qué más?

—Un tal señor Guerrero ha llamado varias veces. La ultima hace diez minutos. No me ha dicho de qué se trata. Le he dicho que usted no tardaría en llegar. El correo lo tiene encima de su mesa.

Salvatierra entró en su despacho y empezó a abrir el correo. No empezaba el día con muchas energías después de la larguísima sesión de la tarde anterior. Cuándo Ana Mari terminó su intervención, el tribunal estuvo cambiando impresiones sobre los candidatos. Antes de la hora de comer ya estaban las posturas bastante claras. Cañamero y Rosalía no emplearon mucho tiempo en matices y dejaron claro que para ellos el mejor era Guzmán. Reconocían los méritos de Ferreiro, aunque no eran comparables a los de Guzmán, y mostraron su oposición a Ana Mari. Cañamero no llegó a descalificarla y prefirió asegurar que sería una buena profesora con el tiempo, pero que todavía no tenía la madurez suficiente.

—Yo discrepo con Juan Antonio —había dicho Rosalía—; no

creo que se trate de madurez. Esta chica no sirve para esto y lo mejor que puede hacer es dedicarse exclusivamente a la investigación.

Escobedo había estado más prudente diciendo que todos los candidatos le parecían excelentes, por lo que la decisión iba a ser my difícil. Sin embargo, Salvatierra sabía por los comentarios de Escobedo cuándo habían ido a tomar una copa, que tenía la intención de apoyar a Guzmán aunque ahora, durante la discusión, se expresara de manera más vaga. Probablemente se sentía incómodo porque sabía que Guzmán era el que menos se merecía la cátedra de los tres. Nuria Planas estaba muy dudosa, pero Salvatierra sacó la impresión de que prefería a Ana Mari o a Ferreiro antes que a Guzmán, aunque no se atrevía a decirlo ante el riesgo de enfrentarse a Rosalía, que era la más beligerante de todos.

Después de comer, siguieron con la discusión a partir de las cuatro y analizaron con más detalle los trabajos de investigación de cada uno. La cosa se fue poniendo algo tensa cuándo Salvatierra se hartó de escuchar a Rosalía y empezó a discutirle sus opiniones sobre Ana Mari. Después de alguna pausa para tomar café, acabaron decidiendo a las nueve de la noche que lo mejor sería dar la misma nota a todos, el máximo de cinco puntos, y tomar la decisión final después de la segunda parte, al cabo de unos días, cuando Cañamero y Rosalía volvieran de Australia.

Salvatierra dejó de pensar en la oposición y fue abriendo el correo, un par de cartas de colegas extranjeros, algunos sobres con información interna de la Universidad y un sobre acolchado sin remite y sin sello, evidentemente entregado en mano, que contenía únicamente un CD sin ninguna nota explicativa de cual era su contenido. En la carátula del disco estaba pegado un papel pequeño con el escudo de la Universidad Miguel de Cervantes Normalmente hubiera tirado un disco anónimo directamente a la papelera, pero al tratarse de la Universidad Miguel de Cervantes, aunque remitido de esa forma tan extraña, pensó que debería ver su contenido y confiar en que su ordenador no adquiriera ningún virus. El disco contenía un único archivo titulado CONTRATO3 con una extensión de unas diez páginas, y cuando Salvatierra empezó a leerlo en la pantalla quedó algo desconcertado. De manera más bien inconsciente esperaba que el CD contuviera alguna información interesante relacionada con la maniobra que habían organizado contra él desde la Miguel de Cervantes en el caso de María Torres; quizá alguna pista o un soplo sobre quién había sido el responsable. En vez de eso se encontró con un borrador de un contrato entre varias

empresas, con nombres para él desconocidos, para la adquisición y desarrollo urbanístico de unos terrenos. Apenas había empezado a seguir el hilo general del documento, leyendo la primera página cuándo entró Maite en el despacho.

—Está ahí fuera el Sr.Guerrero. El que ha llamado antes. Dice que es inspector de policía y pregunta si le puede atender unos minutos.

—Sí. Dígale que pase.

Entró un hombre de treinta y tantos años, vestido con una camisa azul oscuro, chaqueta gris y pantalones vaqueros. Se dieron la mano y el visitante sacó su identificación del bolsillo.

—Soy Marcelo Guerrero. Ya se lo habrá dicho la secretaria, soy inspector de policía.

—Sí siéntese —contestó Salvatierra indicándole la silla delante de su mesa—. Dígame.

—Espero que no le moleste ahora. Le ha llamado estos días pasados y me dijeron que estaba ocupado en la Universidad Pública Miguel de Cervantes. Hoy he tenido que venir aquí para varios asuntos del caso que estoy investigando y he aprovechado para intentar verle.

—Sí, no se preocupe. Tengo un rato.

—Se trata de la muerte de una alumna suya, María Torres.

—Sí —contestó Salvatierra con tono de esperar que el otro continuara.

—¿Sabe usted de qué se trata, verdad?

—Sé que ha muerto una alumna de la facultad. Sé quién es, era, María Torres.

—¿Cómo se ha enterado de que ha muerto?

—No recuerdo exactamente quién lo comentó. En un caso de estos se corre la voz inmediatamente en la facultad: afortunadamente es muy raro que un alumno fallezca. Yo llevo dos días desconectado de la facultad y no sé si ha habido alguna información por parte del decano o se ha participado en algún funeral. Yo me he debido de enterar a nivel de pasillo. ¿Qué es lo que pasa?

—María Torres ha muerto de forma violenta. De hecho podemos decir que se trata de un asesinato. Yo soy uno de los responsables de este caso y estoy recabando información aquí, en su centro de estudios.

Salvatierra prefirió ahorrarse exclamaciones de sorpresa, que estaba seguro iban a sonar falsas, y prefirió adoptar la actitud de una persona poco dada a expresar emociones, lo cual era algo

bastante propio de su carácter. Se limitó a sacudir la cabeza y decir:

—¡ Qué barbaridad! ¿Se sabe quién ha sido?

—No. Esa es nuestra tarea ahora. María Torres era alumna suya ¿verdad? —dijo Guerrero mirando un pequeño cuaderno de notas que había aparecido en su mano como por arte de magia.

—Estaba matriculada en una de mis asignaturas, pero no recuerdo haberla visto por clase en todo el curso. Era repetidora, creo que por más de una vez, y a veces los alumnos en esa situación prefieren no venir a clase. Piensan que ya no les hace falta o se cansan de la asignatura...

—Entonces... ¿No ha tenido contacto con ella en todo el curso?

—Yo no la he visto en todo el curso. Y cuando ha estado en mi curso en años anteriores, no recuerdo haber hablado con ella. Era una alumna que se mantenía un poco al margen, me da la impresión de que incluso con sus compañeros de clase no tenía mucho contacto.

—Ya —dijo el policía—. Por lo que veo, no puede decirme nada de su carácter, amistades, algo que le haya llamado la atención...

Salvatierra decidió rápidamente que era inevitable proporcionar al policía la información sobre María Torres, que probablemente ya tenía o que iba a acabar obteniendo si seguía haciendo averiguaciones en la universidad.

—De su carácter y sus amistades no sé efectivamente nada, pero sí que ha habido un episodio muy raro con esta alumna. De hecho en cuanto me ha dicho que su visita estaba relacionada con María Torres, pensé que quería hablarme de ello.

—¿Se refiere usted a la denuncia que presentó contra usted?

—¡Ah! Ya veo que sí está al tanto —contestó Salvatierra alegrándose de haber sacado el tema antes que el policía—. Sí, a eso me refiero.

—¿Qué puede usted decir sobre esa denuncia?

—Creo que el profesor Modesto Bermúdez, de la facultad de Derecho, que fue el encargado de la investigación, que en realidad se limitó a comprobar que todo era un montaje mal urdido, puede darle más información que yo. El tema me ha afectado en el sentido que se ha dado mi nombre para una denuncia falsa e ignoro el motivo.

—Perdone que insista. Comprenderá que se trata de una situación extraña y que es mi deber investigar.

—Estoy de acuerdo. Extraño es, sin lugar a dudas.

—Lo que usted afirma es que no ha tenido ningún trato de tipo personal con María Torres, y desde el punto de vista de la relación

profesor-alumna prácticamente tampoco.

—Sí eso es un resumen correcto.

—¿Y no tiene usted ni idea de los motivos de María Torres? Al parecer, según las conclusiones del profesor Bermúdez, se ha utilizado el correo electrónico con la intención de implicarle a usted con mensajes falsos, como procedentes de su ordenador.

—Sí, eso es cierto.

—¿Y no tiene usted ni idea del motivo?

—No.

—Ni por supuesto tampoco de si había alguien, aparte de la propia María Torres, detrás de ese asunto.

—No sé si había alguien más o sólo María Torres. En mi opinión no tiene ningún sentido que actuara ella sola, porque no creo que tuviera nada en contra mía. Por eso pienso que se trata de una maniobra organizada por alguien que evidentemente no me tiene simpatía. No me pregunte quién, porque he pensado en ello muchos días sin sacar ninguna conclusión.

—Muy bien. No le entretengo más —dijo el policía poniéndose en pie—. Si se le ocurre o se entera de alguna cosa que pueda ayudarnos, llámeme por favor. Este es mi número —añadió dándole un pequeño papel.

Salvatierra dejó pasar un par de minutos desde que salió Guerrero antes de coger su móvil y llamar a casa de Cristina. Le contestó la chica con voz de sueño.

—Vaya. Me parece que te he sacado de la cama —dijo Salvatierra—.

—¡Hola! —contestó Cristina animadamente—. No me has sacado de la cama, duermo con el teléfono al lado. ¿Qué tal?

—Yo muy bien, pero acaba de estar aquí un inspector de policía que está investigando el asesinato de María Torres.

—¿Y por qué ha ido a verte a ti?

—Por dos motivos. Porque era alumna mía, por lo menos en teoría, y porque estaba al tanto de la denuncia contra mí. Supongo que ha visto el expediente.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que no tengo ni idea del motivo que ha tenido para hacer una cosa así. Que supongo que es una maniobra de alguien que quiere perjudicarme, pero que no sé nada más. No le he hablado de que sospecho de la Miguel de Cervantes, ni de que los correos electrónicos falsos han salido de allí.

—Eso se lo podías haber dicho. A lo mejor encuentran algo sobre Cañamero.

—Puede ser. Me ha cogido un poco de sorpresa. Lo que más me interesaba es que no investigue mucho ese tema por si acaso decide hacer averiguaciones sobre ti. Tu nombre está también en el expediente ¿recuerdas? En ningún caso quiero que sepan que has visitado a María Torres, no sea que os compliquen la vida a ti y a Iñaqui. Por si acaso, prepárate para la visita de la policía.

—No te preocupes. No voy a meter la pata. Yo no he visto a María desde hace mucho y no sé nada sobre ella.

—Muy bien. Yo pensaré si le digo algo a la policía sobre la Miguel de Cervantes sin crearnos problemas.

—Podíamos vernos esta noche y hablar con calma sobre todo.

—Vale. Esta tarde, cuando acabe aquí, paso por tu casa ¿de acuerdo?

Al desconectar el teléfono, Salvatierra recordó el documento que había empezado a leer cuando le interrumpió la visita del inspector Guerrero. Volvió a concentrarse en el documento releyendo la primera página relativa a los datos de personas y empresas que participaban en el contrato cuyas condiciones se detallaban a continuación. Al llegar a mitad de la página, levantó el teléfono y marcó la extensión de la secretaria.

—Maite, por favor. He desviado el teléfono a su número. No me pase ninguna llamada y, si puede evitarlo, tampoco visitas durante un rato, ya le avisaré.

En las oficinas de la constructora PRUCOS había mal ambiente. Prudencio Costa había avisado a su hijo Matías y a Carmona, el detective para todo, que le esperaran a las cinco porque quería hablar con ellos. Prudencio había llegado efectivamente a las cinco, pero en vez de ir al despacho de su hijo se detuvo primero en la recepción, que era el puesto de Conchi, una de las secretarias de la empresa, de unos cincuenta años. Se ocupaba de atender el teléfono y la recepción, mecanografiaba lo que le pasaban otras secretarias cuándo se veían apuradas de tiempo y se ocupaba del material de escritorio y consumibles informáticos. Conchi también tenía otras actividades de las que nadie se consideraba responsable, como comprar y regar plantas o preparar café, por lo que era la persona más popular entre los empleados de PRUCOS.

—¡Joder! —gritaba Prudencio Costa—. ¡Es que sois la leche! ¿Tengo que estar aquí haciendo guardia para que la gente trabaje?

—Señor Costa —musitaba Conchi—. He estado toda la tarde en la recepción. Estaría un momento haciendo otra cosa en la oficina cuándo usted ha llamado.

—¡Otra cosa! Estarías haciendo café para todo el mundo, para que no se agoten de tanto trabajar. ¡Hay que joderse! He llamado tres veces con el móvil mientras conducía y aquí nadie lo coge. Solo ha faltado que hubiera tenido un accidente o que me pusieran una multa por hablar conduciendo. ¿Ha venido Carmona?

—Sí, está con don Matías.

Costa salió del vestíbulo que hacía de recepción y entró por un amplio pasillo con puertas a los dos lados. Abrió una de ellas que estaba entornada, y le dijo al hombre que estaba detrás de una mesa escribiendo en un ordenador:

—¿A cuánto has pagado el terrazo en la obra de San Fernando?

—A seis euros. Es lo que había.

—Ya me parecía a mí. He estado allí y el terrazo que han traído es de la fábrica del Quini, de Ciudad Real. ¿No te había dicho que en el almacén de la carretera de Burgos hacen mejor precio?

—Sí, lo pregunté, pero valía lo mismo y el de Ciudad Real es mejor.

—¡Leches, valía lo mismo! ¿Sabes a cuanto está? A cinco setenta. A mí no me hagas más estas putadas o vas a pagar tú las chapuzas.

—A mí me dijeron también seis euros, hablé con...

—¡Que te den por culo! —interrumpió Costa, y salió dando un portazo que hizo retumbar todo el pasillo.

Entró en el despacho de Matías, que estaba sentado con Carmona en unos sillones. No se pusieron de pie para saludarle. En PRUCOS los temas relacionados con buenos modales o protocolo no eran precisamente prioritarios.

—Me pone de mala leche toda esta gentuza —fue el saludo de Costa al entrar.

Matías y Carmona prefirieron no preguntar que le habían hecho sus empleados a Costa y se limitaron a asentir en silencio. Costa, sin embargo, estaba embalado y tal y como Matías se temía, la tomó con él.

—Tú eres el que está al cargo de la oficina —continuó Costa—. Te tengo aquí para que la gente trabaje y que haga algo, aparte de tomar café y robarme siempre que pueda. Yo no puedo estar en todas partes. ¿O es que prefieres ir a las obras a vigilar que no nos roben allí? Te mancharías los zapatos, claro. ¡Hay que joderse!

Matías siguió en silencio y finalmente Costa se sentó con ellos y cambió de tema.

—Bueno —dijo—, vamos a ver si me entero de eso de la universidad. A ver quién me lo explica. Tenemos una operación de

un montón de dinero que, por lo que me ha dicho Matías por teléfono, está descontrolada. Tú, Carmona, me has pasado una buena cuenta por unas gestiones que no sé para qué han servido. Y ahora, para colmo, en vez de resolverlo todo como tiene que ser, el cabrón de Cañamero se va de vacaciones a Australia y nos deja aquí sin saber que pasa. Empieza tú —añadió señalando a Matías— a explicarme cosas, y que yo las entienda.

—Me he ocupado de que haya una persona que entiende de eso, que asiste a todos los ejercicios de la oposición y...

—¿Se lo has encargado tú?—interrumpió Costa.

—No. Nada de eso. Lo he hecho de manera que nadie me relacione con la oposición.

—Sigue.

—Van por la mitad de la oposición, y según las notas están los tres empatados. Lo importante no son esas notas sino la decisión final que tome cada uno del tribunal al acabar la segunda parte. En ese momento tienen que dar su voto a uno de los participantes y el que tenga tres votos por lo menos es el que gana.

—O sea que dan unas notas que no sirven para nada y al final hacen lo que les sale de los huevos —dijo Costa—. Acabarían antes si suspendieran a unos y aprobaran al que quieren que gane.

—No sé, papá ¡joder! Yo tampoco entiendo nada de esto. Te cuento lo que me explica la gente que sabe.

—Vale, sigue.

—Entonces, por lo que me dicen no hay ningún problema. Yo no te he dicho que esto está descontrolado. Cañamero y su amiga Rosalía ya son dos, y un tal Escobedo les apoya. Contra eso los demás no tienen nada que hacer. Así que puedes estar tranquilo. Además he hablado con Cañamero.

—El cabrón de Cañamero se ha ido a Australia.

—He hablado con él por teléfono antes de que se fuera y me ha asegurado que controla todo.

—Vamos a ver —dijo Costa levantando la voz—. Vamos a ver si no somos gilipollas. Tenemos una operación en la que podemos ganar seis millones de euros... y cuando hay seis millones en juego, las cosas no se confían en que un tipo, Cañamero o quien sea, nos dé una palmadita en el hombro y nos diga “no te preocupes”. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí papá.

—No nos vamos a quedar esperando a que cuando ese cachondo vuelva de su viaje nos diga que lo siente mucho, que ha fallado no sé qué y que todo se ha ido al carajo. ¿Estamos? Así que tú, Matías,

a ver si te espabilas. No estás aquí para jugar a ser un ejecutivo de mierda. A ti te he hecho unos encargos— añadió Costa mirando a Carmona—. ¿Por qué no está la cosa arreglada después de la pasta que te he dado para gastos ?

—Mira, Costa —contestó Carmona con su voz aguardentosa, dando una calada a su cigarrillo—, me he tomado mucho trabajo y estoy arriesgando bastante para cumplir tu encargo. He tenido que ir a América a organizar una operación. Ha fallado por los pelos. Estas cosas salen o no. Lo sabes tan bien como yo. ¿O se te ha olvidado lo de Cáceres?

—No me toques encima los huevos, Carmona, o acabamos mal.

—Aquí también he encargado algunos trabajos. Estoy en ello, pero de momento no hay nada definitivo. Me estoy ocupando del asunto.

—Quiero resultados, Carmona, que se vea algo a cambio de los gastos. Si lo que has hecho ha fallado, tendrás que emplearte más a fondo. Estamos hablando de un tema que se tiene que resolver en unos días. ¿Necesitas otro anticipo? —añadió Costa con voz más tranquila.

La relación entre Carmona y Costa era muy antigua. Carmona había trabajado para el constructor casi desde sus comienzos como empresario y sabían todo lo que hay que saber el uno del otro sobre sus respectivos trapos sucios. A pesar de las griterías que Costa le lanzaba de vez en cuando, en realidad confiaba totalmente en Carmona. No solamente le resolvía los encargos más complicados de forma discreta, sino que Costa estaba convencido de que su hombre de confianza era la única persona que no le robaba.

—Ahora no necesito nada, me queda algo de lo que me diste. Voy a continuar con el tema y si surge un gasto que se pase de lo habitual, te lo consulto.

—Vale. Sabes que esto es importante. No quiero que tires el dinero, pero tampoco que, para ahorrar, dejes de hacer cosas que pueden valer.

—Ya sabes como trabajo. Ahora, si esto es tan urgente lo mejor será que me ponga en marcha.

Cuando Salvatierra acabó de leer el documento que le había llegado esa mañana en el disco, se quedó un rato pensando en el contenido y tratando de interpretar los detalles, aunque la línea general estaba más o menos clara. Se trataba de la constitución de una Sociedad llamada Insurma (Inmobiliaria del Sur de Madrid) en la que había tres participantes: el más importante, con el 75 % del

capital, era alguien que en ese borrador figuraba como PC, y el 25 % restante pertenecía a partes iguales a unas sociedades llamadas Gesta y Sierra Nueva. Insurma tenía como fines la compra de determinados terrenos colindantes con el campus de la Universidad Pública Miguel de Cervantes con objeto de su desarrollo inmobiliario. En caso de que los socios de Insurma lo consideraran conveniente se podrían revender dichos terrenos antes de efectuar ninguna acción urbanística. Se imponía como condición de que si existía una oferta de al menos seis veces el precio de adquisición, bastaba el deseo de uno de los tres socios para que el terreno se vendiera. Las sociedades Gesta y Sierra Nueva quedaban encargadas de gestionar ante particulares o empresas y organismos públicos la venta, en las condiciones más ventajosas, de esos terrenos que Insurma pensaba adquirir. Era llamativo que los posibles beneficios de la venta no eran proporcionales a la inversión de cada socio, sino que PC tendría el 50% y Gesta y Sierra Nueva el 25% cada uno. El documento estaba redactado hacía más de un año y, a juzgar por algunas anotaciones a pie de página, su forma final, podía haber variado bastante. Que la forma final existía en realidad, es decir que Insurma se había creado, se deducía de un segundo documento más reciente, también en forma de borrador, relativo a la compra de los terrenos. Se describía en él, la parcela adquirida por Insurma y el precio de adquisición, que había sido de un millón doscientos mil euros. Además de ese borrador de contrato había una página escrita de manera un poco vaga —se veía que era otro documento en una versión poco elaborada—, en la que se esbozaba un convenio entre la Universidad Pública Miguel de Cervantes y una empresa, de la que no se daba el nombre, para establecer un Centro Común de Investigación cuya finalidad principal era el desarrollo de proyectos en el campo de la energía. El centro se construiría en terrenos próximos al campus de la universidad.

Aunque Salvatierra no había tenido más experiencia inmobiliaria que la compra de su apartamento unos años antes, no se necesitaba ser un experto para ver que la tal Insurma se había creado con el único fin de realizar una operación especulativa en la que confiaba tener éxito con unos beneficios mínimos del 600 %. PC era el principal inversor, pero tanto Gesta como Sierra Nueva obtendrían ganancias importantes, ya que eran probablemente estas sociedades las que tenían los contactos adecuados para organizar lo que tenía la pinta de ser un buen pelotazo. Lógicamente, la persona que le había enviado esa información en el disco pensaba que podría interesarle y, por supuesto, lo único que le había llamado la

atención de ese documento era la mención a la Universidad Pública Miguel de Cervantes. Esa institución estaba empezando a aparecer últimamente hasta en sueños. Al cabo de unos minutos, Salvatierra llegó a la conclusión de que el interés de esa historia inmobiliaria era su posible relación con los otros asuntos en los que él se relacionaba con la Miguel de Cervantes: la oposición y el tema de la denuncia de María Torres. Como las casualidades no se repiten un día tras otro, era inevitable pensar que todos esos temas eran en realidad uno solo. Comprobó el número del móvil escrito a mano en la tarjeta del inspector Guerrero y le llamó por teléfono.

—¿Inspector Guerrero? Soy Luis Salvatierra, de la universidad, hemos hablado hace un rato.

—Sí, profesor, dígame.

—Es sobre el correo electrónico a María Torres que se envió en mi nombre.

—Sí. Me dijo que usted no sabía nada de esos mensajes.

—Eso es. Le dije que no son míos. Sin embargo, me traje a un técnico informático para que tratara de averiguar quién había hecho eso.

—¿Averiguó alguna cosa?

—Me dijo que los mensajes se han enviado desde la sala común de informática de la Universidad Miguel de Cervantes. No pudo decirme quién lo ha hecho porque es una sala común. No sé si puede servir esto de algo. Solo quería decírselo.

—Vale. Muchas gracias. Llámeme si hay alguna otra cosa. ¿Me puede decir quién es el técnico y su número de teléfono? Me gustaría hablar con él.

—Sí. Trabaja en una empresa ¿toma nota?

16
PULPO A LA SANABRESA

Salvatierra fue por la tarde, al acabar el trabajo en la facultad, a casa de Cristina, que ya era un sitio familiar para él. La relación entre los dos se iba haciendo más estrecha y a ello contribuía, sin duda, la necesidad de compartir las preocupaciones y las opiniones sobre todo lo ocurrido con María Torres. Cristina, que siempre había demostrado gran seguridad en sí misma, estaba desconcertada y se notaba que necesitaba la compañía de Salvatierra. Cuándo le hizo pasar y cerró la puerta de la casa, se abrazó a él y tardó un rato en separarse mientras Salvatierra le acariciaba la cabeza.

—Por fin vienes —dijo Cristina—, quiero que me cuentes las novedades. Yo también tengo algo que contar.

Le llevó hasta el salón cogido de la mano y le hizo sentar en el sofá.

—¿Te pongo alguna cosa?

—Ponte tú aquí, a mi lado —dijo Salvatierra señalando el sofá —. Estás muy guapa.

—¡Guau! El profesor Salvatierra está lanzado. Casi no me atrevo a sentarme a su lado.

—Deja de hacer el bobo y dime que tienes que contarme.

—Me ha visitado el inspector Guerrero. No me habías dicho que fuera tan guapo. Eso se avisa. Me hubiera arreglado un poco.

—No necesitas más arreglos —contestó Salvatierra pasándole la mano por el hombro—; estás muy bien así.

—Antes no estaba así. ¿Has visto que tiene una cicatriz alargada en el cuello? Seguro que ha sido un disparo cazando delincuentes. Le sienta bien, queda muy atractivo.

—Probablemente tu héroe del día se hizo la cicatriz de pequeño al caerse de la bicicleta el día de Reyes, pero puede que le dé juego con algunas crías con fantasía.

—No te metas con las crías fantasiosas. Reconoce que no te parecemos tan mal.

—Lo reconozco. ¿Qué has hablado con Guerrero?

—Conoce un montón de discotecas y...

—¡Vamos, Cristina!

—¡Vale! ¡Vale! ¡Tranquilízate! No hemos hablado de nada de

particular. Me ha preguntado si conocía a María y si tenía amistad o había tenido algún contacto especial con ella. También quería saber por qué aparecía mi nombre en el expediente de la denuncia de María Torres y, por supuesto, la siguiente pregunta ha sido si tú y yo estamos liados.

—¿Cómo dices?

—Bueno. No lo ha preguntado con esas palabras, pero eso es lo que quería saber. Cosas del estilo de si eres un ligón con las alumnas, especialmente conmigo o con María.

—¿Y tú que le has dicho?

—¿Que quieres que le diga a las fuerzas del orden? La verdad. Que no follas mal.

—Cristina eres insoportable. No sé para qué he venido.

—Yo si lo sé. Ahora dime tú las novedades.

—Por fin me he decidido y le he contado que los mensajes falsos procedían de la sala de informática de la Miguel de Cervantes. Espero que investigue a Cañamero o a alguno de sus compinches y los empapele. Pero hay otra cosa más interesante.

Salvatierra le contó lo del CD recibido en carta sin remite, pero con una etiqueta de la Miguel de Cervantes.

—Lo que yo deduzco —dijo Salvatierra—, es que hay un negocio inmobiliario relacionado con la Miguel de Cervantes y que alguien piensa que la información me puede interesara mí. Si uso la lógica puedo suponer que eso está relacionado con la oposición a cátedra y probablemente con el caso de María Torres.

—A lo mejor tienes razón. Yo no estoy en muy buena forma para pensar lógicamente. Lo que no entiendo es que te pasen la información a medias. Si alguien quiere darte un soplo, que te lo dé, pero de verdad, sin acertijos. Por lo que me dices en el documento no se dan nombres.

—No. Sólo nombres de sociedades. Tengo que averiguar quién está detrás de esas sociedades. Supongo que habrá un registro en donde se puede consultar eso.

—Supongo que sí. En cuanto sepas los nombres de las personas, creo que vamos a saber algo más sobre el tema de María Torres. Eso le puede interesar al inspector Guerrero.

—Lleva cuidado con el inspector. Como se entere de que Iñaqui y tú habéis visitado a María poco antes de que la mataran, vas a tener que darle unas cuantas explicaciones.

—Pienso tener cuidado. Tenemos que investigar lo de las sociedades. Esto está de lo más interesante.

—Tú no vas a investigar nada. ¿No te has dado cuenta todavía

del peligro que hay? Lo que deberías hacer es mezclarte lo menos posible en esta historia.

—Voy a investigar lo que me dé la gana. Te recuerdo que ya pasó eso de que me dieras lecciones, ya no eres mi profesor. Hasta ahora lo poco que sabemos es gracias a mí ¿Quién descubrió dónde hacía María sus trabajitos? ¿Quién descubrió el nombre del que enviaba los mensajes en tu nombre?

—Muy bien. Con todos esos éxitos ya tienes bastante. Sabes tan bien como yo que no se trata de un juego

—Sí, jefe —dijo Cristina sentándose en las rodillas de Salvatierra —. Es verdad que me ha impresionado el asesinato de María y que estoy asustada, pero se puede uno mover un poco por ahí y conseguir información discretamente. Tu fallo es que ya me has dicho como se llaman esas sociedades y con ese dato pienso investigar sobre ellas. No te preocupes que te diré lo que averigüe.

—¿No te vas a ir a León este fin de semana? Estaría más tranquilo.

—Tú lo que tienes es vocación de Rodríguez. No, no me voy a ir a León ni te vas a librar de mí con ese pretexto tan barato.

Salvatierra llegó a su casa a las siete y media de la mañana. Pensaba darse una ducha, desayunar y dar un vistazo al periódico. Después ya vería si se echaba un rato antes de hacer unas compras y solucionar las cosas del banco, que siempre dejaba para los sábados. Se hubiera quedado un rato más en la cama con Cristina, pero prefirió salir antes de que hubiera gente que le viera en la escalera o en el portal. Había ido conduciendo por las calles vacías, en un estado de euforia que no experimentaba desde hacía mucho. La chica le gustaba cada vez más. Antes de hacer nada en casa vio la luz del contestador automático parpadeando y escuchó los dos mensajes que había recibido.

El primero era de Natalia. El último contacto con ella había sido cuándo le envió el técnico informático para revisar su ordenador y estudiar el asunto de los mensajes de María. Su relación, más que romperse, se había ido apagando sin saber por qué. Empezó con las estancias de trabajo prolongadas de Natalia fuera de Madrid, incluyendo fines de semana, y aunque al principió esa actitud le dolió a Salvatierra y le tenía preocupado, la aparición de Cristina dio un cambio total a todo. Dejó de importarle lo que hiciera Natalia y, de hecho, consideró una suerte que no interfiriera en su nueva relación. Ahora, la voz de Natalia en el contestador le sonaba como algo que venía de otra época, ajeno a él.

—Hola Luis —se oyó la voz algo ronca de Natalia, que siempre le había atraído— ¿Qué tal? Llámame cuándo puedas, quiero saber que tal te va. Hoy me ha visitado un policía para preguntarme por tu ordenador y tu correo electrónico. Quiero saber si está todo en orden. Un beso.

Bastaron unos segundos de oír la voz de Natalia para que su actitud cambiara. Ya no era una persona distante y de la que se estaba olvidando, sino que le apetecía contarle todo lo que había pasado en los últimos días. Miró el reloj y decidió que no era hora de llamarla, en parte porque sería evidente que acababa de oír su mensaje, que probablemente estaba en su contestador desde la tarde anterior.

El otro mensaje era más raro. No por el mensaje en sí, sino por el hecho de que estuviera en el contestador de su casa y no en el de la facultad. Era de Sebastián, el antiguo jefe de Ana Mari Medina en el Consejo de Investigaciones Científicas y que le había llamado algún tiempo antes para sugerirle de manera indirecta y discreta que no renunciara a participar en el tribunal de oposición de la Miguel de Cervantes. Aunque eran compañeros que se llevaban bien, no tenían especial amistad o confianza y la llamada a su casa era un poco rara.

—Luis—decía el mensaje de Sebastian—, me gustaría hablar contigo un momento. Si no te importa llámame a casa cuándo puedas. Mi número es...

Salvatierra tomó nota del número de su compañero para llamarle a lo largo de la mañana y después se fue a la ducha.

Unas horas más tarde Salvatierra y Sebastián tomaban unas cervezas y una ración de ahumados en una terraza de la plaza de Santa Ana. Después de charlar un poco sobre como les iban las cosas profesionalmente a cada uno y sobre el buen tiempo que hacía ese fin de semana, Sebastián entró en el tema que quería hablar con Salvatierra.

—¿Te acuerdas que te llamé hace tiempo para comentarte sobre el tribunal de oposición de la Miguel de Cervantes?

—Sí. Me acuerdo bien. Me informaste que había varios candidatos y que una renuncia mía podría significar un perjuicio para alguien. La información que yo tenía es que había solo un candidato y pensé que no importaba mucho si yo estaba en el tribunal o no. Como probablemente sabes, la oposición ya va por la mitad. Acabaremos dentro de unos días, cuándo Cañamero y Rosalía vuelvan de un congreso.

—Fue Ana Mari Medina la que me dijo que confiaba en que

nadie renunciara. Por supuesto no te pienses que te he llamado para hacerte propaganda de Ana Mari, ni nada por el estilo. Lo que ocurre es que han pasado algunas cosas raras, que pueden tener que ver con la oposición o no, pero que prefiero que estés enterado de ellas. Se trata de algo que me comentó Ana Mari y que ella no sabe que te lo voy a contar.

—¿Qué es lo que pasa?

—El día de la presentación hubo un incidente en casa de Ana Mari que la dejó muy nerviosa. Afortunadamente para ella, ese día no hubo ningún ejercicio de la oposición. Me dijo que no hubiera sido capaz de hacerlo.

—Yo no la conocía antes de la oposición, pero sí que me llamó un poco la atención su actitud ese día. No daba muy buena impresión, ni su aspecto ni su tono de voz. Después, el día de su intervención era otra cosa, mucho más segura. ¿Qué es lo que me querías contar?

Sebastián le contó lo de la cabeza de gato aparecida en el asiento del coche y el susto que se había llevado Ana Mari.

—Por eso no estaba normal el día de la presentación —continuó Sebastián—. Al principio ella pensó que era una hazaña de algunos bestias que se divierten haciendo eso, aunque su marido tenía la sospecha de que era algo deliberado para sabotear su intervención en la oposición.

—No me parece muy razonable esa idea. ¿En qué se basa?

—Esas barbaridades con animales son una señal de advertencia; en el sentido de “quítate de ahí” o “no sigas por ese camino”.

—Sí, he oído cosas de esas, pero nunca relacionadas con una oposición a una plaza de funcionario que, como sabes, además no implica un sueldo apabullante.

—Era solo una sospecha. Lo que la ha puesto un poco frenética es enterarse que a Ferreiro y su mujer los han intentado matar en Estados Unidos unos días antes de venir aquí.

Salvatierra se enderezó en su silla y dejó de golpe en la mesa la jarra de cerveza de la que estaba a punto de tomar un trago.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz de incredulidad.

—Sí. Lo que has oído. Concretamente en un accidente provocado, es decir una especie de atentado. Alguien les tiró con su coche fuera de la carretera y han estado a punto de matarse.

—¿Por qué saben que no ha sido un accidente?

—La policía americana ha detenido al autor y resulta que ha actuado por encargo de un español. No se sabe de quien, solo que es un español. Andan detrás de él, supongo.

Salvatierra se quedó callado asimilando la información o intentando asimilarla. Nunca había tenido relación, ni tampoco nadie próximo a él, con hechos violentos y de pronto, en las últimas semanas, había sido asesinada una persona lo suficientemente relacionada con él como para que la policía viniera a verle, y ahora Sebastián le hablaba de intentos de asesinato y amenazas mafiosas. Sebastián, que no sabía bien como interpretar el silencio de Salvatierra, intentó quitar un poco de fuerza a lo que acababa de decir.

—Ya te he dicho, Luis, que no sé si esto tiene que ver con la oposición o no. Ana Mari y Ferreiro, han hablado entre ellos, como ves, y creen que sí. Están preocupados y Ana Mari me lo ha comentado, para oír alguna opinión de alguien que no está implicado en la oposición, como yo. Al hablar con ella he tratado de quitarle importancia al asunto, pero la verdad es que me he quedado bastante mosca. No sé, probablemente es una tontería. Se me ocurrió contártelo, solo para que lo supieras, por si tú ves o has visto también algo extraño.

Salvatierra seguía sin contestar, pensando mil cosas a la vez, y sintiendo de pronto una sensación de peligro, que no había tenido en ningún momento. Sebastián estaba empezando a sentirse ridículo.

—La verdad —añadió Sebastián—, es que me parece que te he molestado por una bobada. Al oír a Ana Mari tan preocupada me he dejado influir, y me pareció que lo que me contaba era razonable. Ahora, tomando esta cerveza tan tranquilamente, con este día tan fenomenal, me parece que no he calibrado bien y te estoy contando tonterías.

—No tienen por qué ser tonterías, Sebastián —Salvatierra salió por fin de su ensimismamiento—. Los hechos que me has contado son serios y, en efecto, existe la posibilidad de que estén relacionados entre sí, en cuyo caso está la oposición por medio, por alucinante que parezca. También pueden ser casualidades. En cualquier caso, yo te agradezco mucho que me hayas llamado; prefiero estar informado y te aseguro que estaré atento a lo que pase. Espero, sin embargo, que no pase nada más y todo sea una falsa alarma.

—Vaya. Me alegro de que digas eso. Estaba pensando que he hecho el ridículo liándote una mañana de sábado para contarte esta historia.

—Ni mucho menos. Además, se está genial aquí. Un día de primavera ¿Tomamos otra jarra? Esta cerveza es de fabricación

propia, está muy buena.

A partir de ahí pasaron a hablar de otras cosas: compañeros comunes, problemas de la investigación científica, un poco de política... Cuándo se despidieron, Salvatierra, camino del Metro, intentó hablar con Cristina desde el móvil. Necesitaba contarle las novedades, pero no cogió el teléfono. De todos modos habían quedado en verse al día siguiente, el domingo, por la tarde, y ya podrían comentar todo con calma. Lo que le había contado Sebastián le había confirmado su sospecha, y casi certeza, de que esa oposición tenía un trasfondo peligroso y si antes estaba preocupado con todo el asunto, ahora estaba nervioso y excitado. O, como reconoció mentalmente mientras andaba entre la gente que entraba y salía de los bares del Madrid viejo, tenía miedo.

Al llegar a su casa decidió llamar a Natalia en respuesta al mensaje que le había dejado la tarde anterior. Como no le contestó, dejó él, a su vez, un mensaje.

—Hola Natalia. Te he llamado un par de veces pero nunca acierto. No hay ningún problema con eso de la policía. Ya te contaré. Luego te llamo.

Por la tarde consiguió hablar con Cristina, le contó las nuevas noticias y trató de convencerla de que se fuera el fin de semana y, a ser posible, algún día más a León con su familia.

—Cristina no seas cabezota. Hay peligro.

—Yo no tengo nada que ver con la oposición. No creo que los que están armando todo esto sepan nada de mí.

—Sabes perfectamente que tú y tu primo habéis hablado con María antes de que la mataran. Has estado en contacto con este asunto.

—Ya veré. Esta tarde he quedado con unos cuántos amigos para ir a la zona de Malasaña a tomar unas copas, y no voy a dejar de ir. No pasa nada.

Cristina había quedado en ir el domingo por la tarde a casa de Salvatierra y preparar los dos juntos la cena. Cada uno se encargaría de un plato. Cristina le había asegurado que su pulpo a la sanabresa le iba a gustar más que el pulpo gallego y Salvatierra había conseguido todos los ingredientes para preparar una carne de cordero al estilo indio. A las ocho, Salvatierra miraba la televisión sin hacerle mucho caso y se tomaba una coca cola esperando a que llegara Cristina. Una hora más tarde, Cristina no había aparecido por lo que, para ganar tiempo y para hacer algo, se puso manos a la obra con su parte del trabajo: la preparación del cordero. Estuvo

entretenido más de media hora dejando todo listo, a falta de enchufar el horno, y luego empezó a cortar el pulpo que había escogido Cristina. Cuándo miró el reloj eran casi las diez de la noche y, con la sensación de que algo iba mal, dejó caer el cuchillo que tenía en la mano y se lanzó al teléfono. Nadie contestó en casa de Cristina. Se dio cuenta entonces que no tenía ninguna otra manera de localizarla. No conocía a ninguno de sus amigos, ni tenía el teléfono de nadie que la conociera, ni sabía casi nada de su familia. Lo único que recordaba era que su padre era agente de seguros y su madre era maestra en León. De todas maneras no venía mucho a cuento alarmar a nadie ni intentar localizar a la familia sólo porque Cristina no hubiera venido a cenar con él. Salvatierra, sin embargo, tenía la intuición de que algo le había pasado a Cristina. Más tarde se le ocurrió la posibilidad de llamar al inspector Guerrero, para descartarla unos minutos después, reconociendo que eso sería una tontería. La única persona que podría entender su problema sería Iñaqui, el primo de Cristina, pero tampoco tenía su teléfono ni su dirección. A la mañana siguiente, a partir de las diez, podría verle si iba a buscarlo al centro comercial en dónde trabajaba, suponiendo que estuviera de guardia

A media noche, consciente de que no hacía nada útil, salió a la calle y fue andando hasta la casa de Cristina, con su móvil encendido en la mano. Había poca gente en la calle y en la puerta del edifivio de Cristina no había el más mínimo movimiento. Llamó al timbre del portero automático y cuando no obtuvo respuesta tomó el camino de vuelta pensando, sin creérselo, que quizá Cristina se había olvidado de la cena y que se había ido con sus compañeros de la facultad a dar una vuelta por los bares de Malasaña o alguno de esos otros sitios que ella frecuentaba.

17
UNA BUENA CAUSA

Salvatierra estuvo despierto buena parte de la noche. Se tumbó en el sofá mientras intentaba concentrarse, sin conseguirlo, en una novela que estaba leyendo. Había interrumpido la lectura casi cada media hora para llamar a casa de Cristina sin que nadie contestara, hasta que finalmente se quedó dormido. Se despertó pronto, y poco después de las ocho y media de la mañana entraba en su despacho de la facultad. A medida que pasaba el tiempo estaba más convencido de que la desaparición de Cristina era uno más de la cadena de episodios extraños que estaban sucediendo alrededor de la oposición y pensaba que el origen de todo podía estar en un negocio inmobiliario. Decidió que era demasiado pronto para llamar al inspector Guerrero. Al fin y al cabo solo hacía unas horas que no sabía nada de Cristina y objetivamente no tenía sentido llamar a la policía por eso. Su plan más inmediato era ponerse en contacto con Iñaqui y preguntarle si sabía algo de ella. No tenía su dirección ni número de teléfono, pero recordaba que trabajaba como guardia de seguridad en un determinado centro comercial en los alrededores de Madrid, y pensaba acercarse a hablar con él cuándo abrieran a las diez de la mañana. Esperaba que estuviera de guardia ese día.

Mientras tanto quería averiguar algo sobre las empresas que aparecían en el documento que alguien le había enviado en un CD desde la Miguel de Cervantes. Para ello, su amigo abogado, Carmelo Inchausti, le podría seguramente ayudar. Unos días antes ya había pensado en consultar a Carmelo cuándo recibió la citación del profesor Bermúdez para declarar en relación con la denuncia de María Torres. Finalmente, no le había llamado, pero ahora había decidido hacerlo ya que era la persona adecuada para proporcionarle información sobre empresas o para decirle donde podía conseguirla. Carmelo Inchausti era el socio principal de un bufete de abogados especializado en derecho mercantil. Por lo que Salvatierra había entendido, se ocupaban de cosas como ampliaciones de capital, fusiones de empresas y valoraciones de patrimonios empresariales. Aunque era muy temprano, Salvatierra estaba casi seguro de que su amigo estaría ya en la oficina, a la que

generalmente llegaba antes que nadie. Tenía un número de teléfono de acceso directo que Carmelo le había dado después de que Salvatierra tuviera una discusión con la secretaria, que se negó a pasarle con Carmelo una vez que tenían que discutir unos detalles sobre la reunión de antiguos alumnos que organizaban. Ese número lo tenían solo la familia de Carmelo y unos pocos amigos. La línea estaba casi siempre libre y, efectivamente, al primer timbrazo se oyó la contestación.

—¿Sí?

—¿Carmelo?

—¡Hola Luis! ¿Qué tal? ¿Qué hace un profesor de Universidad a estas horas? ¿La ciencia española no descansa?

—Solo de vez en cuando. Ten en cuenta que todavía no se sabe todo sobre el origen del universo. Oye, Carmelo —dijo Salvatierra yendo al grano—, necesito información sobre unas empresas. Supongo que vosotros me la podéis proporcionar o al menos orientarme sobre cómo conseguirla. El problema es que se trata de algo muy urgente.

—¿De qué se trata? ¿Quieres saber la solvencia de una empresa?

—Eso también, si es posible. Pero sobre todo me interesa saber quién es la persona que está detrás de una empresa. ¿Eso es fácil?

—Depende. Puede ser fácil o puede ser como meterse en un laberinto. A veces la empresa pertenece a su vez a otra, que puede tener el capital y la sede en algún país extraño. Puede figurar como propietario un hombre de paja... Hay muchos casos distintos. Pero si lo que quieres es la información sobre una empresa normal y corriente que no tiene nada que ocultar, no es ningún problema obtener los datos.

—Yo pienso que no es un caso demasiado complicado, pero tampoco creo que se trate de gente muy transparente. De todas maneras, sea complicado o no, necesito esa información urgentemente. Si puede ser hoy, mejor que mañana. No me importa si hay más gastos por tener un resultado rápido.

—No te preocupes mucho por los gastos. A lo mejor hay suerte y obtenemos la información inmediatamente. Luis, si tienes algún problema de tipo legal con una empresa, ya sabes que me puedes pedir consejo en cuanto lo necesites.

—Gracias Carmelo. Ya lo sé. De momento no tengo ningún trato con esa empresa, solo necesito saber a quién pertenece. Es una historia un poco larga. Cuándo tenga más datos te la contaré. Seguro que te interesa.

—Vale. Dime el nombre de la empresa y lo que sepas de ella.

—No sé prácticamente nada. En realidad son tres sociedades que han constituido una empresa inmobiliaria que se llama Insurma, que quiere decir Inmobiliaria del Sur de Madrid. El setenta y cinco por ciento de Insurma pertenece a algo que se abrevia PC, no sé si es una sociedad, un nombre o qué. El veinticinco por ciento restante pertenece a las sociedades Gesta y Sierra Nueva. Lo que yo quiero es saber quienes son PC, Gesta y Sierra Nueva. Tengo un borrador de un documento de constitución de Insurma, pero no sé si es definitivo o solo un documento provisional.

—Mándamelo por correo electrónico. Puede ser útil. Enseguida encargo a alguien que se ocupe de esto y ya te diré lo que hay.

—Estupendo Carmelo. Tienes el número de mi casa, el de la facultad y el móvil. Intentaré estar localizado todo el tiempo.

Cuando terminó de hablar con su amigo, Salvatierra le envió el documento a Carmelo y salió de su despacho para buscar a Iñaqui en su centro de trabajo.

—Maite. Tengo varias cosas que hacer fuera —le dijo a la secretaria—, volveré a lo largo de la mañana.

—¿Ya se va? Acuérdese de la reunión de las once y media —contestó Maite.

—¿A qué reunión se refiere?

—A la de directores de departamento para tratar de las plazas de técnico de laboratorio.

—Sí, sí. Estaré a tiempo —dijo Salvatierra, sin saber de qué le estaba hablando—, pero por si acaso busque a Manuel para que me sustituya si hace falta.

Ya en su coche, tomó la M- 40, la autovía de circunvalación de Madrid, para dirigirse al centro comercial del extrarradio en dónde trabajaba Iñaqui. En contra de lo que esperaba, encontró el centro sin problemas gracias a los enormes carteles que lo anunciaban. Cuando llegó todavía no eran las once de la mañana y había relativamente pocos clientes. El aparcamiento subterráneo en el que dejó su coche estaba casi vacío y, al dirigirse hacia la entrada de la zona de tiendas, apenas pudo creer en su buena suerte. Un enorme guardia de seguridad estaba apoyado distraídamente en la puerta de acceso. La descripción que le había hecho Cristina de su primo, “un Rambo con barbas” coincidía plenamente con el guarda del aparcamiento. Sin perder tiempo, Salvatierra se dirigió hacia él.

—Perdona. ¿Tú eres Iñaqui?

Iñaqui le miró extrañado y contestó con desconfianza.

—Sí. ¿Qué hay?

—Soy Luis Salvatierra. Tu prima Cristina te ha hablado de mí.

—¡Hombre, encantado de conocerte! —dijo Iñaqui sacudiéndole, más que dándole, la mano—. La verdad es que después de tantas cosas en las que tu nombre ha aparecido, tenía curiosidad por conocerte.

—Bueno. Yo también me alegro. Cristina me ha contado como la has ayudado, y de paso a mí también, en aquellos problemas que surgieron. Iñaqui, he venido a verte, sin estar seguro de encontrarte hoy aquí, porque estoy preocupado por Cristina.

Salvatierra le contó brevemente cómo no sabía nada de Cristina desde la noche anterior, en la que había estado esperándola.

—No sé si ha tenido algo imprevisto. No sé... algo en su casa o lo que sea. A lo mejor no es nada, pero a mí me parece muy raro. Después de todo lo que ha pasado, es mejor estar pendiente.

—Por supuesto. Mira, voy a llamar a su padre con algún pretexto y enterarme si está allí. También voy a contactar con alguno de su pandilla de amigos, yo también los conozco, a ver si saben algo de ella. No puedo estar hablando contigo mucho rato porque el jefe me llamaría la atención. Lo mejor es que te vayas a dar una vuelta por las tiendas y vuelvas aquí dentro de quince o veinte minutos, mientras yo hago esas llamadas.

Lo que menos le apetecía a Salvatierra era perder el tiempo dando una vuelta por la galería comercial sin poder hacer nada útil. Estaba nervioso esperando que Iñaqui le diera una buena noticia. Compró una bufanda verde de cachemira para Cristina, que le pareció del mismo color que una boina que tenía ella y así consiguió que pasaran unos minutos. Sin esperar más, bajó a la puerta en donde estaba Iñaqui que, cuándo le vio venir, hizo signos negativos con la cabeza.

—No está en León, en su familia está todo en orden. He llamado a su madre para preguntarle el teléfono de una tía mía, y, por sus comentarios, piensa que Cristina está sin novedad en Madrid. Una amiga suya me ha dicho que Cristina le dijo que anoche iba a cenar contigo y que por eso no podía salir con ella. Creo que tienes razón. Cristina puede tener problemas.

—Creo que voy a hablar con el inspector que lleva el caso de María Torres.

—Espera, si quieres. Podemos hacer otra comprobación. Tengo la llave de su casa, que me ha dejado por si hay una emergencia o por si pierde la suya. Ya sabes. Podíamos ver si ha dejado alguna nota, o si está enferma o le ha pasado algo en su casa.

—Vale —dijo Salvatierra decidido—, vamos para allá.

—Yo estoy de servicio. Hasta las tres no termino. Vete tú a su

casa y me llamas por teléfono al móvil con lo que haya.

Iñaqui sacó una llave de su llavero y le anotó en un papel su número de teléfono.

—Esta es la llave de su casa y esta la del portal —dijo Iñaqui—. De todas maneras, perdona la deformación profesional, no nos conocíamos de antes y prefiero que me enseñes tu carnet de identidad.

—Claro, claro. Haces muy bien. Aquí lo tienes.

Salvatierra condujo lo más rápido posible por la M- 40 y luego por el tráfico madrileño, hasta llegar a la calle de Cristina, en donde aparcó de mala manera en una esquina de una zona de carga y descarga. Abrió el portal y subió en el ascensor sin encontrarse con nadie. Antes de usar la llave, tocó varias veces al timbre por si acaso Cristina hubiera regresado, pero todo estaba silencioso y no hubo ninguna respuesta. Abrió la puerta algo nervioso por lo que pudiera encontrarse en la casa y, ya en el vestíbulo, llamó a Cristina en voz alta. Todo parecía estar en orden, no había olor a gas y los muebles estaban en su sitio. Fue recorriendo todas las habitaciones sin encontrar nada anormal. El cuarto de baño no estaba tan recogido como él lo había visto otras veces. Probablemente Cristina se había arreglado con prisa y había dejado algunas cosas de maquillaje esparcidas por la encimera el lavabo. En el dormitorio, el jersey que Cristina utilizaba en los días pasados para estar en casa estaba tirado encima de la cama al lado de unos pantalones vaqueros. Por lo que veía, la conclusión de Salvatierra fue que Cristina había salido de su casa con normalidad, probablemente para reunirse con él a cenar, según lo acordado, y que algo le había ocurrido en el camino. Se sentó en la cama, en la que, recordó, habían estado juntos hacía dos noches, y empezó a pensar en lo siguiente que debería hacer para tratar de encontrar a Cristina.

Le sobresaltó el timbre del teléfono que se oía desde alguna otra habitación. Pensó enseguida que debía de tratarse de Iñaqui, que estaba pendiente de saber qué había encontrado Salvatierra en el piso de Cristina. Recordó que el teléfono estaba en el salón y salió corriendo para contestar.

—¿Sí? —dijo esperando hablar con Iñaqui.

La voz que le contestó sonaba muy rara, estaba distorsionada y retumbaba como si alguien hablara a través de un tubo, o un sistema electrónico produjera una distorsión. Tenía también un tono artificial, como los robots de las películas, pensó Salvatierra.

—Hola profesor —dijo la voz con sorna—. ¿Estás buscando a tu niña?

—¿Quién es? —contestó.

—No preguntes y escucha ¿Te interesa saber lo que le pasa?

—¿Quién es? ¿Qué quieres?

—¿Qué quieres tú? ¿Quieres que vuelva?

—¡ Cabrón! si le pasa algo...

—¡Vaya modales! Estás haciendo el imbecil y creo que voy a colgar. Te llamaré otro día cuándo estés más tranquilo. Mientras tanto la cuidaremos bien, no te preocupes.

—Vale. Dime lo que quieres.

—Que te ocupes de tus cosas. Es muy sencillo, no te metas en lo que no te importa. A ti no te importa lo que pase en otras universidades que no sea la tuya, como la Cervantes.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga exactamente?

—Cuando continúe la oposición, la semana que viene, vas a dejar de enredar. Me entiendes perfectamente, más le vale a Cristina que no te hagas el tonto.

—De acuerdo. Suéltala.

—Ya veremos cuándo. Dentro de poco. Lo más tarde cuándo acabe la oposición... si acaba bien. Supongo que no hace falta decirte que, si se te ocurre llamar a la policía nos vamos a enfadar y va a ser peor para Cristina.

—Yo no voy a decir nada a la policía, pero su familia y sus amigos...

Salvatierra se interrumpió al darse cuenta que el otro le había colgado. Advirtió que tenía las pulsaciones aceleradas. El mensaje del individuo de la voz extraña le había asustado, aunque no había hecho más que confirmarle lo que ya suponía: todos los acontecimientos sospechosos que le habían pasado a él, y a otras personas, como Ana Mari y Ferreiro, estaban relacionados con la maldita oposición. La desaparición de Cristina era el último intento de presión. El punto más importante en ese momento era decidir si avisaba a la policía o seguía las instrucciones del hombre que le había llamado. Siempre había pensado, al ver alguna película o leer una historia sobre un secuestro, que lo más sensato es ponerse en contacto con la policía, pero ahora, que la decisión era suya, no lo veía tan claro. Lo mejor sería comentarlo con Iñaqui y tener una opinión más. Le llamó al móvil.

—Sí ¿qué hay?—contestó Iñaqui, que evidentemente estaba pendiente de la llamada.

—Cristina no está en casa. Creo que está bien, pero hay problemas, prefiero que lo hablemos directamente. Voy para allá. Estoy todavía en su casa; lo que tarde en llegar.

Salvatierra cayó en ese momento en la cuenta de que la llamada que había recibido no podía haber sido una casualidad, sino que alguien había estado vigilando la casa o le había seguido. Como el hombre que le llamó no había mencionado a Iñaqui, Salvatierra se inclinaba más bien por la primera posibilidad. Al vigilar la casa habían comprobado que solo él estaba preocupado por Cristina y que no había ninguna señal de la policía por lo que era buen momento para presionarle con esa llamada. Apartó el visillo para mirar a la calle, más por un reflejo que porque esperara ver algo de particular y, efectivamente, no vio en el movimiento de la calle nada que le llamara la atención. Salió del piso y al coger su coche decidió evitar que alguien pudiera seguirle. Aunque no dejaba de sentirse un poco ridículo, hizo varias maniobras como torcer bruscamente en las bocacalles e incluso hizo dos veces un cambio de sentido contra todas las reglas de tráfico. Cuándo enfiló finalmente hacia el centro comercial, estaba razonablemente seguro de que nadie le seguía. Entró de nuevo en el aparcamiento subterráneo, ahora mucho más lleno que a primera hora, y cuándo por fin encontró un sitio libre sonó su teléfono móvil. Contestó antes de salir del coche, pensando que oiría la misma voz amenazadora de antes, pero se encontró con algo completamente distinto.

—¿Luis? Soy Carmelo. Oye, ya tengo todos los datos.

—¿Tan pronto? ¡Fenomenal!

—Este es un bufete muy eficiente. La verdad es que los primeros datos no han sido difíciles de obtener. En caso de que los nombres que tenemos correspondan a propietarios ficticios, entonces ya tendremos más trabajo. Por lo menos hay algo para empezar. ¿Quieres apuntar? Luego te lo mando con detalle por correo electrónico.

Salvatierra sacó su bolígrafo y un trozo de papel.

—Adelante. Dime.

— En resumen. Insurma, como me has dicho son en realidad tres sociedades. Los datos que tú tenías son correctos. La participación principal, el setenta y cinco por ciento, pertenece a PC. Esto no es una abreviatura sino que la sociedad se llama efectivamente así. Es una abreviatura en el sentido de que PC pertenece totalmente a un tal Prudencio Costa. ¿Sabes quién es o quieres que te cuente algo sobre él?

—Nunca he oído hablar de ese Prudencio Costa. Me interesa cualquier información que tengas.

—Es un constructor importante. Es el dueño de la constructora

PRUCOS y desde el punto de vista financiero parece ser solvente. Al menos no tiene problemas con los bancos ni está metido en juicios relacionados con falta de pagos o cosas así. Hay varias demandas de clientes en relación con la calidad de sus obras, materiales de costo inferior al previsto o deterioros al cabo de algunos años. Aparte de esta información, básicamente sobre la solvencia de una persona o una sociedad, se puede, en muchos casos, obtener información más subjetiva, pero que yo considero muy importante. Hay una agencia que trabaja para mí cuando preparamos un contrato con una empresa o vamos a presentar una demanda, y que me pueden decir cual es el perfil de nuestro oponente. Les he consultado sobre Prudencio Costa y tienen bastantes cosas en su base de datos. Es conocido por sus excelentes relaciones con políticos municipales corruptos que le proporcionan contratos, recalificaciones etc. De hecho su empresa existe gracias a esos negocios.

—O sea que el tal Prudencio es un pájaro de cuidado.

—Sí. Nada demostrable, pero según mis informes el tipo puede ser violento en los negocios. Una especie de pseudo mafioso con el que más vale no tener deudas. Parece que si tiene un problema con alguien lo resuelve por sus métodos, no pierde el tiempo en los tribunales.

—Bueno. Es una información muy interesante.

—Te mandaré por correo electrónico, algunos datos sobre su sede social, registro y alguna cosa más.

—Perfecto, Carmelo. ¿Qué se sabe de las otras dos sociedades? Por lo que me cuentas, deben ser unos comparsas de Prudencio Costa.

—Ni mucho menos. Eso es lo llamativo, que parece ser justo lo contrario. Según el contrato que tienen, los beneficios de Insurma no se reparten proporcionalmente al capital invertido, sino que Gesta y Sierra Nueva salen mucho más beneficiadas en comparación con PC.

—¿Y eso porqué puede ser?

—Una posibilidad, teniendo en cuenta el tipo de negocios de Prudencio Costa, es que PC aporta la mayor parte del capital mientras que las otras dos sociedades aportan capital y algo más, como puede ser influencia en la recalificación de terrenos o un contrato de obra jugoso.

—Eso concuerda con lo que yo estaba imaginando, por los datos que tengo. ¿Quiénes son los propietarios de las otras sociedades?

—Vamos a ver... empezamos por Gesta... Está a nombre de Natividad González Rivas.

—¿Y quien es esa señora?

—No se sabe. De Prudencio Costa hay mucha información, es un tipo muy activo, pero de Natividad no hay absolutamente ningún dato. Ni bueno, ni malo. Nada de créditos, ni actividad empresarial. Puede ser que la gente que trabaja para mí no la tenga en su base de datos, pero eso en sí ya es bastante significativo.

—Podría ser una propietaria ficticia.

—Tiene un poco pinta de eso. Encontrar quien es el propietario real a veces no es muy difícil. La gente con frecuencia pone a parientes próximos cuando no le interesa figurar ellos mismos por algún motivo.

—Sí, ya he oído eso. El típico cuñado o la suegra. Tenemos mucho espíritu familiar en el país. ¿Esa empresa que te da la información puede darme una lista de familiares próximos de Natividad?

—Seguro que sí, pero ya no te lo harán gratis. Por la información que te estoy dando no me han cobrado nada

—No importa. Haz el favor de encargárselo y decirles que es urgente. No solo sobre los familiares, sino de cualquier otra cosa que parezca interesante o llamativa.

—Te veo muy lanzado Luis. Estoy intrigado, ya me contarás qué es lo que te traes entre manos. ¿Seguimos con Sierra Nueva?

—Adelante.

—El propietario se llama Juan Antonio Rodríguez Pozo. Es un caso parecido al de Natividad, no aparece en las bases de datos. ¿Quieres que te busquen también información sobre él?

—Sí. Aunque creo, que sé quien puede ser.

—Vale, luego te envío la información. Espero que todo esto te sea útil.

Salvatierra salió del coche y, entre todo el bullicio de gente con sus carritos de compra, distinguió a Iñaqui que miraba inquieto a todos lados. Se acercó a él.

—Hola Iñaqui, ya estoy de vuelta.

—Cuéntame. ¿Qué pasa?

—Han secuestrado a Cristina. ¿Dónde podemos hablar tranquilamente?

—¡Que la han secuestrado! —Iñaqui se quedó con la boca abierta.

—Sí. Un tipo me ha llamado al teléfono de Cristina cuándo yo estaba en su casa. Ahora te lo cuento con detalle. Tenemos que discutir qué se hace.

—Vamos a tu coche, así no nos interrumpirá nadie. Ya es casi la

una pero hasta las tres no termino.

En el coche, Salvatierra le contó lo ocurrido en la casa de Cristina y lo que le había dicho el hombre que llamó por teléfono.

—Creo que no han entrado en su casa —concluyó—. La han debido de asaltar cuándo salía. Ahora, el primer problema es decidir si avisamos a la policía o no. La persona indicada es el inspector Guerrero que es el que lleva el caso de María Torres.

—Eso puede ser peligroso para Cristina si los que la han cogido se enteran —dijo Iñaqui—. Guerrero, no creo que tenga ninguna pista, y no sé como va a localizarla.

—También es peligroso que esté en manos de esa gente. Probablemente se trata del mismo que ha matado a María Torres. Debe de estar completamente loco. El problema es que en este momento no puedo hacer nada para que la suelten. En el mejor de los casos el que la tiene la soltaría si le gusta el resultado de la oposición, y eso no se sabrá hasta dentro de una semana por lo menos. La oposición está interrumpida hasta la semana que viene. Ese es el riesgo que yo veo. Serían muchos días de secuestro.

—No sé. Hay que decidir rápido. Las alternativas son, no hacer nada o hablar con el inspector Guerrero ¿No?

—Mas o menos. Hay que tener en cuenta que alguna pista, sí que tenemos.

—¿Te refieres a la gente de la Miguel de Cervantes?

—En parte sí. Pero hay más datos. He recibido información que me parece que aclara de qué va toda esta historia. Lo principal no es la plaza de catedrático, sino que esto tiene que ver con un negocio de varios millones de euros.

—¿Cómo es eso?

Salvatierra le resumió lo que sabía de Insurma y su opinión de que el resultado de la oposición estaba relacionado con una especulación inmobiliaria.

—Estoy casi seguro de que Cañamero está implicado en esto. No entiendo bien por qué el resultado de la oposición es importante, pero sospecho que todo depende de que gane uno que se llama Guzmán, que debe estar en el negocio.

—¿Podemos hacer algo con eso? Yo soy capaz de agarrar al Cañamero ese y apretarle los huevos hasta que me diga en dónde está Cristina.

—No sé si eso sería lo más práctico. De todas maneras, Cañamero está ahora en Australia. Pienso que lo mejor es que yo hable con el inspector Guerrero. Eso no impide que podamos averiguar alguna cosa por nuestra cuenta, quizá sobre cuál es el

papel de Guzmán.

—Sí, eso es lo más seguro, debes informar a la policía. Yo acabo a las tres. Estaré en contacto contigo. En cuanto necesites que haga algo, me lo dices.

—Vale Iñaqui. Luego hablamos.

Iñaqui salió del coche para continuar su servicio y Salvatierra se disponía a llamar al inspector Guerrero cuándo sonó su móvil. Contestó inmediatamente pensando que sería algo relacionado con Cristina.

—¿Luis?

Salvatierra estaba tan concentrado en los últimos acontecimientos, que tardó un instante en asimilar que era Natalia la que le llamaba.

—¡Ah! Hola Natalia.

—Luis, llevamos ya varios días dejándonos mensajes. Sólo quería saber como estás, si está todo en orden.

—Sí, sí, estoy bien. Bueno... en realidad estoy liado con unos problemas. No conmigo directamente... Quiero decir que yo no tengo problemas con la policía, si es eso lo que te preocupa. Yo estoy bien. Ya te contaré... Es bastante complicado. Un poco largo, largo y complicado.

—No me da la impresión de que estés muy bien. Te noto un poco nervioso. ¿Necesitas que te ayude en algo? Ahora estoy en Madrid más tiempo, ya he acabado ese trabajo en Barcelona.

—¡Estupendo! No necesito nada, gracias. De momento nada, gracias. Si acaso, ya te llamaré. Ahora estoy bien liado, de hecho me has pillado en el coche.

—Sí, ya me ha dicho la secretaria del departamento que has desaparecido a primera hora y que no sabe nada de ti. Parece que tenías una reunión importante y no has ido.

—No era importante. Yo te llamo en cuanto pueda. Gracias y no te preocupes.

En la Universidad Miguel de Cervantes, Mariano, el becario de Cañamero charlaba en la cafetería con Marga, mientras tomaban un refresco en la barra.

—La verdad es que todo es mucho más relajado cuándo el jefe está fuera —decía Marga—. Tomarse algo tranquilamente sin preocuparse si te va a dar más trabajo o no.

—A mí, la verdad es que me da lo mismo. Nunca me hace caso y tengo que sacar la tesis adelante yo solito. Si se queda en Australia no me voy a echar a llorar.

—¡Jo, Mariano! No empieces otra vez. Esto ya es obsesivo.

—Sí. La vida aquí es muy dura. Si no fuera por ti...

—Vaya. Ahora toca la fase de peloteo.

—¿ Nos vemos esta noche?

—No. No podemos quedar todas las noches. Ayer ya estuve en tu apartamento.

—Pero te fuiste enseguida.

—Perdona, eran más de las tres de la mañana cuándo me llevaste a mi casa.

—No lo pasamos mal.

—No. No lo pasamos mal en absoluto, pero también hay que dormir de vez en cuando.

—Te tengo que enseñar una cosa interesante. La tengo en casa.

—Eso es un cuento.

—Una cosa del jefe. En serio. Quiero saber lo que opinas.

—¿Qué es?

—¿Sabes que el jefe está metido en un negocio inmobiliario de mal aspecto? Te comenté algo el otro día.

—Sí. Ya te dije que no deberías haber metido las narices en el documento que buscaba Maribel.

—No solo las he metido, sino que lo he leído con detalle. Creo que todo eso de la oposición, la manera en que Rosalía y el jefe le quieren hacer la puñeta a Ana Mari, está relacionado con ese negocio. No lo entiendo muy bien, pero me imagino cosas. Me gustaría que lo vieras.

—Es un pretexto para que vaya a tu casa otra vez. Me lo puedes enseñar aquí.

—¡Ni loco! Ahora está en casa y no pienso sacarlo de allí. Si Cañamero se entera, me puedo despedir de ser doctor alguna vez.

—¿Encima te has hecho una copia?

—No sólo eso, si te lo cuento ¿me prometes no cabrearte?

—Ya veré.

—Te vas a quedar sin saberlo.

—Vale. No me cabreo.

—Se lo he pasado a una persona a la que le puede ser de utilidad.

—¿Has robado un documento de nuestro despacho y encima se lo pasas a otra persona?

—La verdad es que es así. Aunque lo expresas de una manera un poco bestia. Hacer una copia no es robar.

—Tú no tienes vergüenza.

—Cuándo lo leas, verás que se trata de una buena causa ¿Vienes

esta noche a casa?

—Sí.

18
ACERTIJOS

Salvatierra llamó al número de teléfono que le había dado el inspector Guerrero. Por el ruido de fondo que se oía cuándo le contestó una voz de mujer, debía de tratarse de un despacho en el que había varias personas.

—El inspector Guerrero no está en este momento. ¿De qué asunto se trata?

—Me llamo Luis Salvatierra, de la universidad. El inspector Guerrero ha venido a verme sobre el caso de María Torres. Quería hablar con él sobre eso.

—Déjeme un teléfono de contacto. Le daré el recado.

Salvatierra le dio el número de su móvil y a los pocos minutos, cuándo conducía hacia el centro de Madrid, de regreso del centro comercial, le devolvieron la llamada.

—Soy Guerrero. Me han dicho que quería hablarme.

—Sí. En realidad, quiero verle. Es urgente.

—¿Puede pasar por la comisaría o prefiere que quedemos a alguna hora en su despacho de la facultad?

—Verá... Ninguna de las dos cosas. No me gustaría pasar por la comisaría. Quiero hablar con usted confidencialmente y no quiero que nadie me vea; pienso que me pueden vigilar en mi casa o la facultad.

Salvatierra se dio cuenta de que lo que estaba diciendo sonaba completamente ridículo, sobre todo para cualquiera que no estuviera al tanto de todo lo que le había sucedido. Guerrero estaría pensando que tenía que vérselas con un paranoico que le iba a hacer perder el tiempo. Efectivamente, se debió de quedar sorprendido porque tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Dónde está usted ahora? —dijo Guerrero, por fin.

—Estoy conduciendo. Vengo del centro comercial Las Rosas hacia Madrid. Acabo de salir de allí.

—Vale. Enseguida se encontrará una gasolinera grande, con una cafetería adosada, que pertenece a la gasolinera. Podemos vernos allí en una media hora, que es lo que yo tardo en llegar.

—Sí, sé cuál dice. Allí le espero. Gracias.

Salvatierra se entretenía con su segunda coca-cola cuando llegó Guerrero, que pidió un café solo.

—Dígame qué pasa —dijo Guerrero—. Me ha dicho que es urgente y, si le he entendido bien, parece que le siguen y no quiere que le vean hablar con la policía.

—Sí. Es así. Ya sé que le parecerá raro, pero es como yo lo veo.

—No se preocupe. Nosotros vemos cosas raras todos los días que ya nos parecen normales. ¿Sabe algo nuevo sobre el caso de María Torres?

—¿Recuerda una alumna, Cristina Mata, cuyo nombre figuraba en la denuncia presentada por María Torres?

—Sí. De hecho hablé con ella, después de verle a usted.

—La han secuestrado. He recibido una llamada advirtiéndome del secuestro y prohibiéndome decírselo a la policía. Como ve es algo urgente.

Salvatierra le contó su cita con Cristina para cenar la noche anterior, y la llamada que recibió esa misma mañana, mientras se encontraba en casa de Cristina intentando averiguar qué había pasado.

—Entonces, ¿ese hombre le dijo claramente que, para que a Cristina Mata no le ocurra nada, usted debe actuar de cierta manera durante la oposición en la Universidad Miguel de Cervantes?

—Bueno. No ha dado ningún nombre ni ninguna instrucción concreta, pero yo le he entendido perfectamente.

—¿Cómo lo ha entendido?

—En el sentido de que no debo llevar la contraria a lo que opinan los miembros del tribunal que pertenecen a la propia Universidad Miguel de Cervantes. En realidad creo, aunque no tengo ninguna prueba, que la denuncia de María Torres está también relacionada con el interés en que yo no actúe en el tribunal de esa oposición.

—Perdone usted. Francamente a mí me parece que quizá está dando demasiada importancia a esa oposición. Es cierto que generalmente una plaza de funcionario resuelve la vida de una persona, pero afortunadamente la gente no va por ahí asesinando y secuestrando para conseguirla.

—Ya le dije que le iba a parecer raro. La interpretación de lo que está pasando es mía personal y a lo mejor hay otra más razonable. De todas maneras todavía no le he contado todo. A un candidato a la plaza han intentado asesinarle empujando su coche por un terraplén, y a otra candidata le han dejado una cabeza de gato en el asiento de su coche.

Guerrero, que estaba bebiendo café, dejó su taza de golpe sobre la mesa. Salvatierra vio con satisfacción que el escepticismo, real o aparente, del inspector había desaparecido de repente.

—¿Hay denuncias de esos hechos que me dice?—preguntó Guerrero con expresión seria.

—Que yo sepa sí. Lo del accidente provocado de coche se denunció en Estados Unidos, dónde ocurrió. Parece que la policía de allí lo está investigando, e incluso tiene ya algunas pistas. Lo del gato también está denunciado, pero no sé más de ello.

—Está bien. Vamos a la comisaría. Hay que tomarle declaración sobre lo que me ha contado de la desaparición de Cristina Mata, eso es lo más urgente. Después le voy a pedir los datos de esas personas que han sufrido los atentados o las amenazas. ¿En este momento piensa que nadie le ha seguido?

— No. He dado muchos rodeos desde que salí de casa de Cristina Mata.

—Bien. Para estar más seguros nos vamos en mi coche y entraremos directamente en el recinto de la comisaría, nadie le va a ver.

—¿Y qué pasa con mi coche?

—Ya mandaré alguien a recogerlo, o viene usted más tarde. Ahora, vámonos —dijo Guerrero levantándose.

Llegaron a la comisaría en el coche de Guerrero y entraron en el patio de aparcamiento.

—Como ve —dijo Guerrero—, esto está resguardado. Y no creo que nadie le haya podido seguir.

Guerrero compartía un despacho amplio con otros dos policías. Una mesa estaba vacía en ese momento y en la otra, una mujer joven, morena con pelo largo y unas pequeñas gafas, trabajaba con un ordenador.

—Hola Ana —dijo Guerrero—. ¿Lo encuentras?

—Me parece que me voy acercando. Es increíble la cantidad de cosas inútiles que hay en esta base de datos.

—Puede que sean inútiles ahora. A lo mejor mañana te vienen de maravilla.

—No, si ya lo sé. Pero me desespera el tiempo que hay que echarle a esto.

—Sigue luego con ello, Ana, ya sabes que el caso depende de lo que encuentres. Ahora haz una pausa, que esto te interesa. Mira, este es el profesor Salvatierra, te acordarás que he hablado con él sobre María Torres...

—Sí, me acuerdo del nombre. ¿ Qué tal? —dijo la mujer dándole

la mano.

—Y esta es la subinspectora Páez, que trabaja conmigo en ese caso —añadió Guerrero.

—Inspector Guerrero —dijo Salvatierra—, ¿ de qué manera se va a organizar todo sin que Cristina Mata corra ningún riesgo?

—Lo primero que tenemos que hacer, es que usted me vuelva a contar con todo detalle lo que me ha dicho en la gasolinera. Por favor, trate de recordar el mayor número de detalles posible. Luego enviaré a alguien para hablar con el primo de Cristina Mata y con esa gente, relacionada con la oposición, que ha sufrido agresiones.

—¿Puede mantener todo en secreto?

—Podemos actuar discretamente, pero hay gestiones lógicas que tenemos que hacer, como por ejemplo hablar con su familia. Tendremos que entrar en la casa, en fin, de eso ya nos ocuparemos nosotros de la mejor manera posible. Lo primero que necesitamos es reunir la información. Después hablaré con el comisario para que decida los pasos a seguir. Vamos a empezar con la noche de ayer... ¿A qué hora había quedado con Cristina para cenar juntos?

Salvatierra les explicó a los dos policías todo lo ocurrido desde la noche anterior. Guerrero le estuvo preguntando sobre la clase de relación que tenía con Cristina, aunque no presionó para que le dijera explícitamente lo que ya suponía. Salvatierra le confirmó que eran amigos y que se encontraban de vez en cuando en la casa de uno de ellos.

—¿Su amistad no ha surgido de un acoso por su parte a Cristina?

—En absoluto.

—Entonces, reitera que la denuncia de María Torres contra usted era falsa en todos los aspectos.

—Exactamente. Era un invento del principio al fin.

—¿Y usted relaciona esa denuncia con una oposición para una plaza de catedrático en la Universidad Miguel de Cervantes?

—Es mi impresión, pero no es nada que yo pueda demostrar.

—¿Cómo influiría esa denuncia sobre la oposición?

—Pienso que alguien prefiere que yo no esté en el tribunal. Si se me abre un expediente disciplinario y hay una sanción a nivel de mi Universidad o, peor aún, de tipo penal, se me puede apartar del servicio.

—Ya entiendo —dijo Guerrero sentándose más cómodamente en su sillón—. Creo que lo mejor es que me explique como funciona una oposición a cátedra de Universidad.

Salvatierra le describió todo el proceso de la oposición, como se

elige el tribunal y se desarrollan los ejercicios y como se decide quién saca la plaza. Ana Páez iba tomando algunas notas en su libreta y Guerrero interrumpía de vez en cuándo para pedir alguna aclaración. Luego se interesó por las personas que intervenían en la oposición de la Universidad Miguel de Cervantes, tanto candidatos como miembros del tribunal. Fue anotando los nombres de todos. Por las preguntas que le hacía, Salvatierra se dio cuenta que el inspector había entendido perfectamente el funcionamiento de la oposición.

—Por lo que he entendido —dijo Guerrero—, el candidato que cuente con tres votos al final es el que gana. Usted piensa que se ha intentado eliminarle del tribunal con vistas a esa votación final.

—Ya le he dicho que no tengo pruebas de eso, es la explicación que se me ocurre para todo lo que ha pasado.

—Sí, sí, eso ya lo he entendido. Vamos a ver... —dijo Guerrero consultando los nombres que había anotado su compañera—. De los candidatos, la señora Medina y el señor Ferreiro han sufrido ataques, aunque de distinta naturaleza. ¿Sabe si el señor Guzmán, también ha tenido algún problema?

—No he oído nada sobre el señor Guzmán.

Después de algunas preguntas más y cuándo llevaba algo más de una hora en la comisaría, Guerrero dio por terminado el interrogatorio y le pidió que esperara un rato mientras se escribía una declaración sobre la desaparición de Cristina y la llamada telefónica de su supuesto secuestrador para que la firmara. Mientras Ana Páez, escribía en el ordenador, Guerrero se despidió de Salvatierra anunciando que iba a ver al comisario.

—Hay una cosa más —dijo Salvatierra—. He recibido por correo un CD en el que hay un documento que contiene un contrato entre varias empresas. No hay remitente, pero sí hay una pegatina que pone Universidad Miguel de Cervantes. No sé si está relacionado con todo esto. Si quiere le mando una copia.

—Sí. Será mejor que lo veamos por si acaso. De momento puede enviarnos el documento por correo electrónico, pero conserve el disco original por si lo necesitamos.

—¿Hay algo concreto que yo deba hacer si me vuelve a llamar el secuestrador? —preguntó Salvatierra.

—Lo mejor es que le diga que está dispuesto a hacer lo que le piden e insista para que suelten a Cristina inmediatamente.

Guerrero dio algunas instrucciones más a Salvatierra y añadió.

—Le llevarán desde aquí a dónde está su coche. Llámeme enseguida, o llame a la subinspectora Páez, si hay alguna novedad.

Después de recoger su coche en un aparcamiento cerca de su casa, en dónde la policía lo había dejado, Salvatierra pasó por su despacho de la facultad, en el que solo había estado un rato por la mañana. Ahora, a las cinco de la tarde, Maite ya no estaba, pero le había dejado varios documentos en su mesa para firmar. Buscó el disco con el contrato de las inmobiliarias y le envió el documento por correo electrónico a Guerrero. Se dio cuenta entonces, que parpadeaba la luz de su contestador telefónico. Pensó que podía ser una llamada relacionada con Cristina y apretó el botón, para oír el mensaje, con miedo de lo que pudiera encontrarse. Por segunda vez en el mismo día, la voz de su amigo Carmelo le tranquilizó.

—Luis. Soy Carmelo —se oyó en la grabación—. Llámame. Ya tengo bastantes datos de lo tuyo.

Cuando Salvatierra le devolvió la llamada, Carmelo empezó enseguida a darle la información.

—Ya tengo varios datos sobre las empresas que te interesan. Bueno, de PC no tengo que decirte nada. Ya sabes que es propiedad de la persona que te dije, Prudencio Costa. Luego, tengo algo sobre Gesta. La propietaria es Natividad González Rivas. No parece que tenga profesión, ni negocios de ninguna clase. Al menos no trata con bancos, ni tiene muchas relaciones con Hacienda. Ahora, vamos a ver... A ti te interesaba la familia. Natividad tiene setenta y cinco años y es viuda de Ismael Villa. Sus hijos son Ismael, que es soltero, y Rosario. Ismael es abogado y parece que tiene buenos ingresos. Rosario tiene una tienda, por el nombre parece de ropa, en un sitio caro del Barrio de Salamanca. Luego tenemos a Sierra Nueva.....

—Espera. ¿Rosario también es soltera?

—Déjame que mire... Te voy a mandar el informe. Sólo te he llamado para irte avanzando algo porque tenías prisa. Vamos a ver... que dice aquí de Rosario. Rosario está casada con un tal Miguel Guzmán.

—Muy bien —saltó Salvatierra—, ya me mandarás todo luego. Ahora háblame de los dueños de Sierra Nueva.

—Sierra Nueva figura a nombre de Juan Antonio Rodríguez Pozo. Es un funcionario jubilado que está casado con Margarita Cañamero. No parece que ninguno de los dos haya tenido negocios antes de Sierra Nueva. Sus hijos...

—Ya sé quién es su hijo mayor. De momento tengo suficiente con eso. Me puedes mandar los detalles con el informe. No sabes lo útil que es esta información, te lo agradezco un montón.

—Me alegro que te sirva de algo. Te repito que si tienes algún

problema con esta gente, me lo puedes consultar cuándo quieras. Te mando ahora mismo todo, y también la cuenta, ya verás que no es mucho. A mí me hacen el precio de cliente habitual.

Cuándo colgó el teléfono, Salvatierra se quedó mirando la hoja de papel en la que había escrito los nombres que le había dado Carmelo. La información le confirmaba lo que ya sospechaba. Había una operación inmobiliaria relacionada con la Universidad Pública Miguel de Cervantes y basada en unos terrenos colindantes al campus. Probablemente alguien tenía previsto extender la universidad por esa zona, lo que revalorizaría enormemente los terrenos, pero el éxito de la operación parecía depender de alguna manera de la oposición a cátedra. Esto último era lo que Salvatierra no lograba entender, aunque estaba convencido de que la oposición era el punto clave de todo. No podía ser de otra forma teniendo en cuenta todos los hechos violentos que la habían rodeado. Escribió los nombres de Cañamero y Guzmán en la hoja mientras pensaba de qué manera estaban implicados. Los dos participaban del presunto negocio inmobiliario, Guzmán había puesto la sociedad, Gesta, a nombre de su suegra, mientras que Cañamero lo había hecho, con Sierra Nueva, a nombre de su padre. No podía decirse que hubieran buscado un método muy sofisticado para esconder su participación. Probablemente estaban convencidos de que no habría ningún problema y de que nadie se ocuparía de investigar qué había detrás de Insurma.

El hecho de que sus colegas hubieran montado un entramado para hacer negocios utilizando de alguna manera su influencia en la universidad, no le sorprendía demasiado. En realidad tenía bastante mal concepto de los dos. De Cañamero opinaba que era una mala persona, muy ambiciosa, que actuaba sin miramientos para conseguir sus objetivos. A Guzmán le tenía más por un hábil trepador que por un sinvergüenza, aunque el hecho de ser buen amigo de Cañamero le bajaba varios puntos en su consideración. A pesar de todo, Salvatierra no podía imaginar que Cañamero, y mucho menos Guzmán, tuvieran algo que ver con el secuestro de Cristina o los ataques a Ferreiro y Ana Mari Medina. Por lo que le había comentado Carmelo, esos episodios parecían más del estilo del tal Prudencio Costa. Posiblemente Cañamero y Guzmán ni siquiera sabían lo que estaba pasando alrededor de la oposición.

Aunque Salvatierra, que se había enterado del secuestro de Cristina esa misma mañana, no había parado de hacer cosas en todo el día, hablando con Iñaqui, con la policía o con Carmelo, estaba deseando actuar de alguna manera. Estaba nervioso y no podía

quedarse sin hacer nada esperando noticias del inspector Guerrero o a que le llamase el secuestrador. Decidió que podía aproximarse al entramado de Insurma hablando con Miguel Guzmán, pero antes de intentar localizarle se acordó de Iñaqui y le llamó para comentarle las incidencias del día desde que se habían separado por la mañana. Salvatierra le contó un poco su conversación con Guerrero y los datos que Carmelo Inchausti le había dado sobre los propietarios de las tres sociedades que constituían Insurma. Guerrero parecía estar bastante activo y había estado hablando con Iñaqui preguntándole sobre las costumbres y los amigos de Cristina.

Iñaqui estaba bastante excitado. Por la mañana, cuando habían hablado en el centro comercial, ya había propuesto presionar a Cañamero, "apretarle los huevos" había dicho, para que confesara donde tenían a Cristina. Ahora, después de enterarse de quienes eran los participantes en Insurma, estaba dispuesto a actuar contra todos los sospechosos.

—Seguro que toda esa panda de sinvergüenzas están de acuerdo. Si Cañamero está en Australia habrá que agarrar a algún otro por el cuello hasta que suelte la información —propuso Iñaqui a gritos.

Salvatierra intentó que entrara en razón. Le preocupaba que, además de todos los problemas, Iñaqui hiciera algún disparate y acabara en la cárcel

—Iñaqui —contestó Salvatierra—, tú no puedes ir agarrando a la gente ni por el cuello ni por los huevos, porque el que va a salir perjudicado serás tú. El tema está en manos de la policía.

—Sí. Eso ya lo sé. Pero la cosa es muy urgente, Cristina está en poder de esa gentuza y no podemos esperar.

—No sabes quién la tiene.

—Creo que lo han planeado entre todos, pero seguro que la tiene Costa. Por lo que me has contado, es un mafioso. Es él quien conoce la gente que se necesita para hacer algo así y el sitio para esconder a Cristina… un garaje, una obra sin terminar o algo parecido.

—Tranquilízate, Iñaqui. Yo también quiero hacer lo posible para que no le pase nada a Cristina. De momento voy a ver si puedo presionar a Guzmán.

—Muy bien, te acompaño.

—No, no. Prefiero hacerlo yo solo. Tú, haz el favor de no hacer nada de momento. De todas maneras si descubres algo y necesitas ayuda, llámame inmediatamente.

Cuándo se despidieron, Salvatierra buscó el teléfono de Guzmán, que no aparecía en la guía de Madrid, y lo encontró en el propio

curriculum que Guzmán había entregado al empezar la oposición, y en el que constaban los datos personales. Por el número vio que Guzmán vivía en alguno de los pueblos residenciales del noroeste de Madrid. Trató de pensar como enfocar la conversación, pero se dio cuenta de que estaba demasiado nervioso para eso y que lo mejor era no preparar nada y ver como reaccionaba Guzmán a su llamada. Le contestó una voz de mujer con acento sudamericano o caribeño que inmediatamente le pasó con Guzmán. Aunque Salvatierra le había dado su nombre a la mujer, Guzmán probablemente pensó que no le habían pasado bien el recado, ya que una llamada de Salvatierra era una de las últimas cosas que podría esperar. Le contestó con un tono impersonal, como si esperara encontrarse con algún vendedor de seguros o de clases de inglés.

—¿Dígame?

—Miguel. Soy Luis Salvatierra.

—¡Hola! ¿Cómo estás, Luis? —La voz de Guzmán sonó más animada—. Me han dicho tu nombre, pero me extrañaba y he pensado que la chica no lo había entendido bien.

—Ya lo ves. Sí, ha entendido bien. Oye, quería hablar contigo. A ver si nos podemos ver un momento.

—¿Pasa algo? ¿Alguna cosa con la oposición?

—No sé si tiene que ver con la oposición. Hay algunas cosas que quiero comentarte.

Guzmán se quedó callado un instante, evidentemente sorprendido por lo que Salvatierra le decía. Aunque habían coincidido varios años en la facultad, antes de que Guzmán empezara a tener cargos políticos y de dirección de empresas, prácticamente nunca habían tenido un contacto personal.

—Sí. Claro —dijo Guzmán por fin— ¿Quedamos mañana en algún sitio?

—Se trata de algo bastante urgente. Me gustaría que nos viéramos hoy.

Otra pausa de Guzmán demostraba que no sabía como reaccionar.

—Hoy me viene mal, Luis —dijo a los pocos segundos—. Tengo invitados en casa esta noche. En realidad una pequeña fiesta con los colaboradores de Iberenergía. La verdad es que me has pillado con el delantal puesto y metido en la cocina; en esta casa el único que sabe hacer el pescado a la sal soy yo.

—Estoy hablando de diez o quince minutos. No te quiero hacer perder el tiempo.

—Lo siento Luis. De verdad que no tengo tiempo de quedar

contigo ahora en ningún sitio. Tengo aquí un follón de miedo. ¿Por qué no me dices sobre qué quieres hablarme? Ya te puedes imaginar que me ha entrado la curiosidad.

—No me importa si nos vemos por tu zona. Así no te quito mucho tiempo.

—¡Estupendo! Si te vienes a casa ahora, tomamos una copa y hablamos un rato de lo que quieras. Mientras vienes puedo meter el pescado en el horno. No te digo que te quedes a cenar porque es un grupo de compañeros de trabajo y ya sabes que en esas reuniones...

—No. No, Miguel. No te preocupes. Nos vemos dentro de media hora en tu casa o, si lo prefieres, en alguna cafetería que esté por allí cerca.

—Ya se ve que no conoces esto. Es un sitio muy tranquilo. El local más próximo está a tres o cuatro kilómetros. Te espero aquí.

En cuanto Guzmán le dio las instrucciones para llegar a su chalet, Salvatierra se puso en marcha confiando en ser capaz de encontrarlo. Media hora más tarde entraba en la urbanización de Guzmán cuyo inicio estaba marcado con una gran losa de granito de tres metros de altura con el nombre de “Los Encinares” grabado, rodeada por césped y macizos de flores. La urbanización estaba formada por chalets individuales, distintos entre sí, y por lo que se veía por encima de las verjas y los muros de arizónicas que limitaban cada parcela, construidos con lujo. Salvatierra pensó que el valor de una de esas parcelas, antes de construir nada, debía ser mucho mayor que el del apartamento dónde vivía en Madrid. Siguió por la calle de entrada, que era evidentemente el eje principal del complejo, y luego continuó por otras calles laterales según le había dicho Guzmán. En su camino se cruzó únicamente con un coche de una empresa de vigilancia. La calle de Guzmán era muy corta, sin salida, y solo había tres chalets a cada lado con parcelas de cuarenta o cincuenta metros de frente. La de Guzmán tenía dos buenas luces en la puerta de hierro forjado de la valla y una cámara de video. Cuándo Salvatierra tocó el timbre, la voz de Guzmán en el telefonillo le dijo que empujara la puerta cuya cerradura se abrió eléctricamente. El jardín tenía unas luces indirectas de tres o cuatro farolas mientras que la fachada de la casa, a unos veinte metros de la puerta de entrada, estaba perfectamente iluminada por focos halógenos. Por el camino de baldosas, Guzmán se dirigía hacia él desde la casa.

—Hola Luis. Pasa — le dijo Guzmán con tono cordial.

Momentos después se daban la mano y Guzmán le indicó la puerta abierta de la casa.

—Vamos adentro. ¿Has encontrado bien el camino? Todo el mundo se pierde cuándo viene aquí por primera vez.

Pasaron por un vestíbulo en el que había algunos cuadros con paisajes de montañas y, después de doblar por un pasillo, entraron en lo que evidentemente era el cuarto de trabajo de Guzmán.

—Este es mi refugio — dijo Guzmán—. Aquí estaremos tranquilos.

La habitación tenía unos veinte metros cuadrados y estaba bien aprovechada con una librería hecha a medida que cubría una de las paredes, una mesa de despacho frente a la ventana con un sillón de piel y dos butacas de piel, color verde oscuro, con una mesa baja que estaba llena de papeles, en el centro. En una de las paredes había fotografías antiguas, casi todas retratos, enmarcadas y en otra colgaban varias espadas.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Guzmán.

—Nada, gracias. Sólo quería hablar contigo un momento, no te quitaré mucho tiempo.

—Tú dirás —contestó Guzmán mientras se sentaban en las butacas.

Desde que entró en la casa y saludó a Guzmán, Salvatierra estaba nervioso. Había pensado cuándo venía de camino, en varias maneras de empezar la conversación con Guzmán. Quería plantearle el tema de su asociación con Cañamero en Insurma, los intentos para que él, Salvatierra, no participara en el tribunal utilizando para ello a María Torres, y todo lo ocurrido alrededor de la oposición. Pretendía de manera bastante directa tratar de averiguar qué responsabilidad tenía Guzmán en todo aquello. Sin embargo, se encontraba ahora en un ambiente de aparente normalidad, sentados tranquilamente en el cuarto de trabajo, y empezaba a parecerle absurdo que Guzmán pudiera tener nada que ver con cosas como la desaparición de Cristina o la cabeza de gato en el coche de Ana María Medina. Se dio cuenta que Guzmán le miraba esperando que empezara a hablar.

—¿Querías decirme algo de la oposición? Me ha parecido que me has dicho eso por teléfono —dijo Guzmán hablando de manera relajada.

—Sí. Te he dicho algo así. Hay una serie de cosas que pueden tener que ver con la oposición, según mi información, y que pueden ser serias.

—De momento la oposición se desarrolla sin problemas, al menos que yo sepa, claro. Ya sabes que los opositores normalmente no nos enteramos de lo que pasa entre bastidores. ¿ Cuáles son esas

cosas tan serias?

—Verás, en este caso la situación es un poco excepcional: los opositores parece que están en lo que podríamos llamar primera línea.

Guzmán, que evidentemente no entendía nada, parecía empezar a tomarse la cosa a broma.

—¿En primera línea? No tenía ni idea de que yo estuviera en primera línea. Yo aspiro a una cátedra en la Miguel de Cervantes y a estar tranquilo. Para primeras líneas ya he tenido bastantes en el ministerio y en Iberenergía.

—¿Tú sabes lo que le ha pasado a Ferreiro?

—¿Qué le ha pasado?

—No ahora. Ahora supongo que no le pasa nada. Poco antes de venir a España le han atacado cuando iba conduciendo y les han tirado, a su mujer y a él, con el coche por un barranco. Les podían haber matado. La policía americana está investigando el caso como un intento de asesinato.

—¿En América? ¿Y qué tiene eso que ver con la oposición?

Salvatierra no contestó a la pregunta y continuó con lo que tenía pensado contar.

—El día de la presentación de los candidatos, Ana María Medina se encontró en el asiento de su coche, cuándo iba a salir hacia la universidad, una cabeza de gato llena de sangre. Parece ser que es una copia de la típica advertencia mafiosa para que alguien no se busque líos y no se meta dónde no le llaman.

Guzmán estaba ahora serio, escuchando con atención.

—Yo mismo he tenido algunos problemas. No sé si sabes que he estado a punto de no formar parte del tribunal —añadió Salvatierra.

—No sabía nada. Aunque sí, he oído que al principio había un problema de fechas, pero se solucionó.

—Más bien, lo solucioné. Pero eso es lo de menos, siempre es difícil encontrar la fecha adecuada para reunir a cinco catedráticos durante una semana o así. Lo peor es que además de lo de las fechas, se han hecho algunas maniobras para perjudicarme y quitarme de en medio.

—¡Vaya! Espero que no te hayan tirado por un barranco a ti también.

—Ha habido denuncias falsas contra mí, en las que ha intervenido alguien de la Universidad Pública Miguel de Cervantes. Creo que esas denuncias están relacionadas con la oposición. Se trata de la oposición más peligrosa que se ha oído nunca; peligrosa para algunos claro.

—Perdona Luis. No quiero parecer grosero. Supongo que eso que me cuentas lo consideras algo serio. Si no, no habrías venido a verme. Aunque en realidad no sé muy bien por qué has decidido contármelo. ¿No crees que exageras, o que no interpretas bien las cosas?

—La policía se lo toma todo muy en serio. Sobre todo porque la persona que ha presentado una denuncia falsa sobre mí, y que ha recibido apoyo de alguien de la Cervantes, ha sido asesinada.

Con la última información, Guzmán pareció recibir un mazazo, abandonó los intentos de quitar importancia a lo que Salvatierra le contaba y se quedó callado y hundido en el sillón. Salvatierra continuó.

—Para colmo. Una persona ha desaparecido, secuestrada, y he recibido amenazas sobre como tengo que comportarme en la oposición para que no le pase nada. Como ves, pura mafia.

—No sé qué decirte —contestó Guzmán vacilante—. Todo lo que me cuentas parece de locos.

—Sería cosa de locos si lo que está en juego es una cátedra de universidad. Algo importante para los interesados, pero nada por lo que nadie cometa delitos y se arriesgue a ir a la cárcel. Si hay otras cosas en juego, entonces puede haber alguna explicación.

—¿ A qué cosas te refieres?

—Dinero. Un montón de dinero, del orden de millones de euros.

—No me gustan los acertijos, nunca he sabido adivinarlos.

—Te diré uno que a lo mejor adivinas: Insurma.

—¿Cómo?

—¡Vamos Miguel! No me digas que no sabes lo que es Insurma. Es una empresa muy conocida. Estoy seguro de que tu suegra, Natividad, ¿o la llamas Nati?, te tiene al tanto de todo. Aunque sea la que participa oficialmente en Insurma, a través de Gesta, tus consejos le serán útiles.

Guzmán se puso evidentemente nervioso y preguntó:

—¿Qué quieres exactamente? No sé para qué has venido.

—¿Qué pasa? ¿No te interesa lo que te estoy contando? A mí me parece preocupante y, ente otras cosas, lo que quiero es que a Cristina Mata, la chica que ha desaparecido, la dejen inmediatamente en paz.

—Creo que estás completamente loco. ¿Te crees que yo tengo algo que ver con esa desaparición?

—Creo que lo que está pasando tiene que ver con la oposición y con Insurma, y que tú tienes que ver con Insurma. Por cierto, parece llamativo que tengas una sociedad inmobiliaria compartida

con Cañamero, que es el presidente del tribunal de tu oposición. ¿Piensas que eso es legal?

—Mira, estoy cansándome de todo esto. Tengo invitados dentro de un rato y tengo trabajo en la cocina. Yo no comparto ninguna sociedad con Cañamero porque Gesta no es mía y si crees que hay algo ilegal en que mi suegra haga negocios, actúa en consecuencia.

Salvatierra se puso de pie y le contestó a Guzmán casi gritándole.

—Tú te has metido en una buena. Me voy a encargar de que te jodan bien. Estás arriesgando todo lo que tienes por hacer una mierda de negocio inmobiliario con otros dos pájaros y espero que se te vaya todo al traste. Veremos quién acaba en la cárcel.

Guzmán también se levantó, y se le notaba algo acobardado por el tono de Salvatierra.

—No me insultes —contestó—. No vas a demostrar que ni Insurma ni yo tenemos que ver con esas historias de policías que me cuentas, porque no es cierto.

—¿No? Estás metido en algo dudoso con gente de cuidado. Tu amigo Prudencio Costa tiene una fama más que ganada de mafioso y violento. Si él es el responsable del secuestro, del asesinato y todo lo demás, vas a tener que explicarle a un juez que tú no sabías nada. Les va a encantar a los periódicos: el antiguo político y director general de Iberenergía mezclado en una historia pseudo mafiosa. Ya me voy. Que disfrutes de tu cena.

Guzmán se quedó callado, pálido y sin moverse, mientras Salvatierra salía del despacho y se dirigía a la entrada de la casa.

19
DANZAS BALINESAS

Cuándo Salvatierra salió conduciendo por la urbanización de Guzmán tenía la sensación de haber perdido el tiempo y de no haber actuado con habilidad. Había perdido los nervios con Guzmán y pensaba que debería haberle apretado más las tuercas en vez de haberse ido bruscamente de su casa después de desahogarse. Sin darse cuenta iba a más velocidad de lo razonable y el bajo de su coche raspó con uno de los badenes que había distribuidos por las calles para limitar la velocidad de los vehículos.

—¡Maldita sea! Solo me falta que se me rompa el coche

Condujo con más cuidado pensando con calma qué otra cosa podía hacer por Cristina, sin que se le ocurriese nada. Sólo podía esperar a que la policía solucionase el caso, ya que la alternativa que había sugerido Iñaqui de actuar de forma violenta contra los socios de Insurma le parecía un disparate. Aunque apenas le conocía, no creía que el muchacho lo dijera realmente en serio. Como él no soportaba estar sin hacer nada y no tenía ganas de encerrarse en su apartamento, decidió, en una especie de peregrinación sentimental, ir a tomar una copa a la discoteca en la que se había encontrado a Cristina el día que habían acabado en casa de la chica.

Miguel Guzmán permaneció sentado en su despacho cuándo Salvatierra se fue y a los pocos minutos cogió el teléfono. Después de mirar la hora, cerca de las nueve de la noche, calculó que en Australia sería ya por la mañana y preguntó en información internacional el número del Hotel Sydney Bay, de Sydney.

—Lo siento señor—contestaron, en inglés, en la recepción del hotel—. El profesor Cañamero acaba de dejar el hotel. Le hemos pedido un taxi para el aeropuerto.

Cuándo colgó, Guzmán recordó que Cañamero y Rosalía pensaban hacer un viaje por la región al acabar el congreso. Sin embargo, el único dato que tenía sobre su recorrido era el hotel Sydney Bay, que era el sitio en dónde se celebraba la reunión. Quería contarle a Cañamero la visita de Salvatierra, pero no tenía manera de localizarle. Al parecer, la pareja había estado un par de

días en el congreso y se había largado a hacer turismo. Al día siguiente hablaría con la secretaria del departamento de Cañamero, que probablemente sabría cual era el itinerario previsto y dónde pensaban alojarse. Guzmán estaba nervioso. A pesar de su experiencia política con problemas constantes y el acecho de la oposición esperando el mínimo fallo, sentía en ese momento, por primera vez en su vida, una sensación de peligro. Quizá debería hablar con Prudencio Costa...

—¡Miguel! ¡Espabila hombre! —Charo, su mujer, abrió la puerta y asomó la cabeza—. Está sonando el timbre del horno. Vete a vigilar tu pescado. Graciela y yo tenemos trabajo preparando el aperitivo y poniendo la mesa.

—Ya voy. Ya voy. Tranquila.

—¿Qué quería Luis? ¿Hay algo sobre la cátedra?

—No, no. Ya te contaré luego. Vamos a ocuparnos de la cena.

—Sí, profesor Guzmán, tengo aquí el teléfono del hotel en el que debe de estar ahora —explicaba la secretaria del departamento de Cañamero—. El profesor me dejó dicho en dónde puedo localizarle cada día. Sus instrucciones son que si hay algo urgente, yo le llame y que él ya se pondría en contacto...

—Maribel. Esto es muy urgente. Déme ese número. A lo mejor no es fácil dar con él y además habrá que entenderse en inglés.

—Me dijo que no se lo diera a nadie.

—Yo no estoy incluido ahí. Ya sabe que estamos con la oposición y otros temas que son urgentes. El profesor Cañamero no le va a decir nada porque me dé su número.

—Está bien, don Miguel, bajo su responsabilidad.

—Maribel, no exagere. Déme ese número ya.

—A ver... Tengo aquí una lista, Hotel Sydney Bay...

—No, ese no es, ya se ha marchado de Sydney.

—Aquí está. Martes. Hotel Royal Crown en Bali. Indonesia.

Mientras Maribel le dictaba el número del hotel a Guzmán, Elías Gutiérrez, uno de los técnicos de laboratorio del departamento, estaba pasando un mal rato un piso más abajo, en su taller de electrónica. El taller era una habitación casi cuadrada de unos tres metros de lado en la que prácticamente no había una superficie libre. En las estanterías había aparatos eléctricos, monitores de ordenador, libros de instrucciones y catálogos. Varios armarios metálicos colgados en la pared, con las puertas abiertas, contenían herramientas y pequeños cajones con tornillos y componentes

electrónicos. En una gran mesa de trabajo estaban distribuidos un par de ordenadores sin carcasa y algunos aparatos electrónicos medio desmontados al lado de manojos de cables y algunas herramientas y soldadores. Elías Gutiérrez, vestido con jersey y pantalones vaqueros, estaba sentado en una silla que había girado para dar la espalda a su mesa y hablaba con el inspector Guerrero. El inspector se había instalado en una banqueta alta de laboratorio y se apoyaba con el codo en otra mesa.

—Me parece que no se da cuenta exactamente de la situación —decía Guerrero—. Estoy hablando de un asunto serio. Tan serio como un asesinato.

—Yo no tengo nada que ver con ningún asesinato —contestó Elías titubeante.

—Usted ha estado mezclado, de una manera algo rara, con una persona, María Torres, a la que han asesinado.

—Ya le he dicho, que yo no conozco a esa María Torres.

—Vamos a ver. Usted tiene conexión a internet aquí en el departamento ¿No? Probablemente aquí en el mismo taller — dijo Guerrero mirando a su alrededor.

—Sí —dijo Elías—Ese ordenador tiene conexión a la red.

—Y seguramente hay otros puntos de red aquí cerca, en los laboratorios.

—Sí. El edificio es nuevo, como ve. Tiene instalaciones modernas.

—Entonces explíqueme otra vez, por qué utiliza usted de vez en cuando la sala común de informática de los alumnos.

—Es lo que le he dicho. Cuándo hay una avería aquí voy a la sala de informática.

—Mire. Estoy tratando de que me dé la información que necesito para una investigación importante. Si usted se empeña, tendremos que hacerlo de manera más oficial. Eso es lo que va a pasar si no me da usted respuestas razonables. ¿Sabe usted que cuándo hay un fallo en la conexión queda registrado automáticamente el día, la hora y la duración? Se puede comprobar, en el libro de control, que sus visitas a la sala de informática no tienen nada que ver con averías en la conexión a la red en este departamento.

—Puede ser. En cualquier caso, como miembro de la universidad, estoy autorizado a utilizar esa sala.

—Dígame para qué ha ido a la sala de informática.

—No creo que necesite explicárselo.

—Yo creo que sí va a necesitar explicárselo a alguien. A mí o al

juez.

Elías Gutiérrez, que había ido sintiéndose más seguro a medida que contestaba a Guerrero, empezó a mostrar de nuevo su nerviosismo al oír la mención al juez. Parecía respirar con dificultad y le temblaba ligeramente el labio inferior.

—Todas sus visitas a la sala de informática coinciden en día y hora con el envío de mensajes electrónicos firmados por María Torres. Lo interesante es que no consta que María Torres haya estado nunca en esa sala desde la que se han enviado los mensajes. Alguien, todo indica que usted, ha enviado mensajes firmados por ella. Lo que quiero que me diga es por qué ha hecho usted eso.

El técnico de laboratorio se quedó callado mirando al suelo, aparentemente pensando qué decisión tomar.

—Enviar esos mensajes no es en principio delito —continuó Guerrero—, pero ocultar información relacionada con un asesinato, sí le va a traer problemas.

Al acabar la frase, Guerrero miró a Elías Gutiérrez esperando alguna reacción. Al cabo de unos segundos dijo levantándose de la banqueta:

—Ya veo que esta conversación no tiene mucho sentido. Incorporaré todo esto a mi informe. Quizá el juez decida ordenar una prueba de su ADN para compararlo con lo que se ha encontrado en el cuerpo de la víctima. Ya hablaremos.

—Todo lo que yo sé, es que se trataba de una broma —dijo Elías de pronto.

Guerrero se volvió a sentar.

—Cuéntemelo —dijo el inspector.

—Querían gastarle una broma al profesor Salvatierra. Enviarle mensajes como si vinieran de una mujer. Me pidieron que enviara yo esos mensajes desde la sala de informática, que la usa mucha gente, para que no se pudiera identificar quién lo hacía. También debía conseguir que salieran mensajes que parecieran proceder del ordenador del profesor Salvatierra. Yo pensaba que era una broma sin más importancia.

—¿Quién le pidió que gastara esa broma?

—Oiga, inspector. No quiero meterme en líos. Yo estoy aquí con un contrato que me renuevan todos los años y espero que me saquen la plaza a concurso para quedarme fijo.

—Usted ya está metido en líos. Ahora lo que le interesa es salir de ellos. ¿Quién le pidió que enviara los mensajes?

—El jefe, el profesor Cañamero.

—Eso suena raro. ¿Por qué iba el profesor Cañamero a tener

tanta confianza en usted? Se trata de algo bastante delicado.

—Verá… El profesor Cañamero me conoce desde hace muchos años, desde que yo estudiaba formación profesional. Conocía a mi padre del pueblo dónde pasábamos las vacaciones y a veces cazaban juntos. Luego me ha echado una mano algunas veces y también para este contrato que tengo ahora.

—¿Usted cree que el señor Cañamero va a confirmar lo que usted dice?

—Supongo que sí.

—Tendremos que comprobarlo. Si no lo hace, va a ser su palabra contra la de él.

— Yo no conocía a esa chica y tampoco conocía al profesor Salvatierra. ¿Para qué iba yo a enviar esos mensajes?

—¿El texto de los mensajes se lo inventaba usted o se lo decía el profesor Cañamero?

—No, no. Me lo decía él.

—¿Se lo dictaba?

—Normalmente sí. Espere...

Elías Gutiérrez se volvió hacia su mesa y empezó a buscar algo en uno de los cajones. Al cabo de poco tiempo sacó un papel doblado varias veces que desplegó con cuidado.

—Sí, este es —dijo Elías—. Una de las veces que me llamó para darme un mensaje, estaba con prisa porque se iba de viaje y escribió él mismo el texto delante de mí. Dijo que eso era más rápido que dictármelo. Esto es lo que me dio.

Le alargó el papel al inspector Guerrero. En él había escritas cuatro líneas a mano y al final, como única firma, una M mayúscula.

—Esto puede aclarar algunas cosas con respecto a usted —dijo Guerrero—. Lo mejor es que no comente con nadie esta entrevista. Ya me pondré en contacto con usted si hace falta.

Guzmán no perdió ni un momento y llamó a Cañamero al hotel de Bali, aunque suponía que lo más probable fuera que en aquél momento no estuviera en la habitación. Efectivamente, nadie contestó a su llamada y decidió dejarle un mensaje en el contestador. Probablemente se trataba de uno de esos hoteles inmensos e impersonales en los que no tenía mucho sentido dejar un recado en la recepción.

—Juan Antonio — dijo—, soy Miguel Guzmán. Es muy urgente que hable contigo. Hay problemas que tenemos que discutir. Llámame a cualquier hora, a casa o al móvil.

No tenía demasiadas esperanzas de encontrar a Cañamero. En Bali debía ser ya casi la hora de cenar y Cañamero y Rosalía seguro que habían salido a terminar el día en un restaurante de lujo, después de alguna excursión de las que no se olvidan. Sentado en el cuarto de trabajo de su casa, Guzmán dudaba si llamar a su otro socio de Insurma, Prudencio Costa. Estaba claro por la visita de Salvatierra que iban a tener problemas serios si no hacían algo para impedirlo, y suponía que buena parte de los problemas los estaba creando Prudencio Costa. Prefería hablar con Cañamero primero y planear entre los dos la mejor estrategia para tratar con el constructor. Lo malo es que probablemente no le sobraba tiempo. Salvatierra estaba revolviendo las cosas y el muy cabrón sabía lo que decía.

Intentó tranquilizarse. Dentro de unos días se reanudaría la oposición y él tenía que estar preparado para el ejercicio. Por lo que le había comentado Cañamero, podía contar con los tres votos necesarios, los de Cañamero, Rosalía y Escobedo, y la cátedra sería suya. De todas maneras quería hacer un buen ejercicio y pensaba pasar la mañana repasando la exposición y revisando la presentación. No se concentraba gran cosa porque al cabo de un rato ya estaba pensando en intentar localizar a Cañamero. Le llamaría cada hora hasta que apareciera por su hotel. Se puso a trabajar con sus apuntes y unos artículos que utilizaba como referencias en el ejercicio de la oposición, y finalmente se quedó completamente concentrado olvidándose incluso de la visita de Salvatierra que le tenía casi obsesionado desde el día anterior. Su tranquilidad se acabó con el sonido del timbre del teléfono. Cuando contestó, el inspector Guerrero se identificó.

—¿Señor Guzmán? Soy el inspector Guerrero, de la policía. Necesito hablar con usted en relación con un caso que estamos investigando. Le llamo para ver cuándo podría verle.

Guzmán recibió esa frase como si fuera un golpe físico. Notó que sus pulsaciones se aceleraban y como aparecía una sensación en el estómago, como una contracción. Se sobrepuso inmediatamente a la impresión y contestó con naturalidad.

—¿La policía? ¿ De qué se trata?

—Según mi información usted está participando en una oposición en la Universidad Miguel de Cervantes. ¿Es cierto eso?

—Sí. Estoy opositando a una cátedra de esa Universidad. ¿Qué es lo que pasa?

—Me gustaría hablarlo directamente con usted. Por eso quiero verle. Por lo que veo está usted en su casa. Podría pasar esta misma

mañana, si le viene bien.

Guzmán pensó en un instante que no tenía sentido, ni haría buen efecto, intentar darle largas al inspector.

—Yo estoy aquí esta mañana trabajando —contestó—. Puede usted acercarse cuándo quiera, lo que pasa es que esta urbanización es un poco difícil de encontrar...

— No se preocupe, yo sé dónde está. M epongo ahora mismo en camino.

Nada más cortar la comunicación, Guzmán volvió a llamar al hotel de Cañamero, pero en la habitación seguía sin responderle nadie. Se decidió entonces a llamar al móvil de Prudencio Costa. Seguramente estaría por ahí en alguna obra o haciendo alguna gestión, y esa era la única manera de localizarle ya que apenas pisaba su oficina.

—Sí ¿Qué hay?

La contestación brusca de Costa se oía muy mal entre todo tipo de ruidos.

—Prudencio, soy Guzmán.

—Sí, Guzmán ¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo. Me están contando unas cosas muy raras y tenemos que hablar.

—Te oigo mal. Estoy viendo como va una obra que tengo de chalets adosados en Venta Vieja. Hay un ruido aquí de cojones. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa que hay un montón de líos que no entiendo. Y no quiero que nadie me cree problemas. Tenemos que vernos.

—No sé de qué hablas.

—Tú te estás pasando de listo en el tema de la oposición.

—¡Joder con la universidad y todos vosotros! ¿Qué pasa ahora? Nos jugamos una pasta en todo esto y el cabrón de Cañamero se larga de vacaciones a Australia.

—Deja a Cañamero ahora. Estoy hablando de ti. Quiero saber qué estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo? —gritó Costa— ¿Qué estoy haciendo? Me habéis metido en una operación que cada vez entiendo menos y no te pensarás que me voy a quedar parado esperando a quedarme sin nada.

—Escucha Costa. Déjate de bobadas que esto es serio. Tú estás usando tus métodos con la gente de la universidad y no sólo te la estás jugando, sino que nos vas a perjudicar a todos.

—No estoy usando ningún método. No sé que dices. Oye, tengo trabajo aquí.

—Costa. Cállate un momento. La policía ha hablado conmigo y están investigando unas agresiones y cosas más serias. Otras personas me han hablado de Insurma y de ti. No te hagas el listo.

La última frase pareció impresionar un poco a Costa, que tardó un momento en contestar.

—¿Qué te han dicho de mí?

—Hay quien relaciona la oposición con Insurma y eso ya es mala cosa, porque andan detrás de ti. No tendría que pasar nada de esto si todo el mundo se hubiera estado quieto.

—No sé de qué hablas.

—Escucha bien Costa. Te lo advierto. No voy a dejar que me jodas. Como me crees problemas te aseguro que te hundo.

Guzmán colgó sin esperar respuesta y se dispuso a esperar a Guerrero.

Rosalía y Cañamero habían cenado en un restaurante de lujo, recomendado por todas las guías turísticas y por la recepción del hotel como uno de los mejores de la ciudad. No solo era famoso por su comida y su magnífica situación con vistas al mar, sino que era también el mejor sitio para conocer las famosas danzas de Bali. Por detrás de la pista en dónde se realizaba la representación de baile, una enorme cristalera dejaba ver la multitud de luces de los yates, barcos y barcazas que poblaban la zona del puerto o circulaban a lo largo de la costa. Al terminar la cena les habían dado unas enormes copas con un cóctel de frutas, que fueron bebiendo mientras contemplaban el espectáculo. Cuando decidieron marcharse, el portero del restaurante llamó a uno de los relucientes coches americanos, una especie de taxis especiales, que esperaban en la puerta.

—El restaurante estaba fantástico —dijo Rosalía reclinándose sobre Cañamero mientras el taxi arrancaba—. Ha sido una buena idea venir aquí.

—Sí. Todo muy bien. El sitio no puede estar mejor y la comida genial. Las famosas danzas me han parecido un poco aburridas. Pero, claro, no se puede venir a Bali sin verlas.

—A mí me han gustado. Lo que pasa es que no has querido leer nada sobre ellas antes y te has enterado de la mitad. Todo tenía su significado.

—No necesito leer un libro para ver bailar. No digo que no me gusten, pero era un poco pesado, tantas posturas estáticas y mover los ojos... Las bailarinas, no sé si son pequeñas o es que eran unas crías.

—Me parece que un poco de todo. Están desde muy jóvenes preparándose para eso.

Se habían vestido bien para la cena. Rosalía llevaba un traje rojo de tirantes finos y escotado, y un chal azul claro, de gasa, en los hombros. Cañamero estrenaba un traje blanco que se había comprado en Sydney unos días antes y llevaba una camisa azul oscuro sin corbata.

—Tampoco me han parecido precisamente muy sexys —dijo Cañamero pasando el brazo a Rosalía por encima del hombro.

—Puede ser, pero yo lo he pasado muy bien.

—Yo también lo he pasado muy bien y además no hemos terminado todavía —Cañamero dejó deslizar la mano hacia delante acariciando el hombre de Rosalía.

—Parece que esas chicas tan poco sexys, te han animado después de todo —dijo Rosalía sonriente.

Cuándo entraron en el hotel, Rosalía iba colgada del brazo de Cañamero y los dos charlaban de buen humor.

—Me parece que esos cócteles de frutas que nos han dado son más fuertes de lo que parecían —decía Rosalía—. Ahora se nota.

—Ya te lo dije. Entran muy bien porque están helados y vienen en unas copas muy sofisticadas, pero hay que tener cuidado con ellos.

—Pues tu no has tenido mucho cuidado que se diga.

—No he tomado tantos. Además estoy bastante acostumbrado. Me parece que llevan genever, una influencia holandesa, y eso a mi no me afecta.

—Vaya si te afecta. Encima ni te das cuenta de como vas.

Cuándo entraron en su habitación, Cañamero se quitó la chaqueta y la tiró encima de la cama. Era una habitación enorme con una gran cama en un extremo y varias butacas orientadas hacia una televisión. Había un par de cómodas de estilo inglés, una de las cuales albergaba el mimibar, y espejos en la pared que contribuían a aumentar la sensación de gran espacio. Una moqueta azul marino, impecable y mullida, cubría todo el suelo. Rosalía dejaba su chal en una de las cómodas cuando Cañamero se acercó por detrás y puso sus dos manos abiertas sujetándole los pechos con las palmas de las manos.

—Como deben ser —dijo Cañamero—, no esas esmirriadas de la danza balinesa.

Rosalía recostó su espalda contra él y se quedaron quietos, mirándose al espejo que había encima de la cómoda. El momento de silencio no duró mucho.

—¿Qué es ese pitido? —dijo Rosalía mirando a su alrededor.

—¿Qué pitido? No oigo nada.

—Mira. Viene de ahí, me parece que es el contestador —Rosalía se separó de Cañamero señalando el teléfono de la mesilla de noche.

Cañamero se acercó de mala gana al teléfono y apretó el botón del contestador. Estaban en un ambiente tan distinto del habitual que la voz de Guzmán les sonó como algo extraño: "Juan Antonio, es muy urgente que hable contigo. Hay problemas que tenemos que discutir. Llámame a cualquier hora, a casa o al móvil."

—¿Qué quiere Miguel ahora? —saltó Cañamero—. ¿Por qué no nos deja en paz?

—Parece preocupado—contestó Rosalía—. A lo mejor hay algún problema con la oposición, algún problema administrativo o algo así.

—No voy a dejar que la oposición me estropee las vacaciones. Saca la botella de champán de la nevera. A ti te gusta el champán. Y a mí ponme un buen whisky para empezar.

—¿Para empezar? Hace tiempo que has empezado.

Cañamero se dejó caer en un sofá y lanzó sus mocasines a varios metros de distancia.

—Ponlo ya, por favor. No tengo ganas de pensar en Madrid ni en Guzmán.

—Sí excelencia. Ahora mismo.

Rosalía se dirigió hasta el minibar, preparó un gran vaso de whisky con hielo para Cañamero y sacó una botella de champán y una copa para ella. Luego dejó todo en la mesa delante del sofá.

—Te está muy bien ese vestido. No te sientes todavía, me gusta mirarte así —dijo Cañamero.

—Me has visto toda la noche. ¿Vale así?

Rosalía levantó los brazos como una bailarina de flamenco y dio un giro completo sobre sí misma. Cañamero cogió su vaso y bebió un buen trago.

—Sigue. Lo haces muy bien. Me anima.

—Ahora voy a beber mi champán, se acabó el espectáculo. Abre la botella —dijo Rosalía y se sentó al lado de Cañamero.

Cuándo brindaron, Cañamero se terminó la bebida.

—Creo que voy a probar el champán yo también. En las películas, cuando están animados, lo sirven en un zapato de mujer de tacón alto. Quítate el zapato.

—Aquí no sirve. Llevo sandalias. Eso solo pasa en una película de Audrey Hepburn de hace mil años

—Puede ser, pero hay variantes mejores.

—¿Cuáles?

—Beberlo cuándo se deja deslizar por aquí…—dijo Cañamero apoyando un dedo en el pecho de Rosalía.

—Parece que la danza de Bali te ha puesto más animado de lo que quieres reconocer. Te voy a dar una copa.

—No la necesito.

El inspector Guerrero estaba cómodamente sentado en una de las butacas de la casa de Guzmán, a quien llevaba diez minutos preguntándole la misma cosa de distintas maneras.

—Entonces, ¿no ha tenido usted ningún incidente extraño desde que ha empezado la oposición?

—Ya se lo he dicho. Yo no he notado nada raro.

—Le hago estas preguntas porque los otros candidatos han tenido problemas muy serios. Incluso lo que se considera un intento de asesinato.

—Sí, sí. Ya me lo ha dicho. Lo del ataque a Ferreiro. Es impresionante. Afortunadamente nadie se ha metido conmigo. Lo que no entiendo muy bien es por qué relaciona usted ese ataque a Ferreiro y el susto a la profesora Medina, con la oposición.

—Estoy investigando el caso y todo apunta a eso. No le puedo dar todos los detalles, pero hay algún miembro del tribunal que también ha tenido problemas. Incluso un delito mucho más grave que los que le estoy comentando pudiera tener conexión con esa oposición.

—Mire. Yo no conocía esos hechos que usted me cuenta. No tengo ningún contacto personal con los otros opositores y no sé nada de esas cosas que les han ocurrido. Mi opinión personal es que se trata de casualidades, pero claro yo no dispongo de tanta información como usted.

—Sí. Eso es cierto. Yo tengo mucha más información y por eso me ha parecido necesario hablar con usted. Tenía mucho interés en saber si usted había sufrido también algún ataque.

—No ninguno. Y espero no sufrir ninguno. No sé si tiene algo que ver el hecho de que he tenido escolta hasta hace muy poco tiempo. Probablemente sabe que he sido presidente de Iberenergía, una de las empresas más importantes de España, y eso me obligaba a tener escolta. En realidad la empresa me ha ofrecido mantener la escolta durante al menos un año, pero he renunciado a ella. Quiero un poco de libertad.

—Sí, le entiendo perfectamente. ¿Qué me puede usted decir de Insurma?

—¿Cómo dice? —Guzmán trató de contestar con tranquilidad, aunque tuvo la sensación de que no lo había conseguido.

—Insurma —repitió Guerrero—. Ya sabe la inmobiliaria con la que usted está relacionado.

—No le sigo bien, inspector. Estábamos hablando de unas agresiones a los participantes de una oposición y de pronto me sale usted con otro tema. ¿De qué va esto?

—Me interesa Insurma. Puede ser que no le esté hablando de cosas sin relación entre sí.

—Perdone, pero no sé de qué me habla.

—¿Sabe lo que es Insurma? ¿Verdad?

—No

—Una empresa en la que su suegra Natividad tiene una participación. ¿No lo sabe?

—Mire, no he tenido inconveniente en contestarle a sus preguntas sobre esa historia de las agresiones, pero ahora me pregunta usted si estoy al tanto de las finanzas de mi suegra. Tiene que darse cuenta de que esto no es aceptable. Me parece que no voy a poder ayudarle en nada más. De hecho siento no haberle podido ayudar en su investigación. Afortunadamente, a mí no me ha atacado nadie.

—No se preocupe —contestó Guerrero poniéndose en pie—. Cualquier dato es útil. Me alegro de que usted no haya tenido ningún problema. Quizá más adelante me ponga en contacto con usted otra vez.

La botella de champán estaba vacía en el suelo, junto con un montón de ropa, y Cañamero y Rosalía estaban entrelazados y tumbados en el sofá. Se oyó una llamada en la puerta y Rosalía musitó con voz pastosa:

—Me parece que han llamado.

—No hace falta que te vistas. Es un encargo mío.

La habitación estaba poco iluminada, solo con las luces indirectas de dos lámparas de pie, con pantalla, que estaban en un extremo. Cañamero se levantó y, desnudo como estaba, fue a la puerta, que abrió después de mirar un momento por la mirilla. Rosalía ni siquiera abrió los ojos.

—No abras... que nos dejen... en paz—dijo.

Cañamero dejó pasar a una muchacha indonesia delgada, con la piel oscura, que llevaba el pelo negro recogido hacia atrás y sonreía de manera forzada. Llevaba un mini vestido blanco, sin hombros ni espalda, y unas sandalias de tacón alto, de color azul

como el bolsillo. Cañamero la llevó hasta delante del sofá en donde estaba Rosalía. Se puso detrás de la chica, le apoyó las manos en los hombros y dijo:

—Rosalía. Tenemos visita. Despierta.

Rosalía no salía del sopor en que estaba, causado por el cansancio, la comida y bebida de toda la noche. Oía a Cañamero como si su voz viniera de lejos. Cañamero apretó con fuerza hacia abajo los hombros de la chica indonesia que, sorprendida,dio un gemido antes de quedar de rodillas apoyada en el sofá.

—Rosalía, despierta. Tenemos visita. Mira que guapa.

Empujó la cabeza de la muchacha hasta casi tocar la cara de Rosalía.

—Déjame... ¿Qué haces? —dijo Rosalía.

—Mírala por lo menos. La he encargado para los dos.

—Cerdo... déjame en paz —contestó Rosalía y se giró con la cara hacia el respaldo—. Tengo... sueño.

Cañamero puso de pie a la chica con un tirón.

—Si te despiertas alguna vez, estamos en la cama. La próxima vez nada de champán, que luego estropeas la fiesta.

La única reacción de Rosalía fue un suspiro. La mujer indonesia miraba a Cañamero como esperando instrucciones y él la cogió del brazo sin decir palabra y la condujo a la cama,

en el otro extremo de la habitación.

20
EL PARQUE DEL OESTE

El Café de Tetuán se encontraba en ese rato tranquilo, muy corto, a media mañana, en que los pocos consumidores rezagados de café con tostada, y lectura tranquila del periódico, se mezclan con los primeros clientes del aperitivo. El café es estrecho y alargado por lo que lo importante es la barra, mientras que las pocas mesas que hay al fondo están casi siempre vacías, incluso en las horas de más bullicio. Al final de la barra, donde el mostrador hace una curva, hay varias banquetas desde las que se puede ver la entrada del café. En esa parte había un solo cliente que ojeaba una libreta de notas, y que tenía delante de él una taza de café y una copa de coñac. Era delgado, de unos cincuenta años, bigote grisáceo y pelo peinado hacia atrás. El traje gris bastante arrugado, la camisa blanca de mala calidad y la corbata verdosa le daban un aspecto anodino. Levantó un momento la vista de su libreta para tomar un trago de coñac y mirar a la pareja que entraba en el café, y continuó enseguida consultando las notas. No se dio cuenta de que la pareja venía a verle hasta que oyó la voz de la mujer a su lado.

—¿Antonio Carmona?

Carmona estaba acostumbrado a las visitas en el Café Tetuán, ya que ese local era dónde se le podía encontrar cuándo alguien necesitaba encargarle algún trabajo. No repartía tarjetas de visita, ni se anunciaba en ningún sitio, por lo que las personas que iban a verle normalmente se habían enterado de la existencia de Carmona, y de como localizarle en el Café, por algún cliente anterior. Tenía la costumbre de no mostrar al principio demasiado interés por los problemas de sus posibles clientes. Era su manera de darse importancia. Miró un momento a la pareja joven que estaba a su lado, echó el resto de la copa de coñac en la taza de café y luego dio un trago al carajillo que se acababa de confeccionar.

—¿ Quién os manda?

—Nos manda el comisario —contestó la subinspectora Páez enseñando su placa—. ¿Es usted Antonio Carmona?

Carmona se puso de pie y cambió inmediatamente el tono.

—Sí. Soy yo. ¿Qué querían?

—Tiene que acompañarnos a la comisaría.

—Mire, subinspectora. Estoy esperando a unas personas con las que he quedado ¿No podemos hablar aquí? ¿De qué se trata?

—Se trata de muchas cosas. Está usted detenido.

—¡ Oiga! No entiendo nada. ¿De qué está hablando?

—A lo mejor lo entiende en la comisaría. Tenemos una orden de detención contra usted. Lo mejor es que venga con nosotros sin alboroto.

Carmona llamó al camarero que estaba a unos metros de distancia sirviendo una caña de cerveza.

—Oye, Chapa. Anótame esto. Tengo que salir.

El camarero le hizo un gesto con la cabeza para indicar que le había oído. El hombre que acompañaba a la subinspectora Páez tomó a Carmona del codo y los tres se dirigieron a la calle.

—Hasta luego Chapa —dijo Carmona al pasar delante del camarero.

—Hasta luego don Antonio.

Más tarde, en la comisaría, Carmona solo había necesitado diez minutos para darse cuenta que estaba metido en un problema grave.

—La acusación en Estados Unidos no es ninguna tontería. Intento de asesinato —le decía Ana Páez—. Parece que ha dejado usted pistas por todas partes. La más importante es un hombre al que usted ha pagado por hacer cierto trabajo y que está detenido y hablando sin parar. Ya sabe como es en Estados Unidos, uno hace un buen trato con el fiscal y cuánto más hable, mejor le trata el juez. Lo habrá visto en las películas ¿no? ¿No lo ha visto?

—Sí —contestó Carmona.

—El señor Ferreiro es una persona muy conocida allí y la policía se ha tomado el caso con mucho interés. ¿Pensaba que podía pasar por un accidente?

—Ya le he dicho que no sé quien es el señor Ferreiro.

—Ya entiendo. ¿Por qué le ha dado la foto y la dirección del señor Ferreiro a un tal Peter Jones?

—No voy a contestar a nada más. Voy a llamar a mi abogado.

—¿Por encargo de quién ha organizado usted el ataque al señor Ferreiro?

—Si me da mi móvil —contestó Carmona señalando a sus objetos personales que estaban encima de la mesa—, llamo a mi abogado desde aquí mismo. Así no les hago ningún gasto.

El compañero de Ana Páez intervino.

—Con abogado o sin él, vas a dejar de hacerte el listo. Lo de Ferreiro es solo para empezar. Después tenemos que charlar sobre

secuestro y asesinato.

—Creo que se han vuelto locos —dijo Carmona y empezó a marcar en un teléfono que le dio Ana Páez.

Un policía entró en la sala de interrogatorios con un papel en la mano.

—Toma, Ana —dijo alargándole el papel—. Ya está lista la autorización para el registro del domicilio.

—Muy bien. Carmona, vamos a registrar su casa. Si quiere, puede decirle a su abogado que vaya allí. Usted nos acompaña.

—¿Qué quieren de mi casa?

—No se preocupe. Algo encontraremos, su pasaporte con el sello de entrada en Estados Unidos, mensajes, ya sabe... cosas así —dijo Ana Páez—. En el camino nos puede usted ir diciendo lo que sabe de Cristina Mata.

—Eso se lo puedo decir ya. No sé quién es Cristina Mata. No sé de qué me hablan.

—En marcha —interrumpió otro policía de los que asistía al interrogatorio—. Y más le vale que empiece a contarnos algo o lo va a pasar peor de lo que cree.

No tardaron más de veinte minutos en llegar a la calle en dónde vivía Carmona, una zona abarrotada de coches aparcados en calles estrechas en un barrio modesto del norte de Madrid. El portal no tenía portero y los tres policías, un funcionario judicial y Carmona subieron andando hasta el segundo piso en el que había cinco puertas marcadas con las letras A hasta E. Ana Páez abrió la puerta E con la llave de Carmona y enseguida comenzaron el registro. El piso era bastante pequeño. El salón estaba amueblado con un sofá enfrente de un mueble librería y con una mesa y dos sillas en una esquina. En la mesa había unos vasos sucios y varios periódicos y revistas atrasados. La minúscula cocina estaba separada del salón por un mostrador en el que había un par de platos y una botella de vino casi vacía. Una puerta daba paso a un dormitorio con una cama sin hacer y una mesilla y un armario empotrado. Anexo al dormitorio había un cuarto de baño en el que no cabía más de una persona. En toda la casa no había ni un solo cuadro ni otro objeto colgado en la pared. En el mueble del salón se habían desmontado algunos estantes para hacer sitio a un enorme televisor, evidentemente la joya de la casa, y un equipo de video. En los otros estantes había varios marcos con fotos de una mujer mayor con el pelo gris. A primera vista no parecía haber gran cosa que registrar

Empezaron con el mueble del salón. Uno de los policías abrió las puertas de uno de los compartimentos. El espacio estaba repartido

entre una botella de coñac y otra de Anís del Mono con varios vasos a un lado y un montón de papeles y carpetas al otro.

—Aquí hay algo, Ana —dijo el policía.

Ana Páez se sentó a la mesa con los papeles y empezó a pasarlos rápidamente. El otro policía se acercó con otro fajo de documentos.

—Esto estaba en el dormitorio. En el cajón de la mesilla de noche. Está el pasaporte y algunas cosas en inglés.

—Bueno, Carmona —dijo Ana al cabo de un rato, mirando las hojas del pasaporte—. Ha hecho usted un viaje a Boston hace unos meses. Espero que le gustara.

Carmona estaba pálido sin hacer un gesto, sentado en el sofá.

—No voy a decirle nada hasta que venga mi abogado —contestó.

—Ese abogado debe ser un hombre muy ocupado. Creía que iba a venir para estar presente en el registro, pero cuándo llegue me parece que habremos terminado. Vaya —añadió Ana Páez, ojeando los otros papeles—. Sí que ha sido caro el viaje. Tiene aquí una lista que parece la nota de gastos con unas partidas bien grandes.

Carmona continuó callado mirando fijamente a la pared.

—Creo que ya estamos terminando —dijo Ana Páez—. Enseguida volvemos a comisaría y hablamos usted y yo despacio de todo esto. Le vuelvo a decir que lo mejor para usted es que nos diga por encargo de quién ha hecho el viaje a América. Ya estamos comprobando su agenda de teléfonos, seguro que su cliente figura en ella ¿verdad? Y en la memoria del móvil, claro. Tenemos varias pistas, sólo necesitamos confirmarlas. Su cliente lo va a negar todo y va a cargar usted solito con el muerto. Lo de América es serio, pero es poca cosa comparado con el asesinato de María Torres.

Carmona levantó la cabeza evidentemente sorprendido.

—Pero ¿qué dice? —dijo casi gritando—. ¿Me quieren cargar a mí todos sus casos pendientes? No sé de quién me habla.

—Le hablo de una prostituta que han matado a golpes.

—Le juro que no sé nada de eso.

—¿Y del ataque a Ferreiro, sí sabe algo?

—No digo nada más

—¿Y de la desaparición de Cristina Mata?

Carmona volvió a su silencio anterior y uno de los policías salió del dormitorio con otras carpetas.

—Creo que ya hemos terminado Ana —dijo el policía— ya no queda nada.

—Muy bien. Vámonos entonces. Tenemos un buen trabajo por delante.

Dos horas más tarde, Ana Páez le resumía a Guerrero las conclusiones que había sacado sobre la implicación de Carmona en todos los delitos aparentemente relacionados con la oposición.

—El problema es —decía Ana— que hay demasiadas cosas, que suponemos que están relacionadas entre sí y que tienen que ver con la puñetera oposición esa, pero en las que no tienen por qué estar metidas las mismas personas. Por ejemplo este tipo, Carmona, está metido hasta el cuello en el asalto a Ferreiro en Boston.

—¿Eso está claro?

—Todo lo claro que se pueden tener las cosas. Coincide con la descripción del matón americano al que ha contratado. Hemos enviado su foto a Boston para que hagan una prueba de reconocimiento. La fecha de su viaje coincide. Tiene una nota de gastos en la que hay una partida que corresponde a lo que el tipo de América asegura que le han pagado por cargarse a Ferreiro. Lo tiene bastante difícil.

—¿Y de las otras cosas? Lo de Cristina Mata es lo más urgente.

—Me da la impresión que está metido en eso, pero no suelta prenda. Hay una cosa interesante. En su lista de teléfonos y en la memoria de su móvil figura el teléfono de la oficina de Prudencio Costa y otro que parece que es el móvil de Prudencio.

—Sí. Efectivamente eso es interesante. Empieza a confirmarse un poco la relación entre todas estas cosas e Insurma. Además Prudencio Costa es el que tiene fama de violento cuándo alguien se mete por medio en sus negocios.

—Eso creo yo. Probablemente Carmona trabaja para Costa.

—Vale. Apriétale las tuercas a Carmona. Acojónale con lo de Boston a ver si nos dice algo de Cristina. Yo voy a ver si puedo tener una charla con Costa.

—Marcelo —dijo Ana—. Aunque Carmona es un pájaro de cuidado, tengo la impresión de que no sabe nada de María Torres.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Por su manera de reaccionar. Estoy segura que ese tema le ha pillado por sorpresa y que de verdad no sabía de qué le hablaba.

—Sí. Es posible que eso lo haya hecho Costa personalmente. Parece que es muy violento. Voy a tratar de localizarle. Nos vemos mañana. Si hay alguna novedad me llamas.

Matías Costa metió el BMW en el garaje de su chalet al lado de un reluciente Audi azul oscuro. Matías vivía solo, pero consideraba que tener dos coches como los suyos era lo mínimo que debía tener

una persona de su nivel. A un lado del amplio garaje había también una moto Suzuki de 500 centímetros cúbicos con la que solo había recorrido unos cientos de kilómetros desde que la había comprado hacía un año. Matías había pasado por la oficina un rato, sobre las seis de la tarde, para ver si había alguna novedad y, sobre todo, para saber si su padre había preguntado por él. Como de costumbre Prudencio Costa no estaba y Matías había estado repasando algunos contratos de obra y firmando unas órdenes de pago. Luego había llamado a su padre al móvil con el pretexto de consultarle sobre una factura, pero en realidad para demostrar que estaba trabajando. Aguantó en la oficina hasta las ocho y luego fue al elegante bar de copas del Paseo de la Castellana por el que se pasaba casi todas las tardes y algunas noches. Matías era un buen cliente de ese local frecuentado por ejecutivos y hombres de negocios a la salida del trabajo. También iban algunas veces mujeres ejecutivas, ya que al Barón no se iba solo a tomar una copa, sino que también se discutían acuerdos comerciales y se preparaban estrategias de empresa. Matías no participaba en ese tipo de discusiones, sino que tenía su grupo de amigos, empresarios jóvenes y con dinero, con los que solía charlar en la barra. Esa clase de clientela era la preferida por las chicas jóvenes, vestidas a la última y bien enjoyadas, que parecían tener su base en el Barón. Matías había estado en el bar más tiempo de lo habitual, precisamente hablando con una de esas chicas a la que llevaba tiempo proponiéndole unas vacaciones juntos en Playa Bávaro, en la República Dominicana. El tema iba por buen camino. Le iba a costar un montón de dinero, pero estaba seguro que merecía la pena. Y dinero no le faltaba. Cuándo se bajó de su coche en el garaje eran las once de la noche y venía contento pensando en las vacaciones con Mari Sol. El garaje estaba en penumbra, iluminado desde fuera por una lámpara del jardín, y Matías no se molestó en darle al interruptor de la luz, sino que se dirigió a la puerta que comunicaba el garaje con el resto del chalet.

No vio venir a nadie ni oyó nada. Recibió un fuerte empujón en la espalda que le lanzó contra la pared, golpeándose en la frente y la nariz. El golpe no fue muy fuerte, pero Matías estaba tan desprevenido que se quedó totalmente desconcertado, sin reaccionar. Inmediatamente alguien desde detrás, le apoyó la mano en la cabeza presionando su cara contra la pared. Oyó un susurro al lado de su oreja.

—Como abras la boca, te la aplasto contra la pared. ¿Te has enterado?

—Sí. No me hagas nada, mis llaves están... —contestó Matías.

—Que te calles te he dicho —susurró Iñaqui otra vez, haciendo más fuerza sobre la cabeza.

Con un movimiento rápido, Iñaqui tapó la boca de Matías con una banda de tela áspera a la que dio dos vueltas alrededor del cuello, mientras mantenía la presión clavándole el codo en la espalda. Poco después le tapó la cabeza con otra tela y le ató las manos a la espalda.

—Ahora vas a entrar en el maletero de tu coche —le dijo—. Te voy a atar un poco mejor para que no se te ocurra hacer ruido. Es un viaje muy corto. Después quiero que me ayudes y si todo va bien te vuelves a casa. Si no me ayudas, seguiremos el viaje. Quiero ver a una amiga mía que se llama Cristina, vete pensando como me vas a ayudar a encontrarla y así ganamos tiempo.

Poco después el BMW salía del chalet de Matías y al cabo de un rato se encontraba en la autovía M-40 en dirección hacia el sur de Madrid donde hay varias poblaciones grandes con actividad industrial. Se notaba un tráfico relativamente denso, pero en cuanto Iñaqui tomó la salida que conducía a uno de los polígonos industriales la carretera estaba desierta y prácticamente sin iluminación. El polígono estaba formado por un entramado de calles anchas y rectas formando unas manzanas en las que estaban situadas las naves. Unos focos muy espaciados señalaban los cruces de las calles mientras que otros, generalmente bastante intensos, iluminaban las puertas y portones de las entradas a las empresas. No se veía absolutamente a nadie. Iñaqui condujo hasta el aparcamiento vacío de una fábrica de estructuras de aluminio y detuvo el coche en el extremo más apartado y oscuro. Luego se bajó, se puso una bufanda tapándose la cara y abrió el maletero.

Debido a los robos de material, los polígonos industriales suelen tener un buen servicio de seguridad a cargo de empresas privadas. A pesar de eso, Iñaqui estaba bastante tranquilo, ya que él trabajaba para la empresa responsable de ese polígono y el vigilante que estaba de guardia esa noche era un amigo suyo, al que había pedido que hiciera la vista gorda cuando le viera aparcar en la fábrica de aluminio. Según le explicó, pensaba llevarse allí una chica con la que había ligado hacía poco y no podía ir a su apartamento porque tenía familiares de visita. A su amigo no le hizo gracia la petición, pero acabó aceptando.

— Pero daros prisa —la había dicho—. No quiero que me metas en un lío. Además, lo que falta para pasar una noche bien jodido haciendo la ronda es pensar que tú estás por ahí cerca pasándolo bien.

—No te preocupes, será solo un rato —le había tranquilizado Iñaqui.

Al abrir el maletero, le quitó la venda de la boca a Matías.

—Estamos en medio del campo — le advirtió—, así que puedes ahorrarte gritar. Silo haces, te sacudo. ¿Has pensado en lo que te dije antes? Cuanto antes aparezca la chica que te he dicho, antes te vas a tu casa.

—No sé nada de esa chica.

—Cuando me harte, cierro el maletero. No sé cuánto te va a durar el aire. Aquí van a tardar días en encontrarte.

—¿Cómo sé que me vas a soltar?

—Cuando me confirmen que Cristina está libre, te llevo a un sitio habitado y llamo al teléfono que quieras para que vayan a sacarte del maletero. Ahora quiero que llames con tu móvil y te ocupes de que la suelten.

Salvatierra estaba profundamente dormido cuándo sonó el teléfono que tenía al lado de la cama. Tardó un poco en reaccionar y miró el despertador antes de descolgar. Las tres de la mañana. Se dio cuenta entonces de que la llamada debía ser importante, probablemente alguna noticia de Cristina, tal vez la policía.

—¿Sí?

—¿Luis? —la voz de Cristina sonó clara, aunque algo nerviosa.

—¡Cristina! ¿Dónde estás? ¿Cómo estas?

—Estoy llamándote desde la cabina de enfrente. He llamado al timbre del portal y no me has oído.

—Te abro ahora mismo.

Un minuto después, Cristina estaba abrazada a Salvatierra en la entrada de su apartamento.

—No me pasa nada, estoy bien. Estoy bien —dijo antes de romper a llorar.

—Ven. Vamos adentro. Siéntate. ¿Estás bien? ¿Seguro? —dijo Salvatierra quitándole las lágrimas con la mano.

—Sí. He estado encerrada, pero no me han hecho nada — Cristina no paraba de llorar sin levantar la cabeza del hombro de Salvatierra.

Se dirigieron hacia el cuarto de estar, Salvatierra dijo:

—Habrá que avisar a tu familia. Y a la policía. ¿Has hablado ya con ellos?

—Me acaban de soltar y he venido directamente aquí. No he llamado a nadie. Me han dejado en Rosales, al lado del Parque del Oeste, con los ojos vendados y veinte euros para un taxi.

Cristina pareció recordar algo.

—No hay que llamar todavía a nadie. Solo a este número. — Cristina sacó un papel del bolsillo del pantalón.

—¿Qué número es este?

—Es un móvil. Solo tienes que llamar y decir "Está aquí conmigo". Es la manera de comprobar que estoy libre y bien. Llama enseguida, por favor. Es muy importante.

—De acuerdo.

Salvatierra marcó el número que figuraba en el papel y al primer timbrazo le contestaron.

—¿Diga?

—Está aquí conmigo —dijo Salvatierra

—¿Está bien? —contestó el hombre

—Sí. ¿Con quién hablo? —El hombre colgó antes de que Salvatierra terminara su pregunta.

—¿Entiendes esto? —dijo Salvatierra dirigiéndose a Cristina.

—Creo que alguien ha intervenido para que me suelten. Esta llamada era para confirmar que han seguido sus instrucciones y que estoy libre.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Ha llamado a la gente que me tenía retenida y me han puesto al teléfono con él. Me ha dicho que viniera a tu casa y que tú debías llamarle para que él comprobara que me habían soltado.

—¿Sabes quién era?

—No lo sé. Pero lo sospecho. Estaba desfigurando la voz, pero podría ser Iñaqui el que ha conseguido que me soltaran. No se como lo ha hecho, pero parece que ha asustado a los tipos que me tenían encerrada.

—¿Y los que te cogieron? ¿Sabes algo de ellos?

—Nada. Luego te cuento. Déjame descansar. Tráeme un vaso de agua.

Estaban sentados en el sofá y cuando Salvatierra se levantó, Cristina se tumbó a lo largo y cerró los ojos. Con el vaso de agua en la mano, Salvatierra dudaba,si Cristina dormía.

—No estoy dormida —dijo Cristina—, solo quiero concentrarme en que estoy aquí en tu casa, contigo. Lo he pasado muy mal. Sola y con miedo. Venía para nuestra cena cuando me agarraron entre dos o tres. Ahora estoy otra vez aquí. No quiero pensar en otra cosa. Siéntate aquí al lado y dame la mano.

Salvatierra la ayudó a incorporarse un poco para que bebiera el agua, lo que hizo sin abrir los ojos. Luego se echó otra vez.

—Relájate un rato si quieres. Pero luego hay que llamar a la

policía. Se supone que investigan tu desaparición, precisamente el inspector Guerrero, al que ya conoces. Después de que desaparecieras me llamó un tipo para decirme que, si me portaba bien en la oposición, no te pasaría nada. De todos modos me puse en contacto con Guerrero. El lleva ese tema.

—¿Ha salido algo en los periódicos? Sobre mí, quiero decir —preguntó Cristina.

—No. A Guerrero le pareció más prudente no dar publicidad para que los que te retenían no supieran que he avisado a la policía.

—Luis. He pensado no denunciar nada.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Se merecen ir a la cárcel, esos cabrones. He pasado más miedo que en toda mi vida y no lo voy a olvidar nunca. Pero he pensado que si lo denuncio voy a ser el centro de comentarios y chismorreos durante años. ¿Por qué la secuestraron? ¿Qué le han hecho? etcétera. Prefiero vivir tranquila y pasar desapercibida.

—¿Y en tu casa? ¿Qué vas a decir?

—Probablemente la verdad. Seguro que entienden mi punto de vista —Cristina se sentó en el sofá y le dio un beso en la mejilla a Salvatierra—. Ya estoy un poco más tranquila. Creo que debo llamar a mis padres.

—Sí. Debes llamarles. Tienen que estar pasándolo muy mal. Si quieres te puedo llevar en coche a tu casa. En cualquier caso tendrás que ir allí.

—Vale. Dame el teléfono.

Cristina cogió el teléfono y se apartó con él al extremo de la habitación con la idea evidente de hablar en privado. A los pocos minutos volvió al lado de Salvatierra.

—Ya está. Se han puesto como locos de contentos. Hemos quedado en que iré para allá en cuanto aclare el asunto con la policía. ¿No te importa un viaje a León a estas horas?

—No digas tonterías ¿Cómo me va a importar? Voy a llamar a la comisaría para arreglarlo todo cuanto antes.

Salvatierra llamó a la comisaría y le pasaron con un agente de guardia que pertenecía al grupo de Guerrero.

—Soy Luis Salvatierra —le dijo—. Presenté hace unos días una denuncia por la desaparición de Cristina Mata. El inspector Guerrero y la subinspectora Páez están al tanto.

—Sí. Yo también conozco el caso.

—Solo quería decir que Cristina Mata ha aparecido y que su ausencia ha sido voluntaria. No va a presentar ninguna denuncia y yo también quiero retirar la mía.

—¿Está con usted ahora?

—Sí. Y está perfectamente.

—Bien. ¿Pueden pasarse por la comisaría ahora? Tenemos que escribir un informe oficial. Mientras tanto voy a llamar al inspector Guerrero por si acaso quiere comentar algo directamente con ustedes.

—De acuerdo. No tardaremos.

21

RUIDOS Y GEMIDOS

—¿Pero esa cría es idiota? ¿O qué problema tiene?

Ana Páez hablaba con Guerrero en el cuarto que compartían en la Comisaría y acababa de enterarse de que Cristina Mata no iba a presentar ninguna denuncia y que afirmaba que había estado ausente por motivos personales.

—¿Crees que la han amenazado para que se calle? ¿O han pagado algún rescate?

—Todo es bastante raro —dijo Guerrero—. Como te he dicho, me llamó Alfredo, que estaba de guardia, a las cuatro de la mañana para decirme que Salvatierra y Cristina Mata venían para acá. He estado una hora con ellos. Con Salvatierra no había mucho que hablar. El hombre se ha disculpado por haber denunciado la desaparición de Cristina. Después, Alfredo y yo nos hemos quedado un buen rato con la chica, pero ha sido todo inútil. Insiste en que se ha ido por motivos personales, que no tiene por qué contarlos, que no pasa nada, ni tiene nada que denunciar. Le hemos advertido de la responsabilidad que tiene si oculta un delito, si hace declaraciones falsas, etcétera, pero tiene las ideas bien claras. Lo que ha ocurrido exactamente, no lo sé.

—Tenemos la declaración previa de Salvatierra sobre una llamada amenazadora de alguien que aseguraba tener secuestrada a Cristina Mata —contestó Ana Páez.

—Sí. Además estoy seguro de que Salvatierra ha dicho la verdad y que esa llamada existe, pero Cristina dice que no sabe nada de eso. Yo creo —añadió Guerrero— que efectivamente ha estado retenida a la fuerza y que la han soltado por algún motivo que ignoramos. Me parece que ella simplemente prefiere no dar publicidad al asunto y que nadie hable sobre ella ni murmure historias raras. No creo que se trate de un rescate porque en ningún momento han pedido rescate a nadie. Una posibilidad es que los que la tuvieran secuestrada se han asustado al saber que tenemos a Carmona, que probablemente está metido en todo esto.

—Eso es lo que creo yo también. Carmona está haciendo trabajos sucios, como el de Ferreiro y el de Cristina Mata, para Prudencio Costa. A la vista de que le tenemos cogido han preferido soltar a la chica. Lo malo es que si no hay denuncia no podemos hacer nada.

—En el tema de Cristina, si no cambia la cosa o surge algún dato nuevo, poco podemos hacer, es verdad, pero con lo de Ferreiro no se nos escapa. El tipo va a ir a la cárcel.

—Te refieres a Carmona.

—Sí. A Carmona. Lo de Costa, ya veremos. Carmona ya ha reconocido que trabajaba por encargo de Costa. De hecho, ha cambiado de abogado. El primero es uno que trabaja para la empresa de Costa y ahora se ha buscado otro, no sé dónde, que le está aconsejando cargar todo lo que pueda sobre Costa. De todas maneras va a ser difícil encontrar pruebas. Creo que Costa no es tonto y no deja rastros de los encargos que hace. Esa es nuestra tarea ahora. Encontrar las pruebas de la implicación de Costa, y me parece que Carmona nos va a ayudar. Espero tener una primera charla con Costa hoy mismo, aunque no nos va a hacer ni caso hasta que no se le llame a declarar oficialmente.

—Entonces ¿Nos concentramos en esa línea?

—Sí. No hay otra de momento. El caso de Cristina Mata ha desaparecido y no creo que vuelva a resurgir, y en cuanto al caso de María Torres, que es el más grave, tengo interés en hablar con Cañamero, Ha estado mezclado en el tema por lo menos en lo que se refiere a los mensajes de correo electrónico enviados con firma de María Torres. Hay que hablar con él.

—¿Crees que está también metido en su asesinato? Eso me parece más propio de un tipo como Costa. Al fin y al cabo han tratado de matar a Ferreiro y su mujer.

—Sí. Pero eso de los mensajes es raro y relaciona a Cañamero con María. Tenemos, además, pruebas gracias al técnico de su departamento. Lo malo es que Cañamero está en Australia en un congreso y tardará un par de días en llegar. En cuanto vuelva voy a hablar con él y con la profesora Rosalía Sanmartín, que también es de la Universidad Pública Miguel de Cervantes y está en el tribunal de la oposición.

Cuándo Miguel Guzmán entró en la secretaría del departamento de Cañamero, Maribel le saludó amablemente.

—Buenos días profesor Guzmán.

—Hola Maribel. Hola Marga.

Marga, que no había levantado la vista del ordenador, contestó sin volver la cabeza.

—Buenos días.

Maribel le dijo.

—¿Qué tal? ¿Pudo localizar al profesor Cañamero?

—La verdad es que es muy difícil. Con el cambio de hora y todo eso es difícil pescarle, pero ya le he dejado algún recado que quería darle. ¿Usted ha estado en contacto con él?

—No. Yo tampoco. No me ha llamado. Hay varias personas que tienen que hablar urgentemente con él, pero no puedo hacer nada. Pero, ya no tardará en venir. Sólo unos días. La oposición continúa el lunes que viene. Bueno, eso lo sabe usted perfectamente.

—En realidad vengo por eso Maribel. Hay un tema administrativo relacionado con la oposición que quiero resolver ahora. Se trata solamente de dejar un documento para que lo tenga el profesor Cañamero en cuanto llegue.

—Muy bien. No se preocupe. Déjeme lo que quiera y yo se lo daré.

Guzmán sacó dos hojas de su cartera de mano y las puso encima de la mesa.

—Esto es —dijo—. Un original y copia. Necesito un justificante de que he entregado esto aquí, así que, si me hace el favor, me sella la copia y pone la fecha de entrega.

—¿Que se la selle? Pero profesor Guzmán, aquí no tenemos un libro de registro o algo así.

—No importa Maribel. Solo necesito que me ponga el sello del departamento y la fecha. Es que lo necesito para otra cosa.

Maribel cogió la hoja y la leyó rápidamente mientras se disponía a sellarla. Luego levantó la cabeza mirando sorprendida a Guzmán.

—¡No me diga que se retira! —dijo Maribel.

—Sí Maribel. Es la carta de renuncia a continuar en la oposición. Me han surgido otras cosas y prefiero presentarla cuanto antes para que el tribunal lo sepa.

—Cuánto lo siento. Supongo que el profesor Cañamero no sabe nada.

—No. No he podido decírselo. Bueno, muchas gracias Maribel. Ya nos veremos.

Cañamero había decidido que nadie le molestara durante su viaje a Australia e Indonesia y no había hecho caso de los mensajes que le había dejado Guzmán. Maribel no había dado su dirección durante el viaje a nadie más que a Guzmán, aunque varias personas

habían insistido bastante. Cuando Cañamero llegó a su piso en la calle Arturo Soria, dejó su maleta y la bolsa de viaje sobre la cama y comprobó que todo estaba en orden en la casa. Había sido un vuelo muy largo hasta Madrid, y no muy agradable. Todo había ido mal desde una pelea que tuvo con Rosalía en Balí. Habían hecho el vuelo juntos pero sin dirigirse la palabra. Decidió beber algo para animarse y al entrar en el salón oyó el pitido del contestador señalando que tenía mensajes. Se dejó caer en un sillón a escucharlos.

—¡Joder Juan Antonio! —en el primer mensaje se oyó la voz de Prudencio Costa—. No se que coño haces en Australia o donde estés. Llámame en cuanto vuelvas. Guzmán me está volviendo loco, está acojonado. Tenemos que hablar.

—Juan Antonio —el siguiente mensaje era de Guzmán—. Te he dejado mensajes en tu hotel de Balí. No sé si oyes los de aquí. Llámame cuanto antes. Parece que Prudencio está creando problemas.

—La cosa está jodida —decía Costa a continuación—: Tenemos que estar de acuerdo en todo lo que digamos si nos preguntan. Me han llamado de la policía. Creo que por algo de la sociedad y la oposición y toda la leche esa de la universidad.

—Juan Antonio —Guzmán cerraba la lista—. Le he dejado a Maribel mi carta de renuncia a seguir opositando. Están pasando cosas raras con la oposición y la policía está investigando. No estoy dispuesto a que me salpique nada de lo que hagan los demás. Ya hablaremos cuándo te de la gana de hablar. Hasta luego.

Después de escuchar esa serie de mensajes, Cañamero estaba bastante desconcertado. Como en los mensajes no figuraba el día ni la hora, era difícil hacerse una idea de lo que pasaba ni a qué velocidad. Oídos todos seguidos daban una sensación de que tuvieran lugar algunos acontecimientos, no sabía cuáles, de manera rápida y atropellada. Era evidente que, con la renuncia de Guzmán, los planes para hacer el negocio de los terrenos de Insurma, basados en la cátedra de Guzmán y su influencia en Iberenergía, se habían ido al traste. Además, aparte de la pérdida del negocio inmobiliario, parecía que había otros problemas. Marcó el número de Guzmán para intentar enterarse de algo.

—Miguel —dijo cuándo Guzmán le contestó— ¿Qué tal? Ya estoy de vuelta.

—Ya veo —el tono de Guzmán era seco—. Te he llamado a Australia y a Balí y te he dejado un par de mensajes en casa. Te podías imaginar que tengo algo urgente que decirte, pero no te has

molestado en contestar.

—¿Qué es lo que pasa exactamente? He estado desconectado y no entiendo nada, Costa dice...

—No me hables de Costa. No quiero saber nada de sus asuntos. Todo lo que sé es que ha habido presiones e incluso agresiones a personas relacionadas con la oposición y yo, en ese contexto, no pienso participar. He dejado mi renuncia por escrito en la secretaría de tu departamento.

—Pero ¿de qué agresiones hablas? No veo por qué tienes que renunciar a nada, Miguel, las cosas van muy bien en la oposición...

—No quiero hablar de eso. Yo ya he decidido lo que voy a hacer.

—Eso no es tan sencillo —dijo Cañamero algo excitado—. Está el asunto de Insurma.

—Mira. Vamos a dejarlo y no mezcles las cosas. Yo de Insurma no sé gran cosa. Me parece que ese asunto, en lo que se refiere a la participación de Natividad, lo lleva el bufete de Salas y Romero en la calle Goya. Supongo que si quieres algo sobre eso, tendrás que hablar con ellos.

—No me vengas con historias Miguel...

Cuándo Cañamero iba a seguir hablando se dio cuenta que Miguel Guzmán ya le había colgado. Algo serio pasaba cuando Guzmán se desentendía de todo. Dudaba si llamar a Costa, pero pensó que no tenía sentido. Si la conversación con Guzmán había terminado mal, prefería no pensar cómo sería una charla con el bárbaro de Costa. No podía hacer nada de momento y se fue a deshacer su maleta y darse una ducha. Luego se sentó a revisar el correo que había recibido durante sus días de viaje y al poco tiempo sonó el teléfono. Probablemente era Guzmán que quería disculparse por haberle colgado antes y prefería hablar con calma.

—¿Señor Rodríguez Cañamero? —preguntó una voz de hombre cuándo él contestó al teléfono.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es?

—Marcelo Guerrero, inspector de policía. Necesito hablar con usted. Han sucedido algunos hechos que pudieran estar relacionados con una oposición en la que usted actúa como presidente y me gustaría comentarlos con usted. Quizá me pueda proporcionar alguna información.

—¿Con la oposición? ¿Qué es lo que ha pasado? Que yo sepa todo transcurre normalmente. Desde luego sin ningún incidente que tenga que ver con la policía. El lunes continuamos.

—No. No. No me refiero a que haya pasado nada durante la oposición o los ejercicios o algo así. Me refiero a unos hechos

relacionados con las personas que intervienen allí. En realidad es un poco complicado y lo que quiero es hablarlo directamente con usted, no por teléfono.

—Mire. He llegado de un viaje largo, de Australia, hace un rato. No llevo ni una hora en casa. Me gustaría descansar.

—Sí. Ya lo sé. Quería hablar con usted desde hace días y estaba esperando que volviera de ese viaje. El tema es urgente y no le quitaría demasiado tiempo. Si nos podemos ver esta misma mañana, sería solo un rato.

—De acuerdo.

—Gracias. ¿Le espero en comisaría dentro de una hora? Tome nota de la dirección...

—No había oído nada de todo eso que acaba de decirme —dijo Cañamero—. Ni el profesor Ferreiro ni la profesora Medina me han comentado nada de esos incidentes. En realidad no hemos hablado prácticamente en privado desde que empezó la oposición. Nuestro contacto se ha limitado a los ejercicios y poco más.

Cañamero estaba sentado en el despacho de Guerrero y Ana Páez. Los dos policías acababan de contarle la agresión a Ferreiro en Estados Unidos y las amenazas a Ana Mari Medina.

—¿Están ustedes seguros que eso tiene que ver con la oposición en nuestra universidad? Lo de Ferreiro ha pasado en Boston —añadió Cañamero.

—Ha pasado en Boston, pero por encargo de alguien de Madrid. El autor está detenido en Estados Unidos y ha contado muchas cosas.

—En cualquier caso. Yo no tenía noticias de nada. No puedo darles más información.

—¿Puede comentarnos algo de Insurma?—dijo Guerrero.

—Me parece que me pierdo un poco inspector. Estábamos hablando de los participantes en una oposición.

—Estamos hablando de unos hechos y queremos saber si la existencia y los intereses de Insurma tienen algo que ver con ellos. ¿Usted conoce Insurma, verdad?

—Sí. Pero no sé a que viene esto.

—Su padre tiene el doce y medio por ciento de esa sociedad a través de Sierra Nueva.

—No sé exactamente qué porcentaje tiene.

—El doce y medio por ciento. El mismo que la suegra del profesor Guzmán, uno de los candidatos en la oposición que usted preside y el único que, al parecer, no ha recibido amenazas ni

agresiones. Insurma ha adquirido un terreno al lado de la Universidad Pública Miguel de Cervantes.

—Señor Guerrero. No voy a hablar con usted sobre las actividades de una sociedad en la que no tengo participación. Me ha llamado para comentarme lo que le ha ocurrido a varios candidatos a la oposición por si podía ayudarle. Bien; no puedo ayudarle. No sé nada de eso. Me parece que hemos terminado esta conversación.

—Me parece que no hemos terminado. ¿Conoce usted a Prudencio Costa?

Cañamero estuvo unos segundos sin saber qué responder.

—No es una pregunta difícil. Dígame si conoce o no a Prudencio Costa.

—Sí. Sé quien es —contestó Cañamero—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Prudencio Costa es el socio principal de Insurma. Una persona que trabaja con él está acusada del ataque al señor Ferreiro. Como ve, hay alguna relación entre Insurma y la oposición, y la estamos investigando. También es interesante que Insurma tenga unos terrenos al lado de la su universidad.

—Ya le he dicho que no tengo relación con Insurma.

—Claro, lo que usted sugiere es que hablemos directamente con los socios de Insurma. ¿Cree que es mejor que citemos a su padre para un interrogatorio?

—Por favor, deje a mi padre en paz. Es una persona mayor. Yo no tengo nada que ver con esas agresiones. Me he enterado ahora de ellas. Si por algún motivo están relacionadas con Insurma, le aseguro que mi padre no tiene nada que ver, usted mismo ha dicho que Costa puede estar implicado.

—Luego volveremos sobre eso. Todavía tenemos otros asuntos. —Guerrero hizo una pausa antes de aañadir— : ¿qué puede decirme de María Torres?

El cambio de tema cogió a Cañamero desprevenido y empezó a titubear.

—¿María Torres? —repitió Cañamero.

—Sí, María Torres. ¿Sabe de quién le hablo?

—No.

—Claro que lo sabe, profesor —intervino Ana Páez—. Una chica de veintitrés años que trabajaba de prostituta y a la que mataron a golpes, probablemente puñetazos, hace unos días.

Cañamero sudaba y se sujetó las manos que temblaban ligeramente.

—¿Me dan un vaso de agua por favor? —dijo con voz baja.

Cuándo le acercó el vaso de agua, Ana Páez le dijo.

—¿ Conocía a María Torres?

—No.

—¿Por qué ha usado el nombre de María para escribir e-mails al profesor Salvatierra? ¿Por qué quería implicar en algo al profesor Salvatierra? Se trata, como usted sabe, de un miembro del tribunal de esa oposición en la que pasan tantas cosas raras.

—Yo no he hecho eso que usted dice.

—Señor Rodríguez Cañamero, Elías Gutiérrez, su técnico de laboratorio nos ha contado muchas cosas. ¿Es ésta su letra?

Ana Páez dejó delante de Cañamero la nota, escrita por él, con el texto del mensaje que Elías Gutiérrez tenía que transmitir.

—Sí. Es mi letra. Pero todo eso lo están sacando de contexto. Esto es una broma que no tiene nada que ver con una prostituta muerta.

Guerrero interrumpió levantando la voz.

—¿Una broma? ¿Quiere que le preguntemos al profesor Salvatierra si se ha reído mucho con la broma?

Ana Páez salió de la sala mientras Guerrero continuaba el interrogatorio a Cañamero.

—¿Cómo va eso? —preguntó otro policía que escribía en un ordenador en la habitación de al lado.

—No va mal —contestó Ana—. Cada vez está más nervioso. Hay cosas difíciles de explicar. El tipo tiene algo que ver con María Torres, pero de ahí a saber quién la mató va un trecho. ¿Ha llegado ya la profesora Sanmartín?

—Hace cinco minutos. Está esperando en el cuarto del fondo.

—Voy a empezar yo con ella. Ven conmigo y dile a Ramón que acompañe a Guerrero.

Rosalía estaba muy tranquila. Llevaba poco más de diez minutos con Ana Páez y su compañero cuándo dijo.

—Me parece que voy a suspender este examen, inspectora. Me pregunta usted sobre muchas cosas y no sé nada de ninguna. Un atentado en Boston... Pero la única vez que he estado en Estados Unidos fue hace tres años en San Francisco, ya sabe... en el otro extremo. Una sociedad, Sur-no-se-qué, de la que no tengo ni idea. No conozco a una tal Cristina, por lo menos eso creo, y ahora me pregunta por una María Torres que no me suena nada. Perdone pero ¿está segura de que es conmigo con quien quería hablar?

Ana Páez sonrió porque la descripción que acababa de hacer Rosalía resumía bastante bien lo que habían hablado hasta

entonces.

—Sí, profesora —contestó Ana—. De eso estoy segura. Lo que ocurre es que con frecuencia tenemos que hacer muchas preguntas dentro de una investigación amplia y algunas pueden parecer extrañas para alguien que no está al tanto de la investigación. Intentamos molestar lo menos posible. Por ejemplo le acabo de preguntar por María Torres porque nos consta que existe un punto en común entre esa mujer, una chica joven, y su departamento de la Miguel de Cervantes.

—Pues no me suena nada ese nombre. ¿Qué tiene que ver con nuestro departamento?

Ana Páez le explicó el asunto de los mensajes de correo electrónico que se habían enviado a Salvatierra, firmados aparentemente por María Torres, y las respuestas falsas de Salvatierra, para comprometerle en una acusación por acoso sexual.

—El motivo de que le pregunte si conoce a esa chica es que esos mensajes se han enviado desde la Universidad Miguel de Cervantes y por un miembro de su departamento: Elías Gutiérrez.

—No lo entiendo. Elías es una buena persona. No diré que sea un genio, pero es una buena persona.

—No debe ser un genio, efectivamente. Es buen informático, pero no ha sido muy difícil descubrirle. Parece que ha seguido instrucciones de alguien. Él dice que del profesor Rodríguez Cañamero. ¿Ha oído usted comentar algo sobre eso al profesor Rodríguez Cañamero? ¿No sabía usted nada?

—No —dijo Rosalía muy seria—. Supongo que se lo preguntarán a él mismo o a esa chica. Yo no sé nada.

—Sí. A él se lo hemos preguntado. A María Torres no podemos hacerlo porque murió la semana pasada.

Ana Páez hizo una pausa antes de añadir:

—La mataron a golpes. Parece un asesinato.

Rosalía se puso la mano en la boca en un gesto instintivo de impresión por lo que acababa de oír.

—¿Se sabe quien lo hizo?

—Estamos investigando. Esa chica era, en teoría, una estudiante, pero tenía alguna actividad al margen de los estudios. Recibía a hombres en un apartamento en el que pasaba varias horas al día. La mataron en ese apartamento y es difícil saber quién había estado con ella.

—¿Era prostituta?—preguntó Rosalía.

—Llámelo como quiera. El caso es que tenía toda clase de visitas y eso complica la investigación.

—¿Cómo la mataron?

—Creo que eso es igual ahora. El motivo por el que le he pedido que habláramos es por si nos podía ayudar de alguna manera en la investigación. Por lo que me dice, creo que no es así.

—¿Cómo la mataron? ¿Es un secreto?

—No. No es un secreto. Me parece incluso que algún periódico ha publicado unos pocos detalles. Estaba en la cama. La habían golpeado y apretado el cuello hasta matarla. Es una profesión de alto riesgo. No es el primer caso.

—¿Estaba atada? —preguntó Rosalía con voz apenas audible.

Ana y su compañero intercambiaron una mirada rápida, sorprendidos.

—Sí —dijo Ana—, le habían atado las manos y las piernas a la cama. En forma de aspa. Hay juegos sexuales de esa clase.

—Sí, claro. ¿Y no la oyó nadie? ¿No gritó?

El ambiente en la habitación había cambiado en unos segundos. Rosalía había perdido su animación inicial y estaba como en una especie de trance. Hablaba de forma monótona, sin inflexiones, con la mirada fija en Ana, casi sin pestañear. Los dos policías intuían que, de improviso, habían entrado en una fase importante del interrogatorio y no querían hacer ni decir nada que la interrumpiera. Estaban prácticamente inmóviles, muy atentos a Rosalía.

—No podía —dijo Ana, también sin inflexión en la voz—. Tenía la boca tapada con una cinta bien apretada.

—¿Tenía golpes en la cabeza? —continuó Rosalía.

—Sí. Sobre todo en la cabeza. Esos fueron los más serios. Le causaron daños en el cerebro. También le apretaron el cuello y...

—¿También con una cinta?

—Sí. Con una cinta. Probablemente también con las manos, pero cuando la encontraron tenía una cinta alrededor del cuello.

Rosalía se quedó un momento en silencio. Luego le dijo a Ana Páez.

—Quiero hablar un momento con usted a solas.

Los dos policías se miraron y el compañero de Ana salió de la habitación.

—No hace falta que escriba nada porque no voy a hacer ninguna declaración —dijo Rosalía cuándo se quedaron solas—. Como le he dicho no se nada de todos esos episodios que me ha contado, ni sé quién es María Torres. Nunca había oído hablar de ella. Solo quiero contarle algunas cosas que creo que les pueden ser útiles para orientar su trabajo. No voy a firmar nada ni se lo voy a repetir a

nadie.

—Adelante —dijo Ana—. Si lo que me cuenta es importante tendrá que repetirlo ante el juez.

—No se lo voy a repetir a nadie porque no sé nada directamente sobre el caso que investigan. El profesor Cañamero y yo acabamos de llegar de un viaje a Australia.

—Sí. Lo sé. Estábamos pendientes de su vuelta para poder hablar con ustedes.

—Viajamos juntos y nos alojamos juntos también. Tenemos, mejor dicho, teníamos, una relación estrecha desde hace un par de años. Hemos estado en un congreso en Sydney y después hemos parado en Balí, en Indonesia.

—Sí. Es un sitio famoso.

Rosalía le contó su salida a cenar y a ver el espectáculo de danzas balinesas. Le contó también que habían bebido bastante, sobre todo Cañamero, y después de tomar algo de champán ella se había quedado amodorrada en el sofá. Había venido una prostituta que Cañamero evidentemente había encargado de antemano, pero Cañamero no consiguió que Rosalía se despejara. Rosalía se había quedado dormitando en el sofá y Cañamero se había llevado a la prostituta a la cama.

—No sé cuánto tiempo había pasado cuando me despertaron unos ruidos y unos gemidos raros —siguió contando Rosalía—. La habitación era muy grande y la cama estaba a unos seis o siete metros de mí, y en la penumbra no se veían más que unas sombras. Me acerqué despacio porque notaba algo extraño. No me parecía que Juan Antonio y la mujer indonesia estuvieran teniendo sexo, aunque se veía que estaban desnudos. No sabía que pasaba. Cuándo estuve cerca pude ver que la chica estaba completamente inmóvil, con los brazos y las piernas extendidos y sujetos con unas cintas a la cama. Juan Antonio, el profesor Cañamero, estaba sentado a horcajadas encima de ella. Con una mano agarraba una cinta que estaba enrollada al cuello de la chica, y con la otra le daba golpes en la cara, creo que con el puño cerrado.

Rosalía se interrumpió para tomar un sorbo del vaso de agua que tenía delante. Ana no dijo nada.

—A cada puñetazo —prosiguió Rosalía—, la cabeza de la chica se bamboleaba como si estuviera muerta o se tratara de una muñeca. Pero se quejaba. No muy fuerte, pero era un quejido impresionante. Juan Antonio musitaba algo que no entendí, como si la estuviera insultando. Cuándo advertí lo que pasaba le grité que la soltara. Recuerdo que le dije: ¿Pero que haces? ¡Déjala! ¡La vas a

matar!.

—¿Y qué hizo el profesor Cañamero?

—No me hizo caso. Estaba como ido. Me contestó: "¡Cállate! He pagado y hago lo que quiero."

—¿Entonces?

—No sabía qué hacer. Encendí la luz y eso le desconcertó un momento. Cogí algo que estaba en la mesilla de noche, creo que el teléfono, le di con él un golpe en el hombro y le volví a gritar que la soltara.

—¿La soltó?

—Sí. De pronto se calmó y me dijo: "No pasa nada. No pasa nada". Luego la desató y la chica empezó a recuperarse. Creo que si no hubiera estado yo allí la habría matado o la habría dejado grave. —Rosalía hizo una pausa y añadió—. Esto es lo que quería contarle, inspectora. He pensado que podía ser interesante para su investigación. Yo ya no tengo nada más que decir.

—Se lo agradezco —dijo Ana—. Lo que me ha contado es interesante en efecto. No es ninguna prueba sobre el caso de María Torres, pero nos va a ayudar mucho para orientarnos. Probablemente tengamos que volver a hablar.

—Me ha costado contarle esto y ya le he dicho que no lo voy a repetir en ningún sitio. Ahora quiero irme y descansar.

—Estoy convencida de que la profesora ha dicho la verdad — dijo Ana Páez a Guerrero.

Estaban comentando a solas la entrevista con Rosalía mientras otros dos policías continuaban con el interrogatorio de Cañamero.

—La manera en que nos ha ido preguntando qué le había ocurrido a María Torres era bastante impresionante. Manolo y yo nos hemos quedado helados. Esa mujer había visto algo parecido y eso es lo que me ha confirmado luego a solas. Yo, el episodio de Balí me lo creo. Otra cosa es que nos sirva para demostrar nada.

—Si eso es verdad —contestó Guerrero—, y a ti te parece que sí, Cañamero ha matado a María Torres. Eso quiere decir que ha estado en el apartamento y ha tenido que dejar pistas, aparte, por supuesto, de los rastros de la relación sexual. Podemos pescarle si el juez nos deja. Revisa los informes de la científica y habla con ellos. Necesitamos saber qué es lo que tenemos que buscar en casa de Cañamero. Voy a hablar con el juez. Si nos deja efectuar un registro y hacer las pruebas de ADN podemos ir adelante.

—No es tan fácil. No tenemos mucho contra él, y no es precisamente un don nadie. Podemos pegar un buen patinazo.

—Creo que el juez Romero nos apoyará en esto. Le voy a contar la historia de Balí y, aunque sea algo oficioso, pienso que lo tendrá en cuenta. Nos ha dado luz verde en casos más débiles y no hemos quedado mal.

Guerrero se fue a localizar al juez y Ana volvió a la habitación en dónde tenían a Cañamero. Allí el ambiente había cambiado. Cañamero estaba muy excitado.

—Inspectora —le dijo a Ana cuándo entró—, ya estoy harto de esto. He venido voluntariamente por si podía servirles de ayuda, pero esto ya es demasiado. Es un interrogatorio en toda regla. Quiero saber qué pasa.

—No nos ha explicado usted suficientemente su relación con María Torres. Una persona que ha sido asesinada. Si quiere podemos continuar en presencia de su abogado. De hecho se lo aconsejo. Sobre todo porque probablemente tendremos que hacer varias pruebas, huellas dactilares, ADN etc.¿Ha estado usted en el piso en el que María Torres ejercía la prostitución?

Cañamero se quitó las gafas y se frotó los ojos con la mano. Luego se tapó la cara con las dos manos y se quedó callado. Los tres policías le miraban en silencio. Ana dudaba si estaba respirando profundamente o estaba llorando. Los policías sabían, por su experiencia en interrogatorios, que el caso de María Torres estaba llegando al final.

-¿Ha estado usted en ese piso? —repitió Ana Páez.

22
DOS BREVES EN LA PRENSA

El lunes siguiente al regreso de Cañamero y Rosalía de su viaje estaba prevista la continuación de la oposición. A las nueve y media de la mañana todos los miembros del tribunal, excepto Cañamero, habían ocupado sus puestos en la mesa. En las butacas de la sala estaban Ferreiro, Ana Mari Medina y otras quince o veinte personas más. Los candidatos estaban convocados para realizar el segundo y último ejercicio de la oposición en el mismo orden de la vez anterior. Le correspondía por tanto empezar a Ferreiro. Al ver que el tribunal todavía no estaba completo, algunos de los asistentes charlaban en voz baja. Salvatierra les interrumpió anunciando el comienzo de la sesión.

—Atención, por favor. Vamos a empezar la sesión.

Todo el mundo se calló y las pocas personas que estaban de pie se sentaron en sus puestos.

—Vamos a comenzar el segundo ejercicio de la oposición a cátedra de Física de las Nuevas Tecnologías de la Universidad Pública Miguel de Cervantes —dijo Salvatierra—. Antes de empezar, quisiera comunicar algunas novedades.. En primer lugar, como ven, hoy no está presente el profesor Rodríguez Cañamero. Según un escrito que he recibido del señor rector de la universidad, el profesor Rodríguez Cañamero ha cesado como miembro de este tribunal. Dado que se trataba del presidente del tribunal, a partir de ahora voy a ejercer yo las funciones de presidente, como profesor más antiguo en el cargo, de acuerdo con lo que establece la normativa.

Por la reacción de la audiencia, estaba claro que el anuncio había sorprendido. Algunas personas tenían cara de sorpresa y otras se volvían para hablar entre sí, como buscando información. A los pocos segundos de ese pequeño revuelo, Salvatierra pudo seguir.

—En segundo lugar, quiero informarles que uno de los candidatos, el profesor Miguel Guzmán, ha presentado su renuncia a continuar participando en esta oposición. Por consiguiente, en la sesión de hoy realizarán los ejercicios los profesores Ferreiro y Medina, por este orden. Puede empezar ya —dijo Salvatierra dirigiéndose a Ferreiro.

Ferreiro, que estaba en la primera fila, se puso en pie con una hoja de papel en la mano.

—Perdone. Yo también quería presentar al tribunal mi renuncia a continuar. Siento comunicarlo de manera tan precipitada, pero me ha sido imposible localizar durante estos días y esta misma mañana ni al presidente ni a la secretaria del tribunal para entregarles este escrito de renuncia.

Ferreiro se acercó y le entregó la hoja a Salvatierra que la leyó unos momentos antes de pasársela a Rosalía. Luego comentó algo en voz baja con Nuria y con Escobedo

—De acuerdo —dijo Salvatierra—. Como consecuencia de esta nueva renuncia, queda como única candidata la profesora Ana María Medina. Estaba previsto que actuara en tercer lugar, pero debido a las renuncias de los otros candidatos le corresponde empezar ya. ¿Esta preparada?

—Necesito un rato para preparar el ordenador y mis notas—dijo Ana Mari.

—Está bien. Vamos a hacer una pausa y continuamos la sesión a las once.

Cuándo todos se dirigían a la puerta, Ferreiro se dirigió a Salvatierra.

—Vaya sorpresa que renuncies ahora —le dijo Salvatierra—. ¿Cuándo lo has decidido?

—Hace un par de días, pero como Cañamero no estaba no podía decírselo. Te he llamado estos días a tu despacho para informarte, pero tampoco te he encontrado.

—No me extraña —dijo Salvatierra—. He parado poco en mi departamento, he tenido unos días verdaderamente ajetreados.

—La verdad es que nunca lo hemos tenido muy claro —explicó Ferreiro—. Por una parte apetece volver a España, pero aquello tiene sus ventajas, claro. Esta semana de pausa nos ha venido muy bien, a mi mujer y a mí, para reflexionar y ver las cosas con más calma y más de cerca. He hablado con muchos amigos de varias universidades de aquí y, aunque todo está mucho mejor que cuando yo me fui, hemos decidido quedarnos en América. En realidad, ayer mismo me llamaron para reiterarme una oferta muy buena de una universidad de Florida. La verdad es que me interesa mucho.

—Eso está muy bien. Lo malo es todo el trabajo que te has tomado para este intento.

—Sí. Me he tomado trabajo pero me ha sido útil. Ahora sé muy bien que prefiero quedarme en Estados Unidos y no me quedo con la duda de qué es lo mejor. Menos mal que he salido ileso... —dijo

Ferreiro en tono de broma—. Me ha sorprendido que Cañamero cese en el tribunal.

—Sí. Ha habido muchos acontecimientos estos días. A ver si charlamos un rato de todo antes de que te vuelvas a Boston. Hay muchas cosas que comentar. Ahora voy a tomar café con el resto del tribunal antes de que empiece Ana Mari su ejercicio.

—Te acompaño. Voy a despedirme de ellos y comentarles un poco por qué me voy. Si tienes tiempo, nos vemos mañana y hablamos sobre los acontecimientos. Creo que hemos vivido una oposición increíble.

En el pasillo, entre los grupos de personas que estaban saliendo de la sala, Salvatierra vio a Cristina y se paró un momento con ella.

—No me habías dicho que estabas en Madrid —le dijo.

—Acabo de llegar. He venido a ver en que quedaba todo esto —contestó Cristina—. Y a verte.

—¿Qué tal tu familia?

—Mis padres, tranquilos. Y yo también. Ya ha pasado todo.

—Has hablado con Iñaqui?

—Sí, un buen rato. Me ha costado mucho sacarle las cosas, pero ya sabes que cuando yo me empeño en algo…

—Sí, no hace falta que me lo digas, tengo experiencia.

—Al final me ha dicho lo que ya suponíamos, aunque sin darme detalles. Se las ha arreglado para amenazar a alguno de los implicados, no me ha dicho a quién, y conseguir que me suelten. Me ha hecho jurar que no se lo diría a nadie. Especialmente que no te lo diría a ti. Tiene pánico a que se sepa algo y no pueda entrar en la policía. Oposita dentro de unos meses.

—Estoy seguro de que le irá bien.

—¿Nos vemos luego?

—Lo estoy deseando. Te llamo por la tarde en cuanto terminemos aquí. Hay un montón de cosas de qué hablar.

—Te espero en casa —dijo Cristina haciendo un gesto de despedida con la mano.

Diario de Madrid, 6 de Abril

El crimen de la Plaza de España

Continúan los rumores sobre la posible implicación de un conocido profesor de la Universidad Pública Miguel de Cervantes, J.A.R.C., en el homicidio de una joven en Madrid, en un apartamento próximo a la Plaza de España, el pasado mes de Marzo. El suceso tendría al parecer un motivo pasional. J.A.R.C. se presenta hoy ante el juez que decidirá sobre su situación……..

Semanario de Vida Económica, 15 de Abril

Nombramiento en Geogas

Miguel Guzmán, hasta hace poco Director General de Iberenergía, ha sido nombrado director para el sur de Europa de la multinacional de gas y petróleo Geogas. Guzmán, con gran experiencia en temas energéticos, tiene como una de sus prioridades impulsar la actividad de Investigación y Desarrollo de Geogas en las plantas y laboratorios del sur de Europa y ampliar las concesiones de la empresa en los países del Magreb.